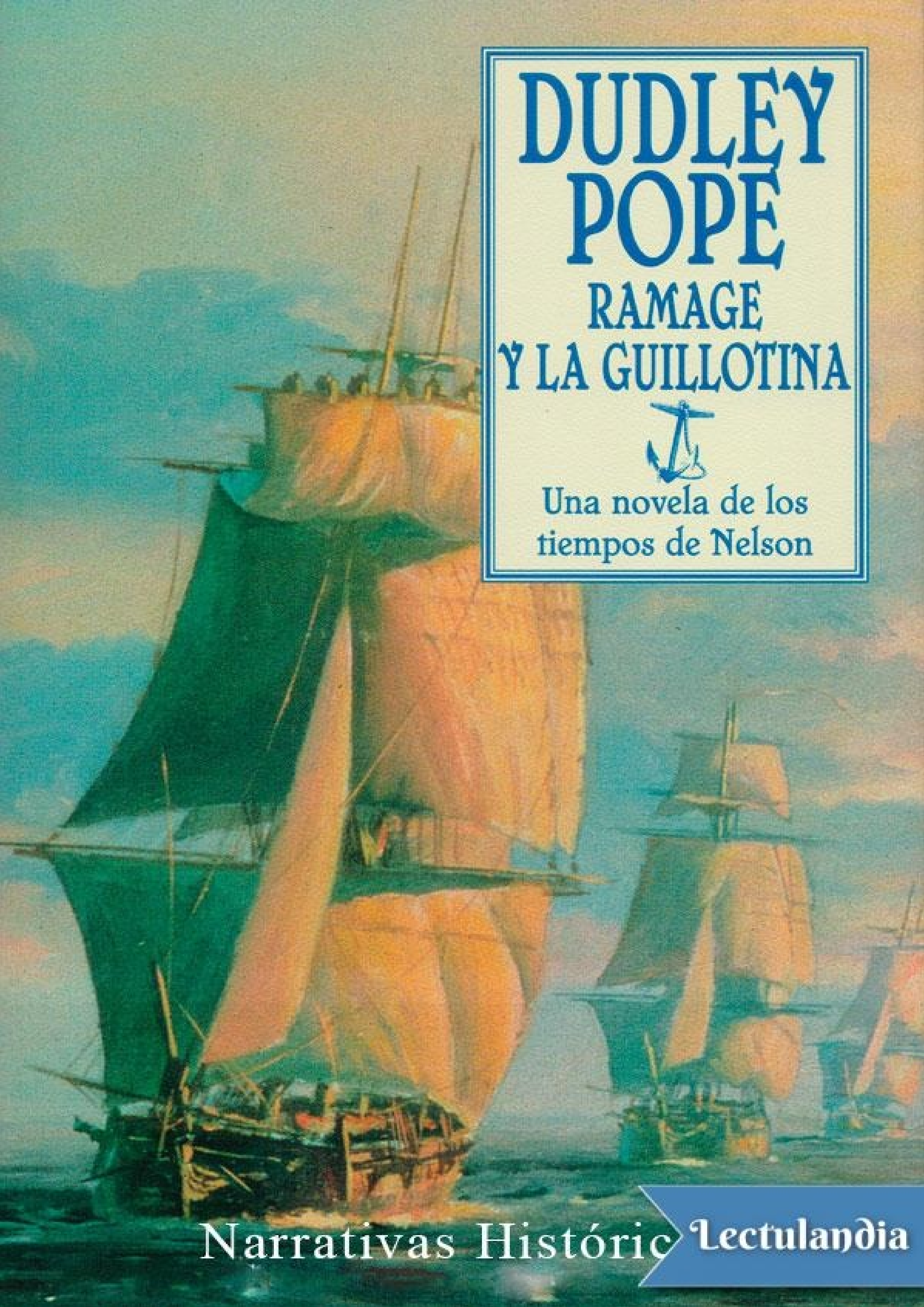

DUDLEY POPE
RAMAGE Y LA GUILLOTINA
Una novela de los tiempos de Nelson
Narrativas Históric
Lectulandia

La construcción de una flota destinada a invadir Inglaterra no pudo mantenerse en secreto durante demasiado tiempo, y en cuanto eso deja de ser un rumor, el Almirantazgo decide enviar a Nicholas Ramage, con plena libertad de movimientos pero sin ayuda oficial, para que averigüe con qué recursos cuenta Napoleón y para cuándo está prevista la operación.

Ya en Francia, las investigaciones llevan a Ramage al interior del país, donde una vez remitida a Londres la información, es apresado y condenado a morir en la guillotina, y sólo gracias a la colaboración de sus hombre y a la intervención de un francés antinapoleónico logrará abandonar el país.

Lectulandia

Dudley Pope

Ramage y la guillotina

Una novela de los tiempos de Nelson

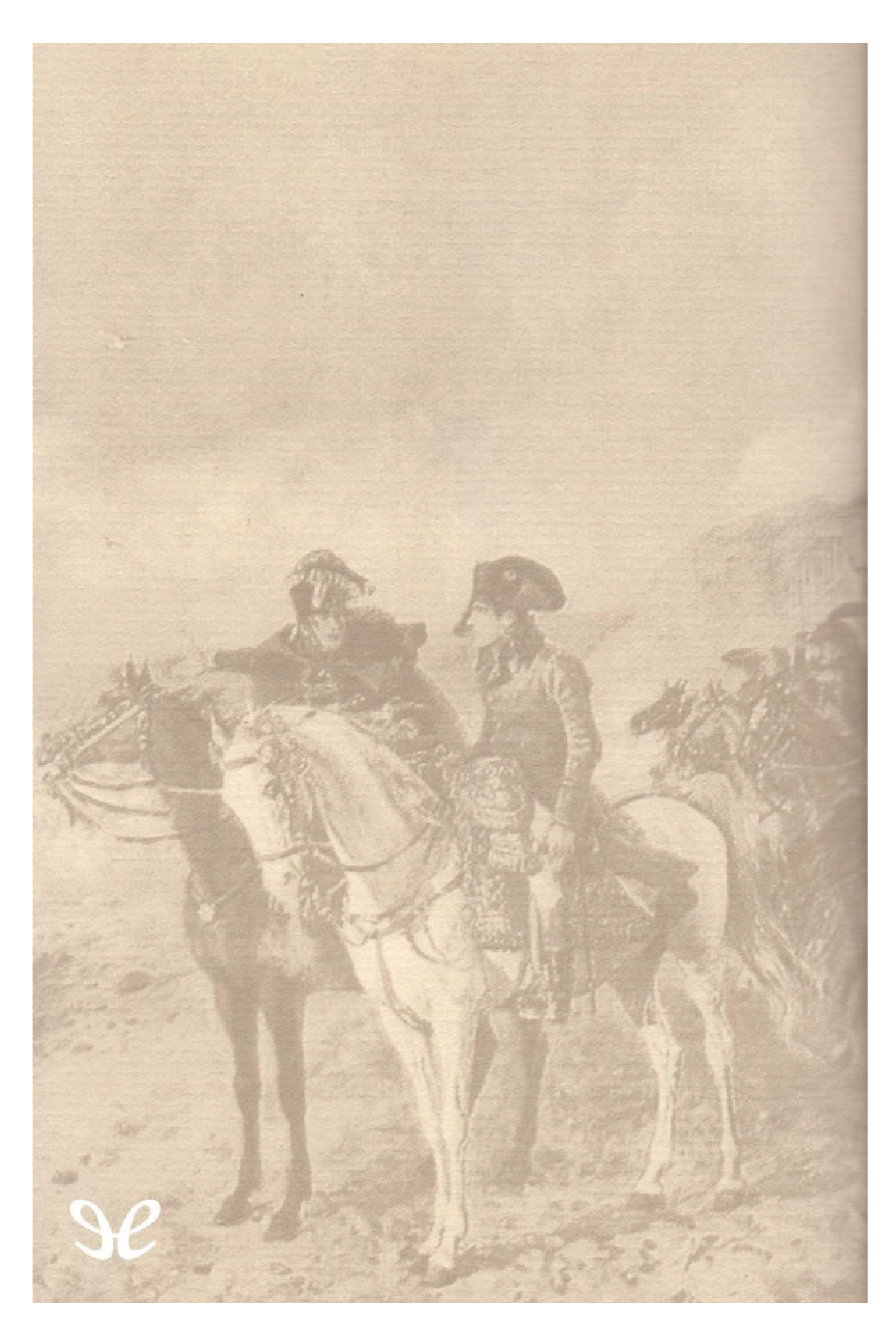
Nicholas Ramage - 6

ePub r1.0

Titivillus 17.05.18

Título original: *Ramage and the Guillotine*
Dudley Pope, enero de 2005
Traducción: Miguel Antón Rodríguez
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





CAPÍTULO 1



Ramage extendió el brazo para alcanzar la campanilla de plata que descansaba sobre la mesilla del desayuno. La agitó y se dispuso a aguardar. Había pasado más de un año en el mar, a bordo de un barco del rey, y su estómago no dejaba de rebelarse por los exquisitos manjares que la anciana señora Hanson insistía en servirle en cada comida, desayuno incluido. En la Armada, era de todos sabido que las comidas solían constar de una suerte de variantes poco sofisticadas del cerdo y la ternera en salazón, amén del pan, al que se llamaba así por darle algún nombre, ya que cualquier panadero en su sano juicio hubiera renegado de él.

La mujer era la cocinera y ama de llaves de la familia en la casa que tenían en Londres desde hacía más tiempo del que Ramage era capaz de recordar, y su marido era el mayordomo; un hombre corto de vista, tímido, cuyo pelo caía a mechones y cuya vida parecía haberse convertido en la búsqueda incesante de sus extraviados lentes.

La señora Hanson creía firmemente que todos los marinos, desde los almirantes a los marineros, los modestos tenientes como el propio Ramage o los adustos pilotos de derrota, eran sometidos a una hambruna premeditada por parte del artero Almirantazgo, que medía el tamaño de las raciones, sabedor de que también a los gallos de pelea se los mata de hambre antes de soltarlos a luchar por su vida. Ramage tenía la impresión de que siempre que se presentaba en Londres o se marchaba de allí, ella hacía lo imposible por llenar su baúl de provisiones suficientes para aguantar un año más embarcado.

—¿Llamaba usted, milord?

Al levantar la mirada, vio a Hanson esperando su respuesta con cierta expectación

mientras los quevedos le resbalaban lentamente por el puente de la nariz.

—Ah, sí. Tenga la amabilidad de agradecer a la señora Hanson este excelente desayuno.

—Apenas ha tocado la lengua, señor —protestó Hanson en tono lastimero—. ¡Ni las ostras! ¡Pero si no ha probado una sola ostra!

—Hanson, debería usted recordar que odio las ostras; sólo de pensar en ellas siento náuseas —replicó Ramage con firmeza, consciente de que el mayordomo seguía tratándolo como a un crío, con cierto humor, lo que no impedía que le instara a comer hasta la última miga del plato.

El mayordomo negó con la cabeza.

—Eso decepcionará mucho a la señora Hanson; ella nunca ha dejado de tenerlas en gran consideración, y asegura que ayudan a crecer. «Veinte ostras», dice, «y nunca se quedará uno en los huesos».

—Míreme, ¿de veras cree que las necesito? —protestó Ramage, armado de paciencia.

—Juegue usted siempre sobre seguro, milord —respondió Hanson, mientras recordaba lo bronceado que había vuelto su señoría de las Indias Occidentales—. Se le ve pálido. Ya me lo comentó esta mañana mi esposa.

—Recuerde a la señora Hanson que el bronceado no dura para siempre.

—En fin, ha llovido de lo lindo —admitió Hanson, sumiso, mientras retiraba los platos—, y lloverá aún más antes de que oscurezca.

—Estoy seguro de ello —comentó Ramage con ánimo de apaciguar al mayordomo—. ¿Se ha levantado ya algún miembro de la familia?

—Su padre y su madre, señor, y hemos subido ya el agua caliente para la marquesa, de modo que no tardará en bajar.

—Excelente. Tenga la amabilidad de traerme el periódico.

—¿El *Morning Post* o el *Times*, señor?

—Dispongo de tiempo de sobra para disfrutar de ambos antes de que baje la marquesa.

Hanson sonrió con aire cómplice, asintiendo como para confirmar algún hilo de pensamiento particular que discurría por su mente. Luego, mientras salía por la puerta, murmuró para sí:

—Una dama adorable, teniendo en cuenta que es extranjera…

Ramage sonrió también, aunque enseguida se sintió un poco tonto. El hecho de que elogiaran a Gianna no suponía un halago para él. Aun así, el inocente comentario de Hanson venía a colación por el hecho de que no era aquél el mejor momento para ser extranjero y residir en Inglaterra. Es decir, se corrigió, ni en Inglaterra ni en Irlanda. El Acta de la Unión se había convertido en ley mientras él comandaba el bergantín *Triton* en aguas de las Antillas, y de un tiempo a esta parte intentaba reprimir la costumbre que tenía de referirse a Inglaterra cuando se refería a la Gran Bretaña, error que ponía furiosos a escoceses y galeses. El problema era que los

extranjeros siempre generalizaban y se referían a los «ingleses» en lugar de a los «británicos».

Tomó la prensa de la bandeja de plata que sostuvo Hanson ante él e hizo un gesto con la cabeza en respuesta al discreto ofrecimiento de éste de sentarse en el salón.

Dedicó su atención al titular de la primera página del *Morning Post*.

> El público leerá con gran satisfacción que Lord Nelson, héroe de Copenhague y del Nilo, pronto abandonará la ciudad, embarcado en una misión secreta que librará a la patria de la amenaza de invasión del tirano corso. Entendemos que el Almirantazgo confía que su señoría pronto enviará al fondo del mar a las embarcaciones francesas fondeadas en Calais que se disponen a acometer tamaña empresa.

Mmm. El Gobierno debía de estar sumamente preocupado si consideraba necesario encomendar a lord Nelson semejante tarea, pues la labor de ofender a los barcos de transporte fondeados a lo largo del Canal solía recaer en jóvenes capitanes de fragata. A pesar de ello, los agentes habían descubierto quizá que Bonaparte había puesto fecha para esa gran empresa, aunque lo más probable era que el Gobierno tan sólo pretendiera tranquilizar a la población.

A medida que fue leyendo el resto de las noticias, comprendió que éstas no serían bien recibidas por nadie que viviera a veinte millas de las costas de Kent y Sussex.

> Recientes datos recibidos en Londres informan de que Bonaparte ha dado órdenes para la construcción de otros cien barcos de transporte y cincuenta cañoneras. Estimamos que la flota preparada para esta gran invasión, fondeada en Calais, Boulogne, Wimereux, Ambleteuse, Etaples y Havre de Grace, Saint Valéry, Gravelines, Dunquerque y Ostende, cuenta con un total de más de trescientas embarcaciones para el transporte de tropas, caballos, artillería y equipajes, además de doscientas cañoneras de diversos portes, destinadas a la defensa de la flota y al ataque de los recios defensores que puedan encontrar en las playas inglesas. La construcción de los campamentos destinados al ejército invasor de Bonaparte prosigue a marchas forzadas, y nuestras patrullas de fragatas observan a diario más tiendas levantadas en las colinas que rodean Boulogne.

Imaginó a las fragatas orzar y virar por redondo a diario a lo largo de la costa francesa, de día y de noche, con la esperanza de encontrar y destruir cualquier embarcación enemiga que se arriesgara a desplazarse de un puerto a otro. El francés sacaría provecho del escaso oleaje de esas aguas, se mantendría pegado a la costa y confiaría en que las fragatas que les aguardaran como tiburones embarrancaran de vez en cuando en los bajíos y los bancos de arena.

Los barcos y cañoneras terminados estaban fondeados frente a cada uno de los puertos, expuestos a la tormenta pero abrigados de las fragatas por las baterías costeras. Con la bajamar, tales embarcaciones se quedarían sin agua, tumbadas en la guija, protegidas por tropas de caballería de los posibles golpes de mano que pudieran llevar a cabo los marineros enemigos.

Se trataba de un complejo juego del gato y el ratón: Con la pleamar, una fragata podía virar por avante una y otra vez cerca del amarre, siempre más allá del alcance de las baterías costeras y, cuando juzgara que los artilleros franceses descansaban, cerrar de pronto con la intención de efectuar un par de andanadas a los barcos

fondeados, antes de que el francés despertara y devolviera el fuego. No obstante, era un juego muy peligroso: Toda la costa francesa se hallaba a sotavento, y un disparo fortuito era muy capaz de perjudicar seriamente el aparejo de una fragata sometida a un viento que la empujaría hacia esa misma costa.

Mientras viraran a la mar, los oficiales de las fragatas no dejarían de moverse para compensar el balanceo, todo ello mientras encaraban con el catalejo las colinas y las dunas que rodeaban los puertos. Contarían por enésima vez las docenas de tiendas levantadas con precisión geométrica alrededor de las astas en las que ondeaba la bandera tricolor. Tomarían nota de cuantos nuevos campamentos se hubieran puesto en pie; frente a muchos puertos divisarían cientos de caballos sueltos en las colinas, además de los trenes de munición, los hornillos y las piezas de artillería, que no andarían muy lejos. Y los hombres de las fragatas, de las corbetas y cúteres sabrían que cuanto veían no era sino un pellizco de las tropas que se disponían a embarcar en los transportes para el viaje que las llevaría a través de La Manche a las playas de Kent y Sussex.

A tenor de lo que había oído decir, las fragatas no cosechaban muchos éxitos en su empeño. El francés disponía de las suficientes baterías en los acantilados que dominaban los fondeaderos como para mantener vivo el fuego día y noche.

Pero los franceses no eran los únicos enfrascados en los preparativos. Tras echar un vistazo al resto de la página, comprobó que los ingleses también estaban muy ocupados preparando a los comités de bienvenida. Lord Romney había pasado revista a tres mil voluntarios de Kent en sus propiedades de Maidstone. El rey había hecho lo propio ante mil quinientos voluntarios de Surrey en Wimbledon Common. Una noticia describía las maniobras conjuntas que los regimientos Royal Hackney, Royal Westminster, Whitechapel, Shoreditch y Wapping llevaban a cabo en Londres. Una nota destacada al pie de una columna anunciaba:

> Los miembros de los voluntarios de Londres y Westminster pueden adquirir llaves de mosquete a dos libras la pieza en el almacén de rippon, número 3, Ludgate Hill. También disponibles cajas de cartuchos, pistolas y espadas.

Cada aldea y población situada en la esquina sureste de Inglaterra debía de estar a rebosar de patrióticos ciudadanos que aferraban las antiguas armas de caza, los mosquetes recién comprados o, quizá, tan sólo los tridentes y las hoces, atentos a cualquier extraño, a quien mirarían con suspicacia puesto que esperaban ya encontrar al francés acechando tras cada seto y matorral. Todos los cazadores furtivos de Weald of Kent, de Romney Marsh y Pevensey Level tenían la excusa perfecta que ofrecer a jueces y magistrados si fueran descubiertos en tierras del señor con una pieza bajo el brazo (aunque resultaría más complicado justificar la presencia del hurón en el bolsillo y las redes que llevaran colgadas al hombro).

Por un instante, Ramage imaginó a Gianna en una de las alocadas cabalgatas por la campiña, tirando de las riendas al ver surgir de un seto a un grupo de voluntarios

mosquete en mano, a quienes explicaría con el exuberante inglés que la caracterizaba cuánto le gustaba cabalgar sola. Rústicos, incapaces de distinguir el acento italiano del francés, hasta las cejas de las disparatadas historias que llenaban las páginas de la prensa acerca de los globos secretos de aire caliente de Bonaparte o de embarcaciones movidas por ruedas de molino, podían pensar que era el equivalente moderno de Juana de Arco al servicio de Bonaparte, empeñada en recorrer la campiña para empujar a los inocentes a levantarse en armas contra su propio Gobierno…

Volvió la página para repasar el resto de las noticias. Una galerna había llevado a la costa de Plymouth a cuatro barcos, y había diseminado la flota pesquera justo antes de que pudiera volver a puerto, por no mencionar los árboles y chimeneas que había tumbado. «Se procederá a la construcción de una nueva fábrica de cerveza en Brighton, con el patronazgo del duque de Malborough y de otras personalidades». Por lo visto, el rey no acudiría al baile que aquella misma joche celebraría la duquesa de Manston porque la reina se hallaba indispuesta y permanecería en Windsor. Esa noticia decepcionaría a Gianna.

Había un apartado que no debía olvidar recomendarle. Con el encabezamiento «El mundo de la moda», empezaba sentenciando que «La moda femenina es cada día más similar a la masculina». El artículo explicaba que, dadas las docenas de unidades de voluntarios que se formaban en todo el país, y con los oficiales diseñando los uniformes además de procurando la adquisición de mosquetes, pólvora y uniformes, era inevitable pensar que «las damas no tardarían en seguir la moda».

Ramage sonrió para sí ante la descripción que venía a continuación. Los colores de moda para el verano de 1801 eran el púrpura, el castaño rojizo, el amarillo y el escarlata; se extendían los abalorios y las plumas se popularizaban junto a las redecillas para cubrir el cabello. Los sombreros de día de terciopelo, liso o adornado, «se cuentan entre las recientes innovaciones». Los trajes de paseo y de gala de las damas, aseguraba el *Morning Post* a sus lectores, serían de dos estilos: Uno, el de muselina amarilla, adornada de lazos y borlas negras, además de las hombreras; el otro, vestido de muselina blanca con chaquetilla ajustada de raso adornado con encaje negro, todo ello rematado con un pequeño sombrero redondo y velo oscuro.

La influencia militar saltaba a la vista, pensó Ramage socarrón. Imaginaba a los oficiales del Estado Mayor luciendo pequeños sombreritos con velo oscuro y chaquetilla ajustada de color escarlata, al presentarse ante el duque de York en el cuartel de la Caballería de la Guardia. Ahora que lo pensaba, ¿por qué esas chaquetillas se llamaban como el hombre que acababa de dimitir como primer lord del Almirantazgo, «Spencer»? El color de piel tendía a adquirir un tono más bronceado, y el mal de hígado generalizado probablemente transformara el blanco de los ojos en un tono amarillo huevo más acorde con la moda. Gianna coincidiría en considerar esta perspectiva muy jocosa. Sacó el reloj del bolsillo del chaleco; eran las nueve en punto. En fin, ninguna dama elegante podía tardar menos de una hora en acicalarse.

Echó un vistazo a la última página, en la que abundaban los anuncios. El primero le pareció intrigante: «Se pagan doscientas guineas por un empleo de oficial en cualquiera de los regimientos de su majestad destinados a las Indias Orientales u Occidentales». Algún pobre diablo intentaba rehuir un destino en Inglaterra que consideraba peor que la perspectiva de morir en las Indias víctima de cualquiera de las enfermedades tropicales que allí abundaban. ¿La venganza de una mujer a quien habría plantado? ¿Las amenazas de algún prestamista? Ramage se encogió de hombros. A juzgar por lo que había visto recientemente en las Antillas, mejor sería que el pobre diablo siguiera en Inglaterra. Mejor el mal conocido, que el mal por…

El siguiente anuncio aseguraba que las nuevas linternas mágicas constituían un «divertido entretenimiento familiar… Servidas en cajas, cada linterna cuenta con doce rejillas de vidrio, en las cuales se han pintado un total de sesenta siluetas grotescas que, por medio del reflejo, se ven aumentadas del tamaño de miniatura al normal, según sea el propio tamaño de las linternas».

El resto de los anuncios no daba cuartel a una mente imaginativa, de modo que volvió a consultar el reloj. Las nueve y cuarto. La habitación estaba más iluminada a esa hora, y a través de la ventana alcanzó a ver que las nubes empezaban a disiparse. Con un poco de suerte, aquél sería un cálido día de verano y, a juzgar por el ruido que reinaba en el exterior de la casa, tal previsión había inducido a los buhoneros a echarse a la calle. Oyó la llamada lejana de un vendedor de dulces que sin duda ignoraba la buena mano que tenía la señora Hanson en la cocina. Nada tenía que hacer el pobre hombre en Blazey House.

¡Menudo griterío había ahí fuera! Las voces de los vendedores ambulantes y de los buhoneros, que intentaban superarse unos a otros; el estruendo de los cascos de los caballos y el traqueteo de los coches y los carros de mano. El violinista en la esquina de Palace Street, que afinaba con una melodía cargada de letárgica melancolía. Artículos y pescaditos. Cómo odiaba el alboroto de las grandes ciudades en general, y de Londres en particular. Se sentía más que irritado por las obligaciones sociales que habían empujado a la familia a acudir a Londres, y por la tozudez de su padre desde que Ramage echara un pie a tierra al salir del carruaje. Su madre había renunciado a que los dos hombres más importantes en su vida vieran sus caracteres alterados por los largos períodos que habían pasado y pasaban en la mar, pendientes del lejano horizonte, ya fuera en busca del enemigo o, en tierra, tomando decisiones en la soledad que nacía del mando. Era una de las pocas personas que casi comprendía la impaciencia que ambos sentían por las trivialidades y la vacuidad que reinaba en la sociedad londinense.

El almirante disfrutaba del retiro en Saint Kew, y lamentaba cada instante que pasaba fuera de Cornualles, puesto que nada había en Londres capaz de igualar la cabalgata diaria que daba en las tierras que habían pertenecido a la familia Ramage desde hacía trescientos años. En lo que al anciano conde concernía, ninguna de las conversaciones de los salones comparable a las charlas que mantenía con sus

arrendatarios y vecinos de Saint Kew, con quienes compartía las buenas y las malas noticias. No había una hinchazón de gota o un dolor de espalda, una anciana abuela o un niño enfermo que John Uglow Ramage, décimo conde de Blazey y almirante de la escuadra blanca, no conociera, ni guineas o apoyo que no hubiera hecho lo posible por procurar cuando era necesario.

Como hijo y heredero, Ramage esperaba ser tan buen terrateniente y vecino cuando llegara el momento, pero, dado que él apenas acababa de celebrar su vigésimo primer cumpleaños, y el almirante estaba tan fresco como una fragata en el Canal, aún tardaría años en estar en situación de poder demostrarlo.

Ramage se había sentido muy aliviado al comprobar que, durante el año y medio que había pasado en las Antillas, su madre parecía haber rejuvenecido, mientras que su padre mantenía la buena forma. La razón, le había susurrado su madre una noche (después de tocarse la nariz en un gesto empleado por los italianos para señalar que se disponían a hacer una confidencia), residía en el hecho de tener a Gianna en casa: Su juventud resultaba contagiosa, aun cuando, según añadiera la madre con afecto, «la marquesa di Volterra se ha sosegado».

En fin, tendría que aceptar la palabra de su madre a ese respecto. Lo cierto era que el cuerpecito de Gianna ya no temblaba de rabia y odio con sólo oír mencionar el nombre de Bonaparte, y ya no lloraba cuando pensaba en su modesto reino de Volterra y en las alegres gentes que lo poblaban, a quienes había regido hasta que el Ejército de Italia de Bonaparte la había obligado a huir, al negarse ella a colaborar con el francés como sí había hecho su vecino, el despreciable y débil gran duque de la Toscana.

El veredicto de su madre había sido especialmente bienvenido, ya que había albergado ciertas dudas acerca de que Gianna quisiera quedarse en Saint Kew. La laberíntica y vieja mansión era lo bastante grande para un inglés, pero durante siglos los regentes de Volterra habían vivido en un palacio del cual los Medicis se hubieran sentido muy orgullosos.

Gianna había dejado atrás en Italia a más doncellas que todo el personal que servía dentro y fuera de Saint Kew. Quizá parte de ese proceso de «sosegarse» fuera debido a la única doncella que tenía en ese momento, una imperturbable lugareña muy dada a replicar: «Ooooh, señora, qué pronto se arrugará si se sulfura de esa manera», siempre que Gianna era presa de uno de esos berrinches suyos, capaces de dejar pálidas y temblorosas a las doncellas que había tenido en Italia.

El hecho era que se había enamorado de una joven tan impredecible y testaruda como un cachorrillo en mitad de un jardín lleno de flores. Cualquier hombre que la provocara no tardaría en descubrir que más le hubiera valido pasar la tarde del domingo arrancando chispas en la santabárbara… Como bien sabía por propia experiencia, debía admitir, no sin cierta ironía. De temperamento apasionado, pero generoso; a veces autoritaria, pero siempre (al cabo, al menos) comprensiva. Impaciente también… En fin, la lista era interminable; cualquier descripción de

Gianna tendía a verse constituida por una larga lista de sinónimos y antónimos.

Sin embargo, la puntualidad, pensó sin atisbo de duda, no figuraba en ella. Dejó a un lado el reloj y tomó el *Times*, que también informaba de la «misión secreta» de Nelson, más o menos en los mismos términos. Eso hacía suponer que debía de ser cierta, y no una noticia esperanzadora e infundada escrita por alguno de los periodistas del *Morning Post*.

En ese momento se abrió la puerta de par en par, y Gianna entró en la estancia, ofreciéndole a continuación la mejilla al verlo levantarse. Sonrió ella con aire travieso, señalando la silla que había ocupado el teniente hasta ese momento y los periódicos que tenía en la mano.

—¡Menuda manera de empezar el día! El hombre de la casa ha tomado el desayuno en paz y silencio, y leído la prensa suficiente como para estar totalmente informado de lo que pasa en el mundo. No vuelvas al mar, *caro mio*.

—Alguien tendrá que combatir a Bonaparte —dijo con cierta ligereza, consciente no obstante de que era tema delicado.

—Deja que otros se ocupen de eso —replicó ella muy a la ligera—. Tú ya has hecho bastante, y… —Se interrumpió al entrar con una bandeja imponente Hanson, quien recibió el siguiente comentario por parte de la dama—: ¡Nada de ostras, Hanson! Lléveselas al almirante.

Al mayordomo se le agrió la expresión mientras se dirigía con la bandeja a la mesa, y mostró el desamparo de quien intenta vender manzanas pochas en el mercado de Covent Garden.

—¿Le gustan las ostras, Hanson? —preguntó Ramage en tono inocente.

El mayordomo se volvió inquieto a la puerta, como temiendo que su esposa pudiera andar al acecho. Luego, sacudió la cabeza en un gesto inequívoco.

Gianna se sentó a la mesa y animó a Ramage a hacer lo propio.

—¿Qué dice hoy la prensa?

—Parece ser que los milores comisionados del Almirantazgo han encomendado a lord Nelson un nuevo trabajo.

—Mientras sus señorías no te busquen uno a ti… —comentó ella, cortante—. El Almirantazgo debería dejarte disfrutar de un descanso.

—Tengo un mes de permiso —le recordó.

—Del que tan sólo quedan once días.

—¿Cuentas los días? —preguntó él, con las cejas enarcadas.

—Sí —respondió ella en voz queda—, aunque no sé por qué lo hago: Por lo visto, no ves el momento de hacerte de nuevo a la mar y dejarme sola, y…

—Si no hay barco para mí, podré…

—Habrá barco —le interrumpió ella, molesta—. ¡Ahora eres famoso! Vamos, pero si incluso tu padre asegura que no tardarás en ascender a capitán de navío. Capitán Ramage, ¿qué tal te suena eso? Y llevarás una charretera en el hombro derecho, que al cabo de tres años acompañarás de otra en el izquierdo. ¿Ves? —le

preguntó con ojos febriles—. Aprendo todo lo referente a la etiqueta de la Armada: he leído las Ordenanzas navales y el Código Militar, y no tardaré en…

—El cambio de Gobierno —le recordó él para tranquilizarla, alarmado al comprobar que Gianna elevaba el tono de voz más y más; y sorprendido también por las lecturas que había llevado a cabo—. Lord Spencer va no es primer lord del Almirantazgo, y…

—Pero si el nuevo primer lord te conoce perfectamente, Nico. Lord Saint Vincent fue tu comandante en jefe en el Mediterráneo, cuando lord Nelson aún era comodoro[1].

—Se habrá olvidado de mí, ¡hay trescientos tenientes en la Armada!

—¡Miles! —retumbó una voz procedente de la entrada—. ¡Todos ellos sabandijas, y con una chica en cada puerto!

El almirante entró en la sala. Era un hombretón de facciones aquilinas y cabello plateado. Tenía los mismos ojos de mirada penetrante que su hijo, la pose y los andares de alguien acostumbrado a ejercer la autoridad. Las arrugas de su rostro demostraban que reía con frecuencia.

—Buenos días tengáis ambos —saludó al reparar en los labios prietos de Gianna, al tiempo que se preguntaba por qué estarían peleándose—. ¿Has desayunado ya, Nicholas?

—Hace horas, señor —respondió Ramage, un tanto distraído.

—Espero que me hayas dejado unas ostras. —Al ver la expresión de Ramage, añadió—: Olvidé que no te gustan. Lástima, ostras y lengua fría, el mejor desayuno del mundo. ¿No estás de acuerdo, querida?

—No —se limitó a responder Gianna—; las ostras *sono horribile*.

El conde sonrió alegre al sentarse y hacer sonar la campanilla.

—¿Sabes una cosa, Nicholas? He advertido que Gianna siempre habla en italiano cuando está a punto de amotinarse. ¿Tuviste alguna vez ese mismo problema con los marineros italianos?

—Sólo con ese tipo, Rossi. Te hablé de él.

—¡Pero si es *genovese*! —exclamó Gianna.

—Los buenos marineros provienen de Génova. En fin, él fue uno de los que te salvaron la vida —señaló Ramage.

—¡Y también la tuya!

El almirante volvió a tocar la campanilla.

—Niños, dejad de pelearos.

—No me estoy…

—Pues que sepas que ya no vistes a la moda —la interrumpió Ramage, levantando los periódicos—. Al menos, según el *Morning Post*.

Gianna le miró fijamente; sabía que intentaba cambiar de tema.

—Déjame ver.

Ramage le tendió el periódico.

—«Muselina amarilla, adornada de lazos y borlas negras, además de las hombreras; el otro, vestido de muselina blanca con chaquetilla ajustada de raso adornado con encaje negro, todo ello rematado con un pequeño sombrero redondo y velo oscuro…».

Leyó unos instantes y lanzó un bufido.

—Basura, eso se lo pondrán las esposas de los taberneros. En fin, es un vestido de paseo —añadió con menos energía.

—La moda femenina sigue la senda de la militar —murmuró Ramage a su padre.

—¡Ajá! —exclamó el almirante—. Ya estoy viendo a las damas dando taconazos con esas botazas, con bandolerás de cuero y chacos deshilachados. ¡Muy apropiado!

—¿Té, milord? —preguntó Gianna con dulzura—. Habrá reparado en que las damas copian al Ejército, y no a la Armada —añadió tras asentir él.

—Sólo faltaba eso —replicó el almirante—. Menuda facha tendrías yendo por ahí vestida con unos calzones blancos, casaca y sombrero de tres picos. Deberías tomar prestado uno de los uniformes de Nicholas y lucirlo en el baile que celebrará esta noche la duquesa de Mansión. La nueva moda. ¡Vaya, seguro que lograrías imponerla en Londres!

—Abordarlos apareciendo de entre el humo —apuntó Ramage—. Mi padre te puede prestar el mejor espadín que tenga.

—¿Y tú qué vas a llevar? —preguntó ella, fría como el hielo—. Llevas años sin ir al sastre, de modo que sin duda será algo pasado de moda y desaliñado. Bermejo y verde, estoy segura. Te tomarán por el guardabosque.

—La prensa dice que el rey no asistirá. Parece ser que la reina está indispuesta y van a quedarse en Windsor. De todos modos, llevaré puesto el uniforme.

Gianna pareció sufrir una decepción al saber que el rey no acudiría al baile.

—¿Uniforme? ¡Oh, Nicholas! Por favor, ponte algo más elegante.

—No tiene elección, querida —intervino el conde—. Lord Saint Vincent estará presente, y es muy estricto con ese tipo de detalles.

—¿Y quién es ese Manston? —preguntó ella, con el desdén propio de la primogénita de una de las familias más antiguas de Italia.

—Un recién llegado; al menos lo es en comparación con el resto —respondió el conde—. Su padre prestaría algún servicio al padre del actual soberano.

—Un servicio político —añadió Ramage—. O sea, un político inteligente.

—He oído cosas raras acerca de la duquesa —dijo Gianna.

—No es de extrañar, aunque no deberíamos hacer caso de nada de lo que se diga por ahí.

—Es lo que tienen las envidias —dejó caer Ramage, guiñando un ojo a su padre.

Gianna echó atrás la cabeza en un gesto desdeñoso, y tomó la taza de té.

—Pues, de ser ciertas tales habladurías, esa mujer no ha logrado en una semana lo que algunas mujeres romanas que conozco consiguen en una sola semana. Pero si la duquesa de Ravello…

—¡Gianna! —exclamó el conde, serio—. No sigas con tus historias sobre mujeres libertinas, al menos durante el desayuno.

—En ese caso seguiré después, cuando se sienta usted con más fuerzas —anunció Gianna con cierto desdén—. No sé qué habrá sido de Hanson. —Hizo sonar la campanilla y señaló la tetera de plata—. ¿Más té? Se enfriará en unos minutos.

El conde le acercó la taza, y cuando un estrépito procedente de la cocina sorprendió a ambos hombres, ella tuvo ocasión de comprobar el parecido físico entre padre e hijo. El ruido los hizo volverse, recordándole a Gianna la pose del halcón que se dispone a atacar. Se parecían a los antepasados cuyos retratos colgaban en las paredes de la mansión de Saint Kew. Tenían ambos las facciones características de los Ramage: pómulo alto y nariz fina (¿cómo lo llamaban los ingleses?, ¿aquilina?) v ojos como castañas, hundidos bajo las cejas, que conferían cierta fiereza a la expresión. Boca de labio grueso, manos de dedos largos… En uno o dos de aquellos retratos, los artistas habían logrado captar la mirada huidiza de distanciamiento divertido con que los Ramage parecían observar el mundo a lo largo de las generaciones, y que en Nicholas Ramage ponía furiosa a Gianna tanto como hacía que deseara estrecharle entre sus brazos.

Aquella mirada era pose, una máscara tras la cual ocultaban sus verdaderos sentimientos, porque ella sabía que Nicholas no era precisamente alguien capaz de distanciarse de las cosas. Podía situarse en el alcázar del barco, ella lo había visto una docena de veces, preocupado en apariencia por la orientación de las velas y el rumbo establecido, observando a los hombres como si fueran las ovejas de un rebaño. Después, conversaría con el señor Southwick, que por lo general actuaba de piloto de derrota, a quien preguntaría por el estado del brazo de un marinero o la pierna de otro, y sugeriría destinarlos a tareas más livianas. A menudo, Southwick, el hombre más amable que había conocido jamás, se asombraría ante la agudeza de su capitán, puesto que él no había apreciado nada al respecto y el interesado no había dado parte al cirujano de a bordo. Lord Ramage, o el teniente Nicholas Ramage, tal como prefería ser conocido en la Armada, no era un hombre precisamente distante; Gianna lo amaba y le aterraba la idea de que se hiciera a la mar. El Almirantazgo le había escogido de forma deliberada en varias ocasiones para desempeñar tareas tan inverosímiles como peligrosas, y pensaba decírselo a lord Saint Vincent cuando lo viera esa noche; Ramage solía salirse con la suya, lograba lo imposible, aunque a veces lo hiciera a costa de un alto precio en vidas.

Mientras la veía picar algo de comida, Ramage intentaba adivinar sus pensamientos. De pronto guardaba un silencio extraño, casi ofensivo. Quizás estuviera decepcionada por el hecho de que llevara uniforme aquella noche, en lugar del atuendo propio del petimetre que estuviese a la moda en ese momento en particular.

Debía de extraerse una conclusión profunda y filosófica acerca del hecho de que la prensa del día dedicara más espacio a las noticias relativas a la influencia militar en

la moda femenina que a los planes para la invasión de Inglaterra que Bonaparte llevaba a cabo, o a las defensas de la isla, pero no tenía ni idea de cuál era. Quizá se debiera a un esfuerzo por demostrar la confianza en las defensas de que disponía la patria; en tal caso era preferible a lanzar mensajes de alarma. ¿Un gesto de desafío? ¿O el genuino desprecio por los planes de Bonaparte, tanto más peligroso cuanto que iba de la mano de la apatía?

Estar de permiso ya suponía un cambio en la moda que regía la vida del teniente Ramage. Después de pasar meses en el mar, era toda una novedad, una agradable novedad, estar sentado en la mesa de un salón cuyo techo se hallaba a diez pies del suelo, en lugar de las escasas pulgadas que pasaban de los cinco pies, medida habitual entre las cubiertas de la cabina de un capitán en cualquiera de los barcos de menor porte de la Armada real. En lugar del uniforme, vestía calzones gris perla, chaleco azul celeste (aunque no gustara del bordado en hilo color plata, uno de los favoritos de Gianna), y una casaca relativamente cómoda de color azul marino de la que Gianna se burlaba diciendo que era más propia de un párroco sin hábito.

Por tradición, las mujeres eran esclavas de la moda; claro que también los hombres lo eran, por ejemplo, cuando la política se metía de por medio. Algunos de los partidarios del señor Pitt llevaban chaleco escarlata, de piel de ante los del señor Fox, sin que las mujeres se rieran de ellos fuera de la corte; había oído también que las damas *tory* lucían un lunar en la parte derecha de la frente, lunar que las damas whig colocaban en cambio en la parte izquierda. Seguramente, las fulanas de los revolucionarios pertenecientes a la London Corresponding Society llevaban esos mismos lunares en la punta de la nariz.

Estaba satisfecho de ver que las pelucas cedían terreno; eran muy caras, resultaba sumamente difícil encontrarlas por menos de veinte chelines. Las buenas de pelo gris costaban un par de guineas, cuando no más.

CAPÍTULO 2



Con la cabeza retumbando, la boca seca y los pies tan hinchados que parecían a punto de reventar los zapatos nuevos, Ramage tomó a Gianna del brazo en cuanto la orquesta dejó de tocar y la condujo lejos de la sala de baile.

—Sentémonos y observemos el siguiente —dijo.

La sala de baile de Manston House tenía fama de ser la más espaciosa de Londres, lo cual no era difícil de creer: Dar una sola vuelta debía de equivaler a la circunnavegación de Hyde Park. La duquesa la había redecorado recientemente en color azul claro y crema, con los recargados diseños del techo destacados en pan de oro. Había tantas arañas de luces que parecía un milagro que el peso no forzara la caída del techo sobre los invitados, y la luz era brillante, lo que venía a resaltar todo el color y la alegría de los vestidos de las damas, y arrancaba destellos a diademas y brazaletes. Sin embargo, las docenas de candelabros hacían que en la estancia reinara un calor propio del Trópico, y Ramage ansiaba disfrutar de un poco de aire fresco.

Gianna terminó de escudriñar al centenar de mujeres que aguardaban, acompañadas por sus parejas, a que la orquesta iniciara los compases del siguiente baile.

—Oh, Nicholas —dijo Gianna, quejumbrosa—, ¡cuatro bailes y ya estás cansado! Aunque bailas de maravilla.

—Me falta práctica —se excusó él, a pesar del halago, tomándola con fuerza del brazo para conducirla a un sofá. Mientras caminaba vio a un joven teniente de la Armada vestido de uniforme entrar en la sala, detenerse un instante para susurrar algo con apremio a un mayordomo, y luego dirigirse apresuradamente en la dirección que el sirviente le había indicado. Pasó entre las parejas que aguardaban el siguiente baile

y se dirigió a un corrillo de ministros que conversaban en un extremo de la sala.

—La orquesta es maravillosa —insistió Gianna, al escuchar los compases de la pieza siguiente.

—La orquesta es maravillosa, tú eres maravillosa, y es un baile maravilloso, ¡pero me siento como si hubiera pasado tres horas en combate!

—Ah, pues yo no —replicó Gianna, cruzada, al tiempo que se acomodaba a regañadientes en el sofá—. Veamos bailar a la duquesa —propuso al tiempo que arreglaba los pliegues de la falda—. Tendrá treinta años, por lo menos, ¡pero menuda energía!

—¿Treinta, por lo menos? —preguntó Ramage en tono solemne—. Pronto será abuela.

—¡Si no tiene hijos!

—Entonces será mejor que se dé prisa —comentó Ramage, que se volvió para ver al teniente dirigirse a lord Saint Vincent, abrir una bolsita de cuero que llevaba y tenderle una carta—. El duque querrá un hijo y heredero —añadió en un tono un poco distraído, sabedor de que Gianna le estaba observando—. Lo natural es…

—¿Es bonita? —preguntó Gianna.

—¿Quién? ¿La duquesa?

—¡No empieces! La mujer que estás mirando.

—Miraba a ese oficial que acaba de entregar un despacho al primer lord —explicó molesto Ramage, al tiempo que se volvía hacia ella—. Pero si hubiera alguna mujer más bonita que tú, la miraría por pura curiosidad; pero como no hay ninguna presente, puedes tranquilizarte y dejar de clavarme esas miradas de odio.

Gianna le dedicó una sonrisa cómplice.

—Vosotros los ingleses mentís con tanta gracia… Aun así, te perdono y te haré de vigía para ahorrarte el bochorno de tener que darte la vuelta. ¿Cómo lo decís? ¡Cubierta! ¡Tope!: Lord Saint Vincent lee la carta… Ah, acaba de llamar a lord Nelson, que se dirige hacia él… Lord Nelson lee la carta y se la devuelve: debe de ser breve. Conversan, ceñudos. ¿Malas noticias? El pobre teniente… Vaya, lord Saint Vincent lo despide. No dejan de mirar a su alrededor, supongo que para asegurarse de que nadie pueda escucharles. Lord Nelson tendrá sólo un brazo, pero no deja de moverlo de un lado a otro.

Calló para aplaudir a la orquesta, que sin darse una pausa inició el siguiente tema. Cuando los bailarines dieron los primeros pasos, Ramage reparó en que Gianna se ponía tensa de pronto.

—¿Qué pasa? —preguntó alarmado.

Ella hizo un gesto con el abanico como para calmarlo.

—No es nada. Lord Nelson había hecho un gesto en esta dirección, como si quisiera llamar a alguno de los presentes aquí. Ahora lord Saint Vincent está mirando a todos. Se le ve muy serio.

Ramage se encogió de hombros.

—La mitad de los ministros de su majestad se cuentan entre los presentes… ¡Tal vez acaben de recibir un despacho de guerra advirtiéndoles de la llegada de Bonaparte!

Gianna tembló.

—¡No bromees con algo así! —Y se dispuso a leer la tarjeta que acababa de sacar de su minúsculo bolso—. Ah, para el próximo baile tengo de pareja a…

Ramage no prestaba atención; en lugar de responder o replicar, se volvió de nuevo y observó al primer lord dirigirse con aspereza a un joven y apuesto capitán de navío, quien después echó a andar al margen de las parejas de baile tras cruzar fugazmente la mirada con Ramage. Tomó un atajo por un extremo de la sala donde había pocos invitados bailando, y Ramage vio tanto a lord Saint Vincent como a lord Nelson apartarse a propósito de sus respectivos grupos. Ambos parecían aguardar algo con aire impaciente.

Quizás aquello era de lo más habitual en un gran baile al que acudía más de la mitad del gabinete: la súbita llegada de un despacho urgente que requería de una decisión igualmente urgente. Se volvió de nuevo a Gianna y envidió a quienquiera que fuera requerido en ese momento en presencia del primer lord; podía echar a perder el resto del baile al afortunado y arriesgar su popularidad con quien lo acompañara; pero, por otro lado, ahí estaba el empleo. En el mar, con un buen barco y órdenes para desempeñar una misión.

—Soy tremendamente aburrido en los bailes —dijo a Gianna a modo de disculpa.

Ella no parecía prestar atención, más bien estaba pendiente de alguien. Él levantó también la mirada y se asombró al ver al capitán de navío, que le miraba directamente.

Éste se inclinó cortésmente ante Gianna y, después del «con su permiso, señora» de rigor, dijo a Ramage:

—Lord Saint Vincent desea hablar con usted unos instantes. Su señoría me ha pedido que haga compañía a la marquesa.

—Será lo más conveniente, señor —dijo Ramage, irritado ante los toscos modales del capitán—; hay una indicación en el mapa que reza: «Aquí hay leones». —Se volvió a Gianna, a quien vio encantada como una cría por la mirada intrigada que se dibujaba en el rostro del capitán de navío—. Si me disculpas, no tardaré en regresar.

Gianna le sonrió con amabilidad.

—Nada de barcos —advirtió con firmeza—. Al menos durante los próximos once días. Díselo.

Lord Saint Vincent no había cambiado un ápice en los dos años que hacía de la última ocasión en que lo había visto Ramage. Seguía tieso como un ariete, la cabeza inclinada mientras hablaba con la misma franqueza que tenía al escribir.

—Ah, Ramage, me temo que debo interrumpir su vida social unos instantes. Lástima que el rey no se halle aquí presente; quería presentárselo. Su majestad gusta de conocer a jóvenes oficiales cuyos nombres y hechos ha visto mencionados en la

Gaceta. Claro que habrá otra oportunidad, siempre y cuando no emborrone usted su cuaderno, ¿eh? —Su señoría le dedicó una sonrisa glacial—. Me entiende, ¿verdad?

—Por supuesto, señor —respondió Ramage, consciente de que el primer lord tenía mejor memoria de lo que creía.

—¡Señor Ramage! —exclamó el primer lord, levantando la voz para imponerse a la música de la orquesta, que acababa de alcanzar una frase de lo más exuberante—, he visto esa sonrisa resabiada que acaba de dibujarse en su rostro. He leído toda la correspondencia referente a sus actividades recientes. Es usted un hombre valiente, de recursos, pero no crea que me engaño: sé que es de los que prefieren desobedecer las órdenes antes que cumplirlas. En una de cada millar de ocasiones, tal medida se ve justificada, quizá suceda una vez en la vida. Usted, en cambio, lo ha hecho ya en seis ocasiones. Recuérdelo, y tampoco olvide que en la Armada abundan los valientes oficiales jóvenes de muy amplios y variados recursos.

Tan sólo un insensato hubiera pasado por alto la nota de advertencia en aquel discurso; largo, tratándose de lord Saint Vincent.

—A la orden, señor —dijo Ramage finalmente, con la esperanza de que la fórmula sirviera para ahuyentar los problemas.

—Mis felicitaciones y disculpas a la marquesa —dijo lord Saint Vincent, bronco —. Se la ve tan bella como siempre. ¿Van a casarse?

El primer lord era conocido por su convicción de que en cuanto uno de sus oficiales contraía matrimonio ya no se podía contar con él para el servicio en la Armada, de modo que Ramage se alegró al poder responder con sinceridad:

—Lo cierto es que el tema aún no ha salido a colación, señor.

—Acabo de recordar algo que mencionó su majestad —dijo lord Saint Vincent tras soltar un bufido—. Ha reparado en que no contemplan su título a la hora de mencionarlo en la Gaceta.

Ramage no estaba seguro de si era una afirmación o una pregunta; pero lord Nelson, que había permanecido en un segundo plano hasta ese momento, se acercó e inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Creo que la razón hay que buscarla en los primeros tiempos del teniente en la Marina, señor. Resultaba muy enojoso para una anfitriona disponer los lugares que debían ocupar los comensales a la mesa, si el teniente lord Ramage debía pasar por delante del contralmirante *sir* John Smith, etcétera.

—Bueno, Ramage, dese prisa, ascienda en empleo y deje usted de constituir un problema para las damas, ¿quiere? —Saint Vincent asintió, comprensivo—. Veamos, ¿será posible refugiarnos en la intimidad de la biblioteca del duque?

Tras esto, giró sobre sus talones y, siempre acompañado de lord Nelson, se dirigió al corredor que conducía a la sala de baile. Ramage, intrigado, se disponía a reunirse con Gianna cuando vio a Saint Vincent volver la mirada y hacerle un gesto para que los siguiera.

—Estoy convencido de que su majestad se sentirá sumamente agradecido de

saber que puede usted conceder unos minutos de su valioso tiempo al primer lord del Almirantazgo, Ramage —gruñó cuando se hubo reunido con ellos—; tanto como la marquesa pueda estarlo de que un par de centenares de invitados le vean abandonar la sala de baile en compañía de uno de los ministros del rey y de uno de sus almirantes más famosos y combativos.

—Supongo que sí, señor… Yo, esto…

—Deje usted de balbucear y no hable tanto.

La biblioteca era una cueva cuyas paredes estaban forradas de libros. Lord Saint Vincent se dirigió derecho a la mesa y tomó asiento. Luego invitó con un gesto a lord Nelson y a Ramage a sentarse frente a él.

Lord Nelson observó fijamente a lord Saint Vincent antes de preguntar:

—¿No existen dudas al respecto de este informe, señor?

—Ninguna. Quisiera equivocarme.

—No confío en esos agentes franceses —admitió el contralmirante—. No los mueve el patriotismo, todo lo que hacen sólo lo hacen por dinero.

Ramage deseó conocer los antecedentes de aquella conversación, y pensaba en que la cuestión de la lealtad dependía de a quién se tenía por líder, cuando el primer lord dijo:

—Este es de origen escocés. Ha vivido la mayor parte de su vida en Francia. Es nuestro mejor agente, al menos eso me han dicho.

—Por lo visto, nuestro secretario de Estado no sabe nada —recordó Nelson, que no las tenía todas consigo—. Lo lógico es que…

—Lord Hawkesbury habrá recibido el informe hará media hora —dijo impaciente el primer lord—. Hablamos de un agente del Almirantazgo, por eso los informes nos llegan directamente y somos nosotros quienes remitimos copia al secretario de Estado.

—Pues que no espere ser muy popular en Downing Street —comentó Nelson—. La oficina del secretario de Estado se encarga de todas las actividades relacionadas con la inteligencia.

—Muy cierto, aunque, en lo que a este agente se refiere, no tienen muchas opciones que digamos —admitió ácido Saint Vincent, antes de añadir—: Disfruta de una posición elevada en el círculo de Bonaparte, de modo que su vida pende de un hilo. —Levantó la mirada y vio la expresión intrigada de Nelson—. Es hijo de un antiguo oficial de marina, y sus informes llegan a Inglaterra por medio de… En fin, de una inusual serie de rutas marítimas. Es más conveniente que el Almirantazgo se encargue de coordinar sus actividades.

Nelson extendió la mano.

—¿Podría leer de nuevo el informe?

En ese momento, se oyeron dos golpes en la puerta y un hombre a quien Ramage reconoció como lord Hawkesbury entró en la biblioteca.

—¡Ah, aquí están! —saludó, sentándose a continuación a la mesa. Miró a

Ramage, inclinó la cabeza secamente y luego añadió, dirigiéndose al primer lord—: Querría comentar este informe que acabo de recibir.

—De acuerdo. Aquí Ramage no sabe nada al respecto, pero es más que probable que se vea involucrado. Veo que le conoce.

El secretario de Estado asintió con aire ausente.

—Supuse que les encontraría aquí y vine de inmediato. ¿Qué le parece?

—Me parece convincente —respondió sin mostrar dudas Saint Vincent—. Me esperaba algo así. Por ello su señoría —e hizo un gesto para señalar a lord Nelson— ha sido nombrado para el mando de esa escuadra «destinada a un servicio muy concreto».

—Cierto —admitió Hawkesbury—. ¡No obstante, el agente se muestra muy franco en el informe!

Saint Vincent se encogió de hombros.

—Pudo haber empleado un millar de palabras para decir lo mismo que dice, pero gracias a Dios no lo hizo.

—No aporta pruebas —se quejó lord Hawkesbury—. No lo hace una sola vez. Es miembro del Estado Mayor de Bonaparte, y sabe que nosotros somos conscientes de ello. Pero si vuelve a leer el informe. —Animó con un gesto a lord Nelson a que le tendiera la hoja de papel— verá que está redactado de tal forma que nadie que lo leyera podría concebir la menor duda acerca del contenido. Si llegan a interceptarlo, ese papel hubiera sido su sentencia de muerte.

»Muy bien —continuó el secretario de Estado, echando un vistazo al informe. Cuando terminó de leerlo, dijo en tono quejumbroso—: Cuanto más lo leo, menos tengo la impresión de entender.

—Hay que distinguir dos asuntos —explicó Saint Vincent, armado de paciencia, controlando su famoso malhumor—. Primero, las tropas. El hecho de que otros cincuenta mil hombres puedan marchar en este instante a Boulogne y Calais constituye un considerable refuerzo. Ya sabemos que Bonaparte dispone de cien mil hombres en la zona.

—Pero ¿es probable que sea así?

—¿Y por qué no iba a serlo? Desde que rubricó el Tratado de Luneville y dejó fuera de juego al austríaco, Bonaparte no ha combatido a nadie en el continente europeo.

—Lo sé —interrumpió lord Hawkesbury, impaciente.

—Y yo sé que lo sabe —dijo con calma Saint Vincent—. Lo menciono para que sirva de cimiento al punto que me dispongo a introducir en esta conversación, no porque se trate de una noticia reciente.

—Discúlpeme, he tenido un día agotador.

—Bien, Bonaparte ha dispuesto de tres o cuatro meses para equipar de nuevo a sus ejércitos y diseñar nuevos planes.

—Y ha decidido que Gran Bretaña es su último enemigo —añadió lord

Hawkesbury, que recuperó así sus habituales modales impacientes y autocráticos.

—Eso es razonablemente obvio —admitió el primer lord, que a todas luces experimentaba ciertas dificultades para controlar su temperamento—; pero hasta ahora, hasta principios de verano, carecía de aliados.

—¿Qué aliados? —Hawkesbury pareció intrigado, efecto que Saint Vincent ya suponía que produciría ese comentario.

—Viento del este y un mar calmo —explicó hosco Saint Vincent—, y luna nueva.

—¿Cuándo calcula usted que se dará esa triple coincidencia?

—La luna nueva es harto predecible, dentro de tres semanas. Pero el viento del este…, ¿quién sabe? Siempre hemos dado por sentado que Bonaparte tendría que escoger un período de luna nueva, pero necesitamos información más precisa, porque de otro modo habrá que acercar a la flota del Canal por el estrecho de Dover una vez al mes.

—Viento del este, ¿eh? —se dijo en voz alta Hawkesbury—. ¿Y si Bonaparte no espera a que se dé ese factor? ¿Podría arriesgarse a dar la orden para la invasión con viento de poniente?

—Podría, sí, pero querrá disfrutar de un viento que tenga un mínimo componente este, porque los transportes no podrán orzar lo necesario y necesitan seguir la dirección del viento.

—¿Quiere con esto decir que estamos a salvo mientras haya viento de poniente? Nunca había oído nada parecido.

—Un fuerte viento con cualquier componente oeste los mantendrá en puerto, pero no estamos totalmente a salvo con brisa o encalmados. Los transportes pequeños y las cañoneras pueden gobernarlas a remo. Sería agotador, pero cabe dentro de lo posible.

—Menuda remada, ¿eh? Si así sucediera, las fragatas y navíos de línea de usted tendrían ocasión de meterse entre ellos.

Saint Vincent negó con la cabeza.

—Me temo que un mar así de calmo equivaldría a una ausencia total de viento, de modo que también las fragatas y la flota en general permanecería en calma.

—Claro, claro —comprendió Hawkesbury, enfadado consigo mismo por no haber caído en ese detalle tan obvio—. Por lo visto, el agente no nos ha contado muchas cosas.

—Tan sólo hemos comentado el primer asunto, el referente a los cincuenta mil soldados que marchan a Boulogne —replicó Saint Vincent mientras se disponía a repasar sus notas—. El segundo es si cabe más breve pero más revelador: Bonaparte preguntó a Bruix (el almirante al mando de la flota de invasión, como usted bien sabrá) cuándo estaría preparada la flota para hacerse a la mar.

—Mmm. Comprendo, y tiene usted razón al decir que resulta más revelador —admitió Hawkesbury.

Saint Vincent dobló el papel con decisión y lo dejó sobre la mesa.

—A la luz de esta información, puede inferirse que el general Bonaparte

considera al ejército preparado para cruzar el Canal, y por eso pregunta al almirante Bruix cuándo podrá la flota embarcar las tropas. Esa pregunta debería preocuparnos, si resulta que la flota puede cumplir sus deseos en una fecha temprana. En tres semanas —dijo—, o un mes después.

—Lo que reduce las posibles fechas a períodos de unos pocos días, porque imagino que la luna llena de nada les sirve.

—Así es. Los franceses necesitan la luna nueva, dos o tres horas después de anochecer, para que sus barcos puedan salir a salvo de puerto sin abordarse entre sí y sin demasiada confusión. Después, necesitan la oscuridad para cruzar el Canal, para situarse de modo que nuestras naves estén en desventaja, y arribar al alba a nuestras playas.

—Si el viento acompaña…

—Exactamente —confirmó Saint Vincent.

—¿Qué más le interesa a usted saber, querido almirante? —preguntó Hawkesbury, un poco intrigado.

—Verá, señor, el problema es que pensamos… —calló e hizo un gesto a lord Nelson, que apoyó la mano en la mesa y se inclinó levemente hacia delante, en un gesto que recordó a Ramage el de un muelle al tensarse.

—Quizá Bonaparte haya ordenado marchar a las tropas, y preguntado a Bruix cuándo estará dispuesto para espolear a generales y almirantes, señor —explicó Nelson en voz baja—. Dispone de otros tres meses de verano, otros tres períodos adecuados de luna nueva, y no podemos tener la seguridad de que no lo pospondrá para el último momento. Si damos por sentado que el siguiente período de luna nueva será el elegido y hacemos maniobras con la flota alrededor del estrecho de Dover, además de movilizar las defensas, Bonaparte retrasará la empresa un mes y llegará a la conclusión de que conocemos sus planes, puesto que no hicimos el más mínimo movimiento en la última luna nueva.

—Sin embargo, supongo que nuestros barcos llevarán a cabo ciertos preparativos ante la llegada de cada período de luna llena, ¿o no?

—Sí, pero nos interesa impedir que Bonaparte esté al corriente de cuáles son exactamente nuestros planes.

—Pero —protestó Hawkesbury—, si sabe que la flota está lista, ¿no es menos probable que se haga a la mar?

En aquel momento vio Ramage a Nelson con mayor claridad: era un hombre nuevo, con su único ojo bueno brillando febril, el rostro sonrojado, los dedos tamborileando en la mesa.

—No podremos atajar los planes de invasión de Bonaparte mientras sus barcos y tropas permanezcan en puerto, señor. Queremos que su ejército salga a mar abierto para poder quemar o hundir todas y cada una de sus naves. Se necesita un gran ejército, con las consiguientes bajas, para destruir a otro compuesto de ciento cincuenta mil hombres en tierra, un ejército que no podemos reunir. Pero nuestra flota

podría destruir a semejante hueste en el mar. Puede, y lo hará, siempre y cuando se haga a la mar para ello.

Hawkesbury parecía preocupado.

—Es sumamente arriesgado. El gabinete tendrá que deliberar. Yo me decantaría por mantener embotellado al genio en Boulogne y Calais.

—No mientras yo ostente el empleo de primer lord —interrumpió Saint Vincent —. Siento un gran respeto por el señor Addison, pero acepté la responsabilidad que me ofrecía el Gobierno con la condición de tener carta blanca.

—Oh, de acuerdo —se apresuró a decir Hawkesbury, consciente de haberse extralimitado en su responsabilidad profesional: asuntos exteriores—. Expresaba sólo una opinión personal, entiéndame. Probablemente mis colegas estén de acuerdo conmigo.

—Sea como sea —continuó Saint Vincent, en tono neutro—, puedo asegurarle que el Almirantazgo quiere que el francés se haga a la mar, porque confía en que no podrá desembarcar en Inglaterra, de modo que…

—Muy bien —lo interrumpió Hawkesbury—. Y ahora, dígame: ¿Por qué no podemos confiar en que nuestros agentes, sobre todo ese caballero parisino, nos avisen con tiempo suficiente si Bonaparte decide dar orden a la flota de hacerse a la mar?

Nelson dirigió una mirada a Saint Vincent antes de responder:

—No es el tipo de información que nuestros agentes de Boulogne puedan descubrir, lo que carga toda la responsabilidad sobre los hombros de nuestro hombre en París. Por desgracia, nunca viaja con Bonaparte. Parece ser que éste dispone de un Estado Mayor especial que lo acompaña en sus desplazamientos, mientras que el otro permanece en París.

—¿Y en qué se traduce esta situación?

—Creo que podemos dar por sentado que, a partir de ahora, Bonaparte se moverá entre París y Boulogne con cierta frecuencia. No tenemos modo de saber, a menos que nuestro hombre obtenga alguna pista, si simplemente viaja para pasar revista a las tropas y animarlas o para ordenar que se hagan a la mar.

Lord Hawkesbury se volvió al primer lord.

—¿Qué va usted a hacer respecto a este informe? —preguntó, señalando el papel que había encima de la mesa—. El señor Addison me preguntará por él.

—Voy a enviar un hombre a Boulogne —respondió Saint Vincent—. A este hombre —añadió, volviéndose a Ramage.

—Por Dios, ¿de veras va usted a hacer tal cosa? —exclamó Hawkesbury—. ¿Qué le parece eso, joven? Parece un poco sorprendido. ¿Qué piensa hacer cuando se encuentre allí?

Ramage tragó saliva, con la esperanza de que uno de los almirantes acudiera en su ayuda, pero cuando vio que ambos guardaban silencio, dijo:

—Despejar las dudas que puedan tener su señoría, señor, y enviar un informe.

—¿Habla usted bien el francés? El espionaje es un oficio peligroso.

—Bastante bien, señor, yo… —De pronto, tuvo una idea—: Puedo hacerme pasar por italiano, señor; eso reducirá el riesgo.

Era consciente de que ambos almirantes le observaban con suma atención.

—No habrá que preocuparse por Ramage —desestimó lord Saint Vincent—. Está acostumbrado a este tipo de encargos.

Ramage sabía que aquel comentario tenía por objeto tranquilizar a lord Hawkesbury al mismo tiempo que distraer su atención, pero el secretario de Estado insistió:

—¿Qué va a descubrir?

—Pues cuántos de los barcos de la flota de invasión están preparados para hacerse a la mar, y cálculos más precisos de los que tenemos en este momento acerca de cuántos soldados podrían transportar, por no mencionar la clase de tropa a la que pertenecen.

—No veo en qué va a poder ayudarnos esa información —confesó Hawkesbury.

Saint Vincent logró contener un suspiro.

—Si ve quinientos barcos preparados, y calcula que cada uno de ellos puede transportar a un centenar de hombres, averiguaremos que Bonaparte podría embarcar a un ejército de cincuenta mil soldados.

—Muy cierto —dijo Hawkesbury.

—En otras palabras, señor —intervino Nelson—, el hecho de que Bonaparte haya despachado a otros cincuenta mil hombres a Boulogne no tendría que preocuparnos si nos aseguramos de que no tendrá barcos para transportarlos a través del Canal.

—Pero ¿qué le hace pensar que Bonaparte enviaría a cincuenta mil soldados a Boulogne, si no dispusiera de barcos para su transporte?

—No tiene nada que ver lo que yo piense al respecto. Sucede que tan sólo hace media hora me he enterado de que otros cincuenta mil hombres marchan a Boulogne, y tomo medidas para descubrir si Bonaparte dispone de los barcos necesarios para acomodarlos, tanto a ellos como al ejército que ya acampa en la zona. Hasta que obtenga el informe del joven Ramage, no daré nada por sentado —añadió con cierta frialdad.

—Excelente. —Por fin Hawkesbury parecía convencerse de que el Almirantazgo planeaba hacer lo correcto—. Mañana informaré de ello al gabinete. Es una medida satisfactoria, siempre y cuando este joven pueda proporcionarle las respuestas que anda buscando.

—Más le vale hacerlo —dijo el primer lord con el atisbo de una sonrisa—. Si evita la guillotina de Bonaparte y regresa a Inglaterra sin la información, ¡tendrá que lidiar conmigo!

El secretario de estado rió con tanta soltura como le permitió su habitual frialdad.

—Me han dicho que los marinos afrontan los mayores peligros cuando recalan en puerto —dijo secamente a Ramage.

—Eso parece, señor —admitió Ramage, deseoso de que su risa sonara más convincente.

Saint Vincent le dedicó otra de sus sonrisas glaciales y sacó el reloj del bolsillo del chaleco.

—El señor Ramage me estará esperando mañana por la mañana a las siete en punto en el Almirantazgo, señor, y no me cabe la menor duda de que en este momento le gustaría disfrutar de uno o dos bailes más antes de irse a la cama, de modo que…

CAPÍTULO 3



Mientras aguardaba a la mañana siguiente en la antesala de la oficina del primer lord, Ramage reflexionó en que, si bien la lengua de una mujer tenía fama de constituir su mejor arma, había ocasiones en que resultaba más efectiva cuando no la utilizaba. Cuando la pasada noche se reunió en la sala de baile con Gianna y logró finalmente librarse del condenado capitán de navío (que parecía hipnotizado por ella), la marquesa se volvió a él inexpresiva y con una mirada glacial.

—Bueno, confío en que lord Saint Vincent y lord Nelson hayan aceptado tus peticiones —le dijo.

Él había negado con la cabeza, en un gesto de indefensión, temiendo que si le confiaba el menor detalle de lo hablado en la biblioteca, ella se dirigiría derechita a lord Saint Vincent como una fragata que orzara al viento y montaría una escena. Optó por la salida cobarde, y sólo le dijo que debía presentarse en el Almirantazgo a la mañana siguiente, temprano. Entonces, ella guardó silencio, un silencio estruendoso e hiriente que le dolió mucho más de lo que le hubieran dolido las palabras.

Bailaron dos veces más, pero lo hicieron tensos y distantes. Ella se excusó ante cuatro hombres que le habían solicitado un baile, cuyos nombres anotó en el tarjetón, antes de pedir a Ramage que la llevara a casa. Ramage agradeció el hecho de que sus padres hubieran estado demasiado ocupados con su círculo de amistades como para reunirse con ellos y charlar, porque estaba seguro de que Gianna hubiera metido de por medio a su padre —que le había visto entrar en la biblioteca acompañado de los dos almirantes—, en una diatriba interminable acerca de los oficiales que anulan los permisos de sus subordinados.

Sentado en la gélida y gris estancia, la piel del rostro tensa a causa de una cuchilla

que poco caso había hecho ante el contacto del suavizador, descubrió que se sentía asustado.

Anoche debió de estar muy preocupado por el comportamiento de Gianna como para ahondar en los hechos aludidos en la biblioteca del duque, se había metido en la cama tan cansado que concilio el sueño de inmediato, y estuvo durmiendo hasta que Hanson lo despertó con la noticia de que eran las cinco y media, hora de levantarse.

Menudo frío hacía allí, y ¿por qué estaría pintada la antesala, como todas las estancias del Almirantazgo, con aquel espectral verde oscuro? La diminuta ventana daba a una pared cercana, de modo que el sol nunca lograba abrirse paso hasta el interior. Sintió un escalofrío y, al cabo de un instante se preguntó si se debería a la temperatura o al hecho de que en el plazo de una semana se hallaría en Francia, actuando de espía. ¡Actuando! Sería un espía, alguien que en caso de ser atrapado sería ejecutado tras un implacable interrogatorio: si no proporcionaba las respuestas adecuadas, probablemente sería sometido a una tortura de lo más cruel.

¿Había imaginado siquiera Gianna que no sólo estaría sujeto a las órdenes de lord Nelson, y que por tanto se vería involucrado en los planes de invasión de Bonaparte, sino que, además, tendría que viajar a Francia? Parecía imposible, aunque sin duda no se hubiera comportado ella de forma distinta si tan sólo se tratara de la asignación del mando de otro barco. Pero había callado, y ahí estaba la cuestión, en ese silencio gélido tan impropio de ella. Era como si sintiera miedo por él, no sólo la decepción propia de verlo marchar de nuevo tras la larga ausencia.

Se encogió de hombros. Quizás había relacionado la llegada del mensajero con la repentina actividad que tuvo por protagonistas a lord Nelson y al primer lord. Quizás aquella mañana había leído en la prensa lo concerniente al nuevo nombramiento de lord Nelson. Eso le había llevado a pensar en la amenaza de invasión, y quizás había unido el resto de las piezas del rompecabezas. Sabía mejor que nadie que hacía tres años ambos almirantes habían intervenido cuando Ramage encabezó el trozo de desembarco que la rescató en las playas de la Toscana de las garras de la caballería francesa[2]. Lord Nelson sabía que hablaba bien el italiano y el francés. En otras palabras, Gianna había llegado instintivamente a la misma conclusión que él tras pensarlo detenidamente: lord Nelson había sugerido su nombre no sólo por ser el único oficial de la Armada dispuesto a partir al instante, sino, además, el único que tenía posibilidades de trabajar tras las líneas enemigas con un mínimo de probabilidades de éxito.

Los espías debían de ser personas sin imaginación, o ser quizá capaces de ponerle riendas a voluntad. Quiso tener esa habilidad, porque su imaginación se mostraría lo bastante escurridiza como para permitirle conciliar el sueño cuando los soldados franceses recorrieran las calles a pocos pasos de él. Cerró los ojos y se imaginó atento a las campanadas de la iglesia dar las tres de la mañana, acompañadas por los taconazos de las patrullas y las órdenes dadas en francés a los soldados. Ya era duro en la batalla; hasta entonces había tenido que reprimir el miedo que le empujaba a

querer desaparecer por la escala de toldilla, bajo cubierta, cuando veía al enemigo poner los cañones en batería antes de escupir el mortífero fuego…

Se abrió la puerta y lord Nelson le invitó a pasar con un gesto.

El primer lord, sentado a una mesa desnuda a excepción de tintero, plumero, caja para arena y dos solitarios candelabros, levantó la mirada e inclinó la cabeza a modo de saludo.

—A partir de hoy está usted bajo las órdenes de lord Nelson. Debo advertirle que el secreto es vital, de modo que no hable con nadie de lo que se dispone a hacer. —Sonrió, como si quisiera librar a sus anteriores palabras de parte de la seriedad que les había conferido su tono de voz—. No ponga esa cara; será usted a quien guillotine Bonaparte, no a mí.

Lord Nelson se pasó la mano por un cabello cada vez más canoso.

—Demasiado temprano para mencionar la guillotina, ¿eh, Ramage? Venga, acérquese, que el almirante me ha dado las órdenes que le conciernen a usted. Dejémosle a solas con el trabajo que le espera en esta jornada.

El almirante le condujo a una sala cuya puerta se encontraba en el corredor, y se sentó a una mesita. Al ver las dificultades que tenía para abrir un portafolio de cuero, Ramage se dispuso a ayudarlo, pero Nelson movió la cabeza.

—Llevo ya tanto tiempo sin mi otro brazo —dijo—, que ya me he acostumbrado. Esto es lo único que me preocupa. —Señaló el ojo de cristal—. Creo que sacrificaría el otro brazo por recuperarlo.

Colocó el contenido del portafolio en la mesita, y Ramage vio que la mayoría de las páginas correspondían a boletines y recortes de la prensa francesa. El almirante seleccionó algunas páginas de anotaciones, y empujó el resto hacia Ramage.

—Écheles un vistazo —dijo—, y sabrá tanto de las intenciones de Bonaparte como los lectores habituales de *Le Moniteur*.

Las páginas, que casi cubrían todo un año, incluían docenas de informes recogidos en prensa referentes a los planes de invasión de Bonaparte o, al menos, tanto como éste quería revelar al permitir que los publicaran. Algunos de los informes concernían a órdenes que Bonaparte había dado a sus almirantes y generales, órdenes escritas en un estilo florido que nada revelaban. Otras mostraban cómo habían reunido al Ejército de Inglaterra, tal como lo llamaban, en la costa del Canal a lo largo de los últimos meses. Pero lo más reseñable eran las descripciones de cómo los inventores franceses colaboraban en la tarea de transportar a esa gran hueste a Inglaterra.

Figuraban ahí los informes originales de los cuales habían extraído su información los periódicos ingleses, por no mencionar las viñetas cómicas de personas como Gillray: enormes globos de aire caliente, capaces de transportar a un centenar de hombres en góndolas voladoras que colgaban debajo para el *Descente en Anglaterre*; imponentes embarcaciones a vela, remo y molinos de viento cuyas aspas accionaban de algún modo unas ruedas de paletas montadas en los costados del

casco. Las embarcaciones destinadas a la invasión eran descritas con tal lujo de detalle que Ramage empezó a pensar que las habían diseñado arquitectos navales conocedores de las galeras del Mediterráneo, para quienes las galernas del Canal no eran sino simples brisas. Poco más que enormes cajas, debían de ser tan recias que necesitarían de un ventarrón para navegar a la vela. De igual modo, las cañoneras destinadas a proteger a las embarcaciones se le antojaban más útiles para operar en grandes lagos que en el Canal, con el tiempo traicionero y las fuertes corrientes que lo caracterizaban.

Lord Nelson levantó la mirada al pasar Ramage la última página.

—¿Y bien?, ¿qué le parece?

Ramage titubeó. ¿Qué podía comentar un simple teniente al almirante que había cosechado más éxitos en su carrera en la Armada que no pareciera simplón, impertinente, banal… o todo ello a la vez?

—Dígame —ordenó Nelson—. Si estuviera usted al mando de trescientas de esas embarcaciones cargadas de soldados y artillería, y de doscientas cañoneras armadas, ¿cómo calcularía sus posibilidades de desembarcar sin percances en las costas de Kent y Sussex?

—Si tuviera un buen viento del este y una noche negra como boca de lobo, señor —respondió al punto Ramage—, y siempre que la Armada real no anduviera cerca, confiaría en poder arrimar cincuenta, quizá cien embarcaciones a la costa inglesa. Claro que probablemente se dispersaran a lo largo de millas de playas. Sería imposible concentrarlas en un único punto.

—¿Por qué? —preguntó Nelson en tono quejumbroso—. Eso no diría gran cosa de su destreza como comandante, ¿no cree? No tendría usted la menor oportunidad, a menos que mantuviera juntas a las embarcaciones. Un centenar de franceses mareados que desembarcaran a una milla de la playa… ¡Vamos, hombre, pero si los soldados de la Compañía de Indias podrían despacharlos sin ayuda!

Aunque Ramage se sonrojó, no quiso dar su brazo a torcer.

—Los franceses no dispondrán de suficientes hombres adiestrados en el manejo de las embarcaciones, señor. Se dispersarán nada más salir de puerto. Aparte de Calais y Boulogne, los otros puertos franceses son diminutos y de escaso brazaje, de modo que al menos dos terceras partes de las embarcaciones provendrán de dichos puertos. Incluso un centenar de barcos, por no mencionar bergantines y cañoneras, partirán de Calais con la misma pleamar: reinará la confusión. Parecen ser tan lentos que, a menos que dispongan de un viento muy favorable, no podrán maniobrar. De modo que abandonarán dispersas la costa francesa, y dudo que puedan adoptar ninguna clase de formación en la oscuridad, antes de alcanzar Inglaterra al alba.

—¿Dónde perdería usted a los otros doscientos, pues? Acaba de decir que sólo un centenar ganarían la costa.

—Abordajes, señor. Bastaría con eso para tumbar los palos como el maíz cae ante la guadaña. Y si las gobiernan a remo, no tendría por qué deberse a las colisiones:

bastaría con que se acercaran demasiado unas a otras para perjudicar los remos y lastimar a los remeros.

—¿Doscientos barcos perdidos así?

—No, señor; quizás un centenar. Otros cincuenta, más o menos, toparían con bajíos debido a errores de cálculo en la derrota, o a una mala maniobra cuando abandonaran los puertos franceses, o darían con rocas o arrecifes en la costa inglesa. El resto se iría al fondo probablemente por ceder la tablonería, a causa de la celeridad de la construcción, o por las piezas de artillería mal batiportadas, el nerviosismo de los caballos…

—¡Menudo agorero está usted hecho, Ramage! ¿Siempre es usted tan cenizo? —A juzgar por la expresión del almirante, bromeaba.

—No, señor, es sólo que las embarcaciones y cañoneras descritas en estos documentos no parecen diseñadas por la Armada francesa, que dispone de buenos barcos. El noventa por ciento de los hombres que vayan a bordo serán de tierra adentro. Bonaparte apenas tiene suficientes hombres y oficiales para la flota. Y sólo intentaba responder a su pregunta, señor; tenga en cuenta que no me he referido a las pérdidas que sufrirían a manos de la Armada real.

—Excelente —dijo el almirante—, he aquí otra pregunta hipotética. Puede usted escoger las condiciones atmosféricas más propicias, y las únicas órdenes de Bonaparte son concentrar las lanchas a lo largo de un trecho de las costas de Kent y Sussex que comprenda diez millas. Pero resulta que la Armada real opera en la zona. ¿Cuántas lanchas cree que podría arrimar a la costa?

—Unas docenas, señor, y muy diseminadas —respondió Ramage de inmediato.

—Me alegra que Bonaparte no pueda escuchar esa respuesta porque se llevaría un disgusto. —El almirante alisó los documentos que tenía en la mano—. Veamos, el significado de todo esto es que quiero que lea y recuerde cada detalle de información de que dispone el Almirantazgo referente a los planes de invasión de Bonaparte, y que olvide todo cuanto pueda saber usted acerca de nuestras defensas. En caso de que sea capturado —añadió.

—No se preocupe, tengo muy mala memoria —se disculpó Ramage, que no veía con buenos ojos la posibilidad de tener que memorizar todos esos datos—. Me refiero a las cifras concretas.

—No hay en estos documentos nada que deba espantarle —dijo lord Nelson, torvo, tras sacudir la cabeza; al cabo, sacudió los papeles que sostenía—, poco sabemos acerca de las flotillas de cañoneras y embarcaciones, aparte de lo que ha publicado el *Moniteur*. Todo lo que sabemos es gracias a nuestros agentes, en su mayor parte franceses que abandonaron su tierra, de modo que la información no es precisamente reciente. Lo tiene usted escrito aquí. Todos los asuntos de interés del *Moniteur* los tiene allí, son esos recortes que acaba usted de repasar. Si lo junta todo verá que no hay mucha cosa, ¿no le parece? —apuntó con cierta tristeza—. Ahora me gustaría repasar estos datos que tengo en la mano, y luego podrá dedicar usted el día a

digerirlo todo.

Leyó rápidamente las notas escritas, que hacían referencia al total de embarcaciones y cañoneras construidas y botadas en cada uno de los puertos, las cifras de las que se hallaban en proceso de construcción en alguno de los astilleros y los datos estimados que concernían a los pedidos hechos pero cuyas labores aún no habían comenzado. Otra lista recogía las ubicaciones de los campamentos del ejército levantados alrededor de Boulogne y Calais, así como algunos pormenores sobre las tropas y la artillería que los ocupaban, con posibles lugares donde podían levantar más campamentos. Una tercera lista incluía los nombres de los oficiales de la Armada y el ejército más importantes, así como el papel que desempeñarían en la invasión.

Mientras hablaba lord Nelson, que de vez en cuando hacía algún apunte sagaz acerca de las habilidades de aquellos oficiales franceses a lo que había conocido en el pasado, Ramage se sintió más y más sobrecogido por la magnitud de la empresa que le habían encomendado. Aún no conocía todos los pormenores, pero ¿cómo diantre iba a llegar a Francia y, en cuestión de pocos días, empezaría a escarbar en uno de los mayores secretos franceses, del que sólo estaban al corriente algunos generales y almirantes? Todo aquello era ridículo, y empezó a sentirse un poco resentido por el hecho de que lo dejaran solo. Había sido instruido para ejercer el mando de un barco en la mar; era una locura involucrarlo en aquella ruinosa empresa de espionaje.

En ese momento levantó la mirada y vio que el almirante le observaba fijamente. Era desconcertante, dado que el ojo derecho le miraba opaco, como si estuviera cubierto por una gruesa pátina. En cambio, el izquierdo conservaba la agudeza, y Ramage tuvo la desagradable sensación de que el almirante acababa de penetrar sus más ocultos pensamientos.

—Es injusto, ¿verdad? —comentó—. Estos condenados e insensatos almirantes se han propuesto desembarcarle en Francia para que desentierre todos esos datos secretos en una semana, más o menos. ¿En qué estaba pensando? —sonrió de pronto; la suya fue una sonrisa cálida y amistosa, comprensiva, y asintió antes de que Ramage pudiera responder—. Debí imaginarlo. Cualquier persona dotada de una pizca de imaginación hubiera llegado a la conclusión de que todo este asunto es imposible hace quince minutos. No, no ponga esa cara de sorpresa; el hecho es (y le hablo con los años que le saco en experiencia) que aquellas empresas que *a priori* parecen tan absolutamente absurdas son las más sencillas de realizar. No siempre las montañas más altas son las más difíciles de conquistar, como bien sabrá. A menudo son las más pequeñas las que cuentan con laderas de pendiente pronunciada.

Ramage comprendió que acababa de asistir a una confesión muy reveladora por parte del mismo hombre que había destruido a la flota francesa en el Nilo, y salvado al actual primer lord de un desastre en la batalla de San Vicente, desastre que transformó en una victoria decisiva, por no mencionar el modo en que había aplastado a la flota danesa en Copenhague, en una batalla cuyo resultado estuvo pendiente de un hilo durante un par de horas. No siempre las montañas más altas son

las más difíciles de conquistar, se repitió a sí mismo. Debía recordar aquella frase; de hecho, su propio padre estaría muy interesado en escucharla, dado que Nelson había servido bajo su mando cuando tan sólo era un joven capitán de navío.

—Ramage, ésta es toda la información que tenemos de nuestros agentes. Quiero que la estudie y lo haga a conciencia por un motivo muy concreto. Sea lo que sea que averigüe en Francia, deberá calibrar su importancia de inmediato: si lo conocemos, si lo desconocemos y deberíamos saberlo de inmediato, y su importancia. También debe saber qué hay que desdeñar. Pero hay otro motivo. Francamente, tengo mis dudas acerca de la mayoría de estos datos —tamborileó en la pila de notas manuscritas—, pues no tengo mucha fe en los informes de agentes y franceses emigrados. Nos será muy útil comprobar la veracidad de todo lo posible cuando usted vuelva. En lo que a los recortes del *Moniteur* se refiere, debe tener usted en cuenta que para Bonaparte constituyen el medio más conveniente para suministrarnos información falsa.

—Lo cual podría constituir la información más positiva posible —creyó pensar Ramage. Al ver que lord Nelson levantaba la mirada, comprendió que lo había dicho en voz alta.

—Exacto, querido Ramage, puesto que dos negaciones hacen una afirmación, y eso es algo que no debe usted olvidar mientras lea estos artículos del *Moniteur*. Los obtuve anoche de la oficina del secretario de Estado. Mi francés no es lo bastante bueno como para poder leerlos con facilidad, pero a ver qué averigua usted. Tome notas. Mencione cualquier cosa que crea que pueda interesarme. Cualquier cosa —repitió—, por poco trascendental que pueda parecerle.

—A la orden, señor. ¿Cómo entraré en Francia?

El almirante rió, la suya fue una risa breve, carente de alegría.

—Ése es su problema. Cualquiera de mis cúteres podría desembarcarle en bote en la costa; o también podría averiguar cómo se las apañan los contrabandistas que cubren esa ruta. Pasemos ahora a concretar un poco sus órdenes. Tal como mencionó anoche el primer lord, es esencial descubrir cuántas embarcaciones de cada tipo habrán botado los franceses para el próximo período de luna nueva. Lanchas, barcas de pesca, cañoneras y demás. Me gustaría disponer de un cálculo de cuántas más habrán sido botadas para la siguiente luna nueva. Ésa es la primera parte, Ramage, y también la más peligrosa. La segunda parte podrá llevarla a buen puerto tal sólo con tener los ojos bien abiertos: cálculos del número de tropas, piezas de artillería y caballos, así como de los equipajes que puedan transportar esos barcos.

—¿Y la fecha de salida…? —preguntó Ramage con cierta cautela.

—Tiene pocas posibilidades de descubrirla, aunque Bonaparte la conozca, cosa que dudo mucho. Podemos estar seguros de algo: el francés no se arriesgará a embarcar tropas y caballos a bordo hasta que falten veinticuatro horas para partir. La mayoría de esas embarcaciones están fondeadas en tenederos tan expuestos que los soldados tardarían menos de un cuarto de hora en marearse.

El almirante se levantó.

—Puede quedarse aquí para repasar los documentos. Cuando haya terminado, devuélvalos al portafolio y entréguelos al secretario de la Junta. Me dispongo a viajar a Dover, podrá usted informarme mañana por la noche de cómo le ha ido. ¿Hay algo que quiera decirme ahora que no pueda esperar a mañana?

Ramage asintió apresuradamente, puesto que llevaba un rato preguntándose cómo iba a plantearlo.

—Los hombres, señor. En este momento, ignoro cómo voy a manejar este asunto, pero…

—¿Por alguna extraña casualidad, sabe usted en qué barcos sirven actualmente alguna de las sabandijas que sirvieron bajo su mando? —le interrumpió Nelson.

—¡Por casualidad lo sé, señor! —sonrió Ramage.

—Muy bien, hablaré con el primer lord, y cuando entregue estos documentos al secretario de la Junta, adjunte usted una lista. No más de una docena de hombres, y créame si le digo que ignoro para qué diantre va a necesitarlos.



Había anotado los nombres de tres hombres que le acompañarían, cuando cayó en la cuenta de que tan sólo uno de ellos era británico. El primero era Thomas Jackson, el norteamericano que había servido de timonel bajo sus órdenes en todos los barcos que había mandado. Por «todos» también incluía al cúter *Kathleen*, el barco que había perdido en la batalla de San Vicente, además del bergantín *Triton*, que había perdido tras un huracán en el Caribe[3], y también, recientemente, al bergantín *Lady Arabella*[4]. El segundo correspondía a un inglés, Will Stafford, un *cockney* que había sido cerrajero y ladrón antes de verse arrastrado a la Armada por un trozo de leva forzosa. Su antiguo oficio podía resultarle útil. El tercero, Alberto Rossi, era italiano, y su presencia en Francia no levantaría sospechas.

Dejó la lista y empezó a leer las notas que había tomado mientras repasaba la documentación extraída de las páginas del *Moniteur*. «Dos negaciones hacen una afirmación», había dicho lord Nelson, y lo cierto era que empezaba a verlo más claro. La costa de Sussex aparecía mencionada veintitrés veces como destino de la invasión, mientras que la de Kent aparecía tan sólo en tres ocasiones; referencias respecto a los blancos acantilados de South Foreland, en Dover. Essex aparecía diecinueve veces, Ipswich siete, y Colchester, nueve. Londres no aparecía mencionado, exceptuando una referencia al momento en que Napoleón desfilaría victorioso por Saint James Park.

Considerando que esa frecuencia no obedeciera a una pura y simple coincidencia, había alguien en la redacción del *Moniteur* cuya labor consistía en hacer creer a los

ingleses que los franceses desembarcarían en la costa por Sussex, empleando las embarcaciones de Calais, Boulogne y Dunquerque. Hacía lo posible por convencer a los ingleses de que no tenían el menor interés en tomar las playas de Kent, y que Londres no era el principal objetivo.

Ramage se encogió de hombros. Lord Nelson podía extraer las conclusiones que más le complacieran, en cuanto dispusiera de los datos. Ordenó las páginas en orden secuencial y se descubrió repasándolas con la mirada del almirante Bruix y el mariscal Soult, que estaban al mando de las tropas de invasión francesas. ¿Conocía bien Bruix la costa inglesa? ¿Habría Soult visitado Inglaterra alguna vez? Claro que contaban con asesores, de eso estaba seguro.

Olvidarse de las visitas y de los asesores. El teniente Nicholas Ramage debía asumir el papel del almirante francés, cuya única preocupación era llevar al menos a cien mil soldados en disposición de luchar a la costa. ¿Cuál era el mejor punto para desembarcarlos?

Romney Marsh: ¡unas doce millas de costa liana entre Dymchurch y Dungeness!

Pluma en mano, se dispuso a escribir.

Primero. Desembarcar las tropas de los lanchones requiere (o cuando menos es muy conveniente) una playa llana de arena o guijarro. Las lanchas deberían arribar con la pleamar, de modo que las tropas puedan desembarcar cuando baje la marea y descargar los equipajes.

Segundo. La playa no debería contar con rocas o bajíos en los que puedan topar las lanchas, y debe estar convenientemente abrigada de la acción de los vientos predominantes del oeste.

Tercero. El terreno tierra adentro de las playas debería de ser razonablemente llano, de modo que la caballería y los soldados puedan formar de inmediato.

Cuarto. Las playas deben de ser reconocibles desde el mar, porque la capacidad de gobernar las lanchas será poca o nula.

Quinto. El trecho de costa de Dungeness a Dymchurch, que comprende unas ocho millas, cumple con estos requisitos, y las lanchas tan sólo deberían arrumbar al punto situado más al sur del mismo, es decir, a la propia Dungeness.

Sexto. También supone el recorrido más corto para los barcos de Boulogne, y añade tan sólo una corta distancia a los procedentes de Calais.

Dejó la pluma y leyó lo que acababa de escribir. En lo que a él concernía, si las tropas francesas lograban desembarcar, se dirigirían primero a Londres. Atravesarían Romney Marsh, esa zona peculiar y reservada de Kent, que contaba con millas de terreno llano, la mayor parte del cual yacía bajo el nivel de un mar que tan sólo salvaba gracias a un dique, zona más surcada de diques y canales que de setos. Encontrarían aldeas dispersas, levantadas alrededor de iglesias de planta cuadrada, y habitantes cortados por el patrón de la marisma, gentes que hacían contrabando, se dedicaban a la pesca, al ganado y que tomaban sus propias decisiones. Pocos árboles encontraría el francés a su paso, y los pocos que encontrara estarían torcidos por el viento. Aparte del cordero, poco había en una zona pantanosa que pudiera ser fruto de pillaje.

Introdujo las notas en el bolsillo y devolvió la documentación al portafolio. Había pasado el día en una estancia sin ventilación, repasando la clara letra impresa en el

Moniteur, y, mientras pensaba en la tarea a la que se enfrentaba, era consciente del dolor de cabeza y de una fuerte sensación de vacío en el estómago. Todo aquello podía parecer absurdo, hasta que uno comprendía que el Almirantazgo no tenía opción: su única salida consistía en dar a tiempo con las respuestas, y para ello debía enviar un hombre a Boulogne, el puerto en el que, obviamente, se hallaba el cuartel general francés. Si bien el Almirantazgo nada tenía que perder, lo podía ganar todo. Había que enviar a alguien de inmediato; alguien capaz de hablar bien el francés, con experiencia a la hora de operar como agente en Francia. Pero no era tal el caso, de modo que no tenían más remedio que despachar a otro hombre, alguien menos adecuado para la empresa, alguien que había resultado ser Ramage. «Qué el diablo se lleve a la duquesa de Manston —pensó, molesto con su suerte—. De no ser por ese condenado baile, seguiría en Saint Kew, lejos de la vista y, probablemente, del recuerdo del Almirantazgo y de lord Nelson, en cuanto a los planes de invasión francesa se refiere».

CAPÍTULO 4



Cuando el carruaje se detuvo en lo alto de Wrotham Hill, el cochero saltó para calzar un tope metálico detrás de cada una de las ruedas traseras, con el propósito de impedir que el carruaje pudiera rodar hacia atrás sin control. Ramage caminó a su alrededor para estirar las piernas. Casi todo el paisaje de Weald of Kent se extendía ante su mirada; los campos de maíz, los pastos y huertos se perdían en la distancia, formando dibujos geométricos de suaves colores. Las nubes despedían sombras huidizas que, a esa altura, le recordaban las sombras del viento sobre el mar verde, mientras que las chimeneas de ladrillo rojo y las espirales de humo que de éstas surgían parecían boyas que señalaran caminos y acequias.

Hasta el momento, la guerra con Francia, que había durado ya casi doce años, no había dejado cicatrices en la campiña inglesa. Los precios habían subido en las tiendas y los mercados, y apenas había un pueblo que no hubiera tenido que despedir a uno de sus habitantes, un marido o un hijo enrolado en el ejército o en la armada, en uno de los barcos del rey. A diferencia de en los Países Bajos, en España o en Italia, no había casas quemadas o en ruinas, ni aldeas vacías y campos descuidados porque sus gentes hubieran huido, muerto, o hubieran perdido todo a manos de las tropas invasoras de Bonaparte; tropas que reconocían vivir de la tierra.

«Vivir de la tierra» era un eufemismo, un comedido modo de decir que el ejército saqueaba todo cuanto encontraba a su paso en el continente, robaba comida que llevarse al estómago y objetos valiosos al bolsillo. Una saca de cereal, un par de candelabros de plata del altar de una iglesia, la bodega de vino que cuidaba el campesino antes de venderla en otoño para pagar las facturas, el honor de una mujer y la vida de su hombre, si éste intentaba defenderla… El ejército de Bonaparte lo

tomaba todo para sí, sin pensarlo un instante, porque lo hacía en nombre de la «*Liberté, Egalité et Fraternité*». Ramage sintió un escalofrío cuando, a la vista de la costa inglesa, pensó en la flota de invasión preparándose para echarse al mar en Calais y Boulogne.

Voceó el cochero, y Ramage caminó de regreso al carruaje sin desear de veras subir al interior y acomodarse de nuevo en el asiento, cuyo acolchado despedía un intenso olor a humedad cada vez que cambiaba de postura. Los caballos rascaron la piedra pulida al emprender la marcha. El segundo cochero, sentado atrás y dispuesto a apoyarse en la palanca de freno, voceó por encima del techo al que llevaba las riendas.

¿Cómo encaraban los habitantes de Kent (tanto los que vivían en la parte este del Stour, como los que lo hacían al oeste) la perspectiva de la llegada de Napoleón? Los taberneros, los que regentaban fondas y negocios en el camino que llevaba a Londres desde Cornualles parecían vivir en la inopia o fingían que no les preocupaba en absoluto, y supuso que la mayoría de quienes habitaban en las sesenta y cinco millas que mediaban entre Londres y Dover tendrían la misma actitud. Había cubierto ya una cuarta parte del camino, y aún tenía que oír mencionar el nombre de Bonaparte; tampoco había visto un solo soldado o centinela de guardia, ni campamentos del ejército ni cuarteles generales que hubieran desplegado su tienda en alguna posición estratégica.

El viaje era muy aburrido, teñido de una pátina irreal. Al principio pensó que era consecuencia de haberse pasado tanto tiempo en el mar. El paisaje verde suponía un contraste tan intenso que parecía algo aparte, como si entre ambos mediara un panel de cristal. Pero el carruaje se fue acercando al pie de Wrotham Hill sin mayores contratiempos, libraron finalmente a las ruedas de los topes de metal (que colgaron del eje), y los caballos pudieron por fin ver su esfuerzo recompensado en dirección a Maidstone, adonde no tardaron en llegar. Fue entonces cuando otros pensamientos empezaron a ocupar su mente.

Para cuando llegaron a Lenham, donde cambiaron de nuevo los caballos, se sentía somnoliento y entumecido, consecuencia de lo temprano que habían emprendido la jornada desde Charing Cross y, también, al traqueteo de las ruedas. A pesar de ello, seguía intentando analizar sus sentimientos. Finalmente, cuando el carruaje se detuvo durante un cuarto de hora en Ashford, tuvo tiempo de tomar un tentempié frío en Saracen’s Head, mientras el cochero cambiaba el tiro en el establo. Allí fue donde cayó en la cuenta de lo irreal que se le había hecho aquel viaje.

De nuevo le llamó el cochero, y Ramage, después de pagar la cuenta, se sentó cómodamente en el asiento antes de que el carruaje abandonara Willesborough, y los caballos galoparon colina abajo y colina arriba mientras el camino subía y caía a través de Mersham, Crabourne, Smeeth y Sellindge. Los campos de lúpulo se volvían más escasos; encontraba con mayor frecuencia rebaños de ovejas pastando en un terreno que en ocasiones mostraba largas vetas blancas, señal de que el camino corría

paralelo a los North Downs a unas millas a su izquierda, y que en South Foreland, entre Folkestone y Dover, alcanzaría el mar.

La explicación flotaba en su mente de la misma manera insidiosa e invisible que lo hacía el olor a humedad en el interior del carruaje. El presentimiento de que era arrastrado por una extraña corriente, cuya dirección ni siquiera podía imaginar, había empezado a acusarlo en cuanto digirió las órdenes y la información proporcionada por lord Nelson. Al principio, la perspectiva de desembarcar en Francia le había parecido emocionante, no había sentido el menor miedo, pero cuanto más pensaba en ello, más se le antojaba un viaje nefasto a través de un largo y oscuro túnel.

Su cuerpo se envaró al sentarse erguido, molesto por haber tardado tanto en comprender. Ni siquiera una docena de personas en toda Inglaterra sabían que Bonaparte había reunido finalmente un ejército para la invasión. Cuando éste diera orden de hacerse a la mar, hasta la última casa de aquellas poblaciones quedaría reducida a una ruina humeante, y los campos (donde ovejas y ganado contemplaban a los hombres de piel curtida blandir guadañas y hoces) se verían cubiertos de los cadáveres de la infantería y la caballería. El cuerpo de un corpulento gascón de un regimiento de *chasseurs* que había luchado en Italia y España podía yacer junto a un tejedor de los voluntarios de Brabourne, llamado a las armas hacía apenas unas horas, muerto por las primeras descargas de fusilería que habría oído disparar con saña en toda su vida.

Se encogió de hombros y de nuevo agradeció el hecho de ser el único pasajero del carruaje. Los suspiros y los gruñidos que había lanzado mientras intentaba reconducir el curso de sus pensamientos hubieran inquietado incluso al más flemático de los pasajeros, y probablemente conducido a una mujer a la histeria.

Se quedó adormilado, pero despertó enseguida cuando el cochero dio la voz de detenerse al tiro de caballos. Al pensar que podía tratarse de un salteador de caminos, asomó tímidamente la cabeza por la ventanilla y vio que se encontraban en una elevada cordillera desde la que se dominaba Saltwood. Abrió la puerta y saltó al camino, consciente de pronto de que le dolía todo el cuerpo como consecuencia del trabajo que ejercían sus músculos para compensar el constante balanceo del coche. Delante, en el camino, había un carromato volcado, alrededor del cual vio a varios hombres. El vehículo había perdido una rueda, y la carga que llevaba se había esparcido en el camino. Los hombres tuvieron que levantarlo a pulso antes de empezar a despejar el camino, lo que hizo que Ramage maldijera el retraso. Tenía la boca seca, y el refrigerio de Ashford no había hecho más que abrirle el apetito.

El cochero, más tranquilo después de maldecir su estampa por aquel retraso, se había retirado al asiento y se llevaba una botella a los labios con el aplomo nacido de la práctica. El segundo cochero se había unido a él y aguardaba pacientemente a que le llegara el turno.

¡Saltwood! Ramage recordó de pronto por qué aquel nombre le resultaba familiar. Unos seiscientos años atrás, cuatro caballeros habían pasado la noche en el pequeño

castillo que alcanzaba a ver abajo, a través de las copas de los árboles. Luego cabalgaron a Canterbury en busca del arzobispo, Thomas Becket, a quien mataron a golpe de espada.

Mientras soñaba despierto, Ramage los imaginó galopando colina arriba desde el castillo. El sol de la mañana centelleaba en las ligeras cotas de malla. Los cuatro tomarían Stone Street, la antigua vía romana que giraba al norte para discurrir en absoluta línea recta por espacio de diez millas, antes de formar una curva a la derecha y desembocar en Watling Street durante la última milla o dos hasta la misma ciudad de Canterbury. Seguro que los pajes y sirvientes que atendían a los caballeros también debieron escuchar preguntarse al rey: «¿Quién me librará de este clérigo problemático?». Los libros de historia se mostraban tan discretos al respecto como lo harían doscientos años más tarde con el espía inglés que en ese momento trabajaba en secreto en el cuartel general de Bonaparte. Sin embargo, la gente recordaría a los cuatro caballeros mucho después de que fueron incapaces de recordar el nombre del rey (¿fue Enrique II?) y el motivo de que Becket lo hubiera enfurecido tanto como para perder la vida.

Un agudo silbido le dio a entender que los hombres habían despejado ya el camino para que el carruaje pudiera reemprender viaje; Ramage volvió al interior y se recostó. Se sentía más somnoliento que si hubiera estado de guardia toda la noche. Despertó con un sobresalto cuando el carruaje dio un tumbo a la derecha, y abrió los ojos como platos para asomarse por la ventanilla. El sol casi se había puesto por completo. Entraban en ese momento en Dover, población situada en un valle al pie del castillo del mismo nombre, una ciudadela enorme e imponente de piedra gris que se alzaba en los Downs. Sus cañones protegían la población y cubrían el puerto. También cubrían el extremo de la vía romana conocida como Watling Street; de hecho, los romanos probablemente fueron los primeros que utilizaron Dover de puerto. Construyeron el camino que llevaba directamente a Londres, casi setenta millas con escasos recodos, y la superficie seguía estando en buenas condiciones, excepto en aquellos puntos en que la población local había robado los pequeños bloques de piedra para levantar sus propias casas.

A medida que el carruaje traqueteaba colina abajo, los pensamientos de Ramage derivaron más y más hacia los romanos. Debieron de partir rumbo a Inglaterra desde Francia, y debieron de aprovechar los puntos de desembarco que con el tiempo se convirtieron en Calais y Boulogne, Etaples y Wimereux, los mismos puertos en los que se reunía en esos mismos momentos la flota de invasión de Bonaparte.

Debieron de desembarcar a escasas yardas del lugar donde se encontraba Dover. Montaron sus tiendas de noche, y luego marcharon por Watling Street. Con los años, Dover —a la que llamaron Dubris— cobró tal importancia que levantaron un faro de piedra, en cuya cúspide, de noche, encendían hogueras. Ahí seguía el faro, el más antiguo del país. La invasión de Claudio en el año 43 d. C., y de Guillermo el Conquistador en 1066… En fin, por suerte, su país estaba más preparado para resistir

lo que fuera que Bonaparte pudiera haber planeado.



Al llegar aquella noche al castillo, Ramage encontró a lord Nelson de muy buen humor, rodeado de jóvenes capitanes de navío y tenientes. Esto le hizo recordar las historias que se contaban respecto a que su señoría no escatimaba esfuerzos a la hora de ayudar en su carrera a cualquier oficial prometedor que se cruzara en su camino.

La oficina provisional del almirante era modesta y carecía de ventana. Habían blanqueado las paredes, y el único mobiliario lo constituían una mesa larga, media docena de sillas y dos bancos. La luz que despedían un par de linternas contaba con el apoyo de los cirios sostenidos en el cuello de algunas botellas vacías, y Ramage advirtió que su señoría se hallaba inclinado sobre una carta náutica del estrecho de Dover. Levantó la mirada y sonrió al oír que anunciaban la entrada de Ramage, a quien invitó a tomar asiento en la silla libre que había al otro lado de la mesa.

—Ah, señor Ramage, ¡venga a conocer a estos caballeros!

Era obvio que sentía afecto por ellos. A medida que los fue presentando, lord Nelson apuntó bromeando algún que otro aspecto de la personalidad de cada uno. Un capitán, cuyo nombre Ramage no recordaba haber oído antes, por otro lado humilde y recatado, sonrió con la astucia y la ferocidad del diablo cuando su señoría dijo de él:

—Es casi tan travieso como usted, Ramage, cuando se trata de desobedecer o jugar con la letra de las órdenes. Aun así, tiene tanta suerte como usted, al menos hasta ahora. —Comentario este último que borró la sonrisa del capitán y empujó a Ramage a evitar mirarlos a ambos. La advertencia en las palabras del almirante era más que evidente.

Concluidas las presentaciones, Nelson observó el petate de loneta que llevaba Ramage.

—Habrá traído las notas, supongo. —Al asentir Ramage, añadió el almirante—: Estos oficiales forman parte de mi escuadra, y estarán sumamente interesados en averiguar qué ha descubierto usted en esos últimos ejemplares del *Moniteur*. Sin embargo, no es necesario que hablemos de cuáles son sus órdenes concretas —se apresuró a añadir.

Ramage sacó las notas del petate.

—Existe un patrón, señor… —Extrajo una de las páginas—. Todo parece indicar que desean que creamos que su plan consiste en desembarcar en Sussex y Essex, pero no en Kent. Mencionan la costa de Sussex en relación con la invasión en veintitrés ocasiones, y a Essex en diecinueve, mientras que tan sólo en tres ocasiones aparece mencionado Kent. Una sola mención de Londres, y hecha en referencia al desfile de

la victoria que presidirá Bonaparte. Se refieren a Colchester en nueve ocasiones, y a Ipswich en siete, como si quisieran hacernos pensar en la costa este. No hay mención alguna de Canterbury, Ashford o Maidstone, pero, con la excepción de Hastings, se refieren a todas las principales poblaciones costeras de Sussex: Bexhill, Eastbourne, Newhaven, Brighton, Worthing y Sesley una docena de veces o más. Rye no aparece por ninguna parte, lo que podría querer decir algo.

Tendió el papel al almirante.

—Nada más digno de comentario, señor. No existe patrón alguno en la mención que hacen de los puertos franceses. No ocultan a nadie que sus cuarteles generales (tanto los de la Armada como los del Ejército) se encuentran en Boulogne. Me he percatado de que a menudo publican el último número de botes encargados a los astilleros, pero que nunca se habla del número de tropas que se desplazan de un lado a otro, ni del número de barcos que han sido ya terminados y botados.

Mientras el teniente hablaba, Nelson había repasado las notas, inclinando la cabeza a un lado mientras arrimaba un poco la documentación a la luz de la vela. Miró fijamente a Ramage y dijo en voz baja:

—He planteado a todos mis oficiales, en un momento u otro, una sencilla pregunta. Ahora que ya conoce usted tanto de los preparativos franceses como cualquiera a este lado del Canal, se la haré a usted.

Ramage, al recordar las preguntas del almirante en el Almirantazgo, supuso que tendría una buena razón para hacerle otra en ese momento, y al advertir que los otros oficiales le observaban con atención, le pareció que reinaba una atmósfera de cierta tensión en la sala. No de tensión exactamente; quizá se trataba de una expectación provocada, como si aguardaran a que leyera el número del boleto ganador de la lotería.

—Tómese su tiempo antes de responder —empezó Nelson—, y pondere bien toda la información de que dispone. Veamos, si fuera usted Bonaparte, ¿dónde desembarcaría a su ejército?

Los labios de Ramage dibujaron una sonrisa torcida y repasó las notas hasta encontrar la página donde había tomado las notas referentes a la invasión.

—Yo optaría por Romney Marsh, señor; discurre por unas siete millas de costa, entre Dymchurch y Dungeness.

Reparó en que cuatro o cinco de los oficiales habían apartado la mirada cuando mencionó Romney Marsh, pero que otros tres se habían acercado a las cartas de la mesa: tres capitanes, observó, todos ellos con menos de tres años de antigüedad en el empleo, puesto que sólo llevaban charretera en el hombro derecho.

Nelson, vuelto a Ramage, los señaló.

—Ha complacido usted a mis partidarios de Marsh, a la par que decepcionado a mis dos partidarios de Pevensey Level, que tienen en mente un punto situado entre Bexhill y Eastbourne; tampoco veo yo muy contentos a mis dos leales de Maplin Sands, que creen que Boney preferirá la parte de Essex del estuario del Támesis.

—¿Y usted, señor? —preguntó Ramage, inquieto—. ¿Me permite preguntarle…?

—Yo no soy amigo de apuestas, Ramage, aunque espero que alguno de mis jóvenes pueda celebrar haber acertado. Déjeme echar un vistazo a esas notas.

Ramage le tendió el papel; mientras Nelson lo aceptaba, dijo a uno de los tres capitanes.

—Adelante, Lacey; sé que tiene usted algunas preguntas que hacerle.

El capitán Lacey, el joven recatado de la sorprendente sonrisa diabólica, inclinó levemente la cabeza y se volvió a Ramage.

—¿Conoce usted bien la costa de Kent?

—La parte de tierra adentro, señor. Pasé algún tiempo en el pantano cuando era niño. Tengo un tío en Aldington, en un lugar que domina toda la zona. También posee una o dos granjas en Oíd Romney y tierras en Ness.

—¿Cuántos acres en total?

—Unos cientos, creo.

Puesto que ninguno de los oficiales presentes parecían provenir del seno de familias de terratenientes, Ramage supuso que no era momento ni lugar para decir que el total no se contaba en cientos sino en millares, y que su tío (el hermano de su madre) era uno de los terratenientes más importantes del país, un hombre de quien se decía que en sus pastos pacían más ovejas de las que uno podía encontrar en los equipajes de todos los regimientos del rey.

—¿Es ése el motivo de que haya pensado usted en Romney Marsh?

—En absoluto, señor. Mi tío sería uno de los primeros hombres a los que acariciaría la guillotina, ¡siempre y cuando lograran atraparlo con vida!

El almirante deslizó las notas de Ramage por la mesa.

—Échelas un vistazo, Lacey, parece que tenemos aquí a un mariscal Soult en ciernes.

Lacey leyó rápidamente las notas de Ramage y lanzó un gruñido al llegar al final.

—Bien visto eso de que el francés tenga que gobernar las lanchas al extremo situado más al sur del punto de desembarco, a la mismísima Dungeness. Tendría que mantenerla un poco a babor si quiere desembarcar en la cara este —añadió como si pensara en voz alta—; después, la corriente del oleaje lo empujaría sin mayores contratiempos a la bahía.

Otro de los capitanes, en quien Ramage reconoció a uno de los leales partidarios de la opción de Pevensey Level, dijo:

—Puede hacerse una conjetura por cada punto apropiado de la costa, señor, sea en Sussex, Kent o Essex.

—Ciertamente —admitió el almirante—, y por eso han estado aquí conmigo todo el día. Por cierto, Ramage, sepa que hemos pasado la mañana hablando con nuestros amigos del Ejército, beneficiándonos de sus opiniones y enriqueciéndoles con las nuestras, claro —hizo una pausa cuando el capitán Lacey lanzó un bufido—; aunque debo decir que no nos escucharon con la misma paciencia que nosotros a ellos. Les

dije que pretendíamos, si era humanamente posible, destruir al francés en el mar. Tuve la impresión de que los soldados nos miraban como si careciéramos por completo del menor atisbo de deportividad, como si nuestra intención fuera la de disparar a sus aves.

—Da lo mismo, porque fallarían —dijo, molesto, Lacey—. Si los franceses no desembarcan en el campamento de Shorncliffe, no veo cómo va a poder el Ejército marchar a tiempo de encontrarlos.

—¿Tienen los soldados alguna idea interesante respecto a posibles puntos de desembarco, señor? —preguntó Ramage.

De nuevo el capitán Lacey lanzó un bufido, mientras lord Nelson se permitía el lujo de esbozar una sonrisa irónica.

—Tenemos la impresión de que se mostraron muy comedidos en su elección. Cualquier punto de la costa que separa Essex de Hampshire, aunque no descartaron Suffolk, la isla de Wright, Hampshire ni Dorset. De todos modos, creo que hicieron mención a Dorset por deferencia al capitán Lacey, que es el mayor defensor de la opción del condado de Dorset que haya podido conocer.

—Luego… descartaron Norfolk, señor —constató Ramage, con exagerada inocencia.

Nelson rompió a reír y golpeó la mesa con la palma de la mano. Cuando de nuevo habló, su acento de Norfolk era más pronunciado:

—Sí, aunque no estoy seguro de si creían que Bonaparte teme que los hombres de Norfolk puedan arrojarlo al mar o si es que no cree necesario preocuparse por ellos.

—Una noche, una sola noche —intervino Lacey, enojado—. Si se les metiera en la cabeza a esos soldados que los franceses tienen que cruzar el Canal al amparo de la oscuridad. Ocho horas a lo sumo. Eso limita su punto de desembarco. Cualquier racha de viento que los empuje a más de cinco nudos encresпará el oleaje y les impedirá desembarcar, lo que les limita a cuarenta millas de Calais a Boulogne.

—No olvide Dunquerque y Ostende —murmuró uno de los partidarios de Maplin Sands—. Dos desembarcos separados, bajo la protección de la flota holandesa. Un señuelo desplegado desde Boulogne y Calais, que desembarcara en Romney Marsh, mientras que el grueso de la fuerza partiría de Ostende y Dunquerque hacia la costa de Essex. La ruta más corta a Londres, por Dios. Incluso un soldado podría darse cuenta de ello.

—¿Vamos a volver a empezar con eso? —preguntó Nelson en tono impaciente—. Bien, caballeros, con esto concluye nuestra labor del día. Ya han escuchado la opinión de los soldados; he tenido la suerte de contar con sus opiniones acerca de la viabilidad (desde el punto de vista del francés) de los trechos de costa que patrullan ustedes, y todos hemos podido escuchar también cuál es la opinión de un recién llegado a la escuadra. —Al reparar en la posible ambigüedad del comentario, añadió —: Su razonamiento es sólido. Considero de lo más estimulante escuchar los puntos de vista imaginativos y prácticos de los jóvenes. Me sirve, entre otras cosas, para

impedir que se me escape ningún detalle.

—No creo que eso sea muy posible, señor —opinó el capitán Lacey en voz alta, en un tono que traicionaba tanto la decepción como el enfado que sentía—. No creo que ninguno de nosotros haya señalado nada en lo que usted no haya reparado ya.

Ramage sabía que Lacey no era precisamente zalamero, de modo que probablemente aquel comentario expresaba un temor sincero a que alguna probabilidad hubiera escapado a la atención de los presentes. Al cabo, el almirante hizo precisamente alusión a ello:

—No quiero que ninguno de ustedes pueda bajar la guardia porque hayamos dedicado todo un día a tratar la cuestión. Sus opiniones podrían cambiar más adelante, de resultas de escuchar opiniones ajenas, y podrían también desarrollar ustedes nuevas ideas y conclusiones. De ser ése el caso, quiero conocerlas cuanto antes. Mi buque insignia está fondeado en los Downs, como bien sabrán. Muy bien, les deseo muy buenas noches. Ramage, usted quédese, aún tengo algunos asuntos que tratar con usted.

En cuanto los demás oficiales se hubieran marchado, el almirante dijo sin mayores preámbulos:

—Dígame cómo va a apañárselas para llegar a Francia.

—Aún no he tenido tiempo de encontrar un modo, señor —respondió Ramage en tono de disculpa. Entonces, preocupado porque lord Nelson pudiera haber olvidado que tan sólo hacía unas horas de su llegada a Dover, añadió—: Pero en veinticuatro horas estaré ya en Boulogne.

—Me preocupa menos el cómo y el cuándo llegará usted allí, que sus planes para enviarme la información de todo lo que descubra.

—Exacto, señor —se mostró de acuerdo Ramage—. Eso mismo es lo que me ha hecho descartar la posibilidad de que me desembarcara uno de nuestros bar…

—No veo cómo va a enviar Bonaparte una fragata a buscarle, Ramage —lo interrumpió lord Nelson.

Ramage logró contener la risa. A veces resultaba difícil saber cuándo su señoría hablaba en serio y cuando bromeaba.

—Se me ha ocurrido pensar en la facilidad de adquirir coñac y seda francesa a este lado del Canal, señor, siempre y cuando uno sepa con quién hay que hablar.

El almirante asintió.

—Creo que se hace más contrabando ahora, con la guerra, que comercio legal en tiempos de paz.

—La fruta prohibida, señor. A nuestro pueblo le gusta el coñac, y apostaría algo a que hay más de un francés amigo del *whisky*.

—Espero que encuentre algún contrabandista que quiera cooperar. Son gente muy hosca, como bien sabrá.

—Con alguaciles en cada pueblo y con los cúteres que se dedican a proteger el comercio legal patrullando aguas costeras, es normal que cuiden lo que andan

diciendo por ahí, señor. Si se fueran de la lengua, podrían acabar con la soga alrededor del cuello.

—A tenor del modo en que habla usted, da la impresión de tener invertido hasta el último penique en sus negocios —dijo secamente el almirante.

—Qué más quisiera, señor —replicó Ramage con una sonrisa—. ¡En tal caso, no tendría ningún problema en llegar a Francia!

Nelson empezó a enrollar la carta náutica.

—¿Tiene una idea clara de lo que quiere buscar?

—Sí, señor.

—Bien, mire usted esto, joven Ramage. Voy a contarle más de lo que tenía previsto en un primer momento, porque está claro que al francés jamás se le ocurriría pensar que nadie más dispone de esta información, y quiero asegurarme de que entiende usted qué clase de información es la que necesito.

Tomó la hoja donde Ramage había escrito sus notas.

—Usted sabe que no queremos traer de vuelta a la flota del Canal por el estrecho de Dover, a menos que sea imprescindible, por temor a que Bonaparte se asuste. Es un riesgo dejarla lejos al oeste, y por ese motivo es absolutamente vital que yo disponga de cuarenta y ocho horas de margen si los franceses se proponen hacerse a la mar. Eso proporcionaría a la flota del Canal el tiempo necesario para doblar el estrecho.

»Lo más probable es que tal advertencia provenga de usted. Luego podría depender de alguna fragata que pueda divisar actividad inusual, pero el caso es que usted estará en Boulogne, de modo que… Use el sentido común, no se comunique conmigo a menos que tenga certeza de lo que vaya a informarme, pero tampoco se muestre demasiado cauteloso y vaya a enviarme la información demasiado tarde.

—Si los franceses avistaran a la flota del Canal cerca de Boulogne, señor, se echarían atrás —dijo Ramage en voz baja.

—¡Eso, eso! ¡Eso es precisamente lo que no quiero que suceda! —exclamó Nelson—. De nada sirve asustarlos y que se escondan en la madriguera, para que más tarde, en cuanto les plazca, puedan atacarnos de nuevo. Debemos alejarlos de su escondrijo y acabar con ellos —añadió, recalcando cada palabra con un golpe en la mesa—. No tenemos nada que temer de Bonaparte en el mar, de modo que es ahí donde podemos destruirlo. Sin embargo, dispone de un ejército tan numeroso que no tenemos la más mínima oportunidad de vencerlo en el campo de batalla, aunque sólo sea por una cuestión de desventaja numérica.

A esas alturas, el único ojo de Nelson permanecía fijo, pendiente de un remoto lugar situado a espaldas de Ramage. El pequeño almirante, como si intentara persuadir a ministros y generales («y, quizá, también a algunos almirantes», pensó Ramage), dijo con énfasis:

—Jaque mate, ésa es la mayor amenaza. En cuanto Bonaparte comprenda que le hemos dado jaque mate, nos hará una oferta de paz y quizá nuestros condenados

políticos podrían aceptarla. Es evidente, no obstante, que cualquier tratado de paz con Bonaparte valdría tanto como una saca de Aldgate Pump, sería tan baladí como un galón de agua fría.

Dio un respingo, como sorprendido de verse en aquel severo castillo, hablando con un joven teniente.

—Mmm. Me he dejado llevar. Mi sermón diario. Veamos, pronto estará usted en Francia —dijo ya con su entusiasmo habitual—. ¿Qué sabe de sus hombres? ¿Le dio los nombres al señor Nepean?

—Sí, señor, tres nombres. El secretario me dijo que había hablado con usted y que les habían remitido las órdenes a Portsmouth por medio del telégrafo. Llegarán mañana, a primera hora.

—¿Tres? —preguntó, ceñudo, Nelson—. Pensé que quería usted más. En todo caso, probablemente habrá considerado el peligro que corre al pasear por las calles de Boulogne en compañía de unos marineros que no hablan ni pizca de francés.

—Los mantendré bien ocultos, señor —sonrió Ramage—. Serán mi seguro, y también mis mensajeros, siempre y cuando necesite a gente para llevarle a usted los mensajes. Quizá los contrabandistas no sean muy de fiar.

El almirante asintió, al tiempo que cogía un sobre sellado con lacre.

—Bien, Ramage, aquí tiene sus órdenes. Actuará según su propio criterio; simplemente le conmino a obedecer órdenes dadas verbalmente. No se alarme, nadie dirá después que se le ordenó hacer algo de lo que no sabía una palabra. No quiero que lleve usted encima órdenes oficiales que puedan comprometer su cuello en Francia. Ya ha recibido órdenes verbales más que suficientes. Vaya a Francia del mejor modo que sea posible. Si quiere un cúter, sólo tiene que pedírmelo. Si quiere encargarse usted mismo de los preparativos, adelante. Le daré un pagaré para que disponga de dinero.

Me las apañaré, señor. Probablemente me lleve buena parte del día de mañana terminar los preparativos, aunque espero estar de camino mañana por la noche y desembarcar antes del alba de pasado mañana.

Nelson extendió la mano izquierda.

—Buena suerte, muchacho —dijo mientras Ramage estrechaba con torpeza su mano, y entonces apartó la mirada al añadir casi en un susurro—: Odio tener que dar órdenes así, preferiría ordenarle atacar una escuadra de fragatas con un bote de remos. Al menos ese tipo de asuntos se resuelven abiertamente; no me gusta nada todo esto del espionaje. Pero debe hacerse.

CAPÍTULO 5



Después de diecisiete millas a oscuras, montando el caballo que le había prestado un miembro de un escuadrón de caballería apostado en el castillo de Dover, Ramage tiró de las riendas ante las puertas de la casa de su tío, en Aldington. Supuso que apenas pasarían unos minutos de la una de la madrugada. Era como si tuviera los ojos cubiertos por una capa de polvo, le dolían las piernas y los músculos de los brazos debido a la tensión; se sentía tan agotado que ni siquiera era capaz de hilvanar pensamiento alguno. Era como si flotara en la oscuridad.

Desmontó del caballo y, sin soltar las riendas, se encaminó a la puerta principal. Allí, llamó a la campana. Tuvo la sensación de que transcurrieron varios minutos, probablemente no más de dos o tres, antes de que la puerta se abriera y un criado legañoso y malhumorado, que llevaba en la mano una linterna, preguntara quién importunaba al señor Rufus Treffry a esas horas de la noche. Cuando Ramage dio su nombre, oyó una calurosa bienvenida procedente de la escalera.

—¡Hola, Nicholas! ¿Qué te trae a las fronteras de Kent? ¿Es que ya viene ese Boney?

—No, sólo vengo yo —respondió Ramage, en un vano esfuerzo por aportar una nota de humor, mientras estrechaba la mano de su tío—. Se le ve en forma, señor. ¿Cómo están los demás miembros de la familia Treffry?

—Bastante bien, la verdad sea dicha. Tu tía bajará en cuanto sepa que eres tú. ¿Has cenado? —Antes de que pudiera responder, su tío asomó la cabeza por la puerta. Tomó la linterna de manos del criado y la levantó para iluminar al sudoroso caballo—. Vaya, ¿de dónde has sacado a ese jamelgo? ¡Parece un caballo de remonta!

—Y lo es. Lo tomé prestado de uno de la caballería apostada en Dover.

Su tío lo contempló, mirándole fijamente con unos ojos ensombrecidos bajo unas pestañas pobladas.

—¡Vamos, rápido! —ordenó al criado—. Lleve al establo al caballo de su señoría. Aliméntelo y no olvide darle agua. Bueno, Nicholas, será mejor alimentarte y darte agua también a ti. —Vio salir al criado por la puerta principal y luego dijo, enarcadas ambas cejas—: No es una visita de cortesía, supongo.

Ramage negó con la cabeza.

—Necesito tu ayuda, tío —explicó, tuteándole. Y entonces, al ver la expresión de asombro dibujada en el rostro anciano de aquel hombre e imaginar las preguntas que debían de discurrir p r su cabeza, colocó las manos en los hombros de su tío—. No te preocupes, no he desertado. Sigo estando al servicio del rey.

Treffry rió entre dientes y condujo a Ramage al salón.

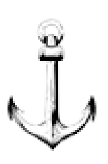
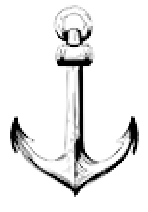
—Aunque te persiguiera el Almirantazgo, los oficiales del rey o una docena de mujeres, siempre serás bienvenido a esta casa. —Levantó la linterna y miró a Ramage —. Se te ve agotado. Siéntate un poco, ¿qué te apetece comer? Permíteme despertar al resto del servicio.

—Comí antes de salir de Dover. —Echó un vistazo al reloj, que acto seguido devolvió al bolsillo—. Querría disfrutar de cinco horas de sueño. ¿Crees que sería posible que charláramos a eso de las seis, mientras desayunamos?

—¡Por supuesto, claro que sí! Pero dame una pista de lo que te traes entre manos, muchacho, ¡o no podré pegar ojo!

Ramage rió, a pesar de que el cansancio hacía que la estancia se difuminara ante sus ojos.

—Necesito ayuda de los contrabandistas, y se me ha ocurrido pensar que tú podrías ponerme en contacto con ellos.

Despertó a la mañana siguiente al oír un ruido metálico. Se incorporó en la cama, intentando recordar dónde estaba, y vio que alguien había retirado las cortinas. La repentina irrupción de toda aquella luz hizo que se frotara los ojos.

—Las que tienen las anillas de metal son muy ruidosas, milord. Hay una bandeja con té caliente y pastas en la mesilla que tiene a su lado. Ahora mismo le traigo una jarra de agua caliente.

Quien así había hablado iba vestido con librea de criado, pero la larga cicatriz que lucía en la mejilla izquierda tensaba la piel y dotaba a su rostro de una expresión siniestra. Ramage lo imaginó sin la cicatriz, y las facciones le resultaron familiares.

—¿Me recuerda, milord? Soy Cuervo, el mayordomo del señor Treffry.

Los recuerdos surgieron como las aguas de un torrente: recuerdos de infancia, de sus vacaciones en Aldington, correteando por las zanjas armado de una red para atrapar conejos, mientras Cuervo se encargaba de los hurones. Cabalgaba por los campos a Kingsnorth a lomos de un poni que su tío había escogido para él. Exploraba los densos bosques de robles, hayas y fresnos, asustado por el silencio y las sombras que allí reinaban. Cazaba con una de las escopetas de su tío, y de vez en cuando acertaba a un pichón.

—Sí… Me llevaba a pescar río abajo, junto al molino. Pescábamos bermejuelas, que preparábamos al fuego. Pero…

—En aquella época no tenía esto —lo interrumpió Cuervo, tocándose la cicatriz—. Cambia el aspecto de cualquiera. Usted también tiene un par, veo —añadió, mientras se tocaba la frente con la yema de los dedos, más o menos sobre la ceja derecha, en el mismo lugar donde Ramage tenía dos cicatrices—. Cortes limpios, ¿de espada, milord?

—Abordajes —respondió Ramage—. ¿Y la suya?

—Un malentendido con un alguacil, hace ya años —respondió, conciso—. Voy por el agua caliente, milord. He deshecho el equipaje para encontrar la cuchilla de afeitar. Hemos lavado la ropa blanca. Apenas tardará media hora más en secarse, ya que la hemos puesto frente a la estufa de la cocina. Lo cogí todo anoche. La muda limpia está colgada en el armario.

Ramage le dio las gracias y recordó las órdenes lacradas que llevaba en el bolsillo de la casaca. No se había molestado en leerlas, y aguardó a que Cuervo saliera de la estancia para saltar de la cama y asegurarse de que nadie había roto el lacre. Y no porque las órdenes revelaran ningún secreto, pensó, de lo cual lord Nelson se habría guardado mucho.

Se quitó el camisón de dormir, que arrojó sobre la cama. Hacía frío, y todos los músculos del cuerpo le dolían, aunque aquellas cinco horas de sueño ininterrumpido, mucho más de lo que podía aspirar en el mar, le habían permitido recuperarse. Cuervo había colgado el uniforme, pero no se lo iba a poner, al menos por un tiempo. Llevaría calzones grises y casaca marrón, además de un par de pantalones y un jersey.

Se acercó al ventanal; ante sus ojos se dibujaba la vasta extensión de Romney Marsh. Era como si una enorme cuña de terreno bajo y llano que medía doce millas por casi veinte, con Dungeness en la punta, hubiera sido hundida de forma arbitraria en la tierra alta que se extendía entre Hythe y Aldington, para luego rozar apenas Appledore y, finalmente, Rye.

Desde cualquier punto de esta cordillera (la casa de su tío se hallaba en el borde de la misma), podía observarse todo el pantano hasta el Canal, que formaba un lejano horizonte. Incluso a las primeras luces del alba, el pantano parecía un lugar misterioso. Ramage había olvidado lo llano que era. Los canales y acequias, que también servían de setos, parecían anchos lazos a la luz del sol, hechos de brillante metal que cruzaba en zigzag los campos verdes, y que se extendía aquí y allí gracias a

los puentes de arco pronunciado que permitían al rebaño moverse de una pradera a otra.

Si había pocos pueblos, aún había menos ciudades: distinguía los edificios de Dymchurch a su izquierda, con las murallas que tiene a poniente ocultas bajo la densa sombra, y Old Romney casi al sur, seguido de la larga punta de Dungeness, conocido por quienes vivían en la zona por Ness a secas.

Quince minutos después, aseado y afeitado, se sentó con su tío a la mesa del desayuno. Rufus Treffry era un hombre fornido de sesenta años de edad, que no cargaba con una sola onza de grasa. Tenía el rostro redondo y alegre, y aunque el pelo castaño raleaba, tenía las cejas pobladas, como un toldo sobre sus vivaces ojos azules.

Mientras Cuervo servía la mesa con una encomiable economía de movimientos, Treffry preguntó:

—¿Cómo se encuentran mi hermana y ese marinero con el que se casó?

—Ambos están bien. No sabían que me acercaría, de otro modo me hubieran pedido que te diera recuerdos.

—¿Y qué noticias traes de castillo de Dover? ¿Están esperando a Bonaparte? —lo dijo a la ligera, pero Ramage creyó detectar cierta nota de preocupación.

—Todo bien en Dover. No creo que haya más noticias de las que puedan publicar los periódicos.

Treffry gruñó para expresar sus dudas mientras se servía unos huevos fritos y un par de gruesas lonchas de jamón del plato que Cuervo tenía en las manos.

—¡Un día nos hacen creer que Bonaparte está al caer, y al siguiente se están riendo de él!

Ramage sonrió ante el tono arisco, afligido también, de su tío. Siguió el recorrido de su mirada, que recaló en Cuervo, gracias a lo que pudo entender que hablaría más abiertamente cuando ambos estuvieran a solas. Por espacio de dos o tres minutos comieron en silencio, mientras Cuervo retiraba las tapas de los platos calientes, para finalmente abandonar la estancia.

—¿A qué viene tanto misterio, hijo? —preguntó su tío.

—Tengo que viajar a Francia de inmediato, y es posible que tenga que volver con más inmediatez si cabe…

—¿Qué tiene de malo desembarcar de noche en un bote de los barcos del rey? —quiso saber Treffry; a juzgar por el tono, aceptaba cualquiera que fuera el motivo, sólo sentía curiosidad.

—Probablemente no tendría problemas para desembarcar de ese modo, pero las posibilidades de hacerlo en el viaje de vuelta (hay que acordar una cita, todo depende del viento, etcétera) ya es otra cosa. Además, desde allí tengo que enviar informes a Inglaterra…

—¿Se trata de una especie de asunto de espionaje? —preguntó su tío, ceñudo.

No había por qué ocultarle eso, puesto que no podía tener otro motivo para visitar Francia.

—Sí, debo intentar averiguar una o dos cosas, y enviar algunos informes a Inglaterra. ¡Luego podré volver a casa! ¿Sabes de alguien que pueda ayudarme?

—Conozco a gente que podría ayudarte si se lo proponen —respondió su tío con cierta cautela—, lo que pasa es que no son muy amigos de la autoridad. Para ellos, los alguaciles no constituyen más que problemas.

Al percibir los reparos de su tío, Ramage preguntó:

—Supongo que tener que huir de vez en cuando de los alguaciles y de los agentes de aduanas no los pondrá en contra de su propio rey, ¿no?

—Madre de Dios, claro que no —exclamó Treffry—, pero tienes que recordar que la guerra ha hecho que su… profesión sea diez veces más peligrosa. Hay tantos barcos del rey en el mar, y todos con los ojos abiertos ante cualquier detalle que resulte sospechoso…

—De acuerdo, así que el contrabando es diez veces más peligroso que antes —admitió Ramage, áspero—, pero apuesto a que gracias a la guerra también es veinte veces más lucrativo.

—Es lo más probable, sí —respondió su tío con ojos brillantes—, y sin duda los aduaneros de Bonaparte querrán diez veces los sobornos que recibían antes. Debo admitir que no sé mucho al respecto, debo de ser una de las pocas personas de la zona que no tiene nada que ver con ello. Sé de algunos vecinos míos que gruñen cuando hablan de los riesgos que corren sus hombres, y por lo general me envían uno o dos barriles de coñac por Navidad, Pascua y San Miguel. Pero cuando veo las mulas tiradas del bocado, atravesando mis tierras de noche, confieso mirar hacia otro lado. Cuando veo la linterna sorda relucir en una ventana que da al pantano, doy por sentado que debe de tratarse de un cura que trabaja hasta tarde en las cuentas de la iglesia, aunque sin duda los alguaciles afirmarían que se trata de una seña hecha a los contrabandistas conforme la costa está despejada para que las mulas carguen con el contrabando.

—No los estoy juzgando —se apresuró a decir Ramage—, ¡tan sólo quiero que me ayuden!

—Sí, ya lo supongo, muchacho; pero intento avisarte de que no será tan fácil como piensas. Primero, debes comprender que estos hombres no sólo han hecho contrabando durante los últimos siete u ocho años, desde el comienzo de la guerra. No, han sido contrabandistas toda la vida, y sus padres lo fueron antes que ellos.

—Ya sé todo eso —dijo Ramage, impaciente.

—Lo dudo —replicó su tío, imperturbable—, y si quieres contar con su ayuda, te resultará más sencillo lograrlo cuantas más cosas sepas de ellos. Veo que piensas en términos de un par de hombres y de una barca de pesca, pero… —Levantó un dedo amenazador—, recuerda que los hombres del pantano controlan todo el contrabando de la costa que va de Folkestone a bahía Rye; estamos hablando de treinta y cinco millas. No creo que haya nada que suceda en este trecho de tierra y mar que esos hombres no sepan, y no sólo en el pantano. ¿Viste a alguien anoche, cuando venías de

camino?

—No vi un alma desde que pasé por Hythe.

El anciano movió la cabeza y sonrió.

—Estoy seguro de que no viste a nadie; pero ellos sí te vieron a ti. Mucho antes del alba, intentaban averiguar por qué un oficial de la Armada marchaba a todo galope por el camino de Ashford, volvía grupas al sur, en Sellindge, y se encaminaba a Aldington. Muchos fueron levantados de la cama y no volvieron a dormir hasta que les llegó la noticia de que el sobrino del señor Ruffus había llegado a Treffry Hall y que todo estaba en orden.

—Pero ¿cómo…? —quiso preguntar un sorprendido Ramage.

—Pregunta a cualquiera en el pantano la distancia que media entre un lugar y otro, y te dirán que tantas millas como vuelan los halcones de Rhee. Si te sonríen de un modo extraño mientras lo hacen, tendrás ante ti a un hombre del pantano.

—¿Halcones de Rhee? ¿Qué clase de ave es?

Treffry rió secamente.

—Ah, buena pregunta. Se trata de un ave invisible, capaz de llevar un mensaje en el pico y volar casi tan rápido como un caballo a galope tendido.

—Pero ¿«Rhee»? No recuerdo…

—Parte del dique marítimo que impide al pantano desbordarse con la pleamar…

—Ah, ya recuerdo —asintió Ramage—. Dicen que los romanos empezaron a construirlo cuando drenaron el pantano. Separa Romney Marsh del siguiente pantano: Walland Marsh, ¿no es así? Y se une al dique de Dymchurch.

—El halcón en cuestión probablemente anide en algún lugar del dique de Rhee —explicó su tío con aire enigmático—. En fin, será mejor que olvides todo esto por ahora, siempre y cuando hayas comprendido qué intento decirte.

Ramage echó un vistazo al reloj, pero su tío negó con la cabeza.

—No hay prisa… Sí —dijo levantando la mano para evitar las protestas de Ramage—, sé que no andas precisamente sobrado de tiempo, pero no hay nada que puedas hacer hasta que regrese Cuervo.

—¿Adónde ha ido? Hace un momento estaba aquí.

—A ver a un amigo mío. Dentro de una hora volverá, y entonces sabremos si mi amigo será también amigo tuyo o no.

—Me hablas con acertijos —protestó Ramage sin mucho énfasis.

—En realidad no. Cuervo ha ido a preguntar a alguien, en mi nombre, si puede ayudarte.

—Pero Cuervo no sabe qué es lo que quiero.

—Sabe todo cuanto mi amigo debe saber y, en todo caso, lleva una carta de mi puño y letra.

Durante los siguientes diez minutos ambos comieron en silencio. Finalmente Treffry empujó el plato a un lado y dijo:

—Tu tía no tardará en bajar. Tiene un montón de preguntas que hacerte acerca de

la familia, ¡por eso yo no te he hecho ninguna! Querrá dar un paseo contigo por las vides. —Al ver la expresión de extrañeza de Ramage, añadió—: ¿Has olvidado la vid del muro sur? Casi cubre toda la mitad inferior. Rinde un montón de fruta. Mi esposa confía en que tengamos un verano templado.

—Igual que Bonaparte —señaló Ramage, irritado por el modo en que transcurría el tiempo. Lamentó de inmediato haber hecho tal comentario y añadió—: Recuerdo haber robado un puñado de uvas cuando era pequeño. —Sonrió al recordar los pormenores de aquel episodio—. Eran agrias como el demonio, y como castigo me obligaste a comerlas todas.

—Tuviste un cólico durante un par de días. Tu tía me echó a los perros y me tachó de pariente cruel.

Al cabo de una hora y media, hora para la cual Ramage había puesto al corriente a tía Henrietta de todas las novedades familiares que conocía, además de todas las habladurías londinenses que era capaz de recordar, el estrépito de los cascos en el empedrado anunció el regreso de Cuervo.

Ramage contuvo una sonrisa cuando, al cabo de cinco minutos, enfundado de nuevo en su atuendo de sirviente, Cuervo entró en la sala con una carta en la bandejita de plata. Miró de reojo los platos que reposaban en la mesa, como sorprendido de que la familia pudiera aún ocupar la sala destinada al desayuno, y entregó la carta a su señor.

Ramage percibió que su tío representaba igualmente bien su papel: tomó éste la carta como si a Cuervo se la acabara de entregar en la puerta un mensajero, le dio las gracias y, antes de romper el lacre, aguardó a que el criado hubiera abandonado la estancia, después de rechazar la propuesta que hizo Cuervo de retirar la mesa.

—Cuervo conoce mucho mejor que yo el contenido de esta carta —aseguró su tío tras guiñarle el ojo—, pero le encanta guardar las apariencias. —Rebuscó en un bolsillo, del que sacó unos quevedos que colocó en el puente de la nariz—. Mmm. A juzgar por la letra, jamás pensarías que este tipo tiene un cuarto de millón invertido en acciones y otro tanto en propiedades. Ah, se muestra cauteloso, tal como esperaba.

Se quitó los quevedos, que a continuación devolvió a su funda, y ésta al interior del bolsillo, junto a la carta. Ramage intentó aparentar cierta frialdad, pero no se le ocurría nada que decir a su tía, que estaba esperando a que su marido hablara.

—Rufus, no seas así —le dijo, impaciente—. Estoy segura de que esa carta dice algo que concierne a Nicholas, y tienes al pobre muchacho en ascuas.

—¿Cómo? Por Dios, Nicholas. Soñaba despierto. Nada de qué preocuparse. Quiere conocerte. Si acepta prestarte su ayuda, me quiere a mí como garantía.

—¿Garantía de qué? —exclamó Ramage.

Treffry lanzó una risa generosa.

—De tu buen comportamiento. ¡Lo más probable es que piense que has abandonado la Armada para enrolarte en el servicio de aduanas sin decírmelo!

—¿Y si no me comporto? —preguntó Ramage en tono sarcástico.

—Pues tendré que indemnizarlo por las pérdidas que pueda sufrir —se limitó a responder Treffry—, condición que, por supuesto, aceptaré. Pero no te preocupes, en cuanto conozca tu historia hará todo lo que le pidamos.

Su historia… Por unos instantes, Ramage tuvo la sensación de que galopaba a través de la campiña de Kent, gritando a viva voz que se dirigía a Francia en misión secreta. Su tía pareció comprender sus temores y dijo en tono tranquilizador:

—No temas, esta gente sabe cómo mantener la boca cerrada mucho mejor que la mayoría. Bastaría un desliz para verse en la horca. Y no te preocupes por los informadores, los que no son del pantano saben que hay que mirar hacia otro lado en determinadas circunstancias, y son conscientes de lo que les sucede a quienes se interesan demasiado por los asuntos ajenos y lo cuentan todo por ahí…

Ramage imaginó los cadáveres de los antiguos informadores metidos en sacas, lastrados con piedras y echados al dique. Quizá ni los lastraran, sino que los dejaran flotando, como advertencia para quienes pudieran sentir la tentación de actuar del mismo modo y, también, para los del servicio de aduanas que se mostraran demasiado celosos en el cumplimiento del deber, una medida equivalente a la del guardabosques que colgaba de un árbol en el pabellón de caza, sirviendo de nido a los cuervos. Sí, sólo un estúpido clavaría la mirada en los caballos cargados de barriles de coñac y las cestas de encaje francés que pasaran por la puerta en una noche húmeda y ventosa. Bastaría el menor ruido de cascos para que los hombres hablaran en voz alta a sus esposas, o echaran más leña al fuego; para que hicieran cualquier cosa, de hecho, excepto mirar por la ventana o asomar por la puerta.

Treffry se levantó.

—Será mejor que nos pongamos en marcha. Te procuraré un buen caballo.

Ramage negó con la cabeza.

—No, gracias; montaré el que me prestaron los soldados; así podré volver directamente a Dover, a reunirme con mis hombres. Dejaré aquí mi uniforme —le dijo a su tía—. Lo recogeré a mi regreso.

—En ese caso, le diré a Cuervo que recoja tu equipaje. —Su tía le obsequió con un beso cariñoso. Aunque ignoraba adonde se dirigía su sobrino, tenía la impresión de que tardaría en verlo, y le aseguró que encontraría a Gianna en Aldington cuando regresara.

Al cabo de quince minutos, Ramage espoleaba el caballo y seguía a su tío por el camino angosto que conducía a Lympne y Hythe. Discurría el camino hacia el este por la tierra alta que dominaba el pantano, caía de vez en cuando y seguía en ocasiones al arroyo y la vegetación, para luego remontar la cresta desde la que Ramage podía ver a la derecha el pantano, y, a la izquierda, el terreno que caía al valle y que luego se alzaba y bajaba dando forma cada vez a más colinas y valles hasta alcanzar los North Downs.

Mientras iban al galope y dejaban atrás un nuevo pueblo cada milla más o menos, Ramage recordó el comentario que hizo su tío acerca de las linternas sordas, y se

percató por primera vez de que al menos una casa en cada aldea (por lo general, la taberna) tenía una diminuta ventana en la guardilla que solía dar al sur. Una diminuta ventana que, abierta, quedaría oculta a miradas indiscretas desde el camino, pero que sería visible a gran distancia desde las tierras llanas que dominaba, por no mencionar los senderos y veredas que llevaban a ellas desde el pantano. Quienes condujeran el convoy de mulas con licor de contrabando rumbo a una taberna, o al abacero con el té y el tabaco, podrían ver la luz. Debía de haberse establecido algún código, de modo que la luz, o la ausencia de ella, diera a entender a los contrabandistas que era seguro hacer la entrega o que los hombres del alguacil andaban al acecho.

Un anciano granjero de pie en la puerta de su propiedad, con una escopeta de caza bajo el brazo y una bolsa de caza cruzada al hombro, les saludó con alegría cuando pasaron al galope. El reumático conductor de un carromato, cargado con haces de heno, se quitó el sombrero. Un párroco vestido de negro, hombre entrado en carnes y con la roja nariz de patata de un borrachín, acompasó el trote de su caballo al de ellos, mas Treffry se disculpó y ambos apretaron el paso.

—Otros cinco minutos —dijo a Ramage—. Nuestro amigo vive a la sombra de Studfall Castle. En las ruinas, vamos.

¿Quién sería ese «amigo»? ¿El cabecilla de los contrabandistas del pantano? Con un cuarto de millón invertido y un cuarto de millón en tierras, uno debía de ser un nabab para disponer de tanto dinero. Un nabab, un terrateniente de las Antillas, o un contrabandista con mucha suerte.

Mientras seguían cabalgando, Ramage se descubrió pensando muy seriamente en la capacidad de gestión necesaria para emprender exitosas operaciones de contrabando; administración y capital, también, puesto que era de esperar que el francés quisiera dinero en metálico por el coñac, el tabaco y el té, la madreperla, los encajes y otros productos de lujo. Sin duda, tendría que pagar también por el *whisky*, la ginebra, la lana y cualquier otro producto que los hombres del pantano pasaran de contrabando a Francia.

Sabía que la Junta de Aduanas hacía la guerra a los contrabandistas con toda la determinación que ponía la Junta del Almirantazgo en hacer la guerra al francés. Ambas siempre se habían quejado de lo mismo: pocos barcos y hombres para hacer su labor de la forma adecuada. A juzgar por lo que había oído la última vez que había estado en Portsmouth, los de Aduanas tenían motivos fundados: los contrabandistas empleaban embarcaciones grandes y bien artilladas, mientras que pocos eran los antiguos cúteres de Aduanas capaces de alcanzarlos, de modo que solían huir a menos que la Armada echara una mano a los aduaneros.

Quiso haber prestado más atención a las habladurías, pero recordó haber oído que los contrabandistas disponían de cúteres rápidos de doscientas toneladas de arqueo, armados con una docena, o más, de piezas de cuatro libras, y que solían navegar a las islas del Canal y, de allí, a los puertos franceses. Llevaban a bordo sus propios botes, enormes y muy estrechos (cuarenta pies, con una manga inferior a los cinco pies, diez

remos por costado o más). El cúter solía acercarse a un par de millas de la costa, echar el bote al agua, cargarlo de hasta quinientos barriles y enviarlo frente a alguna playa desierta, donde lo aguardaban carromatos y mulas. Cuando se daba la alarma, los caballos y los carromatos habían desaparecido tierra adentro cargados con el contrabando, y el bote se hallaba de vuelta a bordo del cúter.

En ocasiones los cúteres de los contrabandistas ni siquiera tenían que arriesgarse tanto: los aduaneros estaban muy preocupados por una nueva triquiñuela, conocida como la «lenta». Un cúter de contrabando ataba un tonel a una larga cuerda que remataba en una piedra pesada, parecida a las empleadas para el lastre. El cúter navegaba, previo acuerdo, cerca de una barca de pesca, y, en lo que a un observador que nada supiera concernía, viraba por avante al tiempo que arrojaba lastre por el costado. Una actividad de lo más normal, sobre todo antes de emprender el viaje de vuelta a casa. No obstante, cada piedra hundía un barril en el fondo, y luego, con toda la parsimonia del mundo, los pescadores se armaban con bicheros para recuperarlas por la cuerda y subirlas a bordo lentamente (de ahí el nombre), tanto piedras como barriles, en cuanto asomaran a la superficie.

Por ser hombres de negocios prácticos, los contrabandistas tenían una lista de precios que dependía del modo de entrega: un barril de coñac se vendía en el mar (a pescadores que lo subieran a bordo, o que lo recuperaran a la lenta) al precio de una guinea, mientras que el mismo barril desembarcado en tierra costaría treinta peniques o más. Los compradores en tierra solían ser intermediarios, hombres que compraban directamente la mercancía a los contrabandistas, para luego distribuirla a los interesados: taberneros para el coñac, o tenderos en el caso del té.

Cuantas más vueltas le daba, más comprendía que el contrabando era un negocio mucho más complejo de lo que uno podía pensar *a priori*. Mucho más que la idea que predominaba, la de cuatro bandidos con parches en el ojo que cruzaban el Canal en una noche de lluvia…

Primero, alguien tenía que poner el dinero para construir una embarcación, ya fuera una barca de pesca aparejada a la vela, o un enorme cúter que llevara a bordo sus propios botes de diez remos. Aparte de la mayor capacidad de estiba, los cúteres tenían otra ventaja sobre otras embarcaciones menores, pues no se veían sujetos al Acta de Ronda y a la reciente Acta de Contrabando, destinadas ambas específicamente a aquellos barcos que permanecieran cerca de la costa, esperando la oportunidad de desembarcar el contrabando cuando los cúteres del servicio de Aduanas desaparecieran de la vista. Se consideraba bajo dichas actas que cualquier barco sin permiso que se encontrara a más de nueve millas de la costa estaba «rondando» y era susceptible de ver la carga confiscada. Los cúteres de mayor tonelaje se libraban de esta ley.

Las reglamentaciones eran estrictas, pero el servicio de Aduanas no disponía de suficientes embarcaciones para ponerlas en práctica. Y si un cúter privado partía de Cowes con rumbo a Dover, era casi imposible, sin alcanzarlo y abordarlo, probar ante

un tribunal que había recalado de camino en un puerto francés, y cargado el contrabando que descargaría con discreción en algún punto de las playas de la zona, para finalmente arribar a Dover como si llegara directamente de Cowes.

A lo largo de toda la costa, el servicio de Aduanas contaba con sus agentes a caballo, hombres que patrullaban y vigilaban cualquier actividad inusual, que por lo general solía contemplar la presencia de cierto número de carromatos y mulas cerca de una tranquila y solitaria bahía. Sin embargo, estos agentes montados eran responsables de amplios trechos de costa, a menudo un solo hombre tenía que cubrir quince millas o más; no era difícil para un bote de remos deslizarse en la playa en una noche oscura y húmeda, una vez recibida la señal de que estos agentes habían pasado de largo.

Un divertido «hola» lo sacó de sus reflexiones. Tiró de las riendas y vio que su tío se había detenido varias yardas antes. Cuando Ramage se reunió con él, Treffry dirigió la fusta a una casa de piedra bien proporcionada, alejada media milla del camino, cobijada del viento por unos cuantos árboles. Estaba erigida en el borde del terreno que dominaba el pantano; Ramage apostó algo a que las ventanas de la parte este y sur disfrutaban de una vista perfecta del trecho de costa comprendido entre Hythe y Dungeness.

—Será mejor poner riendas a nuestra curiosidad, ¿eh? —comentó su tío.

Ramage asintió.

—Creo que deberíamos comportarnos como si se tratara de una simple visita de cortesía del caballero Treffry y su sobrino el marino. Sabe qué es lo que busco, de modo que dejaremos que sea él quien saque el tema.

—Espléndido; delicado tema, por cierto.

Ramage reparó en que su tío se sentía un tanto inquieto ante la perspectiva de aquel encuentro. Los hombres del pantano debían de tener una reputación temible… Aquél en concreto podía tener tal reputación, pero Charles Henry Simpson (director de la Compañía de las Indias Orientales, vicepresidente del Westminster Lying-in Hospital, vicepresidente de Sea-bathing Infirmary, director de la British Fire Office y miembro de la junta del Museo Británico) poseía el aplomo propio del hombre adinerado, tanto como para disfrutar demasiado de su último nombramiento.

—Ante ti tienes al capitán más reciente de los voluntarios de Romney, querido Treffry —dijo con orgullo—. El más reciente y el menos veterano, ¡todos mis oficiales superiores son arrendatarios míos!

Treffry señaló al hombre alto y de pelo cano a su sobrino. Ahí estaba, de pie junto al copero, quitando el tapón de cristal de la botella de jerez.

—¡Cuidado no vayan a ordenarte dar vueltas a nado por el dique y hacer más ejercicio que al resto por cobrarles un alquiler demasiado alto!

Simpson rió de buena gana mientras servía dos copas de jerez, una para sí y otra para Treffry.

—Bueno, teniente, ¿está seguro de que no quiere acompañarnos? —Ante la

negativa de Ramage, Simpson dio un sorbito al jerez, suspiró a modo de aprobación y añadió—: Su tío me dice que puedo serle de ayuda…

No sabía qué había escrito exactamente su tío en la carta, coartado por la necesaria discreción que debía guardar.

—Debo entrar en Francia en secreto, por asuntos del rey —expuso Ramage—. Una vez allí, debo poder enviar de vuelta a Inglaterra al menos un informe, y quizá más. Luego debo regresar con…

—¿Tiene pruebas de que se trata de un asunto del rey?

—¿Ha leído mi carta? —intervino Treffry en ese momento.

—Por supuesto, por supuesto, mi querido Treffry. Lo había olvidado.

Ramage le observó con cierta frialdad mientras acariciaba las dos cicatrices de la ceja derecha. Era sumamente curioso pensar que los líderes de los contrabandistas del pantano (y empezaba a pensar que Simpson era el único líder) pudieran exigir pruebas de que trabajaba a las órdenes del rey. ¿Cuántos espías franceses habían hecho uso de los servicios de Simpson para desembarcar o abandonar Inglaterra?

Simpson era un hombre educado, y su hogar estaba decorado con lujo y elegancia. Aun así, tuvo la impresión de que tanto la pose del hombre como la decoración del lugar eran de una elegancia estudiada. Hablaba lentamente, pero pensaba con rapidez. La suya era una lentitud deliberada, posiblemente el resultado de un adiestramiento esmerado para controlar la dicción. Aunque el tío Rufus había hecho alusión a la riqueza de aquel hombre, no había mencionado sus orígenes: Nada del «hijo de…» o el «su hermano es…» o «su padre era…», típicas marcas de identificación. No, era improbable que el señor Simpson encajara sin reparos cualquier pregunta acerca de sus orígenes, y era lo bastante rico como para suprimir cualquier conato de curiosidad que pudiera suscitarse en aquel rincón de Inglaterra.

—Tenía pensado alquilar los servicios de una barca de pesca. Mi propósito al buscar un contrabandista se justifica por el hecho de que éstos conocen el trazado de la costa francesa mejor que nadie.

Simpson asentía con una sonrisa comprensiva en los labios, como si quisiera disculparse por lo indiscreto de su anterior pregunta.

—No sólo la conocen, sino que, además, contaría con la comprensión de los *douaniers*. El francés se muestra deseoso de llenar sus bolsillos de libras esterlinas, puesto que su propia moneda apenas tiene valor, de modo que los de las aduanas no consideran que los franceses que comercian con coñac, tabaco y té con los pescadores a cambio de libras estén haciendo contrabando.

—No voy a cuestionar los motivos de nadie, mientras pueda llegar a Francia —replicó Ramage secamente.

—En tal caso —dijo Simpson con idéntica sequedad, en un tono de voz que daba a entender que intuía los pensamientos de Ramage—, mis amigos podrán hacerle un sitio. ¿Cuándo se ha propuesto hacerse a la mar?

—Esta noche, a ser posible. Seremos cuatro.

—¿Cuatro? Creía que iría usted solo.

—Tres de mis hombres y yo.

—Los pescadores que les llevarán a la costa francesa podrían inquietarse ante la perspectiva de verse superados en número por… En fin, por hombres del rey.

—Quizá sea posible razonar con ellos.

—Eso no será posible.

—Pero…

—Acepte mi palabra, señor Ramage; no puedo explicarle por qué en este momento, pero créame, lo comprenderá antes de llegar a Francia.

—No tiene sentido emprender este viaje sin mis hombres. Todo el asunto fracasaría.

Simpson se encogió de hombros.

—Lo lamento, señor Ramage; debo pensar en mis amigos.

—¿De modo que no tiene intención de ayudarme? —preguntó Ramage, sin rodeos.

Simpson negó con la cabeza.

—No me atrevo a involucrar a mi gente…

Había perdido media mañana; tenía que llegar a Francia en las siguientes veinticuatro horas. Sin embargo, carecía de tiempo para emprender de nuevo la búsqueda. Simpson era demasiado tranquilo, demasiado recatado como para que un hombre honesto pudiera confiar en él. Pero Ramage sabía que no tenía elección. Tenía que convencerle. Miró a su tío, que apuraba el jerez ante la inminencia de la despedida.

—Señor Simpson, debo decirle que los informes de la prensa respecto a la posibilidad de que Bonaparte invada en breve Inglaterra se toman muy seriamente en Londres. De hecho…

—Pero tales informes aparecen cada semana —le interrumpió Simpson con desdén—. Llevamos más de un año leyéndolos en la prensa.

—Cierto, pero existen informes recientes que no leerá usted precisamente en los periódicos. Mis órdenes se redactaron a partir de la información extraída de estos informes.

No podía decirle a un contrabandista, ni siquiera a un contrabandista rico, que además era uno de los terratenientes más poderosos de Kent, que el primer lord del Almirantazgo en persona y lord Nelson habían decidido enviarlo a Francia. Simplemente porque, si dispusiera de tal información podía empezar a pensar que aquel asunto era lo bastante importante como para pedir una elevada suma de dinero por el servicio, lo que, a su vez, obligaría al teniente Ramage a pagar de su bolsillo, dado que el Almirantazgo (oficialmente, puesto que tal suma de dinero tendría que satisfacerse de manera oficial) rechazaría la posibilidad de relacionarse con contrabandistas.

Simpson movió la cabeza y sonrió, una sonrisa de las que desarman, pensó

Ramage, del tipo que debía emplear a la hora de rechazar la petición de un párroco de pagar el nuevo techo de una iglesia situada en sus tierras.

—Lo siento, señor Ramage…

—Muy bien —interrumpió el teniente con un deje de amargura—. Debo admitir que no me sorprende lo más mínimo. Mi tío se mostró excesivamente optimista.

—Vamos, Nicholas —protestó Treffry, malhumorado—, ¡no seas así!

—¿Qué no sea así? —exclamó Ramage, enfadado—. Con todos los respetos debidos al señor Simpson: no creo que pidamos demasiado. Si Bonaparte invade Inglaterra, se acabará el contrabando y también el señor Simpson, puesto que será uno de los primeros en morir guillotinado. Exactamente, ¿qué ha hecho usted por su patria en esta guerra, aparte de embolsarse grandes beneficios? —preguntó con dureza, pero sin elevar el tono de voz, y sosteniendo la mirada del terrateniente—. Y eso que nació usted aquí. Dos de los tres hombres que me acompañarán a Francia, cuya presencia tanto parece incomodarle a usted, son extranjeros. —Su tono adquirió un matiz de desprecio—. Uno es norteamericano y el otro italiano. ¡Ellos han hecho más por Inglaterra en la guerra que todos los hombres que trabajan para usted juntos! —Se volvió a Treffry—. Vamos, tío; por lo visto, poco honor hay entre… contrabandistas.

Al levantarse Treffry, sonrojado pero visiblemente molesto con Simpson y no con su sobrino, el terrateniente les hizo un gesto a ambos. Había empalidecido de pronto, y la actitud despreocupada de la que había hecho gala hasta ese momento había desaparecido por completo. Ramage reconoció de pronto en la expresión de Simpson a alguien que no tiene la conciencia limpia.

—Por favor, siéntense de nuevo, se lo ruego. Señor Ramage, ha expresado usted ciertos pensamientos que en ocasiones perturban mi mente en las horas de insomnio que preceden al alba. —Entonces levantó la mirada, medio desafiante, medio apologético—. Sin embargo, no voy a disculparme por nada, excepto por mi decisión de no ayudarle. Me he equivocado. Todos mis recursos, que no son baladíes, tal como seguramente habrá supuesto, están a su disposición. Les desembarcaremos en Francia esta misma noche. ¿Dónde se encuentran sus hombres?

—En Dover. Llegarán… —consultó el reloj— en media hora.

—Excelente. Hay una taberna cerca del muelle oriental de Folkestone llamada Kentish Knock; supongo que debe su nombre al bajío del estuario del Támesis —dijo en un intento por aliviar la tensión, que se podía cortar con un cuchillo—. ¿Podrá usted reunir a sus hombres allí al anochecer? Un hombre se les acercará. ¿Qué quiere que le diga para asegurarse de que no se trata de un impostor?

—Pídale que me pregunte lo siguiente: «¿Se acuerda de mí, señor? Serví bajo su mando en el *Triton*».

—Una última cosa. Llevarles a Francia no supondrá un problema, pero el caso es que quieren volver a Inglaterra. Doy por sentado que no podrá usted saber de antemano cuándo tendrá esa necesidad o la oportunidad de hacerlo. De modo que

tendré que disponer… No —se apresuró a decir—, no me cuente nada de sus planes; basta con que me diga si los míos no encajan en ellos. Voy a arreglar su regreso a Inglaterra, haré que una barca de pesca les aguarde en Boulogne durante el tiempo que crea usted necesario. Puede cruzar de Boulogne a Folkestone sin grandes dificultades, lo cual facilitará enormemente la huida.

—No es ningún problema —aseguró Ramage, agradecido y deseoso de recuperar la atmósfera cordial que reinaba al principio de la entrevista.

—Bien, pero debe usted entender que la barca podrá esperar gracias a ciertos acuerdos a que llegamos hace tiempo, antes de la guerra, en relación con… Bueno, con ciertos asuntos de contrabando, y… esto…

Simpson experimentaba tales dificultades para explicarse, que Ramage quiso aliviar su carga.

—Quiere usted asegurarse de que podrá reanudar sus operaciones mucho después de que yo haya regresado.

—¡Sí, eso mismo! Le agradecería mucho que olvidara los pormenores, en caso de que deba escribir un informe para el Almirantazgo.

—De acuerdo —aceptó Ramage—. ¡Compartiré con sus hombres el afán por no caer en manos de los alguaciles!

Simpson se levantó y extendió la mano.

—Sí, nuestro mayor problema, y entenderá por qué hablo en plural, lo constituyen nuestros propios barcos. Los franceses no supondrán una dificultad. Por cierto, hasta que llegue a Francia, debo pedirle que haga exactamente lo que el patrón de la barca le diga, por peculiares que puedan parecerle sus instrucciones. Para cuando llegue a Boulogne, comprenderá qué puede haberlas motivado.

CAPÍTULO 6



Aunque los nuevos cuarteles del ejército acantonado en Shorncliffe se encontraban cerca, había tan pocos regimientos escoceses o irlandeses desfilando por las calles de Folkestone que rara vez se oían las gaitas en el lugar. Sin embargo, el agudo y chillón sonido de estos instrumentos cuando son tocados por irlandeses o escoceses algo tenía en común con la música aguda y alegre que procedía del salón de Kentish Knock, en Piecrust Lane (una calle situada en el interior del puerto), por cuya puerta asomaban los curiosos.

El joven que se hallaba de pie junto a una de las mesas y tocaba la gaita era rollizo y fornido; su rizado cabello negro caía en mechones sobre los ojos, empañados en lágrimas por el esfuerzo de soplar y mantener la gaita llena de aire. La melodía, extraña para el oído de un inglés, resultaba embriagadora, y la docena, más o menos, de marineros que se hallaban de pie en la barra guardaban silencio, atentos al gaitero, cuya expresión demostraba que la melodía interpretada había logrado transportar su pensamiento a algún lejano país.

Finalmente, cuando concluyó la música, aflojó la presión de la bolsa de aire bajo la axila y las notas cesaron por completo. Tomó asiento a la mesa, sonriendo a los tres hombres que se hallaban sentados, y saludando también a los otros que le daban muestras de agradecimiento.

Uno de los tres hombres sentados, un individuo mal vestido, con pelo castaño y ralo, parecía un poco borracho cuando empujó una jarra por la superficie de la mesa en dirección al gaitero.

—Tómate una pinta de cerveza de Kent, Rosey, y toca otra canción. Esas gaitas italianas son muy dulces.

—Te gusta, ¿eh? *Sono doloroso…* Estoy tan triste, hace tanto tiempo…

—Ya volverás. Génova lleva ahí mucho tiempo, y no creo que nadie vaya a llevársela.

—No conoces a los amigos de Rosey —dijo un *cockney*—. Son como los contadores, eso es. Lo roban todo poco a poco, ¡para que nadie se entere hasta que haya desaparecido del todo!

—Cierto, Staff —admitió el italiano—. Ese Bonaparte lo roba todo, pero algún día lo perseguiremos para que lo devuelva, ¿eh…, Nick?

El italiano había titubeado un poco al pronunciar ese nombre. Hacía apenas unas horas había figurado su nombre en el rol de tripulantes de un navío de línea fondeado en Portsmouth. Alberto Rossi, nacido en Génova, con empleo de marinero ordinario. Le costaba mucho mostrar ciertas familiaridades con el teniente Nicholas Ramage, que había sido durante tanto tiempo su oficial al mando.

En compañía de los otros dos hombres, había partido de Portsmouth con destino a Dover en cuanto se recibieron las órdenes procedentes del Almirantazgo por medio del nuevo telégrafo que comunicaba Portsmouth con Londres. Hacía lo posible por cumplir las órdenes del señor Ramage, que en realidad eran muy sencillas: todos ellos, incluido el propio señor Ramage, tenían que comportarse como pescadores procedentes de un mercante mientras permanecieran en Inglaterra. En cuanto llegaran a Francia recibirían nuevas órdenes.

¡Francia! Estaba ardiendo y casi sin aliento después de tocar la gaita, pero sólo pensar en que iba a desembarcar en el país de Bonaparte le aterraba. No porque la perspectiva de enfrentarse a un puñado de franceses le asustara. No, sus miedos surgían más bien al pensar en los ejércitos de Bonaparte que presumían como pavos reales por casi toda Europa: Países Bajos, España, la mayoría de los estados italianos, Austria y quizás incluso Suiza. De hecho, era mucho más sencillo recordar que los únicos países que lo habían evitado hasta el momento eran Inglaterra y Portugal. Quizás alguno de esos países del Báltico (Suecia, por ejemplo) aún no habían sido invadidos, pero Rossi sabía que la única razón de ello era que Bonaparte los consideraba insignificantes. ¿Rusia? Probablemente era demasiado extensa…

Will Stafford, nacido en Bridewell Lane, al tañido de las Bow Bells, y aprendiz de cerrajero antes de servir en la Armada, poseía una gran inocencia ante ciertos aspectos de la vida, inocencia que contrastaba con el destacable conocimiento de otros aspectos, muchos de los cuales había aprendido mientras hacía de cerrajero en mitad de la noche, por lo general sin que el dueño estuviera en casa. Stafford poseía también la capacidad innata de reconocer los estados de ánimo de los demás, y así fue cómo reconoció la súbita punzada de nostalgia a tiempo de murmurar unas palabras de ánimo o hacer un chiste rápido para aliviar la pesadumbre de su compañero.

Mientras observaba cómo Rossi guardaba la gaita, antes de dejarla encima de la mesa, vio que el italiano arrugaba el entrecejo y comprendió que había vuelto ya del pasado de las colinas del Piamonte y la Toscana al presente de aquella taberna

llamada Kentish Knock, con el techo ennegrecido cerca del fuego debido a las veladas invernales que habían transcurrido con la chimenea encendida.

—Sus gaitas son más musicales que las *escocia* —comentó Stafford—. Tal vez se deba a que no tienen una bolsa tan grande.

—*Accidente* —exclamó Rossi—. Jamás he oído cómo suenan las gaitas escocesas, ¡pero las gaitas *sono romane*! Los romanos tuvieron antes las gaitas. Esos *escocia* —hizo un gesto despectivo dirigido a los reyes y los clanes de toda Escocia — las copiaron. Comen potajes y beben el *whisky* y soplan con fuerza.

—Escocesas —dijo el hombre delgado que permanecía sentado en el taburete contiguo al de Ramage—. Ellos son escoceses; las cosas, escocesas.

—Por eso la llaman *Escocesalandia*, ¿eh, Jacko? —preguntó Stafford, sarcástico —. Sea como sea, tengo entendido que las gaitas irlandesas son anteriores a las escocesas.

Jackson rió de buena gana.

—¿No esperarás que un norteamericano te discuta eso? Pero si…

De pronto, calló al ver pasar a un hombre por la puerta abierta de la taberna. Se detuvo éste, se volvió y echó un vistazo a los parroquianos. Al ver a Ramage, se acercó a ellos, pero apenas había dado seis pasos cuando Jackson se levantó del taburete para cerrarle el paso.

—Eh, Jacko —saludó el hombre, nervioso como si esperara ver un cuchillo en manos del estadounidense—. No pasa nada, me están esperando.

Ramage, sorprendido, hizo un gesto al norteamericano para que franqueara el paso y observó al hombre, intrigado y con una expresión en la que no había cabida para una sonrisa.

—¿Se acuerda de mí, señor? —preguntó el recién llegado con cierta timidez, empleando un tono de voz baja que sólo Ramage y los suyos pudieran escuchar—. Serví bajo su mando en el *Triton*.

Ramage le invitó a sentarse con un gesto y respondió fríamente:

—Claro que sí, por Júpiter. Dyson, ¿verdad?

—Sebo Dyson, señor, y quería decirle que lo siento, señor, y que le agradezco que me transbordara al *Rover*.

—Dos docenas de latigazos, creo recordar —dijo Ramage, cuyo tono de voz seguía igual de gélido—. Lo anoté en el cuaderno de bitácora como embriaguez, me parece, no como motín.

—Sí, señor. Me lo tuve bien merecido, lo sé. Por suerte era usted el capitán, señor; cualquier otro se hubiera asegurado de verme colgar de la verga de trinquete.

Ramage empezó a comprender que la aparición de Dyson podía no deberse a una casualidad. Al principio había pensado que el saludo del marinero, ese «¿Se acuerda de mí, señor? Serví bajo su mando en el *Triton*» había sido una extraordinaria coincidencia, una frase normal en determinado contexto, y no la contraseña que había acordado con Simpson. Recordó Ramage entonces el comentario tranquilizador que

acababa de dar Dyson a Jackson, «No pasa nada, me están esperando». ¿Vendría Dyson de parte del cabecilla de los contrabandistas? Una cosa parecía segura: ¡Dyson ya no servía al rey!

—Supongo que desertó cuando le transbordaron al *Rover*. ¿Anotaron la «D» de desertor junto a su nombre?

Observó a Dyson sacudir la cabeza y reparó en que Jackson, Rossi y Stafford contemplaban al recién llegado con curiosidad. La suspicacia inicial había desaparecido. No obstante, de no ser por ellos, ese hombre, Sebo Dyson, ayudante del cocinero, hubiera encabezado un motín en el *Triton* a pocas horas de partir éste de Portsmouth rumbo a las Antillas[5]. Dyson no exageraba cuando decía que se merecía ser ahorcado, y su gratitud por haber recibido un par de docenas de latigazos y verse transbordado a otro barco era del todo sincera. Si el Almirantazgo descubría los pormenores de lo sucedido, probablemente hasta el propio Ramage sería sometido a un consejo de guerra por no haber llevado ajuicio a Dyson. Sentía curiosidad por averiguar por qué Dyson, después de haber estado a punto de probar la caricia de la soga a bordo del *Triton*, había acabado por desertar, lo cual no hacía sino perpetuar esa amenaza. Su vida se hallaba en constante peligro si se había convertido en desertor, y su libertad lo estaba también si se había convertido en contrabandista.

Ramage concluyó que debía de tratarse del enviado de Simpson.

—Como veo que vamos a volver a ser… compañeros de tripulación, Dyson, será mejor que nos lo cuente todo y que lo haga con toda la claridad posible.

El lugar estaba casi a oscuras, y Dyson aguardó mientras el tabernero repartía candelabros en las mesas que se hallaban ocupadas. El tabernero estaba acostumbrado a la presencia de marineros, y no intentó animarles a consumir más bebida: sabía que vocearían lo bastante alto cuando tuvieran sed, y que probablemente se enfadaran si sospechaban que les estaban presionando. La luz del candelabro de la mesa de Ramage tembló al abrirse la puerta y entrar la corriente, y el rostro cambiante de Dyson pareció incluso más ajado de los recuerdos que tenía Ramage de hacía dos años. Cada arruga se veía ensombrecida por la trémula luz, los ojos seguían igual de taimados, y las orejas puntiagudas, parecidas a las de un zorro.

—Todo fue bien en el *Rover*, señor —aclaró en voz baja, con la mirada gacha, clavada, al parecer, en un objeto lejano—, teniendo en cuenta que usted le había contado todo al capitán.

—No lo hice —le interrumpió Ramage—, simplemente le informé de que le había azotado por embriaguez.

—Oh. —Dyson guardó silencio unos instantes, que aprovechó para asumir la información—. Verá, en Portsmouth me enviaron de vuelta a un navío de línea. Los compañeros vieron las cicatrices de mi espalda, causadas por los latigazos, y uno de los ayudantes del contramaestre la tomó conmigo. Era como si supiera lo que había pasado, señor, aunque no sé cómo. En fin, el caso es que no podía mover un dedo sin llevarme unos azotes. Ese gato de nueve colas me hubiera matado de no haber

desertado, señor, tal como se lo cuento.

Ramage le creyó. Había oído decir a más de un capitán que los azotes eran capaces de echar a perder a un hombre, y que a una mala persona la hacían aún peor. Pero, al mismo tiempo, no había otra salida: Dyson había planeado deliberadamente un motín, y un par de docenas de latigazos eran un castigo irrisorio por ello. Un consejo de guerra lo hubiera sentenciado a morir ahorcado, o a recibir quinientos latigazos, lo que sin duda hubiera bastado para acabar con su vida. En realidad, a Dyson le había salvado la vida el hecho de que Ramage tuviera órdenes de llevar urgentemente unos despachos de guerra a la flota que se encontraba frente a Brest y también a las Antillas. No hubo tiempo para desembarcarle, y menos aún para demorarse en tierra unos días mientras lo juzgaban.

Dyson era un hombre malo; incluso en tiempos de paz, había tenido que huir en todo momento de la justicia: torpe ladrón, ruidoso cortabolsas, un salteador de caminos cuyo caballo terminaba por cojear en el peor momento y cuyas pistolas de nada servían. La guerra no había hecho más que acelerar el proceso de disolución.

Entretanto, tendrían que trabajar con Dyson, y éste tendría que hacerlo con los tres marineros que le habían hecho confesar, además de con el oficial que había ordenado que lo azotaran. Se encontraba en la posición ideal para vengarse y traicionarlos a todos en Francia, pensó Ramage, incómodo.

—¿Quién le escogió para ayudarnos? —preguntó.

Dyson miró a su alrededor para asegurarse de que nadie pudiera escucharle.

—El líder de las barcas de Folkestone y Dover, los del contrabando, ¿me entiende? Mantuvieron una charla con cuatro o cinco patronos de las barcas. No mencionó su nombre, claro, porque no lo sabía, pero cuando sacó a colación el santo y seña, la mención del *Triton* pensé enseguida en usted, señor. Y, bueno, me presenté voluntario porque usted me trató bien, señor, y pensé que igual podía serle de ayuda. Sí que es una casualidad, pero…

Sorprendentemente, Ramage le creyó. Era tan inverosímil lo que contaba que tenía que ser verdad.

—Comprendo, Dyson. Ahora nos olvidaremos del pasado, dado el turbio futuro que nos espera.

Pidió más cerveza, y agradeció el hecho de que la historia de Dyson descartara la posibilidad de que Simpson hubiera tenido algo que ver. El hombre que vivía a la sombra de Studfall Castle hubiera podido orquestar todo aquello a modo de velada advertencia: un modo de recordar a Ramage que estaba a merced de un antiguo amotinado…

—¿Cuándo partimos, Dyson?

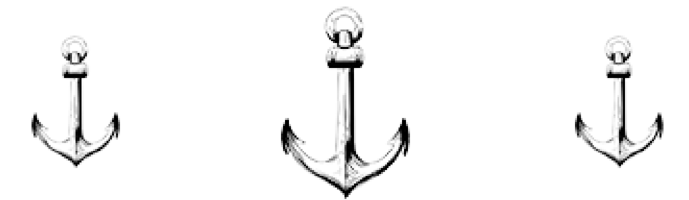
—Será mejor que me llame Sebo, señor, mientras estemos aquí, por si acaso uno de los parroquianos nos escucha. Suena menos formal —explicó en el mismo tono que hubiera empleado para disculparse por algo.

Ramage asintió.

—De acuerdo. ¿Qué me dice de la tripulación?

Dyson levantó la mirada.

—No tengo más tripulación que un par de tipos con los que suelo trabajar —explicó, evitando terminar la frase con el «señor» de costumbre—. Como usted dijo que traería a tres hombres, yo supuse que serían estos tres —añadió, mirándolos con cierto nerviosismo, como si no estuviera seguro de cómo iban a reaccionar ante lo que acababa de decir—. Con cinco nos basta para la barca, no echaremos de menos a los otros dos… —Calló, confundido, miró a su alrededor, reparando en un grupo de marineros que bebían en la otra punta del local—. Quizá sea mejor que nos vayamos a la barca, donde podremos hablar sin tener que andarnos con cuchicheos.



Resultaba difícil distinguir la silueta de la barca en la oscuridad, aunque Ramage advirtió que tenía un yugo cuadrado que confería a su diseño un aire más francés que inglés. No obstante, en cuanto subió a bordo procedente del bote de remo, pudo ver que tenía un buen aparejo: la cabuyería estaba recién embreada, y tenía obenques de cáñamo. Caro equipaje para una barca cualquiera, al menos lo era para las que se dedicaban a pescar peces en lugar de barriles.

El nombre grabado en la madera de la popa era *Marie*, con el nombre «Dover» en letra más pequeña, grabado en una tablilla situada justo debajo del nombre de la embarcación, tan pequeño que apenas podía distinguirse.

—Bienvenido a bordo, señor —murmuró Dyson, que los condujo a la diminuta cabina.

Una vez bajaron por la escala de toldilla, colgó la linterna que llevaba de un gancho clavado en la tablonería de la cubierta, encima de una mesita.

Encogidos por el escaso espacio que mediaba entre una cubierta y otra, Dyson se pegó a un lado de la escala de toldilla para que Ramage, Stafford, Rossi y Jackson pudieran pasar y acomodarse en los asientos en forma de *u* pegados a los costados en torno a la mesa. En cuanto hubieron tomado asiento, Dyson se medio sentó en la escala, con la cabeza a la misma altura que los hombres que lo acompañaban.

Soplaba un viento del sudoeste lo bastante fuerte como para empujar las olas que balanceaban a la *Marie*. La linterna colgaba del gancho, y su luz dibujaba sombras en toda la cabina, aunque la escasa altura a la que colgaba deslumbraba un poco a Ramage por tenerla demasiado cerca. Se había sentado éste a proa de la mesa, lo que le impedía ver la cara de Dyson. La sospecha de que el marinero lo había colocado aposta en desventaja desapareció cuando Dyson extendió el brazo con un juramento y colgó la linterna de otro gancho, clavado en un bao más a popa.

—Córranse un poco para que pueda sentarme; esa condenada linterna me tiene cegado.

Dispuso del espacio justo para apretujarse en el hueco que hicieron junto a Jackson, con Rossi y Stafford enfrente, y Ramage a la derecha, como si presidiera la mesa. Dyson siguió ahí sentado un minuto o dos, ensimismado, mientras los otros cuatro se acomodaban como buenamente podían.

Dos años. En realidad, no era tanto tiempo, pero habían pasado muchas cosas en la vida de Dyson. Hacía dos años tan sólo existía como un nombre anotado en el rol de tripulantes del *Triton*, bergantín de su majestad. Lo único que la Armada quería saber de él estaba escrito en una críptica línea bajo diversos encabezamientos: Albert Dyson, nacido en Lydd (Kent); edad: 28 años; empleo: segundo del cocinero; recluta forzoso; sirvió en el bergantín catorce meses antes de ser transbordado al *Rover*.

Otros informes que acumulaban polvo en las estanterías del Almirantazgo, y las diversas juntas y organismos que administraban las necesidades de la Armada recogían el resto de la breve y mundana historia de los esfuerzos de Albert Dyson en la guerra contra Francia. El libro del contador informaba de la ropa y otros objetos que le habían sido entregados cuando embarcó por primera vez («una camisa, una chaqueta, un pantalón, un par de zapatos, un juego de ropa de cama, tres libras de tabaco», y los precios correspondientes: quince chelines, tres peniques por la ropa; diez por la ropa de cama, es decir, un coy y una sábana, y finalmente cuatro chelines, nueve peniques por el tabaco). Apareció en una ocasión en el cuaderno de bitácora del *Triton* y, también, en el diario del capitán: en la columna encabezada por la palabra «Comentarios», junto a la hora y el día, la distancia navegada, la velocidad y la dirección del viento, se anotó el hecho de que Albert Dyson había recibido dos docenas de latigazos por embriaguez. Sin embargo, el nombre de Albert Dyson apareció con mayor frecuencia en el diario que el cirujano mantenía al día, no porque estuviera realmente enfermo, sino porque era lo bastante imaginativo como para inventar toda clase de dolores y malestares que al principio llevaron al cirujano a permitirle un día de reposo en el coy de vez en cuando. Esta práctica continuó hasta que el predecesor de Ramage en el empleo de capitán del *Triton* se enfadó y sugirió al cirujano que unos tragos de aceite de ricino podían proporcionar una milagrosa y permanente cura a los diversos males del segundo del cocinero. El diario del cirujano registró, al cabo (aunque sólo fuera por la ausencia del nombre de Dyson del mismo), lo acertado del diagnóstico que el propio capitán del barco había llevado a cabo.

Sentado en la cabina de la *Marie,* Dyson se sentía tenso pero no nervioso. Por lo general, ambas sensaciones solían ir de la mano, porque la tensión era causada por el hecho de que solía verse envuelto en actividades ilegales, y el nerviosismo era natural, puesto que conocía cuál era el castigo. La experiencia había enseñado a toda la familia Dyson que sólo una mente rápida de reflejos, una lengua afilada y una planificación cuidadosa podían mantener lejos de sus cuerpos los grilletes, lejos también los muros de una prisión.

Albert Dyson tenía once años cuando encerraron al tío por el cual le pusieron ese nombre en Maidstone Assizes, acusado de robar ovejas, para luego ahorcarlo. El padre de Albert se enteró de que habían descubierto a su hermano porque éste estaba borracho como una cuba cuando empujaba a una docena de ovejas robadas por uno de los angostos puentes que cruzaban el dique del pantano. Parecía más probable que las siguiera a que las guiara. Un poni y un ruido repentino de cascabeles alejaron al asustado rebaño en dirección opuesta, y el tío Albert, furioso, había dado un buen golpe al poni al pasar por el puente, además de dedicar al otro transeúnte un tropel de improperios por estorbarle el paso, antes de descubrir que se trataba del propietario legal de las ovejas, además de un magistrado, y que iba de camino a Romney para desempeñar su oficio.

Todo eso pudo achacarse a la mala suerte, pero los Dyson jamás fueron capaces de superar lo que vendría después. El granjero logró apaciguar su caballo tras una milla de desenfrenada carrera, volvió grupas y regresó al puente, donde encontró al tío Albert sentado en el muro del dique, donde no sólo apuraba sorbo a sorbo una botella de coñac de contrabando, sino que, además, había olvidado completamente lo que había hecho. El airado granjero fue recibido con una sonrisa despreocupada y una invitación a compartir el coñac, a lo que el granjero respondió empujando a tío Albert dique abajo, donde a punto estuvo de ahogarse.

Así fue como tío Albert se las apañó para cubrir de vergüenza a toda su familia. Su hermano estaba tan enfadado y desilusionado por haber puesto a su hijo el nombre de semejante hermano (y haber estado dispuesto a confiarle su educación), que el joven Albert empezó a hacer de aprendiz de salteador de caminos. Trabajaba en el camino que llevaba de Ashford a Folkestone. Albert, que hacía de ojeador, había estado presente y logró escapar un día que una mala identificación por su parte condujo al salteador de caminos a encarar un carruaje en el que viajaban cinco oficiales del ejército, en lugar del carruaje que debía de llevar al obispo de Dover. Esperaba encontrar un prelado anciano con una bolsa llena de dinero, pero el salteador acabó agujereado por el fuego de pistola, aunque, eso sí, el obispo llegó a tiempo de agasajarle con una breve oración de difuntos cuando el salteador abandonó este mundo y el joven Albert, oculto tras un seto en el camino, atento y horrorizado por la escena que se había desarrollado ante sus ojos, echó a correr a su casa sin siquiera volver la vista atrás.

Para entonces, el joven Albert había cumplido los doce, y pasó los siguientes años robando al prójimo. Empezó con quienes acudían al mercado de Ashford los martes, al mercado de Canterbury los miércoles y al de Maidstone los viernes. Los beneficios fueron magros, por decir algo, puesto que los granjeros y sus esposas no tenían la costumbre de llevar mucho dinero encima, de modo que pasó a dedicarse a las ferias, a donde los visitantes acudían más por placer que por negocios, aunque los viajes y la necesidad de permanecer atento al calendario resultaron grandes pruebas para su constancia. A pesar de los años transcurridos, Sebo Dyson era perfectamente capaz de

recordar todas las fechas.

El año empezaba con Maidstone el 13 de enero, y luego Faversham el 25. Luego había una larga espera para el Great Chart del 25 de marzo, y Biddenden el 1 de abril (mejores que Deal y Lamberhurst, que caían en el mismo día). Otra larga espera para la feria de Charing el primero de mayo (aunque podía elegir entre ésta y las de Wittersham y Wingham, que también se celebraban el mismo día), Hamstreet o Winchelsea el 14, Benenden al día siguiente, Ashford dos días después, y luego nada hasta Cranbrook, el día 30. Y así durante todo el año. Su vida pasaba de la abundancia a la carencia: o bien tenía que elegir entre diversas ferias que se celebraban el mismo día o estaban tan próximas unas a otras que no podía visitarlas todas ni cabalgando durante toda la noche; pasaba semanas sin nada en el horizonte, excepto los mercados semanales que tan escasos frutos rendían.

No obstante, fue el hecho de crecer lo que le apartó de esa vida, tal como recordó con amargura. Había sido un niño flacucho, canijo para su edad, tanto que nadie reparaba en él cuando ponía manos a la obra entre la multitud. Era lo bastante ágil como para meter la mano en un bolsillo o tirar de una bolsa sin correr demasiados riesgos. Una noche de cabalgar de una feria a otra, o de dormir a la sombra de un almiar o en un establo, no tenía importancia hasta que tuvo edad de afeitarse. Entonces era el primero en admitir que con barba de dos días aparentaba lo que era en realidad, y que si además tenía los ojos enrojecidos por la bebida o las mozas y la falta de sueño… En fin, bastaba con verlo para que sus potenciales víctimas se llevaran la mano al bolsillo si sabían lo que les convenía, y para que las madres llamaran a sus hijos y aferraran las bolsas…

Su último año fue un desastre. Todo empezó cuando su padre echó cuentas. Fue el año en que el condenado caballo esparaván se lastimó y hubo que matarlo en mitad de ninguna parte, de modo que no pudo ni vender la carne y tuvo que andar once millas con la silla a cuestas, todo ello después de haber levantado menos de veinte guineas en diecisiete ferias. Entonces, su padre, que hacía tiempo que no se mantenía al tanto del calendario de ferias itinerantes (decía que uno tenía que ser párroco para hacer tal cosa), llegó a un acuerdo con el señor Simpson en Studfall, y el joven Albert se convirtió en pescador. No en un pescador que atrapara peces, sino en uno que salía en bote con todo el aparejo de pesca, las redes, el bichero, el cebo, por si acaso lo incordiaban los cúteres de aduanas, y que regresaba a puerto mucho después del anochecer. Pesca de botella, lo llamaban algunos, por mucho que lo único que pescara fueran barriles y toneles.

Durante unos años, la familia Dyson disfrutó de tiempos de bonanza gracias a Albert. Todos estaban orgullosos del joven Albert, hasta que una noche lluviosa él y otros cinco del bote desembarcaron en Camber para trajinar con unos barriles; resultó que el montón de rocas que había al fondo de la playa era en realidad un pelotón de hombres de aduanas, agazapados, que los estaban esperando. Cinco años en prisión, sentenciaría después el juez, o la alternativa de salir por la puerta del juzgado, donde

los estaría esperando un pelotón de leva forzosa de la Armada.

Después de pasar un mes en el barco pontón que se encargaba de distribuir a los marineros a los diversos navíos de línea, Albert había descubierto que la cocina era el lugar más cálido y seguro de todo el barco, y se convirtió en segundo del cocinero. Todos se burlaban de su puesto, que le obligaba a atizar el fuego y a limpiar la ceniza, limpiar y sacar brillo a las ollas de cobre, pero el caso era que había dinero de por medio. Cuando hervían en las ollas las grandes porciones de cerdo o ternera en salazón, el sebo flotaba en la superficie, y el segundo del cocinero lo recogía y lo ponía aparte. Más tarde lo vendía ilegalmente a los marineros, que lo extendían en la galleta que hacía las veces de pan. El sebo no sólo la reblandecía si se había endurecido con el paso del tiempo, o la solidificaba cuando no era más que un montón de migas, sino que además asfixiaba a los gusanos. Esa ocupación le supuso el mote de Sebo, además de cierta suma de dinero.

Sebo Dyson sabía mejor que nadie que todo lo bueno se acaba, ya fuera por la inconsciente embriaguez del tío Albert, por la atolondrada arbitrariedad de las fechas de las ferias, los primeros pelos de la adolescencia o la desdicha de ver al barco en el que había servido ser desarmado, lo que tuvo como consecuencia el traslado de Albert Dyson, segundo del cocinero, al bergantín *Triton*, donde tenía menos de sesenta potenciales clientes para su sebo, en lugar de los quinientos más o menos que había tenido hasta entonces. Esa mala suerte era capaz de acabar con cualquiera; hubo momentos en los que Sebo estuvo a punto de abandonar toda esperanza. Al final, comprendió que aquella racha de mala suerte, que ya duraba varios años, era la mejor cosa que podía haberle sucedido. Justo antes de que el señor Ramage subiera a bordo para hacerse con el mando y navegar rumbo a las Antillas, toda la flota de Portsmouth se había amotinado. Albert Dyson fue descubierto cuando organizaba un motín a bordo, la primera noche que el barco pasó fuera de Portsmouth. Los tres marineros que se hallaban sentados a la mesa lo habían atrapado, pero por suerte había logrado superar el percance con tan sólo dos docenas de latigazos; fue transbordado a un barco que navegaba con destino a Inglaterra y, más tarde, logró desertar.

Tres años navegando por los mares en los barcos del rey le habían enseñado mucho. Tras visitar al señor Simpson en Studfall y contarle su historia, volvió al negocio. Al cabo de un par de meses, un funcionario de la Oficina de la Armada avisó al señor Simpson cuando recibieron el cuaderno de bitácora bimestral del último barco en el que había servido Dyson. Alguien se encargó entonces de alterar una letra en la línea correspondiente a Dyson. El cambio fue tan simple como sutil: la «D» de desertor, además de la fecha, se hallaban claramente en la columna apropiada. El funcionario había cambiado cuidadosamente la «D» por una «F», único modo legal de abandonar un barco del rey, aparte de sufrir una herida grave o una enfermedad crónica. El cuaderno, por tanto, mostró a partir de entonces que Albert Dyson, segundo del cocinero, había muerto en la fecha anotada, y de ahí la «F» de

fallecido.

Dyson era consciente de la existencia de muchos otros informes y registros que despacharía el barco durante las semanas siguientes como para que aquel simple cambio en el cuaderno de bitácora bimestral le hiciera desaparecer del todo a ojos de la Armada. No obstante, el funcionario estaba convencido de que la ineficacia generalizada de la Junta Naval, que tenía que bregar con una Armada que comprendía ya a más de cien mil hombres, suponía que estaba lo bastante seguro. Los funcionarios tendían a resolver discrepancias o contradicciones ignorándolas, sobre todo si no había una viuda que hiciera preguntas incómodas. Además, para asegurarse, el señor Simpson le había procurado una salvaguarda. Se trataba de una salvaguarda normal hecha a su nombre, en la que se le describía como barquero profesional. Con la salvaguarda en el bolsillo, Albert Dyson no podría ser arrestado por las brigadas de leva forzosa. El Almirantazgo había decidido que era preferible dejar en paz a barqueros, patronos, segundos y aprendices de los barcos mercantes, y también a algunos otros, antes que enrolarlos en la Armada.

Dyson se agachó para sacar de debajo del asiento una caja; en su interior había una botella cuidadosamente envuelta en tela, y varias tazas de hojalata tan abolladas por el uso que parecían cualquier cosa.

—El mejor coñac —aseguró, ofreciéndole a Ramage una taza—. ¿Qué me dice usted, señor? ¿Qué le parece si hacemos un brindis de bienvenida a bordo?

Ramage tenía por norma inamovible no beber nunca en el mar, a bordo de su propio barco, pero la pequeña *Marie* estaba lejos de ser su propio barco, y por tanto, antes de hacerse a la mar, quería extraer toda la información posible de Dyson. Además, rechazar aquel trago podía ofenderlo, pues tenía el orgullo susceptible del auténtico pillo.

—Uno pequeño, pues; lo necesario para que podamos brindar.

Dyson sirvió un dedo en las cinco jarras y las hizo circular.

—No bastará para emborracharnos; necesitaremos estar sobrios para mantenernos despiertos toda la noche.

Jackson sintió la presión de la rodilla de Ramage, e inmediatamente comprendió qué deseaba.

—¿Por qué brindamos, Sebo?

—Por un viaje sin contratiempos —respondió éste, levantando la jarra. Cuando los otros cuatro se hicieron eco del brindis, dejó la jarra con ademán exagerado, como si soltara lastre ante lo que se disponía a decir—. Nos espera una noche de esquivar embarcaciones y tenemos cita con otra barca… Esperemos que sea leve.

Jackson sabía que el señor Ramage debía de tener sus motivos para querer que fuera otro quien interrogara a Dyson.

—Sí, esquivar al francés será difícil…

—¿Al francés? —exclamó Dyson, sorprendido y con cierta indignación a juzgar por el tono de voz—. No es el francés quien debe preocuparnos; más que nada, son

las embarcaciones del servicio de Aduanas, y, luego, en cuanto avistemos la costa francesa, las fragatas de su británica majestad.

—¿Por? —preguntó Jackson—. ¿Qué perjuicio iban a causarnos?

—Huélelo —gruñó Dyson—. Tú huele. Vamos, huélelo con ganas.

Jackson olisqueó el ambiente y se encogió de hombros.

—Yo no huelo nada raro. A cabuyería embreada, si acaso. Brea de Estocolmo, de las redes, imagino. Un poco a humedad, podredumbre en la tablonería o en los baos…

—¿Nada más?

—No —afirmó Jackson con cierta cautela—. Un poco a pescado, si me apuras.

—Sólo un poco, ¿eh? —Cuando el norteamericano asintió, Dyson dijo con cierto tono de desprecio—: ¡No llegarías lejos como agente de aduanas, Jacko! Sólo una pizca de olor a pescado en la cabina de una barca de pesca… ¡Ni se te ocurriría pensar por qué no apesta a pescado!

Stafford olisqueó también.

—¿Qué pasa, Sebo? ¿Los peces huyen de ti o es que te estás volviendo perezoso?

Dyson miró a los demás con cierta suspicacia, como si sospechara que se estaban burlando de él. Cuando vio que no era así, se inclinó sobre la mesa y dijo con aire misterioso:

—Es una pesca de tipo especial.

—Ah, la pesca de la botella —comentó Stafford, burlón—. ¡Eres un condenado contrabandista, Sebo! No te veo yo a ti dando un palo al agua.

Dyson tomó un trago para disimular su decepción ante su propia incapacidad de mantener el suspense de lo que iba a revelar.

Jackson había esperado, armado de paciencia.

—Has dicho que nos reuniremos con otra barca esta misma noche, Sebo, y también que esperabas que no se levantara mala mar…

En lugar de responder al estadounidense, Dyson se volvió a Ramage.

—Dejaron de mi cuenta cuánto debía contarle, señor. Están preocupados por lo que pueda pasar cuando usted regrese; usted… es decir, ellos…

—Temen que pueda informar a los alguaciles, ¿no es así? Dígame, Dyson, si nos lleva a Francia y nos trae de vuelta, ¿de veras cree que seré tan desagradecido como para delatarles? Sea sincero; éste es su barco y es libre de decir lo que piensa.

Aunque la expresión angustiada de Dyson sirvió de respuesta a su pregunta, Ramage aguardó a que la explicitara. El otro tomó un sorbo de la jarra (podía ser muchas cosas, pero no era un gran bebedor) y, tras estampar el culo de la jarra en la mesa, respondió:

—Le debo la vida, señor. Cualquier otro capitán me habría llevado a juicio y se hubiera asegurado de que me ahorcaran. No soy de los que olvidan esas cosas; de hecho, lo recordaré toda la vida. No, el problema son los otros, señor. No le conocen y tienen que aceptar mi palabra… —calló, incómodo.

—¿No confían en usted, Sebo? —preguntó Ramage.

—Verá: sí y no. Lo hacen por lo que respecta a la labor de pesca, señor, porque ya he demostrado con creces que para eso soy de fiar. Pero se muestran un poco suspicaces debido al tiempo que estuve al servicio del rey.

—¿Y cómo es eso?

—Verá, cuando supe del santo y seña, supuse que se trataba de usted. Me emocioné tanto que les conté todo al respecto; me refiero a lo del *Triton*, señor. En lugar de ayudarme, eso hizo que pensaran que lo sucedido le ponía a usted en situación ventajosa sobre mí. Sabría que soy un desertor, y podría amenazarme con entregarme a las autoridades si no le contaba todo lo que quisiera saber acerca del contrabando del pantano. Por eso.

—No obstante, logró usted convencerlos.

—Hice un trato —dijo Dyson, incómodo—. Puedo utilizar la *Marie*, pero tuve que dar alguna garantía. Ya está arreglado, señor, no hay de qué preocuparse.

—¿A qué garantía se refiere? —preguntó Ramage.

—Dinero como garantía por la *Marie*, y mi hermano pequeño, que por lo general me acompaña en mis salidas. Tuve que dejarlo con ellos. —Dyson vio a Ramage enarcar ambas cejas, momento en que se apresuró a añadir—: Mi hermano es mayor garantía que el dinero, y lo saben.

¿Se había convertido el hermano de Dyson en un rehén? Ramage no estaba seguro de haberlo entendido, de modo que formuló la pregunta con tacto:

—¿Qué garantizan exactamente el dinero y la vida de su hermano?

El marinero se encogió de hombros.

—Cuesta decirlo, si uno lo piensa bien. Nuestro buen comportamiento, supongo. Que usted no interferirá con el contrabando, que no me entregará a las autoridades y que… que le llevaré a Francia y lo traeré de vuelta sin correr riesgos con las barcas.

De modo que los contrabandistas eran gente despiadada. El hermano de Dyson acabaría con una sonrisa en la garganta si Sebo metía la pata. Ramage también se preguntó por las barcas a las que había hecho mención. ¿Navegaría otra barca en conserva con la *Marie*, o se refería Dyson a la barca con la que se suponía que iban a reunirse? Optó por esperar a ver cómo se desarrollaba la situación. En ese momento, Dyson parecía enojado con sus amigos contrabandistas, a la par que ansioso por pagar a Ramage la deuda que había contraído con él. No obstante, Ramage sentía curiosidad por el modo en que habían tratado a Dyson, por el modo en que eso contradecía el generoso comportamiento de que había hecho gala Simpson hacía apenas unas horas.

—Dígame, ¿tiene usted mucho trato con…? No es necesario mencionar nombres, me refiero al que vive cerca de Studfall.

—El caballero con quien se entrevistó usted —asintió Dyson—. Nadie lo ve. Es como en la Armada. Si es el comandante en jefe, y no estoy diciendo que lo sea, sólo trata con los contramaestres, y mi posición equivale a la de un ayudante de

contramaestre.

—Es toda una organización —comentó Ramage—. Pero cuando hablé con el hombre de Studfall, me prometió todo lo que le pidiera.

—Estoy seguro de que sí, señor, y que lo decía en serio. El problema empieza con los hombres supeditados a él. Es el dinero, señor Ramage; el contrabando en la costa de Kent da mucho dinero, y cuando esas sumas entran en juego, la gente se vuelve codiciosa y desconfiada. El dinero nunca compra la lealtad, señor. El caballero de Studfall nunca tendrá la menor idea de las garantías que he tenido que dar; de hecho, me atrevería a decir que se enfadaría mucho si se enterase. No por mí, pues mi vida no vale mucho. Y no me quejo, sólo he respondido a su pregunta. En definitiva, en lo que concierne al contrabando, nadie conoce ni a su madre.

Rossi dio unos golpecitos en la mesa con la jarra.

—Qué triste, Sebo; me dan ganas de echarme a llorar. *Poco tempo fa*, no hace mucho, vendías sebo en el *Triton* para conseguir un *soldi* extra; ahora eres el *grand signor*. Claro que entraña peligro; claro que no se hacen grandes amistades. Pero en la Armada, *amico mio*, tampoco abundan los amigos. En el *Triton*, después de que te despidieras, tuvimos que combatir dos o tres veces. Y un huracán. *Madonna!* Menudo ventarrón, y perdimos los palos y topamos con un arrecife. Sí, Sebo, voy a llorar por ti. El día de tu santo.

—Gracias —sonrió Dyson—. Eso supondrá un gran consuelo para mi madre, sobre todo porque piensa que el diablo es católico. ¿Quieres otro trago de coñac?

Antes de que Rossi pudiera responder, Ramage se adelantó.

—¿A qué hora tiene previsto partir, Dyson?

El marinero consultó la hora en su reloj.

—Alrededor de las once, señor. De hecho, no perjudicaremos a nadie si lo hacemos antes. Podemos hacernos a la vela ya. Pero antes, deje que mis hombres bajen los petates para que podamos estibarlos.

No hizo ademán de levantarse mientras devolvía el reloj al bolsillo.

—¿Tiene alguna orden concreta para mí, señor? Es decir, ¿hay algo que deba hacer antes de echarnos a la mar?

—¿Desembarcará alguien antes de que partamos? —preguntó Ramage.

—No, señor; esos dos tipos nos acompañarán; parte del viaje, al menos.

Ramage decidió no hacer más preguntas: no estaba seguro de si Dyson hablaba de forma enigmática o, simplemente, no quería que supiera más de lo que creía que había deducido ya. Dyson parecía pertenecer al tipo de hombres de limitada inteligencia que gustan del misterio; de convertirlo todo, por razones a menudo absurdas, en un misterio, incluso las cosas más insignificantes, incluso lo que los demás hubieran tachado de chismorreos o del tipo de cosas que se dicen por matar el tiempo.

—¿Qué le contaron exactamente respecto a los acuerdos a los que se había llegado con el hombre de Studfall? —preguntó finalmente Ramage, cambiando de

tercio.

—Nadie parece saberlo a ciencia cierta. Llevarle a usted y a sus hombres a Boulogne; permanecer cerca para traerlos de vuelta; quizás hacer de correo una o dos veces entretanto, llevar informes y eso.

Ramage sintió cierto alivio.

—Eso lo cubre todo —aseguró—. ¿Cómo se las apañará para permanecer en las inmediaciones?

—La barca fondeará en el puerto de Boulogne, señor —respondió Dyson, en cuyo tono era patente lo sorprendido que estaba de que Ramage no lo supiera ya—. ¿Cómo, sino, iban a avisarme cuando me necesitaran?

Ramage sacudió la cabeza, intentando contener la exasperación que sentía.

—Mire, Dyson, no sé absolutamente nada de cómo maneja las cosas su gente, de modo que mejor será que…

Calló de pronto. El diablo lo llevara, no tenía la menor intención, ni la paciencia (aunque sí demasiado orgullo) para exprimir a Dyson como si fuera una naranja, en busca de unas gotitas más de información.

CAPÍTULO 7



A medianoche, la *Marie* hacía avante rumbo a Boulogne empujada por un cómodo viento por la amura de estribor. Cómodo en lo que a gobernarla en la oscuridad concernía, porque había que prestar atención y mantenerse bien despierto, ya que el viento se mostraba a veces lo bastante caprichoso como para rolar y girar, de modo que un instante de distracción por parte del timonel, cuando no la marejada, podían perjudicar su rumbo o llevar la botavara al otro costado.

Que los oficiales de aduanas de Folkestone y Dover supieran, la barca *Marie se* había echado a la mar a pescar durante la noche y, como era habitual, se hallaba bajo el mando de Thomas Smith, cuyo nombre aparecía anotado en el registro de embarcaciones de Dover como propietario legal y a quien se había hecho entrega, debido a la reciente Acta de Contrabando, de un permiso especial.

Tal como indicaba su nombre, el acta perseguía el objetivo de acabar con el contrabando; pero, como muchas actas parlamentarias aprobadas con muchas palmaditas a la espalda y felicitaciones, tan sólo obtenía un éxito parcial (en opinión del gobernador) o era un fracaso total (en opinión de los inspectores de aduanas destinados a lo largo de la costa). Por tanto, la opinión del Gobierno y del Servicio de Aduanas era en realidad la misma, aunque los políticos preferían tildarla de éxito parcial en lugar de hacerlo de completo fracaso. Los hombres que se veían obligados a hacer que se cumpliera tenían por fuerza que adoptar un punto de vista más realista y, por tanto, más negativo.

De modo que en lo que a la ley concernía, la *Marie* se disponía a emprender su habitual labor de pesca. Superaba cierta eslora y tenía un bauprés fijo, así que, según lo previsto por el acta, Thomas Smith, el propietario legal de la embarcación, tenía

que poseer una licencia y estar dispuesto en todo momento a enseñar no sólo la documentación a cualquier persona autorizada, sino también el fruto de su trabajo.

El acta fue prácticamente un rotundo fracaso porque los diversos expertos involucrados en su redacción no harían (ajuicio de los inspectores de aduanas) ni podrían (tal fue la excusa puesta por el Gobierno) interpretar los requisitos apropiados dispuestos por la Junta de Aduanas. En lugar de ello, el Parlamento aprobó un acta que constituía, como solía suceder, una redundancia legal, soberbiamente ornamentada con los habituales «por la cual», «no obstante», «más arriba» y otras fórmulas similares que eran plato de gusto para cualquiera que empleara un pesado libro de texto de derecho para apuntalar una puerta en un día de viento.

No era necesario ser constructor de barcas para descubrir los puntos flacos. El bauprés fijo, por ejemplo. Una embarcación podía tener un bauprés de quita y pon, es decir, que uno podía desarmarlo —quitarlo, en definitiva, tal como un paciente miembro de la Junta de Aduanas tuvo que explicar a uno de los redactores de la ley que trabajaron en la elaboración del acta original—, de modo que pudiera clasificarse en cierta categoría. Luego, otro barco idéntico podía disponer de un par más de espacios para pernos y, siempre y cuando las eslingas se tesaran bien, el bauprés podía clasificarse como fijo, de modo que el barco se considerara encuadrado en otra categoría y necesitara de otro tipo de licencia.

Para un constructor la obra no tenía mayor importancia: suponía una hora de trabajo con el punzón y dos pernos largos, arandelas y eslingas, de modo que dependía de él hacer que el bauprés fuera corredero o estuviera armado y fijo. Era cuestión de minutos cambiarlo de una a otra posición.

En el caso de la *Marie*, el propietario real era un hombre juicioso: sabía lo valioso que era poseer un documento que mostrar a un agente, ya fuera al comandante de un cúter de aduanas o a una fragata de la Armada. «¿Qué hacen?». «Pescar». «¡Demuestren que no están involucrados en labores de contrabando!». «Aquí tiene usted mi licencia, que me permite faenar a nueve millas de la costa…».

De modo que la nueva acta modificaba la anterior, el Acta de Ronda, que al menos había proporcionado a los agentes de aduanas una excusa para actuar a la menor sospecha. Cualquier embarcación que aguardara a cierta distancia de la costa se suponía que estaba «rondando con un propósito ilegal». A partir de entonces, bajo la nueva acta, era obligatorio extender licencias a quienes las solicitaran, a menos que hubiera una buena excusa para denegarlas, y la consecuencia fue la legalización del acto de rondar la costa, para alegría de hombres como los propietarios de la *Marie*, y frustración de los agentes de aduanas.

Antes de esto bastaba con avistar una embarcación; el propietario podía ser acusado de merodear. Pero después, un barco tenía que ser descubierto en pleno delito de contrabando (lo cual distaba mucho de ser cosa fácil, puesto que los barcos de contrabando de cierto tonelaje solían ser mucho más rápidos que los cúteres de

aduanas) y posteriormente registrado, con la certeza de que durante la persecución el contrabandista, siempre y cuando existiera la posibilidad de que acabara siendo alcanzado, arrojaría la carga a sotavento, eliminando de ese modo las pruebas. Y con la excusa —por si alguien aducía que el solo hecho de huir constituía la admisión de culpa— de que había huido porque creía que el cúter de aduanas era en realidad un corsario francés.

A medianoche, Ramage sabía poco más acerca de las intenciones inmediatas de Sebo Dyson de lo que había sabido al desamarrar del puerto de Folkestone. Las dos bolsas con las mudas y la gaita de Rossi descansaban en la cabina, y Stafford y el italiano se encontraban repantigados en los asientos, dormidos junto al tercero de los hombres de Dyson.

Thomas Smith, propietario legal y patrón de la *Marie* (aunque, a juzgar por el modo que trataba a Dyson, no era más que un marinero), estaba a la caña y, para sorpresa de Ramage (al menos hasta que recordó la alusión de Dyson al encuentro que tendría lugar con otra barca), gobernaba bien la embarcación atento al compás, eso sí, sin dejar de maldecir por el hecho de que la llama de la luz de la bitácora no estuviera bien orientada.

Dyson había mascullado algo acerca de la carta náutica y había desaparecido bajo cubierta, en la cabina, donde había encendido la linterna, dejando a Ramage y a Jackson sentados en cubierta sobre unos hatillos de red de pesca que hacían las veces de cojín.

La *Marie* podía ser el único barco inglés en aquel mar. Jackson comentó que los habitantes de Inglaterra estaban preocupados por el hecho de que Bonaparte pudiera estar observando el Canal en ese preciso instante; cerrarían las puertas, se ocultarían bajo la cama y rezarían por sobrevivir hasta el amanecer.

Thomas Smith levantó la cabeza de la bitácora lo bastante como para que su expresión revelara que si estaba preocupado por algo era por los cúteres de aduanas, y no por la flota de invasión.

—Los de aduanas no van a tomarse la noche libre, de eso pueden estar seguros —dijo con amargura.

De pronto, Ramage dio un respingo al tiempo que lanzaba una maldición. Un fulgor rojizo centelleaba en la cabina; era como si se hubiera declarado un incendio en la barca y ésta estuviera a punto de estallar. Sin embargo, cuando Thomas Smith dijo con aire flemático: «Es Sebo con las lámparas», el centelleo cesó, y Ramage comprendió que Dyson debía de estar trajinando con un vidrio rojo y la linterna de señales. La luz menguó a medida que Dyson bajaba la mecha, y al cabo de un instante empezó a centellear rítmicamente por la escotilla abierta, siguiendo el compás del balanceo, momento en que Dyson la colgó de un gancho clavado al bao.

—Cierra esa condenada escotilla, Sebo —gruñó Thomas Smith—. Los centinelas del castillo de Dover no tardarán en ver esa luz.

Dyson subió por la escala y cerró la escotilla, dejando un resquicio para que

corriera un poco de aire bajo cubierta.

—Preparaba la linterna —explicó—. Calculo que dentro de un cuarto de hora la avistaremos.

—¿Una de las furcias del lugar, o alguien a quien conozcamos? —preguntó Jackson con aire inocente.

Dyson se volvió a él en la oscuridad, con los ojos rojos que reflejaban la luz que se filtraba por la escotilla.

—Nuestra compañera, por supuesto —respondió burlón—. ¿Qué iban a pensar las autoridades si la *Mane* saliera de pesca un mes sin recalar en puerto?

—Sentía curiosidad —admitió Jackson.

—No —dijo Dyson en tono paternal—. La *Marie* volverá a su amarradero en el puerto de Folkestone con tiempo de sobra para vender la pesca en la lonja.

—Pues no creo que lleven mucha pesca…

—La suficiente —aseguró Dyson—. A estas horas ya está pescada y repartida en las correspondientes cajas.

—Ya veo.

—A veces me pareces un poco lento.

Después, Dyson guardó silencio, y un frustrado Ramage hizo lo propio. Al menos ya sabía que transbordarían a la embarcación con la que iban a reunirse, y que la *Marie* regresaría a Folkestone. Era el modo más simple de hacerlo, pero sólo resultaría si se acordaba la cita de antemano. ¿Cómo se las apañarían para volver de Francia? ¿Cuánto tardarían en acordar una cita? ¿Dos, tres días, quizá? Iba a ser muy complicado enviar los despachos e informes a Inglaterra, y si algo se torcía en Francia no contarían con el recurso de una huida apresurada.

Todo lo cual, se dijo, enfadado, era culpa suya: debió obligar a Dyson a que les explicara todo antes de partir de Folkestone, mientras aún había tiempo de cambiar los planes. Por culpa de su propia inconsciencia, estaba en manos de Dyson. Satisfacer las intenciones del primer lord del Almirantazgo dependía en ese momento del capricho de un desertor, un antiguo segundo del cocinero, un amotinado que tenía cicatrices en la espalda debidas a los azotes del gato de nueve colas, alguien que en ese momento se dedicaba al contrabando… Después, si todo el asunto se torcía, no le costaba imaginar las preguntas de lord Saint Vincent, con su engañosa voz sosegada. Ni las de lord Nelson, con ese leve tono nasal, inconfundible el acento de Norfolk. «Usted planeó toda la operación para que su éxito dependiera de las acciones de un desertor, ¿eh, Ramage? ¿Admite que en mitad del Canal aún no sabía qué demonios pretendía hacer ese tipo? ¿Acaso no planeó usted la operación?». Lo diría en un tono de incredulidad. «Se reúne usted con ese contrabandista en una taberna, y luego sube a bordo de su barca sin plantearse absolutamente nada más».

Si era honesto consigo mismo, tenía que admitir que apenas podía creerlo. Al darle esas órdenes, lord Saint Vincent y lord Nelson habían dejado muy claro que la seguridad de toda la nación dependía de su éxito. Ambos le habían explicado que las

dificultades y peligros le aguardarían a su llegada a Francia. En lugar de eso, la crisis parecía haber estallado en mitad del Canal…

Dyson sacó un reloj del bolsillo y se inclinó sobre la bitácora para iluminar la esfera.

—Tal como había supuesto: las doce y cuarto de la noche; ha llegado el momento de encender la linterna. —Tras lo cual abrió la escotilla que daba a la cabina.

—Será mejor que vaya a despertar a Rossi y Stafford —dijo Ramage—, y les diga que suban los petates.

—No, mejor que no estorben —replicó Dyson, mientras descendía por la escala —. Tengo a mi compañero y a Tom, y si Jacko nos echa una mano…

Mientras Ramage, sorprendido, digería las palabras de Dyson, éste asomó de nuevo por la escotilla, linterna en mano.

—Aquí, Jacko, sostén esto un minuto mientras voy a por la otra. Cuidado, Tom; entorna los ojos un instante o te deslumbrará.

Ramage ya se había dado la vuelta para acostumbrar la vista, y pestañeó al ver en la distancia una luz roja seguida de otra blanca.

—Dyson, luz roja seguida de una blanca, por la amura de babor, a menos de una milla de distancia, diría yo.

El marinero gruñó al subir con la segunda linterna. La roja había iluminado la cubierta de la *Marie* y la vela mayor con un leve fulgor; la luz blanca iluminó hasta la última costura e hizo que las sombras del aparejo bailaran sobre la lona.

—Con que roja y blanca, ¿eh? —murmuró Dyson—. Ah, sí, ya las veo. Jacko, sostén esa linterna tan alto como puedas.

Él, por su parte, colocó la linterna de luz blanca debajo de la roja. De inmediato, las luces que centelleaban en la distancia cambiaron de posición, de modo que la roja se situó encima de la blanca. Dyson levantó entonces la blanca hasta situarla a la misma altura que la roja. De nuevo las luces de la otra barca cambiaron de posición.

—Santo y seña —masculló Dyson, abriendo la ventanilla de la linterna roja que sostenía Jackson, y apagando la llama de un soplido—. Ese es el tipo al que buscamos. Lleva abajo la linterna, Jacko, y despierta a mi otro hombre, ¿quieres? Ha llegado el momento de despertarlo.

En cuanto el tercer hombre asomó por la escotilla, Ramage vio a un nuevo Dyson, capaz de dar órdenes para bajar y aferrar la mayor de la *Marie*, seguida por la cangreja y la vela de estay. El golpe sordo de la botavara y el golpeteo de la mayor atrajo a cubierta a unos somnolientos Rossi y Stafford. En cuestión de diez minutos, la otra embarcación se había acercado lo suficiente como para que Ramage pudiera identificarla como otra barca, y al orzar al viento y aferrar velas se sorprendió al comprobar que su forma le resultaba muy familiar. Tenía la misma popa peculiar de la *Marie*, ni típicamente de Kent ni de Francia, una forma que, de algún modo, tenía algo de ambos estilos a la vez.

Thomas Smith y el tercer marinero habían cobrado el bote que habían remolcado

a popa todo el trayecto. El tercer marinero embarcó en él y armó los remos.

—¿Llevas encima la documentación? —preguntó Dyson a Smith—. Bien. Entonces, ve.

Thomas Smith embarcó en el bote y Dyson soltó la amarra.

—Es momento de tomar un bocado —murmuró Dyson mientras aseguraba la caña, que iba de un lado a otro a merced del cabeceo de la *Marie*. Asió la linterna y descendió a la cabina. Al cabo de un par de minutos, sacó una cestita por la escotilla, llamó a Jackson para que se hiciera con ella y asomó a la cubierta con la linterna—. Pollo frío, patatas frías, pan y un poco de vino tinto que guardaba en la sentina —anunció al poner la botella junto a la cesta—. Quizás a estas alturas esté picado, con lo que se debe de haber movido, pero suele aguantar bien el tipo. Me gustaría saber su opinión, señor.

Ramage estuvo a punto de echarse a reír. El comentario de Dyson acerca del vino fue pronunciado con la autoridad del enólogo que pide una opinión respecto a un caldo de la mejor cosecha.

Cuando Dyson empezó a sacar los contenidos de la cestita, lanzó un juramento.

—Eh, Rosey, ve abajo y trae unas tazas, ¿quieres? Límpialas un poco con la camisa, o este vino sabrá a coñac.

Los cinco se arracimaron alrededor de la linterna y empezaron a comer agradecidos por el detalle, mientras Dyson cortaba el pollo con los dedos y repartía las raciones a cada uno. Las patatas frías las habían asado con la piel, cortado en dos posteriormente y rellenado el interior con un poco de mantequilla.

—Patatas grasientas, las llama mi madre —dijo Dyson, mientras le ofrecía una a Ramage—. Pero tómeselo con calma, señor, o la patata no querrá bajar del esternón.

Habían terminado de comer y limpiaban los dedos grasientos en los pantalones, cuando oyeron un saludo proveniente de la oscuridad.

—Ahí viene —anunció Dyson—. El nuevo patrón de la *lerbong batow Marie*.

Ramage tardó unos instantes en comprender que Dyson acababa de hacer un flaco favor a la lengua francesa. ¿Sería francés el nuevo patrón de *le bon bateau Marie*?

El hombre que subió a bordo después de asir un cabo se detuvo unos instantes para meter los remos. Era francés, y su rostro quedaba iluminado por la linterna de cubierta, aunque sus ojos permanecían ocultos en sombras. Ramage vio que, en comparación con el rostro de Dyson, éste inspiraba confianza, aunque sólo fuera en comparación con aquél.

Era como si la naturaleza caprichosa hubiera creado un rostro cuyos rasgos faciales fueran completamente opuestos a los de Dyson: el francés, que se presentó a Ramage con un conciso «aquí está Louis», parecía una calabaza en la cual se hubieran embutido, demasiado separados, dos botones negros por ojos, dos agujeros que hacían de fosas nasales (puesto que no distinguía nariz alguna) y dos amplias salchichas que conformaban los labios; entre éstas, una lengua peluda que asomaba dibujando un movimiento circular una vez por minuto, más o menos. De vez en

cuando, los labios, al separarse, daban paso a unos dientes negruzcos y desiguales.

Louis medía unos cinco pies y cuatro pulgadas de alto, y su cuerpo, un barril sobre dos patas cortas, recordó a Ramage a un oso sentado mientras el amo tocaba el violín. Louis daba la impresión de tener una enorme fuerza. En contraste con sus piernas cortas, sus brazos eran largos, y permanecía de pie con un pulgar metido en el cinto, los brazos enjarras, la lengua trazando ese círculo fugaz, como un roedor obsceno que asomaba intrigado la cabeza fuera de la madriguera.

El francés observó con curiosidad a Ramage unos instantes, y luego dijo a Dyson en un inglés con fuerte acento galo.

—¿Largamos la mayor?

Por el modo en que lo dijo, estaba claro que Louis, si no el superior de Dyson en la jerarquía del contrabando, al menos era su igual, como también dedujo Ramage que a Dyson no le hacía mucha gracia tal cosa.

—¿Tienes los documentos? —preguntó.

El francés dio unas palmadas en el bolsillo y repitió:

—¿Largamos la mayor?

Dyson se dio la vuelta y se acercó al palo mayor.

—Echadnos una mano —pidió a Stafford y a Rossi—. Esa driza no deja de darme problemas.

Jackson sacó los tomadores y, cuando ascendió la mayor, Ramage observó que Rossi halaba de la driza y Stafford del pico, mientras Dyson permanecía de pie, dándoles instrucciones. Ese detalle, más que ninguna otra cosa, demostraba que Dyson, el hombre del pantano, era considerablemente mucho más ingenioso que Stafford, el *cockney* de la lengua afilada. Mientras aquellos dos se las ingeniaban para evitar el trabajo duro, era inevitable que Rossi, el más confiado, terminara con la driza. Pero todos los trucos y astucias aprendidos durante la niñez en Génova salieron a relucir en cuanto Rossi se dio cuenta de que «se estaban aprovechando de él», frase que había aprendido de Stafford. Amarradas las drizas de mayor, Ramage no se sorprendió al ver que Dyson y Stafford se encontraron halando de las velas de estay y cangreja, mientras que Rossi caminaba a su alrededor, diciendo en voz alta que ya se encargaba él de vigilar las escotas.

Louis, inclinado sobre la bitácora, se dispuso a gobernar la caña con un exagerado suspiro de cansancio.

—¿Qué haremos cuando la *Marie* entre en Boulogne? —le preguntó Ramage, tras considerar unos instantes si debía o no formularle esa pregunta.

Dyson levantó la mirada sorprendido, antes de abrir la linterna y apagar de un soplido la llama. En la oscuridad, preguntó:

—¿Haremos, señor? Pues dejaremos que Louis desembarque en tierra y anuncie por ahí que no ha habido pesca cuando se dirija al capitán del puerto con los papeles. Luego, cuando vuelva a oscurecer, desembarcarán ustedes. Mientras sea de día tendrán que quedarse en la cabina.

Eso tranquilizó a Ramage; el tono de Dyson dejaba bien claro que estaba explicando algo que a todas luces era obvio.

—Pensé que había dicho que la Manutenía que volver a Folkestone al alba…

—¡Y lo hará, señor!

Ramage hizo un esfuerzo por hablar lentamente; por mantener un tono de voz normal y evitar que Louis, en caso de que su inglés no fuera suficiente, pudiera malinterpretar tanto el tono como sus palabras.

—Dyson, un barco no puede estar en dos lugares a la vez. La *Marie* no puede estar en Boulogne y en Folkestone al mismo tiempo.

—Pero pueden estarlo —protestó Dyson, que, al ver a Jackson a punto de echarse a reír, se apresuró a dar una explicación—. Hay dos *Marie*, señor; son absolutamente idénticas. Mire, no importa cuál vaya a qué puerto, siempre y cuando el patrón tenga los papeles correspondientes. ¡Por supuesto, las autoridades no lo saben!

—Por supuesto —dijo Ramage en un tono que sólo Jackson pudo reconocer como propio de cuando se enfadaba consigo mismo—. De modo que Louis ha hecho las suficientes capturas para que Thomas Smith pueda entrar con la cabeza bien alta en la lonja de Folkestone.

—Setenta libras —gruñó Louis, revelando su conocimiento del inglés.

—Pero… Usted dijo que Louis informará de que no ha pescado nada cuando atraquemos en Boulogne. ¿No querrá intentarlo en el viaje de vuelta?

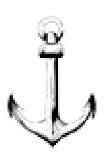
—¿Y qué? ¿Ir apestando a pescado por ahí? —preguntó a su vez Dyson, que a juzgar por sus palabras consideraba aquello impensable—. Claro que si Jacko o uno de los suyos quiere intentarlo con la caña… —añadió.

—¿Las autoridades portuarias francesas no sospecharán nada? —preguntó Ramage con cierta cautela.

—Hasta el momento les hemos pagado lo suficiente como para que reserven sus sospechas para cualquier otro. Sólo debemos preocuparnos de los ingleses de aduanas. Ésos son demasiado estúpidos como para aceptar sobornos.

—O demasiado honestos —apuntó Ramage.

—Es lo mismo —concluyó Dyson—. Que Dios nos libre de los honestos estúpidos. Ahí, Jacko, en ese baúl encontrarás una tabla con la palabra *Boolong* escrita en ella. Cámbiala por la de popa, la que tiene escrito Dover. Podrás deslizarías de arriba abajo, como una ventana corredera.

El alba encontró a la *Marie* entrando en Boulogne con la tricolor flameando en el palo mayor, y sólo Dyson y Louis en cubierta. A lo largo de aquella última hora,

ambos se habían turnado para otear atentamente el horizonte con el catalejo de noche.

—Aquí puede juntarse mucho tráfico —había explicado Dyson—. Nuestras fragatas y cúteres, que mantienen la vigilancia. Por lo general, procuramos entrar cuando calculamos que las tenemos al este, al amanecer, de modo que se recorten en la distancia contra un cielo claro. Eso nos da la oportunidad de rehuirlas. Es una mañana muy tranquila.

Louis invitó a Ramage a asomarse por la escotilla, de modo que pudiera ver de nuevo Boulogne desde el mar: se habían producido muchos cambios, explicó señalando los fuertes de piedra de Pointe de la Crèche y fuerte de l'Heurt, además de diversas baterías que cubrían el puerto, emplazadas en los acantilados y las colinas que lo rodeaban.

—Lanchas —dijo. Señaló las filas de embarcaciones fondeadas cerca de los muelles, ocultas casi en aquella oscuridad que recibía ya las primeras caricias del sol, que seguía aún bajo el horizonte—. Cañoneras, y también hay bergantines. Ahí hay más. Y ahí también. Las construyen allí… —Señaló la costa, donde lo que en un principio le pareció un conjunto de edificios de madera resultaron ser unos cuantos barcos en plena construcción—. Muy lento. No hay dinero, ni madera, ni carpinteros. Ni velas ni cabuyería. Incluso cuando hay dinero y madera el proceso es lento. Aprendices de panadero y de carnicero, eso es cuanto tenemos, hombres y muchachos de veinte años en los astilleros; a veces, reclutas. El almirante se pone como loco cuando se anuncia la visita del corso…

Apoyó la cadera en la caña y señaló de nuevo.

—¿Ve los campamentos? De momento son cinco, ¿había visto alguna vez tantas tiendas?

Boulogne tenía un aspecto tan marcial como Folkestone lo tenía de pacífico, y Ramage sintió que se le venía el mundo encima. A eso se referían los listados, aunque no había imaginado el alcance de cuanto hasta entonces le habían contado. Veinte lanchas, sí, no le habían parecido tantas cuando lo leyó, pero menudo espectáculo ofrecían, amarradas de proa a popa. El normando (al menos, Ramage había logrado identificar su acento) hacía patente su desprecio por Bonaparte, un desprecio que parecía sincero. Mientras contemplaba las hileras de lanchas, Ramage preguntó:

—¿Cree que el almirante Bruix está preparado para dar la orden a su flota de partir a Inglaterra?

Louis se encogió de hombros antes de responder.

—Fanfarronean como gascones; todo ese plan de invasión parece una gasconada. Sí, podría hacerlo… —Imposible no reparar en la nota de desprecio que había en su tono de voz—. Cualquiera podría ordenar a una flota partir de Boulogne, pero alcanzar la costa inglesa ya es harina de otro costal. Esas lanchas son como cajas, imposible gobernarlas como Dios manda.

Hizo un gesto a Ramage para que mantuviera la cabeza agachada a la altura de la escotilla.

—En unos minutos pasaremos cerca de la torre de vigía. Será mejor que se quede bajo cubierta.

Dyson, que anhelaba estar bien informado, dijo:

—En cuanto desembarquen, podrán verlo tranquilamente, señor. No tienen guardias ni nada, sólo patrullas que dan vueltas por las calles como perros extraviados.

—Los perros no muerden —murmuró Stafford desde el interior de la cabina.

—¡La escota de mayor, Sebo! —apuntó Louis.

Dyson haló de la escota.

—¿Ya? —preguntó.

—Eres demasiado vago para halarla demasiado —comentó Louis, sarcástico—. Ahora la escota de la vela de estay. Luego suelta el petifoque.

El francés era un buen marino, y era obvio que le encantaba hacer correr a Dyson de un lado a otro de la barca. El petifoque no llevaba aferrado ni cinco minutos cuando ordenó izarlo de nuevo y cazarlo. Explicó que el viento caía un poco, y Dyson, exhausto, acababa de completar la tarea cuando Louis ordenó acortar la amarra del bote.

—Orcemos —jadeó Dyson mientras intentaba acercar el bote a la barca—, pesa demasiado: no puedo halarla una pulgada más mientras sigas corriendo por todo el puerto.

—No voy a orzar —replicó Louis, con enfado—. Acércalo, ¿quieres? Y que sea rápido; en dos minutos llegaremos al muelle, y entonces tendrás que correr.

—¡Estabas mejor en el *Triton*, Sebo! —comentó Jack— son desde el interior de la cabina.

—Al menos allí podía amotinarme y recibir tan sólo un par de docenas de latigazos —respondió Dyson, entre jadeos—. No creo que Louis me permitiera salir indemne.

—Ni Louis ni ninguno de nosotros —dijo Jackson—. Tuviste suerte de dar con el único capitán capaz de pasar por alto una falta así.

—Lo sé, lo sé —aseguró Dyson, en tono impaciente—, y por eso estoy aquí, echando una mano.

Ramage sintió que la *Marie* tumbaba por la acción del viento; al cabo de poco, se adrizó de nuevo.

—Deja el bote —ordenó Louis, exasperado—. Desfoga la cangreja, luego la vela de estay. Después, a las drizas de mayor.

A esas alturas, el cielo clareaba, y en el interior de la cabina oyeron el gemido de la driza de la cangreja al deslizarse por el motón. A esto siguió el tableteo de la driza de la vela de estay; la lona cayó con un golpe sordo en cubierta antes de que Dyson la sofocara.

Al cabo de un par de minutos, la orden de Louis de bajar la vela mayor dio paso a una ristra de maldiciones pronunciadas en francés, acentuadas por gruñidos de

exasperación. Luego, la luz, al moverse alrededor de la cabina, advirtió del cambio de rumbo y el rumor del agua bajo el casco dio a entender a Ramage que la *Marie* perdía andadura. Se produjo un leve golpe cuando Louis la arrimó paralela al muelle, y Ramage, al verlo pasar por la escotilla abierta, comprendió que el francés no confiaba en la diligencia de Dyson para amarrar la embarcación.

—Qué más quisiera yo que llegar a puerto fuera siempre así —comentó Stafford, al tiempo que se volvía a Ramage con una sonrisa torcida—. Nací para ser pasajero, señor.

—Me di cuenta de eso hará un par de años —comentó Ramage, sarcástico—, aunque nunca le creí capaz de confesarlo. Claro que si vuelve a servir bajo mi mando…

Dyson asomó la cabeza por la escotilla.

—Bienvenidos a *Boolong*. No hay franceses en la costa, de modo que pueden hablar, pero no suban a cubierta. Louis va a acercarse a la oficina del capitán del puerto con la documentación.

—¿Hay algo de comer a bordo, Sebo? —preguntó Stafford—. Si vamos a pasar todo el día aquí…

Dyson lanzó un juramento, saltó al muelle y volvió al cabo de dos o tres minutos.

—Te felicito por habérmelo recordado. Louis comprará algo a la vuelta. Creo que queda vino en la sentina.

—Necesitaremos agua, también —pidió Ramage, aprovechando la ocasión que se le brindaba para recordar a sus hombres que no iban a pasar el día bebiendo vino mientras esperaban en la oscuridad.

—Claro, claro, señor —dijo Dyson—. Hay un pellejo lleno de agua, aunque alguien tendrá que subirse al asiento de popa para sacarlo.

La jornada de espera que pasaron en la atestada cabina de la *Marie* fue uno de los días más aburridos que Ramage podía recordar, y cuando el sol ascendió la temperatura se hizo asfixiante. El agua no era tan potable como Dyson había pensado, y la comida que trajo Louis fue lo único positivo del día. El pan estaba un poco seco, pero el queso era excelente, y su exquisito sabor hizo pensar a Ramage en el tiempo que hacía que no probaba el queso francés.

Dyson sacó una grasienta baraja de cartas y empezó lo que a Ramage se le antojó una serie de interminables partidas con Stafford, Jackson y Rossi, la mayor parte de las cuales perdió de malos modos. Cuando Louis regresó a bordo después de ausentarse unas horas de la barca, se puso de cuclillas en la escotilla y Ramage le sugirió que si subía a cubierta y fingía ayustar un cabo, todo aquel que pudiera verlo daría por sentado que se trataba de Dyson. Louis aceptó, aunque, según dijo con una sonrisa, el solo hecho de ver a Dyson trabajando constituía de por sí motivo de sospecha.

Al sentarse Ramage, el sol que refulgía en las murallas de piedra gris y en los tejados venía a subrayar el hecho de que se hallaban en Francia. En la distancia, los

pescadores caminaban por los muelles vestidos con pantalones azules, de modo que casi parecían ir de uniforme. Las cercanas barcas de pesca lucían el yugo francés que las caracterizaba. Por el momento, costaba creer que se encontrara en tierra enemiga, y supo que tardaría unas horas en asumir ese hecho: la transición de Folkestone a ese lugar había sido muy rápida.

Conversó con Louis durante más de dos horas, y se hizo una idea de cómo había ido la construcción de las embarcaciones, y de cómo, a lo largo del último año, el tempo de la misma se había acelerado. A lo largo de los años anteriores a la Revolución, los constructores de los astilleros locales habían trabajado para los propietarios del lugar: cualquier cosa, desde las pequeñas barcas de pesca hasta las *chasse-marées*, los barcos de tres palos que en cuanto estalló la guerra se dispusieron a hacer el corso.

Los astilleros eran negocios familiares, le explicó Louis. Los hijos y los sobrinos trabajaban de aprendices de sus padres y sus tíos. Y los hermanos propietarios de un astillero construían embarcaciones para propietarios cuyos padres y abuelos habían tenido barcos botados en esos mismos negocios. Al igual que el oficio de la construcción de barcos se perpetuaba de generación en generación, también lo hacían la pesca y el contrabando.

Uno de los astilleros había construido una de las *Marie*, aunque Louis admitió que, después de todo ese tiempo, con las docenas de veces que había cruzado el Canal, era incapaz de recordar cuál de ellas era. Creía que la de construcción francesa era en la que se encontraban, pero no estaba seguro. La idea de los barcos idénticos, explicó, la tuvo originalmente un inglés adinerado. No un milord, pero sí alguien que no andaba lejos de tener un título. Hizo construir la primera *Marie* en Folkenstone, y en cuanto la botaron y registraron, y su número fue grabado en la madera, («antes de la guerra»), anunció que iba a visitar Francia a bordo de ella. Que iba a ir de crucero, de hecho. ¿Quién iba a extrañarse de que sufriera una vía de agua estando en el puerto de Boulogne (le preguntó Louis, guiñándole el ojo), y se vieran obligados a repararla en el astillero?

¿Y qué tenía de extraño que el capataz de los carpinteros de ribera tomara medidas mientras sus hombres le daban al mazo? Se tomaron todas las medidas habidas y por haber, incluso el modo exacto en que habían grabado el número de registro, todo lo cual quedó anotado. Una noche, se hizo entrega de un compás de fabricación inglesa, que nadie había sacado todavía de la caja, además de varios paquetes de lona inglesa. Mientras se efectuaban las reparaciones, ¿qué podía haber más normal (de nuevo guiñó el ojo Louis) que el hecho de que el propietario enviara las velas a un velero de Boulogne, mientras aguardaban a que los carpinteros terminaran su trabajo? Después de todo, el velero sólo tenía que reforzar las costuras. ¿Y qué podía haber más normal que el velero confeccionase un nuevo juego de velas con las mismas dimensiones, además de las correspondientes velas de respeto, y que las guardara en su pañol?

En fin, el caso es que la barca inglesa *Marie* partió, y todos habían olvidado el tiempo que había pasado en el astillero, donde, además de estas reparaciones, se había llevado a cabo la construcción de otros barcos, más o menos del mismo tamaño, como por ejemplo una barca de pesca llamada *Marie*, que fue botada al poco de partir la primera. Se trata de un nombre bastante común, y puesto que las autoridades francesas emplean un sistema distinto de medición y peso, y también de numeración para los barcos, y como además, en cualquier caso, los oficiales franceses son mucho más comprensivos (llegado a este punto, Louis guiñó el ojo por tercera vez), quizá no resulte tan sorprendente que ésta segunda *Marie* compartiera el mismo número que la *Marie* que había visitado Boulogne procedente de Folkestone. Por una curiosa coincidencia, la *Marie* construida en Boulogne tenía también una plancha de cobre en el costado de estribor, a proa de las cadenas de planchuela de vigotas, que coincidía perfectamente con la que tenía también la *Marie* de Folkestone. Había navegado por el muelle poco después de ser botada, y sus constructores le instalaron una plancha de cobre para protegerla de la broma. De modo que si ambas barcas fondeaban una junto a la otra, aunque no tenía por qué suceder tal cosa, y dado que pocos eran los que sabían que eran gemelas, hubiera resultado imposible distinguirlas. Por supuesto, el propietario francés era un ciudadano con todos los papeles en regia naturalmente, poseía también toda la documentación pertinente, en la que constaba que la *Marie* construida en Boulogne era una barca de pesca estacionada en el puerto de esta población. Igual, por cierto, que sucedía en el caso del propietario de la *Marie de* Folkestone.

El caso es (y aquí Louis se llevó la yema del dedo al costado de la nariz) que la *Marie* inglesa con documentación francesa y la Marie francesa con documentación inglesa podían cruzar el Canal procedentes de direcciones opuestas, y encontrarse en mitad del mismo brevemente, para intercambiar documentación y el patrón inglés, de modo que pudieran visitar los puertos del otro sin que nadie se enterara. La única diferencia física era el cambio que se efectuaba en la matrícula que indicaba el puerto de registro, para lo que ambas llevaban las dos matrículas. Se pasó por alto la normativa que regulaba el hecho de tener el puerto de registro pintado en la proa y bordado en la vela…

Tampoco es que los del servicio de aduanas inglés prestaran mucha atención. Durante años, en la paz y en la guerra, habían visto partir a la *Marie* tarde, de noche, para ir a pescar, y regresar al alba con tiempo de sobras antes de que abriera la lonja; todos sabían que no podía navegar a Francia y volver en ese tiempo, de modo que no podía estar haciendo el contrabando. Quizás un barril o dos de vez en cuando, comprado a un contrabandista de paso en mitad de una noche sin luna, pero seguro que no llevaba en la bodega seda ni encaje, cajas de tabaco, cigarros y té, toneles de coñac y pellejos de vino. Obviamente, pensaban los de aduanas, el contrabando a esa escala sólo puede hacerse en embarcaciones de mayor tonelaje, que se ausentaban durante varios días. Incluso el encargado de hacer los registros menos experimentado

lo sabía. Así que nadie se molestó en comprobar cuánto pescado llevaba a bordo la *Marie*; nadie comparó la cantidad probable, a juzgar por la cantidad de pescado que había en su bodega, con la cantidad que el patrón llevaba a la lonja de Folkestone.

Era un sistema ingenioso y, pensó Ramage, como todos los sistemas buenos, funcionaba. Sólo había que pagar unos sobornos a los oficiales franceses de Boulogne. Puesto que las autoridades francesas no hacían nada por estorbar el contrabando a Inglaterra, el único riesgo existente era el planteado por la codicia más que por los informadores. De hecho, por lo que había dicho el almirante Nelson, era muy improbable que fuera necesario pagar los sobornos: dado que la moneda francesa no valía nada fuera de sus fronteras, Bonaparte necesitaba moneda extranjera para pagar todo cuanto compraba fuera, y las guineas y los chelines pagados por los contrabandistas ingleses debían de alcanzar un buen precio al cambio…

—¿Lleva usted contrabando en un único sentido…? ¿A Inglaterra? —preguntó a Louis.

El francés sacudió con fuerza la cabeza.

—No, por lo general nos traemos cosas de lana (aquí andamos faltos de ropa, a menos que uno lleve siempre seda y encaje) y ron; el único suministro, el de Guadalupe, es muy escaso en estos tiempos; y a menudo *whisky*.

Cuando Ramage enarcó ambas cejas, sorprendido, Louis rompió a reír.

—No, no crea que los franceses estamos cambiando de gustos, exceptuando la mayor cantidad de ginebra, que traemos de Holanda. A los *detenus* ingleses, que se cuentan por centenares en Verdún y demás lugares, les gusta el *whisky* y tienen dinero con que pagarlo.

Ramage se preguntó si Bonaparte conocía que una parte de los prisioneros ingleses, los cientos de civiles atrapados en Francia cuando empezaron las hostilidades, tratados desde entonces como prisioneros de guerra, tenían un suministro regular de su bebida favorita, que era traída de contrabando por uno de los puertos desde los cuales pretendía emprender la invasión de Inglaterra.

En fin, todo aquello era de lo más interesante, pero el contrabando tan sólo guardaba una relación marginal con el asunto que tenía entre manos. Quería averiguar hasta qué punto podía confiar en Louis. Seguramente conocía muy bien Boulogne. Si no conocía algo, seguro que sabía cómo encontrarlo. Ramage tenía que poner en una balanza la necesidad de discreción y el hecho de que tenía que empezar a obtener información de alguna fuente. Pensó un instante en Dyson, que ya conocía una buena parte del asunto y era lo bastante sagaz como para intuir lo demás. Daría por sentado que cualquier cosa que Dyson supiera o intuyera la habría compartido con Louis, aunque Ramage dudaba que Louis hablara mucho con Dyson.

Al pensar que quizá llegaría el día en que tendría que justificar ante el Almirantazgo su decisión de requerir la ayuda de Louis, comprendió que sería casi imposible explicar con palabras sus motivos. Louis era duro, aunque no carecía de

cierta educación, y oficialmente era súbdito de una nación enemiga. Pero era contrabandista, y probablemente lo había sido durante buena parte de su vida, y quizá su padre lo hubiera sido antes que él. El contrabando era como una nación internacional, sin fronteras, y los contrabandistas no debían lealtad a bandera alguna. Sólo eran leales al dinero.

Se descubrió capaz, incluso, de defender el caso del contrabandista. En una Inglaterra que andaba escasa de casi todo, ¿qué tendero podría rechazar a una dama unas yardas de encaje francés para hacerse un vestido de baile? ¿O un poco de seda, perlas, madreperlas? ¿Qué comerciante iba a negarse a vender al marido de la dama unas libras de tabaco o unos cigarros? ¿Quién podía negarle a un cliente de siempre un pellejo de vino, un barril de coñac, una botella de oporto, un par de botellas del mejor jerez? El contrabandista conocía muy bien la respuesta: los vinateros, tenderos, estanqueros y demás solían negarse porque no tenían género o productos que vender, pero el contrabandista podía, y ¿quién iba a culparle por proporcionarles el material a un precio que recompensara el riesgo que corrían, pero que seguía siendo muy inferior al precio que se añadía al total tras pasar por la aduana?

Debido a la guerra, estos productos no podían ser importados legalmente, puesto que provenían de un país enemigo. Los hombres de negocios que respetaran los cauces legales no podían importarlos, por mucho que pagaran todas las tasas habidas y por haber en dinero contante y sonante, y con una sonrisa en el rostro: hacerlo hubiera sido considerado comercio con el enemigo, lo cual constituía un delito de traición.

De modo que, argüiría el contrabandista: «¿Quién va a culparme si me juego la vida y la libertad para ir a Francia y hacerme con estos productos, y si arriesgo mi vida y mi libertad de nuevo para regresar a Inglaterra con ellos a bordo? Si los declaro para pagar las tasas de rigor, me encarcelan, de modo que los desembarco en mitad de la noche (lo que no hace sino añadir más peligro a todo el negocio), y satisfago a las damas y a los caballeros: las damas podrán lucir vestidos exquisitos y animar así a los hombres. Los caballeros podrán expulsar el humo de la pipa o del cigarro, después de una copiosa comida regada con un espléndido vino y rematada con un buen oporto. El caballero estará lo bastante contento como para no culpar de todo al Gobierno o importunar a la esposa; la esposa será feliz al ver su tocador, demasiado como para importunar al marido».

Ramage rió entre dientes. Tenía un buen argumento para convertir a los contrabandistas en ciudadanos honrados, tanto como pudiera serlo cualquier ciudadano honrado. Imaginó el anuncio de que tal y cual habían sido nombrados caballeros de la orden de Bath «por servicios distinguidos en el contrabando». No había que ser demasiado sofisticado para considerarlo ganado tanto o más a pulso que muchos de los títulos de caballero, barón y demás que se concedían como castañas y cerveza en las peleas de gallos, a cambio de cierta suma entregada a una facción política. Era preferible que un hombre se ganara un título después de arriesgar la

vida, a que lo comprara con la misma furtividad que adquiría un barril de coñac.

En fin, no había nada como sentarse en la cubierta de la barca al sol, en mitad de un puerto enemigo, para ver las cosas en perspectiva. El sol ardiente no hacía nada por dispersar el enfermizo olor a desperdicios, col hervida y orín que parece flotar en todos los muelles como una gruesa capa invisible.

Si la lealtad de un contrabandista era para con el dinero más que para con la bandera, lo cierto era que estaba de suerte, ya que Louis también sentía un desprecio sincero por el corso, que, para tantos franceses, constituía mayor símbolo de la patria que la propia bandera tricolor; tanto creía Bonaparte en la *Liberté, égalité* y *fraternité* que se había propuesto conquistar el mundo.

El primer movimiento consistía en ver si Louis estaba dispuesto a colaborar; después, acordarían un precio. Sería mucho más simple tratar con alguien cuya conciencia no estaba plagada de complejas tramas de lealtad.

—¿Le ha contado Sebo el motivo de mi visita a Francia? —preguntó Ramage en francés, puesto que no había necesidad alguna de ocultarle que sabía hablarlo.

—No, lo único que sé es lo que dijo Thomas Smith cuando llegó con la documentación en mitad del Canal: que no había contrabando en este viaje, sólo cuatro pasajeros.

—¿Lleva pasajeros a menudo?

Louis negó con la cabeza.

—No a Francia. En ocasiones, uno de los cabecillas (me refiero a los líderes de los contrabandistas) visita Francia para comprobar las cuentas y pagar o recoger dinero. Dos veces al año, quizá. ¿A Inglaterra? Muy de vez en cuando, y por lo general se trata de prisioneros de guerra ingleses que se han fugado de Verdún o Bitche o de alguna de las fortalezas. Peligroso tráfico para nosotros: es pedir demasiado arriesgarse a que las autoridades de Boulogne prohíban todo el contrabando con Inglaterra sólo por haber ayudado a un prisionero fugado.

—Imagino que les pagarán generosamente.

—Se ofrecen, pero si los llevamos, lo único que pagan es un pequeño bote de remo. Nosotros los llevamos a una o dos millas de Dover, echamos el bote al mar y ellos se encargan de cubrir la distancia a remo. Luego cuentan a las autoridades en Dover que robaron o compraron el bote y que remaron todo el trecho. No cuentan nada de la *Marie* ni de nadie a quien hayan podido conocer. Ése es el precio de nuestra ayuda, el silencio.

—Pues es un precio que cualquier bolsillo puede permitirse.

—Tengo demasiada imaginación —confesó Louis inesperadamente—. Me veo huyendo de una prisión, perseguido durante doscientas millas, hasta que llego a la costa; alcanzo a ver mi patria, pero no hay forma de llegar allí. El pescador o el barquero capaz de hacer negocio en una situación así tendría que probar en sus carnes lo que es vivir en prisión…

—¿Qué más le contó Thomas Smith? —preguntó Ramage.

—Pues que llevaría a un caballero y a tres asistentes suyos a Boulogne.

—¿Asistentes?

Louis rompió a reír antes de explicarse:

—Thomas Smith está muy orgulloso de su francés, que practica conmigo. Creo que le gustó cómo sonaba «jonty-yomm». —Hizo un gesto exagerado para acompañar sus palabras mientras imitaba el acento del hombre del pantano—, mientras que «teniente» suena más o menos parecido (al menos, tal como Smith lo pronuncia) en ambas lenguas. Usted es teniente, creo. —Tras asentir Ramage, añadió—: Ya me parecía a mí. ¿Esos tres hombres sirvieron bajo su mando? —Sin esperar la respuesta de Ramage, continuó—: No es difícil ver el nexo de unión que existe entre quienes se han enfrentado juntos a la muerte, sin importar el rango. En fin, el hecho de que el jefe organizara su viaje es suficiente para mí. Si puedo serles de ayuda…

—Gracias. Pero ¿a quién se refiere?, ¿al jefe francés o al inglés?

Louis rió de nuevo y consideró la respuesta unos instantes.

—Sólo hay un jefe, y aunque nunca lo he visto, estoy seguro de que se considera ciudadano de ambos países.

—Un hombre de mundo, ¿eh?

Louis repitió la frase, como si la paladeara.

—Todos los que estamos en esto del contrabando tenemos que serlo por fuerza. No obstante, el contrabando es la menor de sus preocupaciones. Cuando desembarquen ustedes esta noche, ¿tienen pensado ya dónde se alojarán?

—Aún no. ¿Será difícil encontrar un lugar?

—Yo les ayudaré. Lo más difícil será moverse cuando anochezca.

—¿Toque de queda?

—Es por los soldados, hay patrullas por todas partes. Si le dan el alto tiene que mostrar la documentación, un pasaporte, a menos que pueda demostrar que vive en Boulogne. Un hombre sin pasaporte o casa en Boulogne va directo a prisión…

«Lo que demuestra —pensó Ramage—, los peligros que entraña el hecho de no planear hasta el último detalle una operación de estas características». Sin embargo, no tuvo tiempo para pensar en nada más que encontrar un modo de llegar a Francia; no hubo manera de investigar cuáles serían las condiciones. Algún día un departamento del Gobierno podía hacerse responsable de recopilar todo ese tipo de información, de modo que el Almirantazgo y el departamento de Guerra (incluso la oficina de la Secretaría de Estado) pudieran aprovecharla. Pero dado que los capitanes tenían dificultades a la hora de hacer que el Almirantazgo accediera a suministrarles cartas náuticas, pues esperaban que los capitanes y pilotos aportaran las suyas (sin especificar cómo podían obtenerlas), era muy poco probable que el Gobierno mostrara jamás el menor interés por cuál era la situación en un país enemigo.

—Tales documentos no supondrán un problema —dijo el francés—. Se los daré

antes de que se marche. Necesito saber qué profesión prefiere, y tendrán que decidir sus nombres, y me refiero a los nombres que quieran utilizar. Uno de sus hombres no es inglés, creo.

—Uno es italiano, hay un inglés y un norteamericano. El italiano habla inglés y un poco de español. El estadounidense habla también un poco de español, quizá lo bastante como para engañar a un gendarme. Yo también lo hablo un poco. El norteamericano también chapurrea el italiano, como yo.

—Español e italiano, ¿son tan buenos como el francés?

—Mejores, puesto que hace poco que he tenido ocasión de practicarlos[6]. Desdichadamente no practico el francés desde que lo aprendí.

—Entonces no tendrá de qué preocuparse. Tiene acento de París. ¡Sus profesores le hicieron trabajar duro! Pero el inglés… ¿sólo habla inglés?

Ramage asintió.

—¡Claro que tiene un modo particular de hacerlo!

—En tal caso, él será el medio tonto, mientras que ustedes dos deben ser italianos o españoles. Mejor italianos, porque, como probablemente sabrá, en este momento nadie ve con buenos ojos a los españoles.

—Sí, y eso resulta en un italiano nativo, un genovés y yo, que puedo pasar por toscano. Si el estadounidense se limita a gruñir y el inglés consigue morderse la lengua… Pero ¿qué sugiere usted en cuanto a nuestras profesiones?

—Depende de cuál sea su propósito. No voy a hacer preguntas al respecto —se apresuró a asegurar Louis—, pero un negocio podría ser más adecuado que otro para su… —Calló, incómodo y visiblemente incapaz de dar con las palabras adecuadas.

—A mis superiores le preocupa mucho que el ejército de Bonaparte pueda presentarse un día en Inglaterra…

—Eso también preocupa a mis superiores —gruñó Louis, que asintió mientras Ramage confirmaba sus sospechas—. Eso acabaría con el negocio del contrabando en toda la costa francesa. Los intereses de nuestros respectivos superiores coinciden, lo que facilita mucho nuestra tarea.

De pronto, Ramage recordó el instante en que Simpson había cambiado de opinión y había aceptado ayudarle, cuando, en la comodidad de su hogar, había averiguado finalmente cuáles eran las órdenes de Ramage. Había caído en la cuenta de que con la amenaza de invasión de Bonaparte, los contrabandistas y los intereses del Almirantazgo coincidían por completo, quizá por primera vez en la historia.

—¡Carpinteros! —exclamó de pronto Louis—. Envían a diario carpinteros a Boulogne procedentes de Italia para la construcción de los barcos. Acaban de llegar. En Italia, los oficiales franceses (culpe al ejército) les prometieron a ustedes una buena suma por trabajar en los astilleros de Boulogne. Con sus herramientas… Sí, eso les ayudará, porque por aquí andan faltos de ellas… —Vio a Ramage contrariado, y se apresuró en asegurarle—: No se preocupe, son ustedes pobres y nadie espera que puedan llegar con un juego completo de herramientas bajo el brazo, no más de las

que yo pueda proporcionarles.

—Lo único que nos falta es cierta habilidad para trabajar la madera, ¡visto que usted puede proporcionarnos todo lo demás!

Louis se encogió de hombros.

—Usted y sus hombres saben lo bastante acerca de la construcción naval como para engañar a quienes puedan mostrarse curiosos, y todo quedará en eso, en preguntas. Dudo que un gendarme les dé un tablón para que demuestren su destreza. Y si quieren trabajar en los astilleros un día o dos… En fin, hay tanto caos allí que si cada uno de ustedes se limita a llevar madera y herramientas de un lado a otro y fingirse muy ocupado, podrán pasearse por ahí durante horas sin que nadie les haga preguntas incómodas. El tiempo suficiente para que puedan averiguar todo cuanto necesiten.

Ramage se miró las manos. A pesar de las últimas horas que había pasado en la mugrienta cabina de la *Marie*, sus manos seguían tan suaves y cuidadas como siempre.

—No se preocupe —dijo Louis—, usted es el capataz, y de todos modos han tardado un mes entero en llegar a Boulogne desde Italia. Tiempo suficiente para que desaparezcan los callos de las manos de cualquiera. Me ha parecido ver que las de sus hombres no son tan delicadas. En fin, tuvieron que parar de vez en cuando para hacer algunos trabajos de carpintería y poderse costear el viaje. Fue usted quien encontró los trabajos, puesto que habla francés (ojo, no un francés muy bueno, bastará con que se haga entender) y puso a trabajar a sus hombres como haría cualquier capataz. —Rió de su propia broma y añadió—: ¡Si no me conociera todo el mundo por aquí, yo mismo les haría de representante!

Se levantó.

—Iré a preparar el papeleo y ocultar algunas herramientas donde puedan encontrarlas ustedes después. Debemos decidir cuáles serán sus nombres, y tendrán que practicar las firmas. Si los gendarmes les paran y se muestran suspicaces, lo primero que harán será hacerles firmar con su nombre. Luego compararán la firma con la del pasaporte.

—Dígale a Rossi que escoja nombres cortos y fáciles. —Ramage casi podía oír a Stafford dar con un nombre rimbombante como Giuseppe di Montefiore—. Es más, antes que nada déjeme ver la lista. ¿Cómo vamos a practicar las firmas antes de ver qué nombres figuran en los pasaportes?

Louis sonrió y sacudió lentamente la cabeza.

—Nos subestima, teniente —respondió el francés—. Les traeré pasaportes con todos los detalles al completo, excepto en tres apartados: nombre del titular, ocupación y dirección. Y papel oficial para que podamos improvisar un documento de viaje para ustedes cuatro. Algo impresionante que les sirva de carta de presentación para el maestro carpintero de Boulogne.

—Precisamente el hombre al que menos nos conviene ver —advirtió Ramage.

—No se preocupen, la presentación es sólo para que puedan mostrarle su dinero a un gendarme curioso. —Louis meditó un instante sus palabras—. Dinero, ¿tienen dinero?

—Suficiente, creo —asintió Ramage—, pero ¿y si no…?

—Si no, un pagaré que pueda satisfacer un banco londinense…

CAPÍTULO 8



Aquella noche, a las once, Ramage y sus tres hombres se hallaban cómodamente alojados en una modesta fonda a medio camino entre el muelle donde había fondeado la *Marie* y el lado oriental del puerto, donde las barcas y las cañoneras se hallaban atracadas a la espera de que las pertrecharan de cañones y aparejos.

Louis les había avisado de que el tabernero era un revolucionario. Era un antiguo cabo que había perdido una pierna en España, aunque se decía entre sus parroquianos que tal pérdida fue producto de un altercado que se produjo en un burdel, y no del furioso combate con el enemigo. Pero el contrabandista también les había explicado que, aparte del hecho de que alojarse allí era barato, era un lugar limpio y conocido por la sencillez y calidad de la comida; también era el lugar que escogerían unos carpinteros italianos que trabajaran en el astillero. Más aún, a nadie se le pasaría por la cabeza que un oficial de la Armada inglesa y tres de sus hombres (espías, nada menos) pudieran cobijarse bajo aquel techo. Las inspecciones de tabernas, llevadas a cabo con regularidad por los gendarmes dos veces por semana, estaban a la orden del día en todo el país; pero bajo el letrero de Le Chapeau Rouge, a los gendarmes la inspección se les antojaba una mera excusa para disfrutar de una buena jarra de vino.

Rossi había sorprendido a Louis al declarar, impasible, que un hombre propietario de una taberna con ese nombre debía de ser en realidad espía del Vaticano, no un revolucionario; Louis había manifestado su negativa a voz en cuello cuando Ramage, preocupado de que alguien pudiera oírlos discutir en inglés, explicó a qué se refería Rossi, que había jugado con el hecho de que un clérigo católico llevaba el birrete, y que cualquier persona con sentido del humor aseguraría que el nombre de la taberna hacía referencia a eso, y no al gorro rojo, que era tan característico de la Revolución

como el árbol de la libertad y la guillotina.

Ramage había pasado por el ritual de obtener habitación sin problemas. Había llevado a sus tres hombres a una maloliente fonda llena de humo; había saludado a media docena de hombres sentados a una mesa, y puesto mala cara a un parroquiano que se espachurraba en tres sillas y que tenía la cabeza ladeada como sólo puede tenerla quien se ha dejado vencer por la bebida.

El tabernero se había mostrado hosco hasta que Ramage, al saludarlo con un francés rebosante de acento italiano, explicó que sus hombres y él buscaban alojamiento «para las muchas semanas» que pasarían trabajando en el astillero. Mientras extendía pasaportes y permisos de viaje sobre una barra llena de gotas de vino en un gesto medio triunfal medio servil, tal como correspondía al súbdito de un estado conquistado, comentó que Boulogne se hallaba realmente lejos de Génova.

—Conque Italia, ¿eh? Conozco España bastante bien —gruñó el cabo, como si dudara de la existencia de Italia—. De hecho, allí fue donde combatí, y me dejé la pierna. —Para subrayar el comentario, golpeó el suelo con la pata de palo—. Cabo Alfonse Jobert, del decimocuarto regimiento. Usted sirvió en el ejército de Italia —dijo, como si el hecho de que proviniera de ese país no permitiera ninguna duda al respecto; cuando Ramage negó con la cabeza en un gesto de disculpa, empezó a inspeccionar los pasaportes y dijo ya más simpático—: Bueno, no todo el mundo ha tenido el honor de servir en el ejército de Italia a las órdenes del general Bonaparte…

Hojeó la documentación con la expresión de duda propia de quien no sabe leer, y luego se agachó bajo la barra en busca de un lápiz y un pedazo de papel.

—Escriban aquí sus nombres, es para los gendarmes. Cuatro compartiendo una habitación, ¿eh? Dos francos por noche por la habitación y la ropa de cama. El desayuno es un franco y la cena dos, por cabeza, eso es. Comida de la buena, y el vino es extraordinario. Nada de meterse en la cama con las botas puestas, mucho ojo, y nada de mujeres en la habitación, que sé de qué pie cojean ustedes los extranjeros. Sepan —añadió en tono confidencial— que para esos menesteres hay un montón de «casas» cerca del ayuntamiento.

Ramage empezó a escribir, asegurando en tono servil al señor Jobert que nunca dormían con las botas puestas, al menos no cuando lo hacían en una cama, y que los carpinteros pobres no podían permitirse el lujo de llevar a mujeres a sus habitaciones, ni siquiera cuando querían hacerlo (y no era el caso, se apresuró a matizar), aunque el efecto de sus palabras estuvo a punto de verse arruinado por Rossi, quien, al comprender bastante francés como para seguir la parte más interesante de la conversación, masculló en italiano: «Este capón quiere *castrati*, no carpinteros…».

Ramage logró convertir la risa en mueca. El tabernero se dispuso a intimidarlo, y él, como capataz de sus hombres, debía de hacer lo propio con ellos.

—Espero que lo entendáis bien, pandilla de zoquetes —dijo en italiano—, ¡nada de meterse con las botas en la cama, nada de mujeres y dos francos por cena!

Jackson y Stafford pusieron cara de estar muy impresionados, a pesar de no haber

entendido palabra, y Rossi tuvo la agilidad mental de lanzar una sarta de palabras en su idioma, con las que agradecía y aceptaba aquellos términos.

Al ver que sus nuevos inquilinos eran de lo más dóciles, el tabernero recogió un candelabro y subió con dificultad las escaleras, después de hacerles un gesto para le siguieran. Mientras subía, dijo a Ramage en tono confidencial:

—Puede llamarme Cabo, como hace el resto de mis clientes. Les gusta pensar que hay un militar aquí, ya sabe.

Ramage se lo agradeció, y se mostró de acuerdo en que era todo un alivio contar con alguien con experiencia militar en la casa; sobre todo con esos condenados ingleses a un tiro de piedra.

El cabo se detuvo de pronto, igual que si acabara de ensartarse en la hoja de una espada, y se volvió a Ramage tan rápidamente que éste estuvo a punto de tropezar y caerse. El candelabro arrojó unas gotas de cera al suelo.

—*Merde*! No tiene nada que temer de ellos. Vamos, con el ejército que el primer cónsul está reuniendo aquí, la tricolor ondeará en la… —Calló de pronto, un instante, perdido, y luego el recuerdo de la Bastilla le ayudó a recuperar el hilo de su discurso —: Torre de Londres antes de que toque recoger la manzana. Créame —añadió guiñándole un ojo con el aire del conspirador—. Sé de qué estoy hablando. Mi hermano… —Bajó la voz y habló lentamente, para asegurarse de que el extranjero al que se dirigía entendiera todas y cada una de sus palabras—, mi hermano tiene una taberna que frecuenta el mensajero del almirante Bruix. Que le parece eso, ¿eh?

Ramage no hizo nada que pudiera delatar su curiosidad, pero estaba sumamente interesado en averiguar más cosas acerca del hermano.

—El ciudadano Bruix —dijo con énfasis el Cabo— es el almirante al mando de la flota de invasión. De todas las barcas y cañoneras, bergantines y fragatas que llevarán al ejército de Inglaterra a… Bueno, pues a Inglaterra, claro está. Se encuentra aquí en Boulogne, donde puede echar un ojo a todo, y animar a los tuyos a cortar, serrar y limar, y a manejar el martillo y los clavos también.

Hizo una pausa cargada de dramatismo, como el actor que llega a un pasaje particularmente importante en la obra.

—Una vez por semana, el ciudadano Bruix informa al primer cónsul de los progresos que se llevan a cabo en Boulogne, referentes a la construcción de la flota de invasión, sí, y en otros puertos a lo largo de la costa que tienen el privilegio de construir los barcos que participarán en esa invasión. Cada viernes por la noche, en cuanto recibe todos los informes de los astilleros, el ciudadano Bruix se sienta en su casa (una mansión blanca y grande en Pont-de-Briques, justo antes de entrar en el pueblo, seguro que ha pasado usted por allí) y confecciona un informe con sumo cuidado. Luego ya se imaginará lo que sucede.

Ramage sacudió la cabeza, con la esperanza de que el Cabo no se hartara de seguir ahí de mojón en la escalera, apoyado en su única pierna, antes de que terminara de contarle los pormenores.

—Pues lo cierra y llama al mensajero. No se trata de un mensajero normal y corriente, no. Este tipo es un oficial de la mayor confianza, nada menos que un *lieutenant-de-vaisseau*, asignado al Estado Mayor del ciudadano Bruix. El oficial abre su cartera de cuero especial, el ciudadano Bruix introduce el informe en su interior, y a continuación cierra la cartera con una llave que nunca pierde de vista. Luego el teniente parte hacia París, antes del alba del día siguiente.

—¿Y cómo se las apañan en París para abrir la cartera? —preguntó Ramage con aire inocente.

—Con un duplicado de la llave. —El cabo resopló con desprecio—. He ahí el quid, el duplicado de la llave se guarda en el cuartel general del primer cónsul. Sin importar en qué parte del mundo pueda encontrarse, no se separa nunca del duplicado de la llave, lista para abrir la cartera con los despachos procedentes del cuartel general del ciudadano Bruix.

Ramage asintió pensativo.

—El secreto del éxito estriba en una planificación cuidadosa —sentenció—. Siempre le digo a mis hombres que midan con cuidado la madera, antes de echar mano a la sierra, porque luego…

—Claro, claro —interrumpió el Cabo, impaciente—. El mensajero parte a caballo rumbo a París sin dilación. Atención a ese detalle: nada de viajar cómodamente en un carruaje lento, como en tiempos del *ancien régime*, sino a caballo. Por la velocidad, compréndalo; de este modo, el primer cónsul está al corriente de todo lo que acontece en el Imperio.

»Al galope haga el tiempo que haga, y cabalga como el viento hasta que oscurece tanto que resulta imposible continuar. El primer cónsul espera que el informe esté a su disposición a primera hora del lunes en la mesa de su despacho —explicó el Cabo, que no reparó en aquella contradicción temporal—. De hecho, el teniente suele apañárselas para llegar a Amiens, y es ahí dónde entra en juego la taberna de mi hermano. Se trata de un lugar muy cómodo; entiéndame, un lugar equipado para atender a las necesidades del mensajero especial del almirante Bruix.

»El teniente hace noche ahí, cena como un rey tras la larga cabalgata, duerme en una habitación que tiene asignada, y al alba parte de nuevo. Al anochecer llega a París con el informe. Ya ve usted por qué estoy tan bien informado —añadió con orgullo—. Y me refiero a la invasión.

—Ya veo, sí —dijo Ramage con un deje de asombro en la voz.

—Ah, querrán ustedes irse a la cama. —Y así, subió los dos peldaños que le faltaban de escalera, y les condujo por un corto corredor hasta una puerta. La abrió, tendió el candelabro a Ramage y se hizo a un lado para dejarles pasar—. Podría contarles algunas anécdotas —aseguró el Cabo con aire melancólico—, pero supongo que estarán cansados.

—Oh, no —se apresuró a asegurar Ramage—. Mis hombres están que se caen de sueño, y se irán a la cama; pero yo, bueno, me gustaría tener ocasión de escuchar a

alguien con su experiencia, y dispongo de unos francos para costear una botella de vino.

El Cabo le guiñó un ojo y se alejó caminando con dificultad por el corredor.

—En tal caso, nos vemos abajo —dijo cuando se alejaba—. Y puede decirle a sus hombres que no deben preocuparse por los ingleses; pueden dormir a pierna suelta en sus camas. Mi hermano ya ha hecho planes para abrir una taberna en Dover, qué le parece eso, ¿eh?

En cuanto se vieron todos en el interior de la habitación, cerraron la puerta.

—No he podido enterarme de nada de lo que han hablado, señor, pero a juzgar por la atención que ponía usted, diría que nos resultará útil.

—Así es —admitió Ramage, alegre—, y hay aún más. Voy a bajar para beber con él una o dos horas. Será mejor que ustedes duerman un poco, por si acaso tenemos que salir mañana por la noche. Antes de que se presenten en el astillero, procuren practicar un poco con las herramientas —señaló las bolsas de loneta que Rossi y Stafford acababan de dejar al pie de una de las camas—. Intenten parecer carpinteros profesionales, y no se hagan daño.

Observó las dos camas grandes.

—Creo recordar que usted ronca, Rossi. ¿Qué me dice usted, Stafford?

El *cockney* afirmó con la cabeza.

—Yo también, señor. Jacko no, será mejor que comparta cama con él; yo dormiré con Rossi.

—De acuerdo. —Ramage tomó los pasaportes y los permisos de viaje del bolsillo —. Prefiero que lo guarde usted —dijo, tendiéndoselos a Jackson—, por si acaso.

Se sentó en la cama unos minutos. Mientras el Cabo le contaba la historia de la noche que pasaba el *lieutenant-de-vaisseau* en la taberna de Amiens había concebido una idea peregrina. Y peregrina era la palabra adecuada, puesto que cuantas más vueltas le daba, menos sustancia o forma cobraba. En fin, tendría tiempo de sobras para meditarla.

Encontró al Cabo esperándole tras la barra, con una botella en una mano y un sacacorchos en la otra.

—Ah —saludó, volviendo el sacacorchos en cuanto vio asomar a Ramage—, ahora me dirá si tienen un vino tinto como éste en Italia.

—Será un placer —dijo Ramage, animado; tanto, que el cabo se apresuró a recordar que Ramage tendría que pagar la botella.

—No es muy cara, ¡así que podrá disfrutarla!

La botella había desaparecido al poco tiempo, seguida de una segunda botella (el Cabo se aseguró de que el cliente las pagara antes de descorcharlas) hasta que finalmente Ramage pudo conducir la conversación al hermano tabernero de Amiens, hacia el cual el Cabo sentía tanta envidia como orgullo.

—Está muy bien situado, justo en la encrucijada, con París delante, Ruán a la derecha, Arras a la izquierda. Ese es el secreto de una taberna provechosa, por

supuesto; el negocio tiene que estar en un lugar donde el viajero pueda encontrarlo de camino. Cometí un gran error al abrir aquí el negocio. Confiaba en hacer clientela fija entre los habitantes, pero… —Miró fijamente a la media docena de hombres que jugaban al dominó en una de las mesas, con dos botellas vacías y una mediada, toda la bebida que los seis habían consumido a lo largo de la noche—. En fin, ya ve usted; hablan como cotorras de lo que necesitan, pero con media botella tienen para toda la noche.

»En cambio, ahí tiene usted a mi hermano: en un camino de posta a París, colocado estratégicamente. —Inclinó un instante la cabeza, como si aquella palabra le trajera recuerdos de su época en el ejército—. Sí, estratégicamente colocada para los viajeros que se dirigen a París. Viajeros con dinero que gastar. Los generales son los mejores, porque al menos los acompaña un Estado Mayor compuesto por seis oficiales y una docena de soldados. Forraje para los caballos, una buena cena, un desayuno, y hala, a ponerse otra vez en marcha, de modo que uno pueda preparar las habitaciones por si llegan más clientes.

»Ah, mi hermano sabía lo que se hacía cuando se hizo cargo del Hotel de la Poste. Me ha contado sus planes para después de la invasión de Inglaterra. Cree que abrirá su primer negocio en Dover, cuando se reanude el comercio, claro. Aunque no está muy seguro de cuál es la ruta más popular a Londres. Un camino pasa por Canterbury (creo que me dijo), y el otro por Ashford. Esperará a ver cuál prefiere el ejército y se hará con el mejor hotel en uno u otro lugar. Londres… Ah, tiene grandes planes para Londres. Será donde se aloje el cuartel general, con todo el personal asignado a él, y es ahí donde ha puesto el ojo, en Londres.

Llenó el vaso y lo apuró de un trago. Como si comparara la posición del antiguo cabo Jobert en Boulogne a la de su hermano *monsieur* Jobert en Amiens, dijo con cierto rencor:

—Aunque aún no está en Inglaterra, y tiene algunos problemas en Amiens. Ah, podría contarle a usted una o dos cosas al respecto…

Mientras lo meditaba, su mirada se tornó vidriosa.

—Todos tenemos nuestros problemas —le animó Ramage—. ¡Superarlos es lo que distingue al hombre del muchacho!

—O de las muchachas —dijo el Cabo, ausente—. Su hija es precisamente el problema, ya ve. Mi sobrina. Es una joven estupenda, bonita y trabajadora, pero muy cabezota. Dice mi hermano que en cuanto vio a ese teniente entrar por la puerta y cruzar la mirada con su hija, supo que tendría problemas.

Apuró el vaso y Ramage le acercó la botella.

—¿Problemas? ¿Con el teniente del Estado Mayor del primer cónsul?

—Del Estado Mayor del almirante —le corrigió el tabernero—. Dos veces por semana llega a caballo al antepatio del hotel: los sábados por la noche cuando se dirige a París, y los martes por la noche cuando va de regreso con las órdenes y despachos destinados al ciudadano Bruix, de parte del primer cónsul. Supongo que a

la muchacha le parece de lo más romántico.

—Buena pareja —opinó Ramage, consciente de que con el comentario espolearía la necesidad del Cabo de explicarse.

El francés negó con la cabeza.

—Puede parecérselo a usted porque lo ve desde el punto de vista de un carpintero; pero tiene que considerarlo desde la perspectiva de un hombre que regenta un negocio. Alguien como mi hermano, por ejemplo, o como yo. Ella es su única hija, ¿comprende? ¿Qué sucederá cuando él muera? Nadie vive eternamente. Pero la esposa de un teniente… ¿Cree usted que un marino sentará cabeza y querrá llevar la vida de un tabernero cuando termine la guerra?

Mientras asentía convencido, a Ramage empezó a no gustarle el tono triste del Cabo, que experimentaba ya algunos problemas para vocalizar, debidos al vino que había apurado hasta el momento, y también al que había bebido antes de que Ramage y sus hombres llegaran a Le Chapeau Rouge.

—Después de todo, usted mismo sentó cabeza, abriendo esta taberna tras su paso por el ejército.

La zalamería fue tan evidente que por un instante Ramage temió haberse excedido, pero el Cabo levantó los ojos, como si estudiara las implicaciones de lo que acababa de escuchar, palabras que, por lo visto, digirió con gusto.

—Eso es muy cierto —admitió—, y no quiero que piense usted que me opongo a esa relación. El joven es un tipo listo. Hace cinco años era ayudante de mercero. Se enroló en la Armada, y mírele ahora. Quién sabe, quizás en uno o dos años reciba el mando de una corbeta; incluso de una fragata.

—Terminará siendo almirante, ya verá —susurró Ramage con una nota de asombro en la voz—. ¡Un almirante! ¡Piénselo!

—De ninguna manera —aseguró el Cabo—. La guerra no durará tanto. Se necesita tiempo para ascender a almirante; otros siete u ocho años, tal vez, y la guerra habrá terminado dentro de un año por estas fechas, ya lo verá.

—Aun así, ahora tiene un buen empleo; un empleo muy emocionante. Imagíneselo: cabalgar a París con despachos de guerra urgentes; dormir con una pistola en la mano para protegerlos por si sucediera algo…

El Cabo rió, condescendiente.

—No es tan romántico como usted lo imagina. Dormir con la pistola en la mano… Probablemente se volaría el pie mientras estuviera dormido. Eso es lo que no entiende la gente. Cuando tu trabajo consiste en tratar con despachos de guerra secretos todo el tiempo, como le sucede a este joven, uno se acostumbra a ello. Como ustedes los carpinteros, que empiezan por un pedazo de madera. Mi hermano dice que el teniente incluso ha dejado la cartera en la mesa mientras comía. ¿Qué le parece eso? —Se inclinó sobre la mesa para dar un codazo cómplice a Ramage—. Fíjese que mi hermano es un tabernero responsable, y que cuando ve al joven levantar el vaso con tal despreocupación, no puede evitar echarle un ojo a la cartera. Es muy propio

de mi hermano, y, al fin y al cabo, ¡alguien tiene que salvaguardar los documentos secretos del almirante!

—Claro que sí —admitió Ramage—. ¿Le apetece otra botella?

Ramage estaba cansado, alegre pero sobrio, cuando finalmente regresó a la habitación. Jackson seguía despierto, pero los otros dos roncaban a pierna suelta. Después de asegurar a Ramage que los documentos y permisos de viaje se hallaban a buen recaudo bajo la almohada, Jackson esperó a ver si Ramage le ponía al corriente de la conversación que había mantenido con el tabernero. Ramage consideró la cuestión unos instantes, y decidió que la situación del estadounidense ya era lo bastante precaria como para no contarle nada, sobre todo teniendo en cuenta que era el segundo al mando de aquella modesta expedición, y que por tanto debía conocer los pormenores por si tenía que hacerse cargo de todo.

En un hilo de voz, Ramage expuso rápidamente las órdenes que había recibido de lord Nelson y el procedimiento que pretendía llevar a cabo para enviar los informes a Inglaterra.

—Espero que obtengamos toda la información de golpe, para que podamos acompañar a los informes; pero de no ser ése el caso, entonces uno de ustedes tendrá que embarcar aquí en Boulogne, a bordo de la *Marie de* aquí, y acompañar a Louis y Dyson para encontrarse con la *Marie de* Folkestone, que acudirá al lugar de la cita cada noche a partir de mañana. Dyson fue muy hábil al disponerlo así. Luego tendrá que volver con ella a Folkestone. Cada informe debe ser llevado de inmediato al castillo de Dover, de modo que pueda ser entregado sin la menor dilación a lord Nelson.

Ramage hizo una pausa para aclararse la garganta. Susurrar era extraordinariamente agotador y se preguntó si terminaría ronco.

—Con lo que llegamos a ese tabernero. Quiere que lo llamemos Cabo, por cierto. Por lo visto, sirvió en el ejército de Boney y perdió una pierna en España. Tiene un hermano que regenta una taberna en Amiens llamada Hotel de la Poste. Recuerde ese nombre. Su hermano se llama Jobert. En fin, según parece, el almirante francés al mando de la flota de invasión de toda la costa, lo que incluye las embarcaciones que se encuentran en los astilleros y las pendientes de ser construidas, se llama Bruix. Cada viernes por la noche, Bruix escribe un informe donde expone el estado de la flota de invasión, y en el que incluye detalles acerca de la construcción, informe que envía al cuartel general de Bonaparte en París a primera hora de la mañana del sábado.

»En otras palabras —añadió Ramage lentamente—, toda la información que necesita el Almirantazgo puede estar en ese único informe. Podría ser el de esta semana, o el del pasado mes, pero descubrirla podría llevarnos medio año por lo menos.

Pudo sentir cómo Jackson se ponía tenso al comprender a qué se refería Ramage.

—El nexo entre el hermano del Cabo en Amiens y el almirante Bruix es un joven

teniente que cabalga a París, después de partir de Boulogne el sábado, temprano. Por lo visto, llega a la capital el domingo por la noche.

—Y pasa la noche del sábado en el Hotel de la Poste —susurró Jackson.

—No sólo eso, sino que por lo visto bebe demasiado; dejó la cartera de cuero de los despachos de guerra al pie de la mesa del comedor al menos una vez, y está enamoradísimo de la hija del tabernero.

—¿Pasa la noche con ella? —preguntó Jackson sin tapujos.

—Lo dudo; de hecho, es probable que nuestro notable tabernero y su esposa la encierren con llave en su dormitorio. Lo están considerando como futuro esposo de la muchacha, y, como ella es hija única, estarán decidiendo si es o no digno de ella, digno de heredar el Hotel de la Poste cuando mueran. Probablemente prefieran confiarle el negocio a darle una dote, teniendo en cuenta lo astuta que puede ser ese tipio de gente.

Jackson guardó silencio unos instantes, y luego susurró con suma cautela:

—Si pudiéramos echar mano a la cartera…

—La encontraríamos cerrada con llave. Sólo hay dos, la del almirante Bruix, y la otra, en el cuartel general de Bonaparte.

—Pero es una cartera de cuero —adujo Jackson—. Estoy viendo la cara de Staff cuando se lo contemos. Lleva consigo un juego de ganzúas, y esas carteras de cuero no es que tengan la cerradura más complicada del mundo…

—Es sorprendente lo útil que resulta tener a un cerrajero a bordo —reflexionó Ramage en voz alta—. Sobre todo si tiene experiencia trabajando de noche… Aun así, lo que me preocupa es lo fácil que resulta todo en este momento.

—Bueno, señor, en los últimos dos o tres años nos hemos enfrentado a un sinfín de tareas que a simple vista resultaban imposibles —susurró el norteamericano—, y aun así logramos salir airosos.

—A eso me refiero. La diferencia es que ésta parece tan simple en un principio, que podemos estar seguros de que más tarde se complicará —aseguró Ramage, incapaz de eliminar la tensión de su tono de voz.

—Ya, se lo parecerá ahora que llevamos recorrido medio camino —señaló Jackson—. Aquí estamos, en Francia, a medio camino de cumplirla. Dudo que le pareciera tan simple cuando lord Nelson se la comunicó.

Ramage recordó las tres reuniones que mantuvo con él, en la biblioteca de la marquesa, en Manston, en la mísera estancia del Almirantazgo con las paredes pintadas de verde, y en aquella habitación parecida a una bodega del castillo de Dover. Jackson tenía razón; en ese momento le parecieron las órdenes más inverosímiles del mundo.

—Entiendo a qué se refiere, pero será mejor no confiarse, Jackson. Ah, y también nosotros necesitamos dormir.

CAPÍTULO 9



Ramage despertó a la mañana siguiente con un sobresalto, quizás porque no lo había despertado la luz del día que pugnaba por penetrar entre las polvorientas contraventanas. Unos pasos que se acercaban, botas en la madera del sueño. El paso mesurado de un hombre que subía la escalera, no el estampido sordo del Cabo, con su pata de palo. Advirtió que Jackson ya estaba despierto y miró a los otros dos hombres con quienes compartía la habitación. Ambos le observaban atentamente, a la espera de un gesto o de una palabra.

—¡Finjamos si entra aquí! Haremos ver que estamos durmiendo —susurró.

El hombre llegó al último escalón y encaró el corredor. Ramage recordó que había otras dos puertas, pero el desconocido no parecía dirigirse a ninguna de ellas y, aunque lo estaba esperando, el golpetazo en la puerta le hizo dar un respingo.

—¡Abran la puerta! ¡Policía!

Ramage quiso esperar. Un gendarme. Nunca debían de ir solos si esperaban tener problemas. Quizá fueran lo bastante inteligentes como para rodear la taberna, o podía haber más esperando al pie de las escaleras. De nuevo golpearon la puerta, estrépito al que siguió la impaciente orden de abrirla. Ramage bostezó ruidosamente y, en un francés más cargado de acento italiano del que había empleado la noche anterior, voceó:

—¿Quién hace tanto ruido? ¿Ya está listo el desayuno?

—Policía —vocearon por toda respuesta—. ¡Abran la puerta!

—Ábrala usted mismo, que yo aún estoy dormido —conminó Ramage con cierta hosquedad.

La puerta se abrió de par en par y un gendarme, con un brazo oculto por la capa

con la que se envolvía para protegerse del frío de la mañana, entró en la habitación. Echó la capa hacia atrás, por encima de los hombros, como el ave que plega las alas sobre el cuerpo; el ruido que hizo al frotarse la mandíbula, recordó a Ramage el sonido de la piedra arenisca al deslizarse por la cubierta.

—¡Levántense! —ordenó—. ¡Quiero que me muestren los pasaportes y los permisos de alojamiento!

Consciente de que los demás estarían pendientes de él, Ramage se incorporó lentamente, mascullando en italiano, y Rossi lo imitó, murmurando también en italiano, de modo que sus voces suplieran con creces a las de los mudos compañeros. Ramage rebuscó bajo el colchón, y Jackson, que supuso qué andaba buscando el teniente, sacó la documentación y se la tendió a Ramage.

Después de entregar los documentos al gendarme, Ramage esperó a que éste los consultara. En lugar de dar su aprobación, el policía voceó:

—¡Permisos de alojamiento!

Ramage sacudió la cabeza, sin saber qué decir.

—¿A qué permisos se refiere?

—¿No tienen permiso de alojamiento? —insistió el gendarme, incrédulo—. ¡Pues son imprescindibles! Vaya…

Podían golpearlo, amordazarlo y dejarle atado de pies y manos debajo de una de las camas. Si no iba solo, podían saltar por la ventana, aunque Ramage recordó que no sabía qué encontrarían ahí fuera. Quizás un patio con una pared alta. Maldito fuera Louis por haber olvidado los condenados pases de alojamiento: ahí estaban, acorralados y a punto de ser arrestados por espionaje, todo porque Louis había olvidado ese pequeño detalle. Claro que, hasta cierto punto, el tiempo estaba de su parte; si se hacía un poco el despistado y le daba cuerda, el gendarme podía acabar revelando si iba o no acompañado.

—A mí no me venga con permisos de alojamiento —dijo Ramage en un repentino arranque de rabia—, ¡dígaselo a ese capitán genovés!

—¿De qué capitán genovés me habla? —preguntó el gendarme, a quien había sorprendido la reacción de Ramage.

—Capitán o coronel, no sé qué es —respondió Ramage, aprovechando el efecto que la sola mención del rango pareció ejercer en la expresión del gendarme—. Nos hizo muchas promesas cuando nos dio los pasaportes y los documentos de viaje. «Mucho trabajo y buen jornal para los carpinteros», nos dijo. —Ramage imitó la voz autoritaria del supuesto oficial—. «¡Lleven sus herramientas y conviertan esa madera en *soldi*!». De modo que a caminar toca, aunque a veces fuimos subidos a un carro, pero principalmente a caminar toca, mil quinientos kilómetros, nada menos. Y ¿qué pasa cuando llegamos a Boulogne? Ah, ya ve lo que pasa: la primera noche que descansamos nuestros agotados cuerpos en una cama decente, resulta que aparece un gendarme. Va y golpea y golpea la puerta. «¡Abran!», nos grita. Menuda bienvenida para unos honestos italianos que han venido a colaborar en la lucha contra los

ingleses…

—Pero para tener alojamiento gratuito necesitan permisos de alojamiento —explicó el gendarme, intentando tranquilizar a Ramage, que había elevado el tono de voz de tal modo que parecía más una lavandera enfurecida—. Son reclutas, de modo que…

—¿Reclutas? —preguntó Ramage en un chillido que dio paso a una ristra de palabras en italiano que le proporcionó unos instantes para pensar, pues temía que su francés se hubiera vuelto demasiado fluido—. O sea, que somos reclutas. Ah, ya veo. ¡Es una trampa! Ese coronel… Me pareció que era un general, pero no era sino un sargento de reclutamiento, ¿no? Toda esa cháchara sobre los carpinteros que conocen su trabajo, y nosotros somos de ésos, créame; debería haber visto usted los muebles que hemos hecho mi hermano y yo. Mire, cuando la hija de mi hermano (o sea, mi sobrina) se casó con el hijo de Giacomo Benetti, debería haber visto usted las mesas y las sillas que le hicimos para complementar la *dot*. Incluso la esposa de mi hermano, a pesar de los aires que se gasta… no es que sea mejor que nosotros, pero camina con la barbilla alta, así, mire… ¿Lo ve? El caso es incluso ella tuvo que admitir que parecían propios del palacio Pitti.

Calló de pronto, temiendo perder la compostura y echarse a reír. Esperaba que el sargento se recuperara pronto de aquel estallido de rabia y dijera algo, pero el hombre se limitó por el momento a frotarse la barbilla, con la mirada fija.

—¿Qué le parece a usted todo esto? —preguntó Ramage en tono indignado.

—¿Quiere decir que no son reclutas? —preguntó a su vez el gendarme.

—Lea los documentos —le conminó Ramage, armado de paciencia—. Léalos, ¿quiere? Alguien capaz de hacer el mobiliario del palacio Pitti, reclutado así por las buenas. Pero si hasta mi cuñada hubiera…

—Deme usted tiempo para leer —pidió el gendarme, a quien sin duda inquietaba la idea de escuchar más detalles acerca de la *dot* de la sobrina. Se sentó en el borde de la cama, aferrada la documentación como si temiera que alguien pudiera arrebatársela de las manos. Finalmente, soltó una mano y empezó a seguir con esmero el trazo de la letra con la yema del dedo índice, cuya uña se había mordido casi hasta dejarla en carne viva. Por espacio de más de cinco minutos leyó cada una de las líneas que componían los ocho documentos. Cuando hubo terminado, plegó cuidadosamente la documentación, se levantó y se la devolvió a Ramage.

—Conque carpinteros, ¿eh? Pues aquí hay mucho trabajo para ustedes, por lo de la construcción de la flota. —Miró a los otros tres hombres y, como si quisiera reafirmar su autoridad, añadió en tono grave—: Procuren no emborracharse. El vino francés es muy fuerte, no como el agua coloreada que beben en el extranjero.

—No se preocupe —le aseguró Ramage—. Soy su capataz, soy como un padre para ellos. O un tío, al menos. Los he traído hasta este lugar. Cuando enferman, los cuido; cuando están cansados…

—Entiendo, entiendo —interrumpió el sargento—, ah, y asegúrese de que

trabajen con ganas en el astillero. —Giró sobre los talones y salió de la habitación, dando un sonoro portazo. Ramage hizo un gesto para que todos guardaran silencio, y prestó atención a las pisadas del gendarme, que se perdieron escalera abajo.

—En cuanto hayamos comido algo —informó el teniente—, nos acercaremos a echar un vistazo al muelle y al astillero.



A mediodía tenían una idea muy concreta de cómo estaba distribuido el puerto, y habían quedado en reunirse con Louis en un café próximo al hotel, una cita que habían acordado pasando junto a la *Marie*, con las herramientas de carpintero al hombro y, sin que hubiera franceses que pudieran escucharlos, llamando al francés.

Más importante que la distribución del puerto era el tamaño de la flota de invasión. Al principio, Ramage se sorprendió al ver el número de embarcaciones: las que había visto al entrar a bordo de la *Marie* sólo llenaban el puerto exterior, pero todos los muelles internos y las fangosas riberas del río Liane estaban atestadas de una amplia variedad de embarcaciones. Las más grandes eran *prames*, diseñadas como lanchones para el transporte de soldados y caballería, pero, tal como comentó Jackson, con aspecto de ser poco más que alijadores aparejados con palos inadecuados, incapaces, obviamente, de orzar al viento. Para el escaso avance que pudieran lograr, necesitaban viento de popa.

Los cuatro habían calculado por separado cuántos soldados de infantería o caballería podía llevar cada *prame*, y acordaron que la medida rondaba los doscientos de infantería con armas y equipajes, o unos cincuenta caballos con sus jinetes y un pelotón de infantería con todas las raciones, munición y forraje.

Había dieciséis *prames* en total, aunque muchas de ellas no estaban aparejadas, y cuarenta y una corbetas, las cuales eran mucho más pequeñas y más marineras, y estarían atestadas con un centenar de hombres, suministros y armas. Las cañoneras eran las embarcaciones más numerosas; había sesenta y una en total, pero menos de una veintena contaban con aparejo y artillaban el cañón de veinticuatro libras que las caracterizaba. Al igual que las corbetas, probablemente podían transportar a un centenar de hombres, equipajes y munición. Había quince grandes embarcaciones fluviales, que seguramente acabarían siendo remolcadas por fragatas.

Un muelle estaba lleno de gran variedad de embarcaciones: más de un centenar de barcas pequeñas (capaces de transportar menos de cincuenta hombres, mucho más adecuadas para el transporte de caballos o ganado); más o menos treinta corbetas con similar capacidad, y más de media docena de distintos tipos de barcas de pesca, cuyas variadas formas demostraban que provenían de puertos diversos, como por ejemplo

los de la costa norte de Holanda, con sus traicioneros bancos, hasta la costa bretona, donde la pesca era en aguas profundas, en el implacable Atlántico. Las escotillas de las barcas de pesca eran pequeñas y malolientes (Ramage pudo percibir el hedor a una distancia de quinientas yardas a sotavento de la más cercana), barcas que podían emplearse en el transporte de soldados que estarían marcadísimos mucho antes de desamarrar, por no hablar de cómo se encontrarían cuando avistaran la costa inglesa. La más grande parecía capaz de llevar a veinte caballos con sus sillas, mientras que la más pequeña podía embutir a cinco a bordo. Eran, no obstante, las únicas embarcaciones capaces de navegar con cualquier tiempo, seguras de alcanzar su objetivo.

Era curioso lo difícil que resultaba cuadrar los totales escritos en papel con lo que uno veía a flote. Al caminar por los muelles, parecía que Bonaparte había reunido una gran flota, quizá porque el puerto estaba lleno. Entonces, cuando se anotaban los totales y los tipos de embarcación en un papel, menguaba esa impresión. Claro que aquellos sólo eran los totales correspondientes a Boulogne: habría muchas más en Calais, y quizá tanto o más en todos los puertos pesqueros. Y no tenía la menor idea de cuántas más estaban construyendo, no sólo ahí, en Boulogne, sino en los astilleros repartidos a lo largo de la costa.

Mientras caminaban en dirección al café, Ramage recordó la frase que Louis había pronunciado cuando señaló la primera de las embarcaciones: La *flotilla de france espèce* de Bonaparte, sin duda un título de lo más grandilocuente. Llegaron al café y encontraron a algunos trabajadores en una mesa; tomaban ruidosamente sopa de cebolla y tan sólo dejaban la cuchara para mojar unas hogazas de pan negro en la misma. Ramage tomó asiento en la mesa vacía más grande que vio e hizo un gesto a los demás para que reservaran una silla a Louis. Bastó con echar un vistazo al *patron* para descubrir por qué había escogido el francés aquel negocio: desaseado, sin afeitar, era gordo, tenía el rostro fofo y los ojos inyectados en sangre del perpetuo alcohólico. Cuando se acercó a Ramage para anotar el pedido de sopa para todos, resultó obvio que no confiaba mucho en su capacidad para contar cuántos eran.

—¿Para cuántos? —preguntó.

—Para cinco —respondió Ramage.

Al cabo de un instante, Louis se reunió con ellos. Tomó asiento en la silla que había enfrente de Ramage, quien vio que el francés se había afeitado y arreglado la coleta desde la última vez que se vieron. Louis se percató de que estaba siendo observado y sonrió.

—¡Creí que sería mejor acicalarme un poco para parecerme más a un carpintero! Dígame, ¿se trata de una emergencia? —preguntó en voz baja.

—No. Más bien de un cambio de planes —respondió Ramage, que calló al ver que se acercaba el tabernero con los platos, cucharas y una olla de sopa, todo lo cual dejó encima de la mesa. Rebuscó en el bolsillo del delantal, de cuyo interior sacó un pedazo de pan negro, que dejó junto a Ramage, para después caminar con cierta

dificultad hacia la barra, situada en el otro extremo de la sala.

Rossi sirvió la sopa en los platos, que fue pasando uno a uno, mientras Jackson sacaba un cuchillo para cortar el pan en rodajas. En cuanto todos tuvieron su plato correspondiente, Ramage explicó, entre cucharada y cucharada, la descripción que le hizo el cabo del enamorado teniente que hacía de correo del almirante y de su visita semanal a París. Al concluir su relato, Louis guardó silencio durante unos instantes, y luego, al inclinarse sobre la olla para ver si quedaba sopa, lanzó un sonoro eructo. Se recostó en la silla vuelto a la derecha, lejos del grupo de trabajadores sentados a la otra mesa, aparentando aburrimiento o distracción. Ramage observó que debía de haberse asegurado de que nadie pudiera leerle los labios.

—De modo que se han propuesto probar la mesa del Hotel de la Poste, en Amiens… —Era una afirmación, no una pregunta, y Ramage aguardó a que Louis meditara los problemas que afrontarían—. Unos carpinteros no harían tal cosa, puesto que Amiens es el centro del terciopelo y de ese tipo de cosas. Y de los clérigos, también —añadió con malicia—, puesto que cuenta con la mayor catedral de toda Europa. Los clérigos son grandes viajeros, sobre todo desde que el primer cónsul y el Papa firmaron el Concordato. Siempre van a ver al obispo. No hará mucho tiempo, los perseguían los *enfants de terreur* y sus iglesias y catedrales eran saqueadas. Las modas cambian —comentó—. Necesitarán pasaportes y otra ropa. Necesito dinero para reunirlo todo.

—Por supuesto —dijo Ramage—. Y yo necesitaré llegar a Amiens el viernes por la noche, y así dedicaré el sábado a preparar el terreno en el hotel. Los demás pueden llegar el sábado, si eso le facilita las cosas.

—Quizá sea mejor dividir el grupo en dos —observó Louis, que pensaba en voz alta—. Dos clérigos, dos tejedores, dos canteros… Gente que viaja por parejas. Un grupo de cuatro llama la atención. Déjeme pensarlo. Le veré esta noche a las diez en punto en su habitación. —Pidió vino al *patrón* y preguntó en voz baja—: ¿Han disfrutado de un interesante paseo por el puerto?

—Muy interesante, sí —respondió Ramage—, y un poco alarmante también. Aunque sólo tuvieran las embarcaciones que ya están construidas, podrían transportar a todo un ejército por el canal…

—Podrían —dijo el francés—, aunque ya veremos si lo harán. ¿Estaría dispuesto a jugarse algo a que podrá contar con una semana de viento del este?

—No si fuera Bonaparte, pero, desde la perspectiva inglesa, ni siquiera la escasa posibilidad de que se dé tal racha de viento resulta tranquilizadora.

Louis se encogió de hombros.

—Quizá no, pero un viento del este es un viento del este, amigo mío, y esta flota de ovejas también necesita de la luz de la luna o se desperdigará. ¿Ha visto esas *prames* y las lanchas? Necesitan de una collada de viento a popa para hacer avante…

—Sólo con que la mitad de esos barcos llegue a las playas de Kent… Puede que no tomen el país, pero la devastación… —observó Ramage.

Louis estiró el brazo para tomar la jarra de vino del *patrón*, a quien recordó que necesitarían vasos.

—Sí, la devastación sería terrible. —Luego mostró una sonrisa generosa—. Estorbaría durante mucho tiempo al contrabando, lo que constituye una de las razones por las cuales le ayudamos. A decir verdad, empiezo a disfrutarlo; hacer contrabando tres o cuatro noches a la semana empieza a aburrirme.

Ramage enarcó ambas cejas.

—Y yo que pensaba que el aburrimiento era lo último que podía preocuparle.

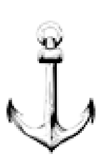
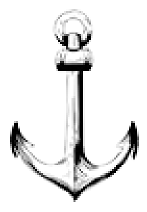
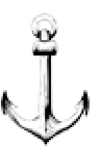
—No me malinterprete; un viaje aburrido equivale a un viaje seguro, y no crea que soy de los que prefieren tener algo que contar a mi regreso. Obtenemos beneficios porque navegamos con la misma regularidad que lo hacían los mercantes antes de la guerra. Aun así, ¡es aburrido!

Llegó el *patrón* con los vasos, que Ramage advirtió incluso más sucios que las ventanas de la taberna que regentaba el Cabo. Echó mano de la jarra y sirvió a todos. Luego, levantó el vaso ante Louis.

—La guerra crea extraños aliados, y brindo por esta alianza en concreto.

El francés brindó también por ello, y luego puso cuidadosamente el vaso en la mesa.

—No es tan extraño, si lo piensa bien. No quiero gobernar el mundo, tan sólo quiero que me dejen en paz para hacer mi trabajo. Usted tampoco pretende gobernar el mundo, ni estos hombres que le acompañan; sólo quieren que les dejen en paz, saber que sus familias y amigos están a salvo de cualquier tipo de invasor. Por eso somos aliados contra ese corso… —Se levantó—. Nos veremos en su habitación después de cenar —dijo.

Aquella noche, cuando Ramage y sus tres hombres permanecían sentados en las dos camas de la habitación, conversando en voz baja mientras aguardaban y la temblorosa llama de las velas arrancaba destellos fugaces de las herramientas de carpintero, llamaron a la puerta dos veces. Antes de que nadie pudiera moverse, Louis entró en la habitación y cerró la puerta procurando no hacer ruido.

Stafford le miró y dijo con admiración:

—Ni siquiera le he oído acercarse. Si quiere trabajo cuando termine la guerra, búsqueme en Londres: podríamos ganarnos muy bien la vida, siempre y cuando no le desagrade trabajar de noche.

El francés sonrió y dijo a Ramage con su inglés inseguro:

—Me pareció que el ruido de pasos les asustaría.

—Sin duda —admitió Ramage en francés—. Esta misma mañana nos despertaron los golpes de un gendarme que quería echar un vistazo a nuestra documentación. Nos tomó por reclutas.

—Ya se lo advertí: comprueban las tabernas y cualquier lugar que ofrezca alojamiento, en busca de desertores, y lo hacen dos o tres veces por semana. Forma parte de la rutina, ¡pero basta para llevarse un buen susto cuando tienes algo que ocultar!

Tomó asiento en la cama, junto a Ramage, y sacó unos papeles del bolsillo. Después de dejarlos encima de la manta, sacó un botellín de tinta y, luego, con sumo cuidado, sacó también una pluma que había guardado en la bota. La sostuvo contra la llama del candelabro y se aseguró de que no se hubiera despuntado.

—Tenemos que rellenar estos documentos —explicó—. Quiénes son, cuál es el motivo de su viaje, etcétera. Pero antes, debo ponerles al corriente de algunas diferencias que encontrarán en el camino a Amiens. Bueno, de hecho, en cualquier camino. Si recurren a una silla de posta (el carruaje normal es muy lento), la cosa funciona más o menos igual: hay treinta y cuatro de aquí a París, espaciadas por diez kilómetros (unas seis millas inglesas). Cuentan con un sólido suministro de caballos, aunque los cocheros ya no siguen la antigua norma de un caballo por persona; en estos tiempos, tendrán suerte si suben a uno que cuente con tres caballos para cuatro personas. Legalmente pueden cobrarles tan sólo quince *sous* por posta, pero si no les pagan el doble sepan que tienen un sinfín de maneras de hacer que su viaje sea muy incómodo.

»Y ahora, escúchenme con atención: existe un nuevo modo de cobrar al viajero. Se supone que el dinero va a parar a quien cuida del camino, pero nadie se ha gastado un *sou* en los caminos de Francia desde la Revolución, y ya no digamos una libra. Hay portazgos cada pocas yardas. Pagan ese impuesto de paso en las *barrières*, distribuidas a lo largo de los caminos principales. Pero ojo, no se encuentran a intervalos regulares, y el impuesto oscila entre tres y dieciocho *sous*.

»Todo ello hace que viajar resulte caro. Antes de la Revolución, podía tomarse una posta a París por doscientas trece *limes*. Ahora cuesta el doble. A pesar de ello, algo bueno tenía que haber: antes de la Revolución, tenías suerte si llegabas a París sin cruzarte con un salteador de caminos o un ladrón. Ahora prácticamente no hay.

»Prácticamente no hay —repitió, dando suaves palmadas a Ramage para recalcar sus palabras—, porque, al menos en lo que a ustedes concierne, hay otra peste en los caminos: Me refiero a los gendarmes a caballo. Detienen a todos los carruajes y exigen ver los documentos de todos los viajeros. Cualquiera que despierte sus sospechas es conducido a la prisión más cercana. Oh, sí, su truco favorito consiste en hacerte firmar, firma que comparan con la del pasaporte, de modo que ténganlo presente y practíquenla.

Después de pedir a Ramage que repitiera los detalles, Louis añadió:

—Hablemos ahora del viaje a Amiens. Desde aquí, la mejor ruta es la que pasa

por Montreuil (cuatro portazgos, unas veintitrés millas), Nampont y de Nouvion a Abbeville…

Ramage observó que el francés se ponía un poco tenso antes de continuar.

—Verán que ese pueblo está muy maltratado; la mitad de la población lo ha abandonado y la Revolución arruinó la industria de damasco. El Hotel Reichord es muy cómodo, al menos para lo que estamos acostumbrados a encontrar hoy en día. Luego viene Ailly-le-Haut-Cloucher. Hay un bonete rojo de la libertad en lo alto del campanario de la iglesia. Lo han colgado de la aguja de la veleta, para que gire con el viento. —Se encogió de hombros—. Quizás otros hayan advertido la ironía, pero hacer algún comentario en público supone jugarse el pescuezo. En el siguiente pueblo, Flixecourt, es donde verán por primera vez el árbol de la libertad; allí están muy orgullosos del que tienen en la plaza. Cambiarán caballos por última vez en Picquigny, y Amiens tan sólo dista una legua y media de este último pueblo.

—Abbeville le trae malos recuerdos —afirmó Ramage en voz baja.

Louis bajó la mirada y guardó silencio durante un largo minuto; fue como si se encogiera, como si dejara atrás su cuerpo mientras se hallaba en un lugar plagado de terribles recuerdos. Incómodo por aquella reacción a su curiosidad, lamentando haberle hecho esa pregunta, Ramage intentaba dar con un modo de cambiar de tema, cuando el francés levantó de nuevo la mirada.

—Le hablaré de ello. No, no se preocupe —dijo al ver que Ramage se disponía a interrumpirle—. Quiero contárselo para que pueda comprender mejor por qué les estoy ayudando. En este momento debo de parecerles un contrabandista sin lealtades definidas, alguien cuya lealtad tiene un precio. No, no se moleste en protestar, *monsieur* Ramage, todos ustedes albergan las dudas acerca de mí que esperaría encontrar en cualquier hombre honesto. Dentro de nada, me entenderán mejor y seremos mejores amigos.

»El nombre de Joseph Le Bon no significa nada para ustedes, supongo. Para mí, es un antiguo clérigo de Arras, el hombre que estuvo a punto de lograr que yo creyera en Dios. «Ah», se dirán, «un hombre santo, un sabio, como corresponde a alguien que en tiempos enseñó retórica en el Collège de Beaune, en Burdeos, un hombre que debió de tener una gran habilidad, si de veras estuvo a punto de hacer que Louis creyera en Dios y en la otra vida».

»En parte tendrían razón: Le Bon me hizo concebir esperanzas de la existencia de otra vida, porque quiero tener el consuelo de que exista también un infierno en cuyas llamas arda para siempre Joseph Le Bon, ya que ha muerto. Lo único que lamento es que el Comité de Seguridad Pública ordenara finalmente su ejecución y me arrebatara el placer de la venganza. Pero quienes lo observaron en el cadalso… Pudieron verlo aullar de miedo, gruñir, gemir y rogar piedad antes de que cayera la cuchilla. Tenía planeado que fuera a mí a quien rogara piedad, pero… —Se encogió de hombros— el Comité que lo empleó para llevar a cabo los asesinatos en masa, con el tiempo acabó por ejecutar a su propio ejecutor.

»Veo que se están preguntando por qué este Louis andaba buscando a otro hombre, un antiguo clérigo y profesor de retórica, armado de un cuchillo y con la intención de asesinarlo. No proteste, *monsieur* —dijo Louis—, es una pregunta razonable en alguien cuyo país no está desgarrado por la revolución, alguien que nunca ha visto a carniceros dejar los cuchillos para convertirse de la noche a la mañana en ministros de Estado y usar la guillotina para asesinar a sus propios hermanos, ni a panaderos y tenderos convertirse en jueces que, antes de ordenar la ejecución, tan sólo tienen oídos para los cargos presentados contra el acusado, nunca para las pruebas que hayan podido aportarse en su descargo.

»Descubrirán a qué se debe cuando les hable de Le Bon. Después de la Revolución, este hombre abandonó la Iglesia y entró en política, convirtiéndose en alcalde de Arras. Mostró buen juicio, incluso era considerado un moderado. Entonces, desde que le asignaron la responsabilidad de todo el departamento de Pas de Calais, se le ordenó destruir todo movimiento antirrevolucionario en Calais y en las poblaciones cercanas.

»De nuevo se mostró moderado, indulgente, incluso; tanto, que uno de sus adversarios lo denunció al Comité de Seguridad Pública acusándolo de ser protector de aristócratas y perseguir a los patriotas. Fue llamado al orden en París, pero evitó ser juzgado sólo porque cayó en gracia al ciudadano Robespierre, que aceptó su promesa de redimirse.

»¡Redimirse! Fue enviado de vuelta a Calais, pero era un hombre asustado, con poderes ilimitados para aplastar a los antirrevolucionarios. El problema era que Le Bon no podía dar con ninguno, de modo que, temiendo por su propia vida, decidió simplemente acusar a docenas y docenas de personas inocentes, que fue ron enviadas a la guillotina. En cuestión de semanas, sólo en Calais habían muerto cientos de personas. Luego se dedicó a viajar de pueblo en pueblo: Amiens, Arras, Boulogne, Abbeville…

»Sin ir más lejos, dos jóvenes damas de Abbeville, que enseñaban a tocar el pianoforte, interpretaban el *Ça Ira* el día que se anunció la derrota a manos de los austríacos. Le Bon las oyó tocar y luego las acusó de ser contrarias a la Revolución. Dijeron, y era cierto, que nada sabían de la derrota, y que en cualquier caso el *Ça Ira* es un tema patriótico. Le Bon no estuvo de acuerdo: Tocar el *Ça Ira* en tales circunstancias, dijo, era como decir que deseaban que el austríaco avanzara y capturara otras fortalezas francesas. Si fueran auténticas patriotas, les dijo ante el tribunal, deberían haber tocado *Le Réveil du Peuple*…

»De modo que las condenó a muerte, y a la mañana siguiente, en el cadalso, mientras las jóvenes permanecían tumefactas, retrasó la ejecución pública un cuarto de hora, hasta que algunas mujeres del pueblo, con todo su perifollo, se hubieron sentado con toda comodidad en un balcón que tenía vistas a la guillotina. Veo que tienen dificultades para creer esta historia…

Ramage asintió; estaba a punto de señalar que no era que no la creyera, cuando

Louis se volvió para mirarle fijamente a los ojos, la expresión fatigada de nuevo en su rostro.

—Esas dos damas, *monsieur*, eran hermanas. La mayor era mi esposa, que se alojaba en casa de su madre mientras yo permanecía en la mar. Podría decirse que era un castigo por ser contrabandista —apuntó con amargura—. En fin, cuando pasen por Abbeville, pregunten por Joseph Le Bon y ellos corroborarán lo que acabo de contarles.

—Dijo que lo habían ejecutado…

—Volví unos días después de que Le Bon hubiera terminado sus sangrientos quehaceres y regresara de nuevo a París. Lo seguí, pero me arrestaron de inmediato porque mi pasaporte me permitía moverme sólo entre Boulogne y Abbeville. Sabían quién era, pero los gendarmes de Breteuil, donde me encarcelaron, se mostraron compasivos conmigo por la pérdida que había sufrido. Nunca imaginaron que estaba siguiendo a Le Bon. Dieron por sentado que me dirigía a París para protestar ante las autoridades. De modo que me retuvieron en prisión un año, y durante ese tiempo los alcaldes de diversas localidades elevaron protestas al Ministerio de Policía por los asesinatos llevados a cabo por Le Bon. Fue acusado de asesinato público y de opresión a la ciudadanía de la República, declarado culpable de «abuso ilimitado de la guillotina», y posteriormente sentenciado a muerte. Creo que pasó el resto de su vida aterrado, y que cuando lo enviaron de vuelta a Calais por segunda vez se obsesionó de tal modo que veía enemigos de la República por todas partes. La gente me contó que cuando llegó el momento de vestirlo con el atuendo rojo reservado a los asesinos, antes de hacer su último viaje al cadalso, Le Bon dijo: «No soy yo quien debería llevar estas ropas, sino quienes dictaron las órdenes que obedecí». Que irónico es que Fouché, el actual ministro de la Policía, sea también un antiguo clérigo: hijo de un capitán de Marina que fue abate y profesor de la Universidad de Nantes —añadió Louis.

»Tuve tiempo de sobras para pensar en el pasado mientras estuve en prisión —continuó—. Me convertí en un hombre desesperado. Engordé (¿se lo imaginan?). No quería vivir, me volví feo y gordo; se me cayeron los dientes y empecé a perder pelo… Sin embargo, en ese tiempo llegué a comprender a qué se refería Le Bon. Incluso estaría de acuerdo con sus últimas palabras si hubiera dicho «No sólo yo…».

Louis se levantó de la cama para dirigirse a la ventana. Echó un vistazo al exterior en la oscuridad, y luego se sentó de nuevo junto a Ramage, que era consciente de que aquel movimiento no se debía a la curiosidad por saber qué había fuera, sino que más bien era un modo de cerrar aquella puerta al pasado que rara vez se atrevía a abrir.

—He estado pensando en su viaje a Amiens. Será peligroso. En Boulogne la gente les toma por carpinteros extranjeros porque hay muchos trabajando en el astillero. El camino que va de Boulogne a Amiens es diferente. Cuatro franceses podrían resultar sospechosos de desertar. Cuatro extranjeros… En fin, quién sabe qué clase de protección contra posibles sospechas les proporcionarían los documentos y

permisos de viaje.

—¿Es peligroso por el hecho de que seamos cuatro, o por que seamos jóvenes y no formemos parte del ejército? —preguntó Ramage.

—Es por el número. Si viajaran por parejas sería más seguro, pero si se separan existe el problema del lenguaje. Usted y el norteamericano, por ejemplo; no habría problema porque usted podría encargarse de hablar y, si tuvieran dificultades, él entendería lo que sucede. Pero el italiano… Su francés no es lo suficientemente bueno, y si encontraran un intérprete que le interrogara en italiano, dudo que contara una historia lo bastante convincente como para justificar su viaje desde Génova.

Louis no hacía sino poner palabras a las dudas que habían acosado a Ramage desde que escuchó por primera vez las fanfarronadas del Cabo. Tenía demasiados hombres. Necesitaba a Stafford en Amiens, pero no se atrevía a dejar a Rossi y a Jackson atrás, ahí en el Chapeau Rouge de Boulogne. Si los interrogaban se delatarían. A menos que se ocultaran en la *Marie*, ¡listos para partir a Inglaterra con los informes! Se enfadó consigo mismo por no haber…

—Necesita a alguien capaz de abrir cerraduras —señaló Louis—. Si pudiera dejar a los otros dos atrás, Dyson podría ocultarlos a bordo de la *Marie*, donde además podrían echarle una mano si tiene que acudir a la cita. Si necesita a un tercer hombre por si surgen problemas, yo conozco bastante bien el camino…

Ramage observó fijamente al francés.

—¡Pero correría usted un gran riesgo! No puedo…

—No será mayor del que corra usted —le interrumpió Louis—. A uno sólo pueden guillotinarlo una vez. Además…

—Con uno bastará —dijo, tajante, Ramage.

Louis sacudió la cabeza.

—Me satisface correr los mismos riegos que usted. Estamos de acuerdo en que nuestros intereses coinciden (me refiero a los del Almirantazgo inglés y los de los contrabandistas), ya le he hablado del *Ça Ira*. De modo que preste atención a una idea que estoy seguro de que resultará, y que tiene por protagonistas a usted, a Stafford y a mí. Usted es un italiano propietario de un importante astillero en Génova. A petición de las autoridades francesas, ha venido a Boulogne con su capataz para negociar el envío de todos sus carpinteros, unos veinte, con las correspondientes herramientas.

»Bien, pues usted llegó a Boulogne, llevó a cabo la inspección y decidió que usted y sus hombres podrían colaborar en la construcción de las lanchas y cañoneras, incluso mejorar y agilizar los métodos de trabajo empleados. Pero no está satisfecho con los sueldos o las condiciones ofrecidas, de modo que se ha propuesto volver a París, de donde llegó a Boulogne, para visitar el Ministerio de la Marina y negociar una mejora de las condiciones.

»Veamos, ahora tenemos que idear algo para mí. Soy… soy Louis. —Sus labios dibujaron una sonrisa irónica—, representante del Comité de Seguridad Pública, mi tarea consiste en asegurarme de que no se metan en líos. Por supuesto, ustedes no

saben que soy su protector; creen que soy un representante del Ministerio de la Marina. Sí, sin duda esa historia resultará con los gendarmes. Les guiño un ojo con aire cómplice, les muestro mis papeles y les susurro cuatro cosas acerca de mi opinión de los italianos, y creerán a pies juntillas que represento al Comité. En fin, ¿qué les parece mi plan?

—Bastante bueno —respondió lentamente Ramage—, excepto que no se sostendría ni un segundo si lo investigaran en Boulogne o París. Si los gendarmes se dirigen al astillero…

—Ningún plan que tracemos superará una fase de investigación —admitió Louis —. Lo mejor que podemos hacer es disponer de una historia tan buena que la acepten nada más escucharla, y que acepten también nuestra documentación. No hay problemas a ese respecto, y nuestro único propósito consiste en tener una historia que sea algo inusual pero convincente. Algo que esté fuera de los límites de su experiencia, pero no de su entendimiento. No hay un solo hombre de aquí a París que no comprendiera y creyera la historia que acabo de sugerir.

—¿Y si nos encontramos con alguien que le conozca? —preguntó Ramage.

—A mi entender, precisamente en eso reside la ventaja de escoger al Comité de Seguridad Pública: trabajan en secreto y emplean a gente de la más diversa calaña. ¡Joseph Le Bon fue clérigo! Y tenemos la documentación —señaló el paquete de documentos que había depositado encima de la cama—, con el destinatario y el franqueo adecuados.

—Les veo muy surtidos en cuanto a material de escritorio se refiere.

—Lo necesitamos. Aunque el gobierno francés no nos hostiga por hacer contrabando de productos franceses con Inglaterra (de hecho, le satisface la idea de obtener moneda inglesa), no ve con buenos ojos que hagamos contrabando de bienes ingleses con Francia. Exigen unas cantidades muy elevadas en concepto de tasas de aduana. De modo que pagamos lo suficiente como para mantener la boca cerrada de determinados individuos, pero para el resto necesitamos documentos que nos permitan entregar nuestros productos sin dificultades. Un cantero con un carro cargado de piedra, un carbonero con leña, un granjero que venda un haz de heno, todos ellos necesitan documentos, y si quieren ir a otra población necesitan permisos de viaje para que las cajas de *whisky* y la lana que ocultan no sean descubiertas. Libertad, fraternidad y burocracia, he aquí las consignas de la Revolución. La pluma es más poderosa que la espada —aseguró, sarcástico.

Tomó la pluma y se dio unos golpecitos en los dientes con la punta.

—Díganme, ¿qué les parece mi plan?

—Estupendo —respondió Ramage—, pero asume usted un gran riesgo.

—Si algo se tuerce —comentó con alegría Louis—, cabalgaremos en el mismo corcel, así que podremos animarnos los unos a los otros.

Ramage consideró el plan unos instantes.

—Pasaremos fuera varios días. La *Marie* de Folkestone acudirá a la cita cada

noche… Será mejor que envíe un informe a Inglaterra. He descubierto cuántas embarcaciones hay en Boulogne, y cuántos soldados puede transportar cada clase de embarcación. Es poco, pero es preferible a…

—Sí, mejor será que comunique toda la información que vaya averiguando a medida que la obtenga —le interrumpió Louis, serio de nuevo—. Proporcionará a Dyson y a sus dos hombres algo que hacer con la *Marie*. Pero procure no dar demasiados detalles de nuestra actual empresa, por si sucediera que…

—Me limitaré a mencionar que debo partir de Boulogne unos días. Mire, lo escribiré ahora, y usted vaya a informar a Dyson que Rossi y Jackson se reunirán con él por la mañana, y que partirán por la noche al lugar acordado para la cita.

—¿Quién va a entregar el informe en Inglaterra? —preguntó Louis.

—Jackson. Puede transbordar a la *Marie de* Folkestone, entregarlo, partir con ella a la noche siguiente y estar aquí de vuelta a bordo de la barca de Dyson a la mañana siguiente.

—Muy bien —dijo Louis—. ¡Por suerte he traído una pluma! Ahora vamos a rellenar estos pasaportes y documentos; luego le dejaré a solas para que escriba su informe.

CAPÍTULO 10



La silla de posta de dos ruedas solía llevar normalmente a dos personas, con espacio de sobra para el equipaje. Había cojines sucios pero cómodos por si querían dormir durante el viaje, y multitud de bolsillos en la ajada tapicería de cuero verde donde guardar botellas, ropa de abrigo, libros para los viajeros recios capaces de leer, y las pistolas del viajero cauto, que no habían dejado de constituir el seguro más fiable contra los salteadores de caminos y los asaltantes. Louis había deslizado todos los documentos del viaje en uno de estos bolsillos, y les había explicado después que los franceses estaban tan acostumbrados a llevar a cuestas tal montón de documentos que ya ni siquiera reparaban en ello.

Aunque el carruaje, un cabriolé, tenía la parte frontal al descubierto, de tal forma que los pasajeros disfrutaban de las vistas del camino y la campiña, olía a cerrado, a una mezcla de moho y col hervida. Louis se sentaba en un lado, y Ramage en el otro, con Stafford en medio de ambos para evitar que pudiera hablar, abriera el gendarme una u otra puerta. Después de poner al corriente al cochero acerca de los dos pasajeros italianos que llevaba (con los consiguientes guiños y codazos cómplices), Louis se aseguró de describir en voz alta algunos pormenores interesantes del paisaje que fueron recorriendo en el camino, para evitar levantar sospechas.

El número de tiendas y casas que habían sido dañadas o destruidas en la población de Boulogne no había llamado la atención de Ramage cuando éste paseó por la zona portuaria. Al principio, lo atribuyó al resultado del bombardeo costero efectuado por los barcos ingleses; luego, vio que buena parte de los daños no podían atribuirse al fuego de artillería procedente del mar, pues se interponían entre ellos otros edificios o colinas.

A medida que el carruaje traqueteaba por las angostas calles empedradas hasta salir por las puertas de la población, Louis explicó qué había sucedido en los primeros días de la Revolución: casas y tiendas propiedad de ciudadanos acusados de antirevolucionarios o probritánicos saqueadas y luego destruidas. Tanto Boulogne y Calais habían sufrido las consecuencias de su antigua asociación con los ingleses, dijo Louis en voz baja, cuidando de que el cochero no le oyera. Incluso las acusaciones lanzadas por un rival celoso bastaban para espolear a una turba que incendiaría una tienda o un almacén. Iglesias, conventos, instituciones de caridad, todos fueron destruidos en las primeras semanas de entusiasmo revolucionario.

El sol acababa de asomar por el horizonte, iluminando un cielo sin nubes mientras la silla de posta alcanzaba el campo abierto y pasaba por la aldea de Samur. Ramage se sentía incómodo vestido así, aunque la ropa fuera de una calidad aceptable. A los calzones blancos de cachemira les hubiera sentado bien una hora de arreglos de un sastre, pero las botas le sentaban bien y las medias de algodón eran bastante cómodas. La casaca le tiraba de la sisa, y los faldones eran, según la moda de Londres, demasiado largos, aunque el color gris claro era lo que un hombre de negocios italiano hubiera escogido para visitar Francia. Se hacía extraño llevar un sombrero redondo después de tantos años con uno de tres puntas, pero, según Louis, eran muy populares en Francia.

Los daños a la propiedad no se limitaban a Boulogne: incluso en los pueblos más pequeños, había al menos una tienda o granja destruida; en los más grandes, así como en las ciudades, las iglesias habían sufrido daños y las que aún quedaban en pie a menudo exhibían un letrero en la fachada, pintado con los colores de la Revolución, que rezaba: ÉSTE ES EL TEMPLO DE LA RAZÓN Y LA VERDAD. Louis les contó que el convento inglés de Montreuil había sido destruido, y que ahora no era sino un montón de ruinas y escombros, con matojos y arbustos que crecían donde antes habían paseado, trabajado y rezado las monjas. La mayoría de las casas en ruinas habían pertenecido a familias inglesas que habían formado una pequeña y próspera pequeña colonia durante el Antiguo Régimen.

Pronto el viaje adquirió un ritmo propio. En cada *barrière* el cochero avisaba de la cantidad del peaje, que Louis daba al ayudante. En cada sitio de posta, Louis inspeccionaba los nuevos caballos, y se quejaba, por regla general, de la condición de al menos uno de ellos, lo cual parecía más una pose que ninguna otra cosa. La mayoría de la gente con la que se cruzaban por los caminos iba mal vestida. Había pocos jóvenes, eran personas de mediana edad, y la mayoría ancianos, lo cual era de esperar teniendo en cuenta la imposición del servicio militar obligatorio. Sin embargo, Ramage se percató de otra consecuencia en la que no había reparado antes: en los pocos campos cultivados que encontraron; las mujeres se encargaban de la mayor parte del trabajo.

Vio a una anciana que conducía a un par de asnos mientras otra, con la falda subida hasta las rodillas, guiaba el arado; a una milla de camino, dos jóvenes

conducían a un caballo que tiraba de un carro cargado de leña. También vio a varios muchachos, de quince o dieciséis años, que pedían limosna, y Louis le explicó que la mayoría de los jóvenes se negaban a aprender un oficio, conscientes de que irían a parar al ejército en cuanto cumplieran los dieciocho años de edad. Por lo visto, soñaban ya con la gloria marcial que Bonaparte les había prometido.

En todo el campo se hacían notar los efectos del estricto bloqueo impuesto por la Armada real. Casi todos los bosques tenían los árboles talados, incluso los que estaban aislados junto a los setos; uno había caído sobre una granja, y ahí seguía. Los tocones, como dientes podridos, daban fe de la necesidad que tenía Bonaparte de madera para construir las lanchas para la invasión y para la reparación de los barcos, aunque resultaba significativo que no hubiera ni rastro de los carros de dos ruedas en forma de arco que llevaban la madera, ni de las caravanas de caballos que arrastran los troncos por los caminos, o de los árboles recién talados, a la espera de ser transportados. La madera que en ese preciso momento aprovechaban en Boulogne y Calais debía de haber cubierto un largo trecho, por mar, desde los puertos franceses del golfo de Vizcaya, o de España. No era muy probable que tantos barcos hubieran cruzado el Báltico, pensó Ramage. El bloqueo allí era muy estricto. No obstante, transportar la madera doscientas millas por aquellos caminos debía de llevar semanas.

La escasez de madera no sólo debía de afectar a la tablonería; mucho peor sería la falta de madera para el compás, la madera que crecía curva, vital para la consr trucción de las proas y popas redondas. Comprendió que sólo eso podía ser la causa de las lanchas en forma de caja; que solamente eso impedía que el carpintero de ribera construyera una proa o una popa que permitiera a un barco barloventear. Aparte de que la proa toparía con fuerza con el mar, como una cabra que intentara abrirse paso por un seto; cada ola la empujaría a un lado.

Aunque las ruedas del carruaje eran considerablemente grandes, poco podían hacer para salvar los tremendos baches, que maltrataban las posaderas de los pasajeros. Ramage observaba aturdido el paisaje hasta que, llegados a Montreuil, traquetearon sobre el puente que pasaba por un río llamado, según le dijo Louis, Canche. El nombre le resultaba vagamente familiar, y Louis intentó darle alguna pista. Afluía por Hesdin hasta la fuente, situada en algún lugar de Saint Pol, dijo. ¿Hesdin? Entonces, Ramage lo recordó: Agincourt se encontraba a unas diez millas al noreste, y Crécy a la misma distancia, al suroeste. Crécy-en-Ponthieu era su nombre completo. Se preguntó si habrían caído los árboles del extenso bosque (por el que pasarían en breve) ante el hacha, para alimentar la construcción de embarcaciones que se llevaba a cabo en toda la costa. Bonaparte no tendría motivo alguno para mostrarse sentimental por lo de Crécy, lugar donde los arqueros ingleses derrotaron a la caballería francesa en 1346.

En Nampont cambiaron caballos de nuevo, y más tarde, mientras bordeaban el antiguo bosque, Ramage observó que tan sólo los árboles jóvenes y la maleza se extendían hasta donde alcanzaba su mirada. Desde Nounion (apenas a cinco millas

del lugar donde se libró la batalla de Crécy, le había informado Louis), el terreno era llano y carecía de características especiales, hasta que el francés le señaló las afueras de una pequeña población.

—Abbeville —anunció de modo inexpresivo.

Había tres gendarmes en una caseta que cubría los caminos de Montreuil y Hesdin, armados con pistolas, sin afeitar y con los sombreros de tres picos ladeados, que se acercaron al coche. Dos permanecieron a cierta distancia, mientras el tercero extendía la palma de la mano para que le entregaran los documentos, que Louis le tendió con un amable saludo, al que el gendarme respondió con un gruñido.

Después de echar un vistazo por encima a la documentación, masculló algo a los otros dos hombres y volvió a la caseta. Louis miró a Ramage e inclinó levemente la cabeza; luego salió del carruaje, seguido por Ramage, quien dedicó una seña a Stafford para que no se moviera del interior del carruaje.

Casi de inmediato se oyó una voz procedente de la caseta.

—Quiere que vayamos los tres —gruñó Louis, que se acercó para informar a Stafford.

En el interior de la caseta había un escritorio alto y pequeño, tras el cual el gendarme se encontraba sentado en un taburete, con el sombrero colgado de un gancho en la pared y la documentación esparcida por la mesa, los papeles sujetos por guijarros para evitar que se los llevara la corriente de aire.

—¿Quién de ustedes es el ciudadano Peyrachon?

Louis extendió la mano para doblar su propia documentación, e inclinó la cabeza como si Ramage no debiera verla.

—Yo soy el ciudadano Peyrachon, y usted debería saber que no conviene dejar los papeles del Comité a la vista de nadie.

El efecto que ejercieron sus palabras en el gendarme fue sobrecogedor, y Ramage vio que incluso él temía al Comité de Seguridad Pública. El gendarme se levantó del taburete como si alguien se lo hubiera apartado de una patada. Con lo que se le antojó un único movimiento, se puso el sombrero y tendió la documentación a Louis, gesto con el cual pretendía aplacar a un miembro de la policía secreta.

—¡Por supuesto, ciudadano! —exclamó—. No he comprobado la documentación de los otros dos, pero…

—Yo doy fe de ellos, pero compruebe los papeles, ¿quiere? Después de todo, tiene usted un deber que cumplir —dijo Louis, serio.

El gendarme inspeccionó el primer pasaporte.

—¿Ciudadano Di Stefano?

—Yo soy el *signor* Di Stefano —respondió Ramage, ampuloso.

El gendarme deslizó un papel por la superficie de la mesa, en dirección a Ramage, a quien tendió también la pluma, después de hundir la punta en el tintero.

—¿Sería tan amable de firmar?

Ramage trazó la firma de Gianfranco di Stefano y tendió la pluma a Stafford, que

escribió su nombre debajo, con el aplomo de un actor en el escenario.

El gendarme se caló bien el sombrero y comparó las firmas con las de los restantes pasaportes. Corrió un dedo por el trazo de los permisos de viaje, los dobló y se los tendió a Louis.

—*Cela suffit, citoyen* —dijo—. Que tengan buen viaje.

Louis aceptó la documentación y, con un gruñido, giró sobre sus talones y se encaminó al carruaje como si acabara de hacer al gendarme un gran favor.

El cochero espoleó a los caballos y la silla de posta traqueteó por las calles empedradas de Abbeville. Era una población miserable y muy deprimente. Muchas de las casas eran de madera y ni siquiera estaban pintadas; había tablones sueltos por todas partes, demasiado podridos para que sirviera de algo apuntalarlos. Algunas casas tenían las ventanas y las puertas cubiertas de tablones. Daba la impresión de que la mitad de sus habitantes hubiera huido hacía años ante el rumor de la cercanía del invasor, y aún no hubiera regresado. Eso, pensó Ramage al recordar a Joseph Le Bon, era casi lo que había sucedido; claro que el enemigo era el propio pueblo, y Abbeville había sido asolada por el fratricidio y no por la guerra.

Cuando llegaron a la plaza, Louis señaló un balcón que discurría a lo largo de la primera planta de una casa, y luego imitó a una mujer engalanando el cabello y ajustándose el sombrero. Ramage comprendió que desde ese lugar las mujeres habían presenciado la ejecución que Joseph Le Bon había aplazado en su beneficio. Louis miró al frente cuando el carruaje cruzó ante el lugar donde habían decapitado a su esposa.

En cuanto cruzaron la plaza, el carruaje giró tierra adentro, después de haber seguido el contorno de la costa durante ochenta kilómetros, y continuó por el valle del río Somme. Nueve millas pasado Abbeville llegaron a Ailly, y mientras cambiaban los caballos Louis señaló el bonete rojo de la libertad colgado de la veleta, que se zarandeaba al capricho del viento a una cuarta a ambos lados del sudoeste, imagen que recordó a Ramage al paciente maestro de escuela que sacude la cabeza en un gesto de reproche.

Unas millas más allá, Ramage y Stafford vieron el segundo símbolo de la Revolución: Flexecourt, un pueblo que no habría destacado de los demás en el camino a París, lucía su propio árbol de la libertad. El ambiente húmedo, espoleado probablemente por las brumas nocturnas del río Somme, había oxidado el tronco y las ramas metálicas, como si la libertad en Flixecourt hubiera visto pasar el otoño y se adentrara en el invierno de sus días. Louis rió con amargura cuando Ramage le participó esa impresión, y luego comentó:

—¡Empezó a oxidarse el mismo día que el herrero lo terminó!

El cochero tiró de las riendas en Picquigny para llevar a cabo el último cambio de caballos antes de Amiens, y, para sorpresa de Ramage, empezó a maldecir al encargado de la posta jurando que jamás llegarían a Amiens antes del toque de queda con semejantes jamelgos. Louis añadió sus protestas a las del cochero. Dos

gendarmes se acercaron a escuchar la discusión, y al verlos Louis intentó que tomaran partido, diciéndoles que advirtieran hasta qué punto llegaba la ineptitud del encargado de la posta, y asegurando que él, y sólo él, sería el responsable de que llegaran a Amiens pasado el toque de queda; no obstante, los gendarmes no quisieron verse involucrados. Al verlo, Louis volvió al interior del carruaje y esgrimió la documentación ante los gendarmes. Estos conversaron mediante susurros, y en más de una ocasión señalaron con la cabeza al lugar donde esperaba Ramage el desenlace del careo. Este distinguió que mencionaban el Comité de Seguridad Pública. Al cabo de unos instantes, los gendarmes se acercaron al encargado de la posta, que asintió con aire sumiso y se dirigió al establo tras hacer un gesto al cochero para que le siguiera.

—Escoja usted mismo —masculló—. No puedo hacer nada si no tengo mejores caballos, y éstos están sin resuello. Además, nos sucede lo mismo a todos al llegar a cierta edad, y los caballos no son ninguna excepción.



Al cabo de una hora, cuando el sol se ponía tras ellos, vieron la catedral de Amiens asomar por el resto de los edificios de la ciudad. Los últimos rayos del sol convertían la piedra de las elevadas agujas en pináculos de mármol rosáceo. Entonces, con una prontitud que casi resultó asombrosa, la ciudad quedó oculta en sombras al caer el sol tras el horizonte. Los pináculos de la catedral adquirieron un aire amenazador, y unos dedos grisáceos se elevaron sobre las calles angostas. Allí abajo, en algún lugar, había mazmorras y cuarteles de la policía, guillotinas y árboles de la libertad. Aunque Francia estaba en guerra, Ramage sabía a esas alturas que el enemigo al que el pueblo francés se veía exhortado a luchar a diario no era Inglaterra, sino cualquiera de los aspectos que habían caracterizado su existencia antes de la Revolución: cualquier cosa relacionada con el Antiguo Régimen, y muchas otras, además.

La Iglesia (por mucho que, según Louis, se dijera que Bonaparte iba a permitir ciertas libertades a los sacerdotes después de firmar recientemente el Concordato con el Papa) seguía siendo uno de los enemigos principales y quizás el más duro al que debía enfrentarse la Revolución, aunque a esas alturas era del que menos tenía que temer, pues tanto la Iglesia como los sacerdotes habían formado, hasta hacía unos años, una parte muy importante de la vida de la mayoría de la población. Las instituciones de caridad también eran el enemigo; sus hospicios y hospitales habían sido destruidos u ocupados. Cualquier persona relacionada de algún modo con la aristocracia había huido hacía tiempo o subido al cadalso a presentarse ante la guillotina y, según le había contado Louis, lo mismo le había sucedido a toda aquella

gente que había tenido relación con la aristocracia, ni que fuera por tener un pariente lejano emparentado y haber alardeado de ello antes de la Revolución (parientes que a menudo eran imaginarios, un modo como otro cualquiera de impresionar al vecino).

El principal enemigo, del que se decía que acechaba en todas las esquinas, era el antirrevolucionario. Ser denunciado como tal al Comité de Seguridad Pública o a la policía suponía un riesgo mortal, puesto que la mayoría de los tribunales instituidos por los comités (y había uno en cada población) escuchaba los cargos y, como Joseph Le Bon, o bien se negaba a considerar las pruebas o las rechazaba de plano, al igual que sucedía con los alegatos de defensa. La opinión generalizada era que la guillotina resolvía cualquier duda que pudiera haber: el golpe sordo de la cabeza al caer en la cesta era el sonido que salvaguardaba la seguridad de la Revolución. La guillotina también era la gran bendición de los deudores. Era sorprendente el número de acreedores que habían acabado guillotinados, tras ser denunciados por morosos, e igualmente sorprendente el número de panaderos, tenderos y carniceros que habían ampliado el negocio después de que tales obstáculos acabaran juzgados por conspirar contra la Revolución.

Todo aquello se lo había contado Louis la noche anterior en la diminuta habitación del Chapeau Rouge de Boulogne. Había aportado también un sinfín de horribles ejemplos de la labor de los tribunales, no sólo el que había enviado a su propia esposa a la guillotina, y aquella información parecía adquirir un nuevo significado a medida que los caballos cabalgaban hacia Amiens. En Boulogne sentía que corría riesgos. No olvidaba ni por un instante que se encontraba en territorio enemigo; sin ir más lejos, la inesperada irrupción del gendarme en la habitación la mañana del día anterior constituía un aterrador recordatorio de ello. No obstante, de algún modo Amiens se le antojaba distinta; por un instante no supo por qué, pero empezaba a sentirse incómodo. ¿Sería por el hecho de que Amiens se encontraba tierra adentro, lejos de la vía de escape que le ofrecía el mar? No, eso era absurdo; no era una tortuga que necesitara tener cerca el agua. Tampoco se debía al impresionante tamaño de la ciudad.

Debía de ser el ambiente que se respiraba. Incluso a esa distancia y desde el interior del carruaje, la ciudad tenía un aspecto siniestro y cargado de malos presagios. Si le hacían prisionero y lo encerraban en la habitación de una casa, con un guardia armado en la puerta, obviamente se sentiría atrapado y plenamente consciente del peligro que corría. Pero suponiendo que fuera hecho prisionero en idénticas circunstancias, y encerrado en la celda de una fortaleza, con un guardia armado en la puerta, no se sentiría más o menos en peligro. Era la fría atmósfera de la celda de una fortaleza lo que más le asustaría, como si el peso o el tamaño mismo del edificio resultara amenazador.

Deseó poder contárselo a Louis; estaba seguro de que el francés comprendería sus inquietudes. Pero las conversaciones susurradas al acercarse a la ciudad podrían intrigar al cochero y despertar sus sospechas, aunque hasta el momento se había

mostrado de lo más jovial. Aquello constituía otro motivo de inquietud: de hecho, todos se habían comportado de manera jovial mientras el carruaje traqueteaba por el camino de Boulogne, pero en cuanto se acercaron a las sombras que despedía Amiens, aquella jovialidad había desaparecido por completo; incluso el cochero había discutido con el encargado de la posta de Picquigny, y en el caso de Ramage la alegría había sido reemplazada por un temor gris que surgía como la bruma matinal de un valle, algo que acababa de formarse sin el menor esfuerzo.

—Llegaremos justo antes del toque de queda, a menos que uno de esos caballos se tuerza una pata —informó Louis, tras consultar la hora en el reloj.



El Hotel de la Poste se encontraba en una calle situada a un centenar de yardas de la catedral, cuyas agujas, que superaban los trescientos cincuenta pies de altura, hacían que las escasas nubes del cielo del atardecer parecieran pendones deshilachados que ondearan de las lanzas de los caballeros. El propietario, un tipo hosco con mirada sagaz y aguda, no se parecía en nada a su hermano el Cabo de Boulogne, y nada hizo por ocultar el hecho de que el cliente no podía esperar allí el mismo servicio que en París. Por el modo en que lo dijo, era evidente que sentía odio hacia la capital, sentimiento que hacía extensivo a todo aquel que proviniera o se dirigiera hacia allí.

Se frotó las palmas de las manos en el delantal de bayeta verde mientras inspeccionaba las tres bolsas pequeñas que el cochero le tendió, y luego aspiró con cierto desprecio. Ramage supuso que, a pesar de su fervor revolucionario, *monsieur le patron* seguía juzgando la prosperidad de la clientela por el rasero del *ancien régime*, según el cual la importancia y calidad de sus clientes dependía de la calidad y cantidad de su equipaje.

Ramage dejó que Louis encargara las habitaciones, y el francés se enzarzó en sus ya habituales juegos de guiños y codazos cómplices con el propietario, hasta que logró arrancar una mirada cercana a la simpatía al rostro del normando al mencionar que probablemente se alojarían allí unos días; estancia que justificaba por la intención del italiano de visitar algunas de las fábricas con el propósito de calibrar la posibilidad de acordar un suministro regular de lana y trajes de pelo de cabra, por el que Amiens era conocido, todo lo cual era difícil de encontrar en Italia a pesar de la elevada demanda. Entonces, Louis arruinó la buena disposición del patrón, añadiendo que en cuanto hubiera resuelto sus asuntos allí, el *signor* Di Stefano se acercaría a París para concluir sus negocios con el Ministerio de la Marina. El normando aspiró con desprecio, con lo cual dejó bien claro que nada bueno podía suceder en París, y mucho menos a los italianos. Asió la bolsa más liviana y los condujo escalera arriba.

No habían visto ni rastro de la hija del tabernero, aunque la descripción del Cabo respecto al mal genio de su próspero hermano había demostrado ser muy acertada hasta ese momento. Ramage deseó saber qué habitación ocupaba el *lieutenant-de-vaisseau* durante los dos días que pasaba de visita cada semana: tenía la impresión de que siempre debía de ser la misma, de modo que no tuvieran que cambiar la ropa de cama con tanta frecuencia. Estaba seguro de que el hermano del cabo era dado a esa clase de triquiñuelas, «y a muchas otras de su propia invención, tal como corresponde a un próspero dueño», hubiera añadido con orgullo el Cabo.

La habitación que compartiría con Stafford era espaciosa y de techo alto. Había una cama con dosel en una esquina, colcha y dosel de descoloridas cortinas de seda azul. La otra cama, poco más que una tabla de madera a la que se habían puesto encima un colchón y una colcha a juego, se encontraba en otra esquina, y había a lo largo de la pared que las separaba una hilera de cómodas. Una mesa redonda con cuatro sillas en mitad de la estancia completaba el mobiliario, aparte de las cortinas de apagado terciopelo verde de las ventanas, cortinas que habían lavado tan a menudo que el pelo que les quedaba parecía formar parches de moho incipiente, y una alfombra andrajosa que cubría la mayor parte del suelo. Ramage se sintió aliviado al ver que ninguno de los tablones del suelo crujía. ¿Estaría amueblada de igual modo la habitación del *lieutenant-de-vaisseau*, con tablones igualmente silenciosos? Agradeció la astucia de Louis al exigir que les mostraran varias habitaciones antes de decidir en cuál se alojarían: las dos primeras de aquella planta eran demasiado pequeñas; otras dos (la puerta de una tercera estaba cerrada) eran idénticas a la que habían escogido: una cama grande y otra pequeña, una hilera de cómodas, una mesa y cuatro sillas. Todas las ventanas estaban cerradas, de modo que las habitaciones olían a humedad, además de a los olores que subían de la cocina, lo cual recordó a Ramage que las comidas debían de servirse en las habitaciones. Era una costumbre francesa que en ese momento agradeció. Los comedores constituían un peligro, puesto que era más fácil que los gendarmes echaran un vistazo siempre que se les antojara, y no había más remedio que mantener la conversación sujeta a ciertos parámetros; entre otros, el silencio de Stafford.

Cuando Louis y el tabernero abandonaron la habitación, hablaban de la cena que servirían en media hora a los tres en la habitación que ocupaba Ramage. Cuando Ramage cerró la puerta, Stafford susurró:

—¿Puedo hablar, señor?

—Sí, pero no levante la voz y esté atento a los pasos que pueda oír en el corredor.

Ramage aguardó, y cuando el *cockney* empezó a deshacer la bolsa y a vaciar su contenido en la cama más pequeña, sin decir una palabra, Ramage le preguntó:

—¿Qué quería usted decirme?

Stafford se volvió sorprendido.

—Oh, ahora mismo no tengo nada que decir, señor. Es que estar ahí sentado en el coche sin poder abrir la boca es tan *vejestorio*.

—Vejatorio —corrigió Ramage sin pensarlo, acostumbrado desde que lo conocía al modo que tenía el *cockney* de confundir las palabras—. En fin, mejor será que aproveche esta noche, porque mañana tendrá que seguir mudo.

—A la orden, señor —dijo Stafford, que a continuación se acercó a la puerta y se arrodilló como si se dispusiera a mirar por la cerradura. La abrió con mucho cuidado para no hacer el menor ruido, y lo hizo lo suficiente para poder mirar el mecanismo lateral de la cerradura. Luego la cerró y se acercó de nuevo a la cama, donde recogió una bolsilla de cuero blando, que liberó de un cordón. Estuvo examinando al contraluz algunas varillas metálicas cuyos extremos remataban de forma distinta, escogió una y la examinó con mayor atención antes de devolverla a la bolsita.

Ramage no estaba seguro de cómo debía interpretar el gruñido del *cockney*.

—¿Podrá abrir esa cerradura? —preguntó.

Stafford le miró con expresión herida.

—Con un par de clavos atravesándome los pies, señor —respondió con cierta suficiencia.

Aquella noche, después de que el tabernero y su delgadísima mujer hubieran quitado la mesa y abandonado la habitación, Ramage dijo:

—Hacía tiempo que no comía tan bien. ¡Veo que algunos buenos cocineros han sobrevivido a la Revolución!

—Espere a ver la cuenta —advirtió Louis—. Los taberneros son ahora los banqueros…

Ramage se dio unas palmadas de satisfacción en el estómago.

—Salmón, lenguado, pichón asado, ternera *bouillie* (hacía años que no la probaba), y pavo asado. Cerveza de Picardía, que no es que tenga mucho cuerpo, admitámoslo, pero que entra de maravilla, y vino de Volnay. Mejor que el cerdo en salazón y los guisantes, ¿eh, Stafford?

El *cockney* eructó feliz, con los ojos un poco vidriosos.

—Jamás había comido nada tan bueno, y esa ternera bullé, o como diantres se llame… La cerveza no era gran cosa, como usted bien dice, señor, pero el vino… —Miró el vaso vacío—. En fin, no me ayudaría nada en un camino lleno de baches, de eso estoy seguro. ¡Y yo que creía que aquí en Francia no había nada de comer!

—No se equivoque —dijo Louis—, porque así es. El año pasado hubo disturbios por la falta de alimentos en diversas poblaciones. Ese hombre, Jobert, sabe de dónde sacar las exquisiteces, y paga un alto precio por ellas. Puedes comer lo que quieras, siempre y cuando tengas con qué pagarlo. Para la gente normal es diferente, porque aquí la mayoría tiene mucho menos que sus paisanos en Inglaterra.

—Ser rico es estupendo —comentó Stafford—, ¡aunque sólo sea por unas horas!

Ramage empujó la jarra hacia el marinero.

—Será mejor que Louis y usted se la terminen, pero no espere comer así todas las noches que pasemos aquí.

Stafford movió la cabeza.

—Basta con hacerlo una vez en la vida, señor. Espere a ver qué cara ponen los muchachos cuando se lo cuente. —Llenó hasta el borde el vaso de Louis y luego se sirvió él. Después de dejar la jarra en la mesa, levantó el vaso con sumo cuidado y miró a Ramage a los ojos—. Ésta va por usted, señor, y por la marquesa, y porque ambos vivan felices y coman perdices…

Louis levantó el vaso, pero Stafford no había terminado.

—Estoy un poco alegre, señor, y no se me dan bien las palabras, pero los demás muchachos, no sólo Jacko y Rossi, sino todos ellos… Bueno, el caso es que querían que le agradeciera que nos haya sacado de apuros tantas veces. —Vio la expresión asombrada de Ramage y se apresuró a dar una explicación—: Ya sabe, como cuando rescatamos a la marquesa, y cuando ese español nos abordó en el *Kathleen*, y los corsarios de Santa Lucía con el *Triton*, y el huracán, y lo de ese bergantín de Correos…

Asombrado por la duración de su propio discurso, se apresuró a apurar de un trago el vino, gesto que imitó Louis, y puso el vaso en la mesa.

Ramage levantó su propio vaso y el francés le sirvió el vino que quedaba.

—Este por usted y por los muchachos —dijo Ramage, serio, sin aplomo suficiente para añadir más.

Louis apuró el vaso.

—Antes de que vayamos a dormir, deberíamos trazar el plan de mañana —propuso el francés.

Ramage asintió.

—Puesto que es sábado, el *patrón* no esperará que vayamos a hacer negocios con las fábricas, de modo que podríamos dedicarnos a visitar el lugar. Podemos echar un vistazo a la catedral. Después de todo, es la mayor de toda Francia, y si bien aquí la Iglesia no es muy popular, nosotros los italianos somos gente temerosa de Dios. Después, podríamos asegurarnos de conocer la ubicación de todos los caminos que lleven lejos de este hotel, y usted debe descubrir dónde podemos alquilar unos caballos en caso de emergencia, o robarlos, para el caso.

Guardó silencio durante uno o dos minutos mientras reflexionaba.

—Stafford tiene sus ganzúas; nosotros, lacre en caso de que tengamos que romper y recomponer el sello, velas, y la linternita. Usted tiene ese cuchillo de hoja fina, y nosotros un cuchillo de hoja ancha cada uno. Pluma, papel y tintero para copiar cualquier documento que caiga en nuestras manos. Yeso y punzones, por si hay que copiar un sello, cinceles y gubias. Tiene usted las hojas de papel de notas con el encabezamiento del Ministerio de la Marina… ¿Nos hace falta alguna otra cosa?

Cuando Louis negó con la cabeza, Ramage preguntó a Stafford:

—¿Tiene todo lo que necesita?

—Yo, las ganzúas, un poco de alambre fina, una espátula y mis dedos, eso es todo cuanto necesito, señor.

CAPÍTULO 11



A la mañana siguiente, Louis se marchó tras explicar que iba a hacer los arreglos necesarios, mientras Ramage y Stafford vagabundeaban por la ciudad y se hacían pasar por inocentes visitantes. El corto paseo a la imponente catedral fue bastante sobrecogedor. Toda la ciudad parecía guardar silencio, un silencio tenebroso que sólo rompían los cascos de los caballos y el traqueteo de las ruedas sobre el empedrado. No obstante, la gente paseaba por las calles conversando, y los tenderos permanecían en sus puertas, saludando a unos y a otros e intentando atraer a potenciales clientes.

Había pocos de los ruidos que era de esperar oír en una ciudad; parecía un lugar desierto, abandonado. No eran los sonidos propios de una ciudad embarcada en sus actividades diarias, y él y Stafford casi habían llegado a la catedral antes de que Ramage se diera cuenta de qué era exactamente lo que faltaba: nadie reía, nadie alborotaba. Era como si todo el mundo tuviera un secreto y temiera a la pareja de gendarmes que parecían aguardar apostados en cada esquina, observándoles, esperando a llevar a cabo un arresto. Como si estuvieran convencidos de que en las tranquilas calles de Amiens había un edificio con ventanas reforzadas con barrotes adonde un hombre que riera en voz alta, bromeara o se comportara de forma despreocupada podía verse arrastrado ante un tribunal, que lo acusaría de ser enemigo de la Revolución.

Sin embargo, toda aquella gente de la calle era la Revolución. ¿Seguro que fue para ellos, para los *sans-culottes*, que estalló la Revolución? Muertos o exiliados los aristócratas, vendidas sus tierras al pueblo, en un momento en que todo hombre era libre e igual a su vecino, y que los ejércitos de Francia marchaban sobre Europa desde el Mediterráneo hasta el mar del Norte, ¿no había llegado el momento de que el

pueblo fuera feliz? Ramage tenía la impresión de que aquella gente de Amiens distaba mucho de ser despreocupada; estaban nerviosos, sospechaban unos de otros y miraban a esos gendarmes no como uno mira a quien le protege de los ladrones, los cortabolsas o los limpiabolsillos, sino como lo hace un hombre honesto a un perrazo enorme y desconocido. Con recelo.

Louis ya se lo había advertido; se había tomado su tiempo para explicárselo. Ramage tuvo que admitir en su fuero interno que había resultado muy fácil escuchar sus palabras, tanto como difícil hacerse a una idea de lo que significaban. Era algo que había que ver para creer.

La mayoría de la población francesa había respaldado la idea de la Revolución: durante generaciones, se había visto sometida a los impuestos de la realeza, implacables y arbitrarios. Los pobres siempre habían sido los que más habían pagado. No obstante, se había producido tal lucha de poderes tras la Revolución, tal cantidad de increíbles crueldades e injusticias cometidas con un escalofriante cinismo en nombre de la Revolución por sus mismos líderes, cada uno esforzándose por conseguir poder personal, que la gente estaba desilusionada y desconcertada. Los deudores denunciaban a quienes debían dinero para evitar pagar sus deudas, los violentos resolvían viejas disputas por los mismos medios, y el pueblo estaba ya cansado de todo ello. Louis debía de estar en lo cierto: la mayoría de los ciudadanos franceses estaban hartos del susurro metálico y el golpe sordo de la guillotina, hartos de ver pasar carros llenos de hombres lívidos y mujeres llorando. Era aquél un aspecto de la Revolución que nunca habían querido ni podido imaginar: ver a sus antiguos vecinos (a menudo amigos y, en ocasiones, familiares) arrastrados a La Viuda… No tenía nada que ver con el hecho de librarse de tiránicos terratenientes y de los cobradores de impuestos desalmados del Antiguo Régimen; no tenía nada que ver con librarse de los sacerdotes y hacerse con las inmensas propiedades de la Iglesia.

No obstante, hubo casos en que los sacerdotes se habían deshecho de la sotana, se habían calado la gorra roja de la libertad y habían vuelto para asumir el papel de feroces revolucionarios. Joseph Le Bon, antiguo *curé*, probablemente había matado a más franceses inocentes en tiempos de la Revolución de los que el ejército de Bonaparte en Italia había perdido en la marcha a Roma; y Joseph Fouché, antiguo *abbé* de Nantes y profesor de universidad, era ahora ministro de Policía y el hombre más temido de toda Francia. Ramage pensó que era como si la antigua ferocidad de la Inquisición se hubiera convertido en ansia revolucionaria; cuestión de cambiar el púlpito de la iglesia por la guillotina del estado, en la firme determinación de dominar las almas de los hombres o de matar sus cuerpos. Tal como había sucedido en la Inquisición, había sucedido en la Revolución: no bastaba con aceptarla, sino que tenías que convertirte en un fanático.

Cuando Stafford y él tuvieron que hacerse a un lado para esquivar a tres renacuajos que mendigaban, observados sin demasiado interés por los gendarmes,

comprendió que, si bien nadie parecía morirse de hambre, pocos eran los que llevaban ropa que no luciera más de un remiendo.

Una mirada fría y altanera al exterior de la catedral. Dos gendarmes más se encontraban de pie a quince yardas de la puerta principal, empeñados en una vigilancia letárgica, aunque un rostro extraño constituyó un motivo para que giraran lentamente la cabeza y se sacudieran de encima el aburrimiento. Uno se quitó el tricornio e inspeccionó el interior antes de devolverlo a su cabeza.

El exterior de la catedral había sufrido el tipo de daños que uno espera por parte de unos escolares que pillan su primera borrachera de Calvados: habían cercenado las cabezas de todos los santos, y las tallas aparecían mutiladas en un esfuerzo por hacer que se vieran ridículas. No obstante, era un esfuerzo que en sí parecía ridículo, puesto que la catedral se había mantenido en pie cerca de seiscientos años, gigantesca y elegante. Haber desfigurado de ese modo las tallas tenía el mismo efecto sobre su majestuosidad que cuando un hombre se desahoga golpeando un contrafuerte.

Ramage franqueó la puerta principal, y a pesar de la oscuridad vio de inmediato que el imponente altar que se extendía en el ancho de la catedral estaba incólume. Al tiempo que observó que los preciosos oratorios situados a ambos lados del coro también lo estaban, vio arrodilladas a cinco personas. Cuatro parecían ancianas, el quinto era un hombre tullido; tenía una de las piernas apoyada a un lado, una pata de palo. Su presencia reforzaba la vastedad, la vacuidad y el silencio. No se oía el cántico o el murmullo lejano que solía oírse en cuanto uno entraba por la puerta principal de una catedral importante. Sólo el silencio gélido de un edificio abandonado… Mientras caminaba hacia el altar, vio que la famosa estatua de mármol del niño lloroso había sido dañada. El altar estaba desnudo, lo cual no resultaba sorprendente, teniendo en cuenta que los revolucionarios habían limpiado los candelabros de oro y plata y que los ricos paños rojo y púrpura habían desaparecido. No obstante, las vidrieras estaban casi todas ir tas, aunque mostraban algún que otro agujero, pi de la rabia de alguien al arrojar un ladrillo o abrir fuego con la escopeta.

El hombre tullido se puso en pie con torpeza, que le provocaba dolor, y empezó a caminar con lentitud hacia la puerta principal. Sin embargo, al reparar en Ramage y Stafford, sacudió en alto el bastón, a modo de saludo. Era alto, aunque iba encogido de hombros; tenía el cabello gris y el rostro surcado de arrugas, pero Ramage supuso que el dolor o la preocupación —¿o sería la tristeza?— le habían envejecido mucho más que el paso de los años.

—Buenos días, ciudadano —saludó con cuidado, como si quisiera pasar el rato pero careciera de aplomo o fuerzas, como si temiera que fueran a acusarlo de haber pecado.

Ramage pensó en los dos gendarmes que había cerca de la puerta. Quizás estaban más interesados en los visitantes de la catedral de lo que parecían. Un hombre que acudiera a la iglesia, aun sin haber presente un sacerdote, podía ser perfectamente alguien contrario a los principios de la Revolución…

Ramage le estrechó la mano y supuso que aquel hombre podría satisfacer su curiosidad acerca de lo sucedido a la catedral durante la Revolución. Señaló el altar y comentó:

—Parece que han cambiado un poco las cosas desde la última vez que estuve aquí.

—No es usted francés. ¿Italiano, quizá?

Ramage asintió.

—De Génova. He estado en Boulogne y ahora me dirijo a París, antes de volver a mi tierra.

—Italia… En el paso de Monte Cenis… —El hombre aprovechó el bastón para dar un par de golpes a la pata de palo—. Ahí me dejé esta pierna. —¿Había habido combates en los Alpes? ¿A qué majadero se le habría ocurrido la idea de luchar en la montaña? El hombre vio su expresión de asombro, y continuó diciendo—: La nieve. Mi regimiento formaba parte del ejército de Italia. Marchamos a través de las montañas nevadas. Algunos de nosotros estábamos demasiado débiles para franquear el paso… —Miró a Stafford, dudando de si debía continuar.

—¿Y dejaron atrás a los más débiles? —preguntó Ramage en voz baja.

El hombre asintió.

—Si se congela el brazo o la pierna, mueres. Y si no te lo amputan rápidamente está la gangrena. Puedes acabar muerto aunque te lo amputen. Yo tuve suerte.

—¿Le subieron a un carro? —preguntó Ramage con aire de inocencia, confiando en tirar de la lengua a su interlocutor.

—Me dejaron tirado en la nieve, en el mismo sitio donde me caí. Había cerca un monasterio —añadió ausente—. Después de que se fuera el ejército, los monjes se asomaron a ver qué habían dejado atrás. No iban a rapiñar, entiéndame. Sólo les interesaba salvar vidas. Me encontraron, a mí y a diecisiete más que estaban en mi situación. Nos llevaron de vuelta al monasterio. No pudieron salvar mi pierna, pero me salvaron la vida. Tenían muy poca comida, pero la compartieron con todos nosotros, con dieciocho ateos que hasta hacía unas horas habían pertenecido al 24.º de Infanterie de Ligne. Cuidaron de nosotros, nos dieron de comer y nos alojaron en su monasterio. Para los cinco que la necesitábamos, los monjes nos hicieron patas de palo a medida. Pasaron cinco meses antes de que lograra recuperarme, y a esas alturas era primavera y la nieve se había fundido, de modo que era libre de marcharme…

—¿Volvió con su regimiento?

—¿Con una sola pierna? —Sabía que Ramage le animaba a hablar, y sonrió—. Había guerra en Italia y en Austria, había guerra casi en todas partes; pero había paz en el monasterio cercano a la cima de Monte Cenis, de modo que seguí allí e intenté pagar mi deuda. Ayudé con la azada, la siembra y a recoger la cosecha del año (fue una estación muy corta) y me marché a la primavera siguiente, cuando de nuevo se había fundido la nieve, justo al año y medio de mi llegada. Regresé a mi hogar, aquí

en Amiens, cuando empezaba el invierno. Fue una larga caminata para alguien como yo, con una sola pierna.

—Pero seguro que su familia se alegró al verle…

—Al llegar, me enteré de que mi familia había muerto. —De nuevo el tono neutro, carente de inflexión alguna—. Mi hermano y mi esposa habían sido denunciados de ser contrarrevolucionarios, y posteriormente fueron guillotinados. El dolor de la pérdida acabó con mi anciano padre…

—¿Quién los denunció?

—El hombre que quería para sí nuestra abacería —respondió—. Ahora es prefecto de Amiens y el hombre más poderoso de toda la ciudad.

—¿Y usted? —preguntó Ramage—. ¿A qué se dedica?

El hombre miró la estatua del niño lloroso unos instantes, y luego a las mujeres que seguían arrodilladas.

—Vengo a rezar cada mañana. Rezo como lo hice antes de la Revolución, y rezo tal como aprendí a hacerlo en el monasterio. Rezo por las almas de todos aquellos a quienes quise, y tengo otra súplica que no puedo revelar a nadie. —No hubo disculpas, ni drama; tan sólo el hecho desnudo, expresado por un hombre que ya no temía a nada ni a nadie.

Louis se había vuelto ateo en la Revolución. Ahora, sin embargo, también rezaba; lo hacía para que hubiera una vida después de la muerte, una vida donde Joseph Le Bon fuera castigado por toda la eternidad. ¿Habría trabajado Le Bon ahí, en Amiens?

—He conocido a un hombre que reza por el ciudadano Le Bon —dijo Ramage en un hilo de voz.

El hombre le miró a los ojos.

—Estoy seguro de ello; muchos normandos de verdad rezan una plegaria por él antes de acostarse.

Había hablado libremente porque ya no tenía miedo. Al principio se había mostrado cauto, probablemente porque no veía motivo alguno para buscarse problemas. No obstante, Ramage pensó que lo más seguro era que estuviera más que dispuesto a dirigirse de igual modo a un gendarme. Alguien como él no tenía nada más que perder ante un régimen que lo había dejado tirado en la nieve de un paso de los Alpes, asesinado a su esposa y a su hermano (y, a todos los efectos, apropiado del negocio familiar). No tenía nada que perder, nadie a quien someterse por temor de que pudieran perjudicarle a él o a nadie de su entorno. Con una pierna amputada a la altura de la rodilla, debía de tener dificultades para ganarse la vida. Louis había mencionado algo al respecto de los heridos que se veían obligados a mendigar en cuanto la Armada o el Ejército acababa con ellos, igual que sucedía en Inglaterra, de modo que amenazar a alguien así con la guillotina era lo mismo que ofrecerle una vía rápida de poner fin a su dolor.

Ramage miró a su alrededor, al espacioso interior de la catedral.

—Esperaba encontrarla más perjudicada…

El hombre le obsequió con una sonrisa torcida.

—Ah, veo que no conoce la historia. Los normandos están orgullosos de ella. Cuando el ejército revolucionario llegó procedente de París, después de saquear por el camino todas las iglesias y *Châteaux*, las gentes de Amiens decidieron salvar su catedral. Se tocó la campana de alarma, la guardia nacional de Amiens se reunió, y al son de los tambores se enfrentó a los *sans-culottes* y que ya habían empezado a hacer su trabajo, como puede verse en algunas de las estatuas.

»El caso es que se organizó aquí toda una batalla, justo donde estamos ahora, y el pueblo de Amiens los expulsó y montó guardia en la catedral para asegurarse de que no se producirían más daños. El ejército terminó por marcharse a hacer sus cosas en otra parte, pero los líderes en París aprendieron la lección: Podían expulsar a los sacerdotes, perseguir al obispo, robar los objetos de oro y plata, siempre y cuando dejaran intacta nuestra catedral.

Miró a las cuatro ancianas arrodilladas.

—Sí, tiene usted motivos para sorprenderse. Cómo es posible que en nuestra ciudad, donde viven catorce mil personas, sólo seamos cinco aquí dentro: cuatro ancianas y un tullido en el interior de la mayor catedral de toda Francia, un lugar por el que el pueblo llegó a enfrentarse al ejército… Ni yo mismo estoy muy seguro; sólo sé que la razón es compleja. La catedral lleva aquí desde mil doscientos veinte. Es Amiens; la ciudad creció a su sombra. Pero desde la Revolución, la Iglesia es una organización considerada antirrevolucionaria.

»Quienes quieran rezar…, en fin, consideran que es más seguro hacerlo en la intimidad de su hogar. A unos pocos, como esas ancianas viudas —señaló a las mujeres—, les importa poco lo que pueda suceder en París, o en el resto de Francia: la Revolución acabó con sus hijos y nietos, y no tienen nada que perder. Se niegan a prescindir del único consuelo que les queda. Podría decirse que no quieren abandonar una costumbre que han conservado durante toda la vida…

Extendió la mano y, cuando Ramage la estrechó, dijo:

—Dicen que el ciudadano Bonaparte ha firmado un acuerdo con el Papa, y que dentro de poco podríamos tener un nuevo sacerdote. Quizás incluso un obispo. Pero quién sabe —sé encogió de hombros—. Al menos no han cerrado las puertas de las iglesias, por mucho que nos vigilen.

Hecho este último comentario, se marchó, y el único sonido en la inmensa catedral fue el que producía su bastón y el sordo golpeteo de la pata de palo. En algún lugar de las calles de Amiens, Louis, el hombre que había perdido una esposa por culpa de Le Bon, se entrevistaba en secreto con hombres que al menos tenían buenas razones para actuar en contra del actual régimen. Ramage comprendió entonces que un aliado era todo aquel que compartía un mismo objetivo, por diferentes que fueran sus motivos.



De vuelta al Hotel de la Poste, Ramage se sacó las botas y se tumbó en la cama, mientras Stafford llenaba el aguamanil para lavarse la cara.

—¿Qué le parece todo esto, señor? —preguntó, secándose la cara con fuerza—. Me refiero a la ciudad. A mí me da escalofríos. Es como estar en un cementerio.

A pesar de la larga caminata que habían dado por toda la ciudad tras abandonar la catedral, no habían podido cruzar impresiones por temor a que alguien pudiera oír la voz de Stafford y esto pudiera delatarlos. Ramage sentía curiosidad por saber qué opinión le merecía el asunto a alguien de la sencillez del *cockney*.

—Es más o menos lo que esperaría de una ciudad ocupada por el enemigo.

—Eso es lo que más me asombra, señor —aseguró Stafford, colgando el paño que había utilizado para secarse la cara—. Al fin y al cabo, ¿no se suponía que la Revolución iba a facilitarles la vida? Aquí y en *Boolong* y en todos los lugares por los que hemos pasado, todos tienen la cara más larga que una yarda de agua achicada. Tienen tanta comida como nosotros podamos tener en Inglaterra, pero no he visto a uno solo capaz de sonreír, y no apostaría un penique a que recuerden siquiera cómo reír.

Calló unos instantes, atento a los pasos que provenían del corredor. El ruido sordo de las botas con tacón y el cascabeleo de las espuelas, también los pasos mesurados de un hombre fornido que llevaba calzado ligero, además de unos que, obviamente, eran de mujer. Las voces de los hombres apenas eran murmullos, pero la voz de la mujer estaba cargada de emoción. Siguieron unos instantes de silencio, se abrió una puerta y seguidamente se cerró.

Había llegado el *lieutenant-de-vaisseau*. *Monsieur* Jobert lo había acompañado a su habitación, y la enamorada hija de Jobert los había acompañado a ambos. ¿Qué despachos de guerra llevaría a galope el teniente a París?

Ramage se había formulado esa pregunta con ironía; pero mientras la meditaba sintió un escalofrío de puro miedo en la espina dorsal. Hasta ese momento, gracias a Louis, toda la expedición había salido a pedir de boca; claro que hasta ese momento no había empezado de verdad. Eran las seis, y probablemente el teniente partiría hacia París a las seis de la mañana siguiente. Ramage tenía doce horas para leer los despachos de guerra, y doce horas durante las cuales Stafford o él podían ser descubiertos en plena faena de espionaje… O descubrir que en realidad el teniente no llevaba despachos secretos del almirante Bruix al primer cónsul, sino docenas de los aburridos informes que exigía semanalmente el equivalente francés en el Ministerio de la Marina a la Junta Naval. La fragata *Junon* informaba de que un tonel de ternera en salazón con el número 154 contenía once piezas menos; la corbeta *Requin*

informaba de que el marinero Charles Leblanc había desertado; el cúter *Mignon* solicitaba por tercera vez lona para reparar la maltrecha vela mayor que envergaba. Todas las armadas del mundo permanecían a flote de un mar de formularios; siempre le había sorprendido que cuando un barco efectuaba una andanada no saliera despedido un millar de plumas en lugar de balas.

Oyó a Jobert y a su hija pasar de largo por la puerta; seguro que volvían a la planta baja a empezar con los preparativos de la cena. El teniente estaría ocupado con el jabón y el agua, la cuchilla de afeitar y el cepillo, arreglándose un poco tras la larga cabalgata, preparándose para la cena.

¡La cena! ¿También iba a cenar el teniente en su habitación? ¡Ramage lo haría! En un instante, Ramage urdió un plan: al teniente le servirían la cena en su habitación, acompañado de la hija del tabernero (y la madre, que actuaría de carabina). El *patrón* podría reunirse más tarde con él, y después de que las damas se hubieran retirado a la cama, probablemente ambos se pondrían a beber y a charlar. Quizás el cansado correo no abandonara la habitación hasta que tuviera que marcharse a la mañana siguiente, momento en que subiría a bordo de su condenado caballo y pondría rumbo a París. Eso multiplicaba los riesgos por mil: Stafford tendría que esperar a que se fuera a dormir, luego entrar en la habitación (suponiendo que hacer tal cosa fuera fácil) y, finalmente, mientras el teniente dormía, encontrar la bolsa de cuero y sacarla de allí. Seguro que el teniente la pondría en lugar seguro. Bastaría con ponerla bajo el colchón, al pie o en la cabecera de la cama —en cualquier otro lugar supondría un bulto incómodo, teniendo en cuenta lo finos que eran esos colchones y las almohadas de plumas— para que tuvieran problemas. Stafford necesitaría de luz, e incluso una linterna sorda aumentaba enormemente el riesgo, puesto que el olor que desprendía la humeante llama era suficiente para despertar a un hombre.

Se sentó de pronto, como si moverse fuera a aliviar la tensión de su cuerpo. Stafford se volvió a él.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó inquieto, al ver la expresión de Ramage.

Este se dijo que más le valía mantener alta la moral de la dotación. Que era mejor no alarmar a Stafford, a quien por cierto correspondía el trabajo más peligroso. Un hombre repleto de confianza es capaz de salir airoso allá donde uno nervioso fracasaría. En ese momento llamaron dos veces a la puerta, y Louis entró en la estancia con una sonrisa grosera en los labios por si alguien lo estaba vigilando afuera. Cerró la puerta sin hacer ruido y les sonrió.

—¿Qué tal ha resultado su paseo por Amiens?

—Interesante, aunque no hemos hecho nada en particular.

—Visitar la catedral, hablar con un hombre sospechoso de ser antirrevolucionario, almorzar en un café frecuentado por agentes de la Iglesia…

—¿Nos estaban vigilando? —preguntó Ramage.

Louis se encogió de hombros y continuó hablando en francés.

—No más que a cualquier otro extranjero que pasee por la ciudad. Hay gendarmes en todas las esquinas sólo para echar un ojo a todo el mundo, e informan siempre que acaba su turno de guardia.

—¿Y cómo sabe usted qué han informado? —preguntó Ramage, sin ocultar su curiosidad.

—Tengo amigos —respondió el francés, guiñándole el ojo—. Pero no se preocupe, nadie sospecha de usted. En cuanto ambos salieron de la catedral, los gendarmes comprobaron que se alojaban aquí y que sus papeles estaban en regla. Sólo se lo digo para que se hagan una idea de cómo trabaja esta gente. No están acostumbrados a un país donde todo el mundo es un espía en potencia, y donde algunos se ganan muy bien la vida actuando como informadores de la policía.

Se sentó a la mesa y se sirvió un poco de vino.

—Veo que ha llegado nuestro amigo el teniente.

—Le oímos entrar en su habitación. Sigue ahí —añadió Ramage—. Acabo de darme cuenta de que también él cenará en su habitación.

—Eso dificultaría las cosas a Stafford, ¿eh?

—Claro que lo haría… Y lo hará —dijo Ramage, irritado por el tono un punto jocoso del francés.

—Todo lo contrario —replicó Louis, alegre—. En lugar del teniente cenando en su habitación y nosotros en la nuestra, usted y yo cenaremos abajo en la misma mesa. Podrá usted conocer al teniente, y a la preciosa hija del tabernero. ¿Quién sabe? ¡Igual pone celoso al teniente!

El francés estaba en todo. Ramage se sintió irritado y aliviado a partes iguales: odiaba estar en manos de otro hombre. Había mandado su propio barco durante demasiados años como para ceder la iniciativa a otro. En el pasado había recibido órdenes y estaba acostumbrado a la breve inclinación de cabeza cuando hacía bien las cosas, y siempre había estado dispuesto a asumir la culpa cuando fracasaba. Pero ahí, en Francia, en terreno enemigo, su mundo se había vuelto del revés.

Tenía órdenes, sí, unas órdenes sumamente difíciles de cumplir. Poner el éxito de su llegada a Francia en manos de un contrabandista… En fin, había sido inevitable; de hecho, incluso el propio lord Nelson se lo había sugerido. Pero estar en las manos de otro contrabandista, un francés, durante el resto de la operación… ¿Cómo iba a explicar eso a su señoría? Rediós, ya le costaba lo suyo asumirlo, aunque no tuviera otra opción si quería salirse con la suya. El éxito sería su justificación, y si fracasaba —pensó al tiempo que sufría un leve escalofrío—, la guillotina no sólo haría que sus explicaciones fueran innecesarias sino imposibles. El Almirantazgo jamás sabría si el fracaso había sido culpa del teniente Ramage, del primer cónsul o del cuarto gendarme de la fila de atrás.

¡Una orquesta! Se aferró a la idea, a pesar de ser consciente de que no era válida. Louis, Dyson, los dos marineros, Stafford y él eran una orquesta, y a menos que aceptara ese hecho, no haría más que arruinar su propia vida. El papel de Louis

consistía en asegurarse de que hacían lo correcto en Francia; Stafford se encargaba con esa parte que, sonrió al pensarlo, hubiera bastado para dar con los huesos en prisión en Inglaterra. Dyson y los dos marineros se encargaban de las comunicaciones, mientras que él mismo… Bueno, él era el director. Agitaría el bastón, después de asegurarse de que todos tocaran al unísono, y echaría un ojo a la partitura con la esperanza de que nadie desafinara o dejara caer el instrumento armando un estruendo horrible.

Por unos instantes se sintió mejor; entonces se descubrió pensando de nuevo en que no era una pesadilla. Estaba sentado de verdad en la habitación del Hotel de la Poste, en Amiens, con un contrabandista francés y un cerrajero *cockney*. De sus esfuerzos, astucia y destreza podía depender que el gobierno inglés conociera a tiempo si los planes de invasión de Bonaparte eran pura propaganda (un engaño gigantesco, cuya intención era inmovilizar a la flota inglesa del Canal) o una operación crucial que se pondría en marcha en cuestión de semanas, si no de días. De esta operación, se dijo fríamente, en un intento por alejar sus propios temores, podía resultar que el ejército francés de Inglaterra se convirtiera en un ejército de ocupación. Si la vida en Boulogne y Amiens constituía un ejemplo de qué hacía la nueva Francia a quienes la habitaban, costaba poco imaginar qué haría la nueva Francia a los habitantes de la vieja Inglaterra.

—La cena es a las siete —dijo Louis—. Por desgracia, nuestro amigo Stafford estará indispuesto y no se sentirá en condiciones de acompañarnos abajo, de modo que tendrá toda la libertad del mundo para hacer su trabajo, mientras el teniente ataque la sopa; sopa de cebolla, me ha dicho el *patrón* que servirá. Es la especialidad de su esposa. Creo que usted también tendrá que retirarse a la cama cuando empiece a sentirse indispuesto después del lenguado, aquejado de los mismos síntomas que Stafford, que achacaremos a algo que tomaron en ese condenado café, sin duda. Eso le permitirá inspeccionar el trabajo de Stafford mientras el teniente y yo abordamos el asado de cerdo que me habrá pedido usted encargar especialmente para la ocasión, el cual —dijo con una sonrisa de oreja a oreja, levantando la mano para acallar las posibles protestas de Ramage—, el cual, repito, es la razón de que todos cenemos juntos en la planta baja: usted ha encargado ese asado, e invitado a su mesa al resto de los clientes del hotel.

»El teniente es el único cliente, aparte de nosotros. El dueño se sintió muy impresionado por la generosidad de ese italiano, generosidad que sin duda se reflejará en la cuenta, pero… —añadió Louis, travieso— no se preocupe que soy todo un experto en el asado de cerdo: soy capaz de decirle en un instante si ha probado nada que no sea la leche de su madre; cualquier tabernero que intente servirme una bestia de pequeño tamaño que haya sido alimentada con pienso unos días… En fin, será mejor mantenerse ojo avizor. Ah, ¡y no se preocupe que le informaré, en cuanto tenga oportunidad de hacerlo, de si el plato estaba o no a la altura de la cuenta!



Ramage jamás había tenido tanta hambre, la sopa de cebolla nunca le había parecido tan deliciosa, ni menos satisfactoria. El lenguado se fundió en su paladar, pero poco hizo por calmar las punzadas de hambre que sentía en el estómago. El teniente, joven, de pelo rubio y con un largo mostacho, se mostraba muy abierto y amistoso; un espectador casual hubiera dado por sentado que era él el anfitrión, y Ramage y Louis los invitados. El tabernero llevaba un nuevo delantal azul y camisa blanca con volantes; caminaba por la estancia sonriente, mientras las mejillas de su hija no abandonaban un intenso color rosáceo, incapaz de controlar la emoción que la embargaba; emoción que delataban sus ojos, febriles de amor por el teniente.

Louis habló poco y, si bien no parecía comer tan deprisa, se las apañó para consumir el doble de comida que Ramage, quien se veía en la obligación, de vez en cuando, de responder a las preguntas del teniente. Éste, maldijo Ramage entre dientes, era un auténtico experto a la hora de formular preguntas cortas que necesitaban de largas explicaciones. Todo ello mientras el aroma del asado, puesto al fuego, se filtraba por la puerta que comunicaba la cocina con el salón cada vez que ésta se abría. Ramage miró a Louis y pensó que si pudiera tener en el plato unas rodajas del asado nada le importaría si un astuto granjero lo había engordado con mies; de hecho, unas rodajas del cerdo más viejo y correoso de toda Normandía serían más que bienvenidas.

Arriba, Stafford, más hambriento si cabe, estaba en plena faena. Ramage había intentado pensar en el *cockney*, no porque temiera que pudiera fracasar, sino porque con el teniente francés sentado ante él tenía la desagradable sensación de que si pensaba en Stafford el francés recordaría de pronto algo que había olvidado en la habitación. Le había estado observando durante el tiempo que la sopa estuvo servida en la mesa. Hubiera bastado una salpicadura de sopa de cebolla en el corbatín del francés para que éste quisiera subir a la habitación a cambiarse. Luego empezó a preocuparle la posibilidad de derramar el vino, o que un poco de pescado pudiera caerse del tenedor. Todo ese tiempo lo había aprovechado Louis para comer con la mirada fija en el plato, inclinado sobre él. Ramage, sin embargo, había estado pendiente, su oído no había dejado pasar un solo ruido, ya fuera el de los cascos de un caballo afuera, en la calle, o el crepitar de la grasa del cerdo que se asaba ensartado en un espetón.

El tabernero retiró los platos amontonados y, al cabo de un instante, puesto que aquella era la señal que habían acordado, Louis le preguntó:

—¿Se encuentra bien, *monsieur*?

Dado que esperaba esta pregunta, Ramage había aguantado la respiración hasta

sentirse mareado, todo ello cuidando de no llamar la atención. Se llevó la mano a la frente, gruñó y, puesto que la cabeza le daba vueltas, no tuvo que actuar. Se levantó cuando aún se sentía un poco mareado, y un instante después Louis se acercaba a él, solícito y tranquilizando al teniente francés.

—Él y su capataz almorzaron en un café. El capataz ya estaba indispuesto, y parece que ahora también lo está *monsieur*.

Ramage, temiendo de pronto que el teniente insistiera en acompañarle a la habitación, preocupado como estaba ya por Stafford, fingió sentir arcadas y, al cabo, volvió a hacerlo, paladeando de nuevo el sabor de la sopa de cebolla. Masculló en italiano, apartó la mano de Louis, les pidió que continuaran cenando y se dirigió a la puerta, como si estuviera a punto de vomitar. Cuando la cerró al salir, oyó que Louis contaba al tabernero con artera hipocresía que los italianos tenían que aceptar las consecuencias si escogían almorzar en cafés de poca monta.

Hizo un esfuerzo por no subir las escaleras de dos en dos; en lugar de ello, subió lentamente, gruñendo de vez en cuando. ¿Habría vuelto ya Stafford a la habitación, o seguiría en la del teniente? Después de tanto actuar en el salón, Ramage se sentía un poco mareado, como si el lenguado hubiera cobrado vida en su estómago y nadara de un lado a otro en la sopa de cebolla. Reconocía a su vieja amiga, o enemiga: esa sensación de náuseas que sentía siempre que se mezclaban el miedo y la comida. «El condenado a muerte disfrutó de un almuerzo copioso». Pues que le aproveche, pensó Ramage. Alguien así, o no tenía imaginación o tenía un estómago de hierro.

Llamó tres veces a la puerta, tal como habían acordado que haría, y oyó un movimiento en el interior. Al cabo de un instante, se abrió la puerta, que a continuación cerró Stafford con llave, tras entrar Ramage. No había nada en la mesa, nada tampoco en la cama del *cockney*. El marinero había fracasado. Debía de haber entrado en la habitación del teniente, pero lo más probable era que no hubiera encontrado la cartera. O quizás el teniente se dirigía a París a recoger despachos de guerra, no a entregarlos. Aumentó la sensación de náuseas, sintió una arcada y el sabor asqueroso a lenguado y cebolla.

Se volvió para preguntar a Stafford qué había sucedido, y vio que le miraba sonriente.

El *cockney* se dirigió a la cómoda, abrió el segundo cajón y lo llevó a la mesa. Sacó la ropa que había dentro, y, finalmente, una bolsa de cuero brillante del tamaño de una Biblia familiar, con una larga tira de cuero. Ramage vio que la solapa ocultaba una cerradura. Stafford le enseñó una varilla metálica, que introdujo a continuación en la cerradura. Acto seguido, giró la ganzúa. La solapa se abrió con la rigidez propia del cuero, y de su interior Stafford sacó una docena de cartas y dos paquetitos delgados.

Ramage se sentó a la mesa. El corazón latía con fuerza en su pecho. Por una parte, quería hacerse con los sobres y comprobar si había alguno enviado al primer cónsul de parte del almirante Bruix. Por otro lado, se sentía como el caballo que no se

atreve a saltar un obstáculo por miedo a darse de bruces en el suelo; temía no encontrar el despacho, pues eso supondría que había malgastado varios días por haber confiado en las palabras de un estúpido cabo.

Stafford tamborileó sobre una de las cartas.

—Mi francés es un poco *rudimentalo*, señor…

—Rudimentario —le corrigió Ramage, ausente.

—*Rudimentalio*, señor, pero creo que es ésta la que anda usted buscando.

Remitida a «*Le Citoyen Pierre-Alexandre-Laurent Forfait*», a «*Le Ministère de la Marine et des Colonies*», en París, una frase escrita sobre el lacre, en el reverso, informaba de que se trataba de un despacho de «*Eustache Bruix, Vice-amiral, Commandant, Force Navale de Boulogne*».

Ramage lo dejó a un lado e inspeccionó el resto. Todos estaban dirigidos a diversos departamentos del ministerio; el nombre del remitente en el reverso de cada sobre parecía señalar que se trataba de asuntos ordinarios: «*L'Ordonnateur de Marine à Boulogne*»; «*Bureau des Armements et Inscription Maritime au port de Boulogne*», etcétera. Ninguno dirigido al primer cónsul, cosa que no sorprendía a Ramage.

Stafford estaba colocando sus herramientas: una espátula plana con empuñadura de madera, varias barras de lacre en diversos tonalidades de rojo y un cuchillo de hoja fina. Hizo un gesto hacia el candelabro situado encima de la cómoda, encendido ya a pesar de que faltaba una hora para que anocheciera por completo, de lo que Ramage no se había percatado.

—¿Le parece bien que cierre las contraventanas, señor?

Ramage echó un vistazo. Cualquiera situado en las ventanas del edificio de enfrente podía ver lo que hacían en la habitación. Al pensar en los vigilantes gendarmes con sus sombreros de tres picos, se decidió por fin y cerró las contraventanas.

Stafford acercó el candelabro a la mesa y añadió papel y un tintero a la colección de herramientas que había desplegado ya. Ramage cogió la carta de Bruix y la examinó. La mancha roja del lacre se extendía quizá media pulgada de diámetro, y el hollín de la llama del secretario que lo fundió había esparcido manchitas negras a su alrededor. El sello oval (inscrito un ancla con la leyenda REP. FRAN, encima y MARINE debajo) había sido aplicado con cierto descuido por el secretario que selló el documento, a tenor del desigual grosor del lacre. Algunas burbujitas de lacre rodeaban la mancha principal, como si le hubiera temblado el pulso, o quizá se debiera a que era un tipo torpe y descuidado. Ramage imaginó qué sucedería si pasaba algo parecido a un almirante inglés en una carta enviada al primer lord del Almirantazgo: ¡acto seguido se vería el secretario en alta mar, haciendo de ayudante del cocinero!

Stafford empuñaba la espátula a la luz del candelabro. La movía para calentar uniformemente la hoja.

—¿Es ésa la que quiere abrir, señor?

El *cockney* se lo había preguntado como quien no quiere la cosa. Ramage no tenía ni idea de cómo se las iba a apañar para abrir una carta lacrada con el sello de la Armada francesa, cuando no tenía el sello para lacrarla de nuevo cuando la hubiera leído. ¿Estaría improvisando? ¿Era consciente de que, aparte de todo lo demás, sus vidas podían depender de su habilidad?

—Sí, pero ¿podrá usted volver a lacrarla para que el secretario en París no se dé cuenta de lo que hemos hecho?

—Ni siquiera usted apreciará la diferencia, señor. —Extendió la mano para asir el sobre—. Si me hace el favor de sostener la hoja sobre la llama, de modo que se caliente toda ella, moviéndola así, yo podré prepararme.

Ramage obedeció, atento a las sombras que danzaban en la pared, pensando de pronto en un mago. Stafford cogió la carta y la repasó con las yemas de los dedos.

—Una hoja de papel doblada en tres pliegues, los extremos doblados hacia la mitad, introducida posteriormente en otra hoja que ha sido doblada tres veces y remata doblada en la mitad, aplicado el lacre en el centro. ¡Nadie lo sabrá!

—¿Qué no sabrá?

Stafford sonrió travieso.

—Nadie sabrá que no es un método seguro de enviar cartas secretas cuando yo ando cerca. —Tomó dos hojas de papel de su pila y las comparó con la carta—. Más o menos son del mismo grosor, menuda suerte.

—¿Por?

—Porque así podremos experimentar un poco con la temperatura de la hoja. —Practicó tres pliegues a la primera hoja de las tres, y luego dobló los dos extremos hacia dentro, de modo que ambos coincidieran en la mitad; luego repasó con los dedos los pliegues para alisarlos y obtener el resultado que buscaba. Luego tomó otra hoja, puso la anterior en medio e hizo las mismas dobleces, aguantando los extremos con la yema del dedo. Finalmente, tomó el lacre.

—Necesito un instante el candelabro, señor, ¿podría sostenerlo?

Calentó la barra de lacre y la colocó sobre el papel para sellarlo. Dejó que goteara hasta lo que calculó sería el mismo grosor del lacre de la carta de Bruix.

—Eso es. Ahora, si sigue usted calentando la espátula, señor…

Sostuvo en alto el sobrecito que había hecho en una mano y la carta de Bruix en la otra, como si comparara sus respectivos pesos; luego repasó el grosor de ambas con el dedo índice y el pulgar, como hace el sastre cuando examina una tela.

—Tienen el mismo grosor —comentó, dejando la carta de Bruix en la mesa, y colocando después su obra al lado—. Eso es lo que importa. —Sacó un retal del bolsillo—. Páseme la espátula, señor.

Limpió el hollín, deslizó la hoja justo debajo del lacre del sobre que había hecho y presionó hacia abajo, con lo que abrió un extremo. En unos instantes, a medida que la espátula calentaba el lacre a través del grosor del papel, el extremo se levantó, y apartó la espátula.

—Vuelva a calentarla, ¿quiere? Estaba en su punto justo, sí, señor.

—Déjeme mirarlo —pidió Ramage, y Stafford le tendió el sobre que había hecho, antes de tomar la espátula y aplicar la hoja al fuego.

Ramage observó el sello de lacre. Tenía la misma forma, excepto que estaba partido limpiamente en dos, una mitad en un extremo del papel, otra en el extremo opuesto. La espátula de Stafford había tenido la temperatura necesaria para separar ambas mitades, pero no tanto como para distorsionar la impresión del sello.

—¿Puede garantizarme que podrá hacer lo mismo con la carta del almirante? Me refiero a que no dañará la impresión.

—No puedo garantizarlo, señor; simplemente, le diré que estoy seguro de poder hacerlo —respondió Stafford, sin dejar de aplicar la espátula al fuego—. Mire el reverso: no se ha quemado el papel, ¿lo ve?

No había indicio alguno de la aplicación de la hoja caliente en el sobre.

—De eso se trata, señor. La mayoría de la gente piensa que es difícil trabajar con lacre, pero basta con aplicar calor. Encima para la impresión del sello, sí, pero también puede uno calentarlo para separarlo por debajo, como usted acaba de ver. Y ahora, mire lo poco cuidadoso que fue el secretario: el lacre forma una capa delgada en un lado, y una gruesa en el otro. Hemos tenido mucha suerte.

Ramage asintió. Calculó que habrían transcurrido unos cinco minutos. A esas alturas, el dueño debía de estar entrando en el salón con el asado servido en bandeja. Dentro de otros cinco minutos, lo habría servido y el teniente y Louis disfrutarían del plato fuerte de la cena. Tardarían unos quince minutos en hacerlo y repetir. En fin, al menos de momento, Stafford y él no tenían que preocuparse por haberse retrasado.

—Me gustaría que sostuviera la carta contra la mesa cuando estemos preparados, señor, para que pueda levantar la solapa limpiamente. Creo que la espátula está lista. —Stafford observó cómo Ramage colocaba la carta de Bruix enfrente de él, con el lacre hacia arriba. Bastó un solo movimiento para apartar la espátula de la llama, limpiar el hollín con el trapo y hundir la hoja bajo el papel. Con una destreza sorprendente, o al menos eso le pareció a Ramage hasta que recordó a qué se dedicaba Stafford antes de la guerra, levantó los extremos en el preciso momento en que el lacre se había calentado lo bastante para separarse, apartando de nuevo la espátula al instante. Sopló sobre el lacre para enfriarlo y tendió a Ramage el sobre abierto, sin preocuparse siquiera de comprobar en qué estado había quedado el sello.

Ramage comprobó que el sello estaba intacto y se encontraba en perfectas condiciones. El lacre se había separado en la parte fina y reblandecido lo suficiente en la parte gruesa como para permitir a Stafford separar ambos extremos del papel, antes de que el calor pudiera dañar la impresión. Con sumo cuidado sacó Ramage la carta doblada en el interior, y, luego, la abrió.

Impreso en el encabezamiento vio el mismo símbolo que aparecía en el sello: una forma oval con un ancla en el centro, la «*Rep.*» a la izquierda, el «*Fran.*» a la derecha y la palabra «*Marine*» al pie, siguiendo el contorno de la misma. «*Liberté*» aparecía

impreso en letras grandes a la izquierda del óvalo, y «*Égalité*» a la derecha.

La carta tenía remite de Pont-de-Brique, que era donde el Cabo había dicho que el vicealmirante Bruix tenía su cuartel general, y fecha «*Le 13 Prairial*». No recordaba el nuevo calendario que empleaban los franceses desde la Revolución, con nombres distintos para los meses y el año cero desde la Revolución en lugar del nacimiento de Cristo, pero el día anterior había sido el primero de junio.

Rápidamente leyó la carta. Se repetía el nombre entero y el título de *Forfait*, y la carta empezaba diciendo: «*Vous me demandez par votre dépêche du 1.er de ce mois renseignement sur la…*».

Ahí estaba. A juzgar por lo que decía la carta, ¡el ministro Forfait planteaba a Bruix todas las preguntas para las que el Almirantazgo buscaba respuesta! No sólo Forfait: la información la requería el primer cónsul. Bruix explicaba que había recibido las preguntas, pero que le llevaría varios días reunir todos los detalles para elaborar las tres listas y el informe. El *citoyen* Forfait comprendería que, si bien era sencillo preparar la primera lista, las diversas categorías de embarcaciones completadas y que podrían botarse para el 13 de Mesidor, los astilleros tendrían que ser inspeccionados por oficiales de marina para asegurarse de la exactitud de los datos incluidos en la segunda lista (que mostraba el estado alcanzado a esa fecha de cada embarcación en proceso de construcción, destinada a la flota de invasión). La tercera lista planteaba aún más dificultades, porque indicaba cuántos de los barcos en construcción el 13 de Mesidor podrían estar terminados y armados para el 14 de Termidor, que dependería del número de trabajadores empleados, lo que, a su vez, dependería del dinero disponible para los sueldos, el equipamiento y los materiales, todo lo cual estaba muy por debajo de lo que era necesario.

En todo caso, escribía Bruix, adjuntaría el informe completo a los despachos que remitiría la semana siguiente. Aseguraba al ministro que siempre había compartido el punto de vista del primer cónsul en lo referente a la necesidad de obrar con apremio, pero «comprenderá usted, *citoyen*, que sólo puedo armar las embarcaciones botadas en los astilleros si dispongo de la lona, cabuyería, motonería y el armamento necesario, y es preciso trasladar a la atención del primer cónsul que, de las veintitrés lanchas botadas, sólo siete han podido ser envergadas y armadas para la navegación con los materiales de que disponía. De las setenta y tres cañoneras terminadas hasta el momento, sólo diecinueve están armadas y en disposición de echarse a la mar. Nos faltan cincuenta y cuatro cañones y cureñas para el resto, y serán necesarios trescientos cincuenta y nueve cañones y cureñas para armar a las cañoneras exigidas por el primer cónsul y encargadas a los astilleros. Tengo entendido que el general Soult ha escrito a París en respuesta a las preguntas del primer cónsul acerca del estado del ejército, pero, sinceramente, espero que no se cuente con nuestros exiguos pañoles para proporcionarle pólvora, bala y llaves».

El resto de la carta era una sutil recapitulación de todas las peticiones anteriores que Bruix había hecho a París, y parecía apuntar a Forfait que debía preparar al

primer cónsul por tan decepcionante informe. Bruix decía que recibiría con sumo placer una respuesta a su solicitud del total de cuatrocientos trece cañones y cureñas porque, si sólo iba a obtener una parte, trasladaría pronto a los trabajadores de las cañoneras a los transportes, que no necesitaban de cañones. Con ello no quería decir, añadía, que considerara que la flota de invasión podía ser protegida por menos cañoneras de las que se había decidido en un principio, sino simplemente que estaba ansioso por hacer el empleo más económico posible de los trabajadores de que disponía. También aguardaba el dinero para pagar a carpinteros y carpinteros de ribera, cuyos sueldos debía desde hacía once semanas. Había indicios de que muchos trabajadores, sobre todo los extranjeros, abandonaban los astilleros, astilleros que a su vez exigían los pagos que se les debía desde hacía meses.

Ramage reunió pluma, tintero y papel, y anotó los puntos principales de la carta, asegurándose de no cometer error alguno en lo referente a la cantidad de embarcaciones o cañones. Deslizó la carta de Bruix por la mesa a Stafford, y, después de doblar su propio resumen, lo introdujo bajo la camisa. Entretanto, el *cockney* había calentado la espátula sobre la llama del candelabro, después de introducir la carta en el interior del sobre.

—Si la sostiene, señor —le pidió—. Asegúrese de que los extremos estén bien firmes… Así. Yo introduciré la espátula y será cosa hecha mientras usted mantenga la carta bien tiesa. —Rozó la palma de la mano con la espátula, hizo una mueca, sacudió la cabeza y devolvió la hoja a la llama—. Aún le falta un poco.

No parecía en absoluto nervioso. Eso fue lo que impresionó a Ramage. No temblaba, ni hacía chistes malos para darse confianza. Aun así, Stafford era lo bastante listo como para saber que un solo error bastaría para que acabaran siendo capturados por espionaje, y ambos habían visto suficientes guillotinas a lo largo de aquellos últimos días como para no hacerse ilusiones respecto a cuál sería su final…

El *cockney* cogió el retal y limpió el hollín de la espátula.

—Perfecto, creo —dijo al introducir la hoja bajo la solapa del sobre—. No, señor, no apriete usted tanto, limítese a impedir que pueda moverse.

Atento al lacre, Stafford apartó un instante la hoja de la espátula y volvió a introducirla. Se inclinó sobre el sello como un gato a punto de saltar, oculto a la mirada de Ramage. De pronto, retiró de nuevo la espátula y sopló con fuerza en el lacre.

Se incorporó y asió la cartera de cuero.

—¿Le interesan alguna de estas cartas, señor? —Cuando Ramage negó con la cabeza, las devolvió al interior de la cartera y señaló el despacho de guerra—. Échele un vistazo si quiere, señor; el lacre ya se habrá solidificado. ¡Está lista para pasar la inspección del ministro!

No exageraba en absoluto: el lacre rojo se adhería de nuevo a ambas solapas, y Ramage comprobó que Stafford había calibrado perfectamente la cantidad que debía aplicar, la justa para que se pegara, pero no la suficiente para afectar en nada la

impresión del sello.

El *cockney* tenía abierta la cartera, pero antes de que Ramage hubiera tenido tiempo de devolver el despacho de guerra a su interior, sacó de nuevo las otras cartas, cerró la solapa de la cartera y, luego, la cerradura. Finalmente, colocó la cartera en la mesa y le arreó un golpe con ambas manos cogidas en un puño. El golpetazo fue lo bastante fuerte como para dejar plana la cartera, y, mientras abría de nuevo la cerradura, explicó:

—Vale la pena saberlo. De haber tenido problemas con el sello de lacre, podríamos haber apilado todas las cartas, de modo que los sellos estuvieran unos encima de los otros, para luego sentarnos encima de la cartera. Hubiera bastado con eso para romper todos los sellos. Quebrado los sellos de lacre, los funcionarios de Paris hubieran supuesto que el teniente debía de haberse sentado encima de la cartera. Los funcionarios no son muy listos que digamos; no, señor.

Levantó el candelabro para iluminar el interior del cajón, del que sacó el juego de ganzúas.

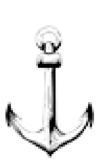
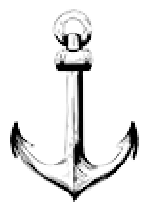
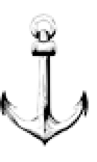
—Si me hace el favor de vigilar que no se acerque nadie, señor, voy a devolver la cartera al teniente —dijo con ella en la otra mano—. ¿Vamos bien de tiempo?

Ramage consultó la hora en su reloj.

—Hace veintiún minutos que entré por esa puerta —respondió—. ¿Dónde ocultaba el teniente la cartera?

Stafford rió secamente.

—Muy original, el mozo. ¡Debajo de la cama!

Era cerca de medianoche cuando Louis regresó a la habitación. Ramage y Stafford, tumbados en la cama, oyeron al *lieutenant-de-vaisseau* y al contrabandista subir la escalera dando tumbos de un lado a otro, bromeando y susurrando ruidosamente, con el aire de quien habla de algo confidencial, como un par de hombres que han pasado la noche bebiendo. Louis acompañó al teniente a su habitación, le dio las buenas noches y trastabilló por el corredor. Ramage oyó cerrarse la puerta del teniente, y al cabo de un instante se abrió la suya.

—¿Cómo se encuentra el enfermo? —preguntó Louis en voz alta y en francés.

—Un poco mejor, si se refiere usted a mí. Mi capataz se encuentra mucho mejor, ¡fíjese que está hambriento!

—Lo supuse —respondió Louis, borracho—. Espere un momento…

Le oyeron caminar pesadamente por el corredor, bajar la escalera y volver con una jarra en una mano, dos cuencos en la otra y una gruesa hogaza de pan bajo el

brazo. En cuanto hubo cerrado la puerta, Ramage comprobó que estaba tan sobrio como cuando se había despedido de él en la mesa. La embriaguez era puro teatro.

—He traído suficiente sopa para los dos —dijo, sirviendo la mesa—. Con los mejores deseos del patrón. En fin, ¿cómo ha ido? —preguntó a Ramage en voz baja —. Me he asegurado de que el teniente regresara borracho a su habitación, por si acaso.

Ramage y Stafford se sentaron a la mesa mientras Louis servía la sopa y partía el pan.

—El asado de cerdo estaba delicioso —rió—. El teniente lo alabó tanto como yo. Sin embargo, se mostró muy crítico con el lenguado, como supongo que corresponde a un oficial de la Armada. Como buen normando, dio el visto bueno a la sopa de cebolla.

Con aire ausente, extrajo dos cucharas del bolsillo, las ofreció a ambos comensales y tomó asiento frente a Ramage. Obviamente, estaba deseoso de saber qué había sucedido, pero tanto Ramage como Stafford estaban muy ocupados con la sopa como para prestarle mucha atención. Stafford terminó el cuenco y echó un vistazo a la jarra con cierta esperanza.

—Queda un poco —dijo Louis—. ¿Le apetece más, señor? —Ramage rechazó la oferta y señaló a Stafford.

Mientras Stafford terminaba la sopa con ruidosa celebración, Ramage sacó las notas que había tomado, las colocó sobre la mesa y dijo en inglés:

—Stafford hizo un trabajo excelente. Nosotros… Bueno, él tomó prestada la cartera durante un cuarto de hora. Había dieciséis cartas en su interior, y un despacho del vicealmirante Bruix, dirigido al ministro de Marina, el ciudadano Forfait. —Ramage no pudo resistir hacer una pausa dramática para espolear la atención del francés.

—¿Pudo usted…?

—Stafford abrió el sello, y…

—¿Y pudo volver a cerrarlo? —le interrumpió Louis, ansioso.

—Y después de leer el despacho, lo volvió a cerrar, de modo que ni siquiera el secretario que lo lacró se daría cuenta. Stafford tiene, como usted, unas destrezas poco habituales en un marinero.

—El despacho… —le animó Louis.

—Ah, sí. —Ramage tamborileó en las notas—. Muy interesante. Según parece, el ministro, en nombre del propio Bonaparte, acaba de formular a Bruix las mismas preguntas cuyas respuestas anda buscando el Almirantazgo inglés. Cuántas embarcaciones de los diversos tipos han sido terminadas y están listas para echarse a la mar, cuántas embarcaciones estarán construidas a finales de mes, y la situación del resto.

»Ah, sí, también el almirante Bruix tiene muchos problemas para encontrar el dinero necesario para pagar a los carpinteros y los carpinteros de ribera de los

diversos astilleros. Por lo visto se les debe el sueldo de meses. Recuerda también al ministro que ha pedido más de trescientos cincuenta cañones y cureñas para las cañoneras. Tendrán que ser piezas de veinticuatro libras…

—Una por cada cañonera —apuntó Louis.

—Exacto —dijo Ramage, repasando las notas—. Veamos: setenta y tres cañoneras terminadas hasta el momento, y sólo diecinueve preparadas para echarse a la mar. No hay cañones para las cincuenta y cuatro restantes. Por tanto, necesita otros trescientos cincuenta y nueve cañones para el resto de las cañoneras encargadas por el primer cónsul. Luego dice que se han botado otras veintitrés lanchas, pero que sólo tiene palos, lona y cabuyería para once de ellas. Todo lo cual coincide con lo que pudimos observar en Boulogne.

Louis lanzó un bufido.

—Más de cuatrocientas cañoneras encargadas, y únicamente hay cañones para diecinueve… Palos, vergas y velas para menos de la mitad de las lanchas botadas, y probablemente cuatro veces más pedidas a los astilleros… Así es como ese hombre, Bonaparte, pretende desafiar a la Armada inglesa, la cual ha mantenido a todos sus barcos en el mar, durante el invierno y el verano, a lo largo de estos últimos ocho o nueve años. Llenemos las cañoneras con los hijos de los granjeros y los contables y enviémoslos a cruzar el Canal —dijo, imitando al Bonaparte que caricaturizaba la prensa inglesa.

Ramage sintió una gran simpatía por él, y reparó en que Stafford le observaba con curiosidad. Bonaparte hubiera considerado a Louis un traidor a Francia; no obstante, según el rasero de hombres como Louis y el hombre tullido que había sido abandonado en las cumbres alpinas, los traidores eran Bonaparte y el nuevo régimen. Menuda posición la de aquellos que descubren en el enemigo oficial de su propia patria al único amigo… Era como si todos los malhechores de Inglaterra se hubieran hecho con el control y, con su líder instalado en el palacio de Saint James, pusieran manos a la obra para convertir su tierra en un lugar seguro donde ladrones, asesinos, alcahuetas, chantajistas y robaovejas pudieran vivir a sus anchas, y, amarga ironía, lo hicieran todo en nombre de la libertad, la igualdad y la fraternidad entre los hombres.

Louis señaló las notas que había tomado Ramage para indicarle que sólo le había contado lo anotado en una página.

—¿Es eso todo de lo que informaba Bruix? ¡No creo que en el Almirantazgo les parezca suficiente!

Ramage sonrió.

—No, en realidad tan sólo se trata de un acuse de recibo de la petición que le hizo el ministro. Tengo la sensación de que el almirante Bruix quería advertir al ciudadano Forfait de que la lectura del informe completo, cuando lo envíe, no hará muy feliz a Bonaparte: apunta que debería prepararse con mucho tacto al primer cónsul para encajar la noticia. Y también aprovecha la oportunidad para poner en cruz su propia jarcia, recordando a Forfait que no ha recibido los cañones, la cabuyería, la lona y

demás que había solicitado, aparte del dinero para pagar a los trabajadores.

—Necesitará de todas las excusas que se le ocurran, si el primer cónsul descubre que se ha retrasado en la creación de la flota —comentó Louis—. Y el general Soult ya puede ir olvidándose de obtener el bastón de mariscal si el ejército de Inglaterra no tiene listo hasta el último botón y la última llave de mosquete. Y ¿qué va a pasar ahora? —preguntó el francés, titubeando.

—El almirante ha pedido al ministro que le informe a vuelta de correo, supongo que por mediación del mismo teniente, cuándo puede contar con recibir los cuatrocientos trece cañones y cureñas, y el dinero para pagar a los trabajadores. Dice que tardará unos cuantos días en preparar un informe completo sobre el estado de la flota de invasión, y que lo incluirá en su próximo envío semanal. De modo que seguramente será el mismo teniente quien lo lleve a París la próxima semana.

Ramage aguardó a que Louis comprendiera la importancia del tiempo. Era mejor que el francés alcanzara esa conclusión por sí mismo. Mientras estuvo tumbado en la cama, aguardando el regreso de Louis de la orgía del cerdo asado, había pensado en todas las alternativas que tenía. Por suerte, eran unas cuantas: no estaba obligado a tomar un solo camino, excepto que en último caso, si todo se torcía, encontrarían al desdichado *lieutenant-de-vaisseau* tirado en alguna de las zanjas del camino que llevaba de Boulogne a Amiens.

Louis formaba una montañita con las migas que había en la mesa. Se le veía cansado y tenía una mancha de grasa en la barbilla que había descuidado a la hora de limpiarse la boca con el dorso de la mano al terminar el asado. Maldito asado, tenía tanta hambre que no dejaba de recordar el exquisito plato que se había perdido. Ramage tendría que esperar, y lamentando haber hecho esperar a Louis para informarle del contenido del despacho de guerra, pensó que el francés se cobraba venganza haciendo lo propio. Se mostraba concienzudo, a juzgar por cómo había jugado sus cartas hasta el momento; era como un buen jugador de ajedrez que calculara todos los posibles movimientos disponibles a su oponente, antes de decidir el propio.

Levantó finalmente la mirada y, haciendo un gesto a Stafford, dijo:

—Hablaré en francés. No puedo pensar bien en inglés. —Dobló las notas de Ramage y luego deslizó el papel por la mandíbula—. Primero, debemos volver a echar un vistazo al interior de la cartera del teniente cuando regrese el lunes de París, para que podamos saber cuándo, o si el almirante Bruix podrá esperar sus cuatrocientos trece cañones y cureñas.

Al ver que Ramage asentía, continuó diciendo:

—Su gente considerará esa información más vital que saber cuándo se terminará la construcción de las embarcaciones, puesto que sin cañones una cañonera no sirve para nada.

Ramage asintió de nuevo. Hasta el momento, Louis coincidía en todo con él.

—Segundo, es necesario que volvamos a abrir esa condenada cartera cuando el

teniente regrese a París procedente de Boulogne el próximo sábado para que podamos hacer una copia del informe completo del almirante Bruix al ministro. Después de eso, su gente sabrá tanto de la flota de invasión como el propio primer cónsul, ¿verdad?

—Incluso más —respondió secamente Ramage—. Creo que el ministro lo retocará con sumo cuidado para salvaguardarse a sí mismo, antes de presentarlo a Bonaparte…

—Política, todo es cuestión de política —reflexionó melancólico Louis—. El almirante escribirá un informe honesto porque probablemente ha llevado a cabo una labor honesta. Ha construido tantas embarcaciones como ha podido con el dinero y los materiales de que disponía, y encargado tantos barcos como le ha sido posible encargar. La gente de París es responsable del déficit; después de todo, no le proporcionaron lo que necesitaba. Forfait sabe que no ha suministrado los materiales, quizá porque no ha podido reunirlos. El Tesoro no le ha proporcionado el dinero porque no disponía de él. Pero el primer cónsul seguro que no va a culparse a sí mismo por encargar más barcos de los que podían construirse con el dinero y los materiales disponibles. Oh, no, él no puede equivocarse. *Alors*, tendrá que buscar cabezas de turco, lo cual saben muy bien tanto Forfait como el tesorero. Si Forfait culpa al tesorero, sabe que se granjeará un enemigo; de igual modo, el tesorero sabe que no puede echar toda la culpa a Forfait. De modo que… —Louis se encogió de hombros, gesto que resultó de lo más expresivo—, entre ambos censurarán cuidadosamente el informe del almirante Bruix. Después de todo, se encuentra a un centenar de millas de París, y en momentos como el presente, imagino que lo que le conviene a un hombre es no alejarse más de un centenar de metros del oído del primer cónsul, si realmente quiere evitar caer en desgracia.

El raspado del papel en la mandíbula de Louis estaba irritando a Ramage, que imitó el modo en que el francés se encogía de hombros.

—Los políticos son iguales en todo el mundo; probablemente esas cosas sucedan también en Londres.

—Sucede hasta en las concejalías de los pueblos —dijo con amargura Louis—, sólo que allí andan tras el dinero, no el poder. Pero nos estamos desviando de nuestro problema. Lo que tenemos que decidir es si podemos seguir aquí una semana más.

Ramage apoyó ambas manos en la superficie de la mesa.

—Acepto su decisión.

—Sin tener un buen motivo, sería muy peligroso. ¿Se le ocurre cuál puede ser ese motivo?

—¿Que Stafford se encuentra peor?

Louis sacudió la cabeza.

—Una enfermedad equivale a un doctor, y un doctor es muy probable que sospeche que Stafford no habla una palabra de italiano. Los doctores, no lo olvide, saben latín. —Levantó la mirada para observar a Ramage y rompió a reír—. Ha sido

usted el último en indisponerse, y habla italiano lo bastante bien como para hacerse pasar por uno, de modo que mucho me temo que tendrá que ser usted quien guarde cama. Es el mejor motivo que se me ocurre, aparte de que también es el más seguro.

La perspectiva de fingirse enfermo durante una semana entera distaba mucho de complacerle, pero Ramage sabía que no había otro modo. Louis estaba en lo cierto, y además no sería la primera vez que pusieran en escena aquella farsa. Tanto el patrón de la taberna como el teniente lo habían visto mareado e indispuesto durante la cena, y ambos sabían también que el capataz se había retirado unas horas antes. Seguro que el condenado *lieutenant-de-vaisseau* se interesaría por cómo progresaba el estado de salud de *il signor* cuando regresara de París con la cartera.

—Tenemos que avisar a Jackson del retraso. Volverá de Inglaterra y esperará que nos presentemos de vuelta el lunes en Boulogne. Debo enviar otro informe, porque el Almirantazgo estará muy interesado en saber todo cuanto hemos averiguado.

Louis asintió.

—Pasar los mensajes es el menor de nuestros problemas. —Consideró unos instantes la cuestión—. Si todo salió bien, Jackson debería regresar a Boulogne esta noche. Puedo apañármelas para hacerle llegar su informe, de modo que Dyson y él puedan hacerse a la mar para acudir al punto de reunión mañana por la noche. El lunes llegará a Londres y el martes estará de vuelta en Boulogne.

—Bien. Escribiré ahora mismo el informe y las órdenes para Jackson.

—Cuanto antes, mejor —admitió Louis—. De aquí a Boulogne hay un buen trecho, al menos por el camino que tomará mi hombre. Y no olvide que podrían atraparlo, o sea, no se muestre demasiado… explícito. No me refiero a su informe al Almirantazgo —se apresuró a añadir—. Usted asegúrese de que si atrapan a mi hombre y leen la documentación, ¡nadie sepa dónde pueden encontrarnos!

Ramage fingió darse un golpe en la nuca con el canto de la mano.

—Basta con pensar en la hoja de la guillotina para mostrarse de lo más cauto…

CAPÍTULO 12



Al llegar la tarde del martes, la tensión en la habitación que ocupaba Ramage en el Hotel de la Poste podía cortarse incluso con el cuchillo de la mantequilla: si Stafford caminaba de un lado a otro, le decía que no armara ruido; si caminaba en silencio, le ordenaba que dejara de arrastrarse. Sólo Louis, que tenía su propia habitación y, por tanto, era libre de entrar y salir cuando le viniera en gana, se libraba del malhumor de Ramage.

La sensación de verse atrapado en la habitación carecía de lógica; Ramage era capaz de admitirlo mientras pasaba de la superficie dura de las sillas a la dura cama. Dormía mal porque la falta de ejercicio impedía que su cuerpo se sintiera cansado, le dolían los músculos de lo poco que los utilizaba, y, entretanto, no dejaba de pensar y preocuparse por el regreso del *lieutenant-de-vaisseau*. Sabía todo eso perfectamente; sabía también que nunca había disfrutado de una cabina que tuviera una cuarta parte del espacio de aquella habitación y, aunque ocupaba la cabina durante meses y meses, nunca se le habían antojado tan pequeñas. Quizá porque al salir de la cabina tenía ante los ojos el ancho mar. Solían mediar docenas de millas hasta avistar tierra en el Mediterráneo, cientos en el Caribe y miles en el. Nunca había apreciado la libertad: abría la puerta, respondía al saludo del infante de marina que hacía de centinela, y tras subir la escala de todilla salía a cubierta para otear el mar hasta el horizonte. No siempre resultaba una visión tranquilizadora, cierto, ni siquiera en el Mediterráneo o en el Caribe, puesto que una tormenta de verano en el golfo de León exigía de todo el conocimiento de la profesión que pudiera atesorar, y un huracán en el Caribe podía exigirle aún más.

Para matar el tiempo, había vuelto a navegar mentalmente por todas y cada una de

las tormentas que había vivido en la mar al mando de su propio barco. No eran muchas, considerando que tenía una experiencia de algo más de tres años, y que los viajes habían sido de Italia a Gibraltar y, de ahí, a Inglaterra, y de Inglaterra por el océano Atlántico a las Indias Occidentales, el ancho y largo del Caribe y de vuelta a Inglaterra por una ruta algo tortuosa. Un par de docenas de tormentas, quizás el doble, puesto que para un marino eran algo tan común y más o menos tan irritante como la lluvia para el granjero que recoge los frutos de la cosecha. Una tormenta había sido preocupante, la que sorprendió al cúter *Kathleen* justo después de salir al Atlántico por el estrecho, procedente del Mediterráneo. El viento del este entraba como a través de un embudo por el monte Atlas de África, por un lado, y las montañas de Gibraltar y España por el otro. Por espacio de unas pocas horas se estuvo preguntando si el *Kathleen* sobreviviría. Lo hizo, ya que un barco suele aguantar mayores penurias que su dotación, y Ramage admitía que había aprendido mucho; sobre todo porque lo que había aprendido sirviendo de guardiamarina y luego de teniente a bordo de barcos de mayor porte, tenía poco que ver con el gobierno de embarcaciones inferiores, empezando por el hecho de que el oleaje que desde un navío de línea parecía un conjunto de colinas, en el alcázar de un cúter parecían montañas.

Y un huracán. Había aprendido más sobre el temporal en las cuarenta y ocho horas que los vientos y el mar tardaron en destrozar al bergantín *Triton* que en toda una vida en el mar; había visto caer los palos por la borda. Sin embargo, el barco se había mantenido a flote, aunque durante mucho, mucho más tiempo del real había dudado a cada instante de que aquello fuera a suceder. Sí, había aprendido un sinfín de valiosas lecciones, aunque moriría satisfecho si no volvía a enfrentarse a un huracán para poner en práctica todos aquellos conocimientos. Una lección era tan válida para una tormenta como lo era para un huracán, por no mencionar el combate o, incluso, arrimar el barco al muelle. Era muy sencillo, ningún capitán experimentado y bien adiestrado, al mando de un barco sólido, tenía mucho que temer; siempre y cuando su dotación estuviera bien adiestrada y confiara en él. El adiestramiento se le suponía; la confianza, no. Había necesitado de varios combates y de un huracán para descubrir cuál era, probablemente, el aspecto más importante del mando.

Por lo visto, su importancia no se circunscribía sólo al hecho de estar en la mar; Stafford, que había servido con él desde que le asignaron su primer barco, guardaba el mismo silencio en aquella habitación que hubiera guardado en la cubierta del bergantín *Triton*, empujado por los alisios, rumbo al sol de poniente. Estaba abiertamente expuesto al malhumor de su capitán, aunque éste habría de enfrentarse a la furia del Almirantazgo si el negocio se torcía, y los tres afrontarían la ira de los hombres de Bonaparte, lo que a su vez suponía acabar con el cuello bajo la guillotina. Ni Stafford ni Louis tenían más o menos que perder que el teniente Ramage: lo único en juego era si podían mantener la cabeza sobre los hombros y volver a salvo a casa a

través del Canal…

Ramage se hizo la promesa de mostrarse menos irritable en el futuro. La llegada del *lieutenant-de-vaisseau* de París aliviaría la tensión; su regreso de Boulogne el sábado pondría punto final al nerviosismo. ¡El sábado! La espera del miércoles al sábado sería mucho peor que la que soportaba en esos momentos; lo que importaba realmente era el informe de Bruix. Se preguntó por enésima vez si el riesgo de hacerse con la cartera en esa ocasión valía la pena, teniendo en cuenta que podía echar a perder la posibilidad de acceder al informe completo que el almirante enviaría el sábado.

Louis decía que sí; Stafford se indignó, al menos tanto como pudo atreverse, cuando Ramage mencionó que un error en el sello del despacho procedente de París pondría en peligro toda la operación. El sábado, en cuanto hubieran leído el despacho enviado por Bruix, el lacre no tendría la misma importancia. Para cuando llegara la cartera a París, y la abriera el ministro de Marina el lunes, los tres estarían de vuelta a bordo de la *Marie*, rumbo a Folkestone.

De nuevo Ramage repasó el *Moniteur*. Louis le llevaba con regularidad los ejemplares antiguos que encontraba en diversos lugares. Había tardado quince minutos en leer el contenido del último ejemplar, que era tan interesante como la *London Gazette*, aunque el tono rimbombante de los informes oficiales era sumamente entretenido.

Había decidido un centenar de veces abandonar el intento de aquella noche; luego había cambiado de opinión otro centenar de veces. De modo que, a pesar de avergonzarse por tener que admitirlo, lo harían, siempre y cuando no volviera a cambiar de opinión. A juzgar por la velocidad a la que lo hacía, tenía tiempo de sobra para cambiar de opinión un centenar de veces más antes de que el *lieutenant-de-vaisseau* se metiera en la cama aquella noche, convencido de que la cartera se hallaba oculta y a salvo.

Supuso que Forfait no se molestaría en responder a las preguntas de Bruix acerca de los cuatrocientos trece cañones y el dinero para los trabajadores. Tal vez lo hiciera al cabo de unos días, cuando alguien contara exactamente el número de cañones disponibles y comprobara el dinero que había en las arcas. El Almirantazgo en Londres no admitiría jamás que faltaba el dinero, eso era algo a lo que todos los ministerios se enfrentaban a diario en todos los gobiernos del mundo; no obstante, los cañones para las cañoneras que tomarían parte en la invasión… Eso era diferente. Saber que Bruix no obtendría cañones adecuados para las cañoneras era más importante que saber a qué velocidad se construirían las cañoneras. Sin cañones eran completamente inútiles, puesto que no eran adecuadas para el transporte de tropas, provisiones o munición. Por otro lado, si Forfait admitía que no dispondrían de más cañones durante, supongamos, seis meses (hasta que las fundiciones los produjeran, o se convenciera al ejército de cederlos y pudieran fabricarse las cureñas correspondientes para artillarlos en los barcos), entonces el Almirantazgo sabría que

durante el siguiente medio año, las únicas cañoneras útiles de que dispondría Bruix eran las que había podido armar hasta ese momento.

Podía ir un paso más allá, y Bruix lo haría, abandonado a sus propios recursos (aunque el ministro del primer cónsul podía coartar su iniciativa), terminando quizá la construcción de las cañoneras encargadas, quitándolas del paso para empeñar a todos los carpinteros de ribera (y herreros y aserradores, para el caso) en la construcción de más lanchas, o, si no de más lanchas, al menos acelerar la construcción de las que se encontraban en pleno proceso.

De hecho, casi lo sentía por el almirante Bruix. El pobre hombre se encontraba en una situación estúpida, en la que podía construir más transportes para la flota de invasión y llevar un ejército aún mayor a Inglaterra a través del Canal, pero, debido a la falta de cañones, tendría muchas menos cañoneras con que escoltarlos. Cuantos más transportes construyera, menos capacidad tendría para defenderlos.

Suponía cierto consuelo que el teniente Ramage no fuera el único oficial de la Armada a cincuenta millas del Canal que tenía problemas, pensó entristecido; con la diferencia de que Bruix no acabaría en la guillotina si fracasaba.



Ramage estaba preocupado por Louis, a quien esperaba desde las seis de la tarde. Tenía que exponer el plan que había trazado para asegurarse de que el teniente Ramage cenara de nuevo en el comedor de la taberna, pero ya eran las siete y aún no había regresado. Ramage y Stafford tenían que volver a asumir sus respectivos papeles de inválidos, desnudos y en cama, aguardando la cena. Ambos tenían que parecer realmente enfermos, aunque el boletín diario dado al patrón cuando subía el desayuno decía que Stafford experimentaba una constante mejoría, mientras que el *signor* Di Stefano progresaba muy lentamente. Por suerte, el propio patrón se había mofado de la idea de llamar a un doctor. En cuanto Ramage le describió los síntomas, el patrón se cogió de manos y anunció que el café donde habían almorzado era conocido por servir comida en mal estado, y que su esposa tenía una receta familiar de un medicamento que le limpiaría *tout de suite*. Se disculpó por el hecho de que el *signor* y su capataz tuvieran que pasar su estancia en Amiens enfermos, pero no había necesidad de preocuparse. Desde entonces, traía junto a cada comida dos jarras de la medicina, un preparado caliente e infecto de hierbabuena, romero y achicoria, además de otras muchas cosas que Ramage era incapaz de determinar pero que estaba convencido que tenían en las alcantarillas su hábitat natural. En cada comida, los dos hombres habían dado algún que otro sorbo, pero, en cuanto se marchaba el patrón, se deshacían del resto vertiéndolo en botellas de vino vacías que Louis les procuraba

para tal efecto, y que sacaba del hotel en el bolsillo para vaciarlas fuera.

Louis apareció uno o dos minutos antes de que el patrón y su esposa entraran con las bandejas de la cena. No tuvo tiempo de informar de los progresos que había llevado a cabo aquella tarde hasta que la esposa del patrón sirvió el primer plato, yendo de una cama a la otra, primero con las jarras del preparado y luego con los platos de caldo.

Por desgracia para ambos, una parte fundamental del remedio familiar consistía en un menú que acompañaba al medicamento. Decían que aseguraba que el paciente recibiera una comida «alimenticia». Eso suponía pan y caldo, seguido de pescado hervido, en cada comida, empezando por el desayuno.

Por suerte, a Louis le sirvieron como a un comilón, y en cuanto el patrón y su mujer salieron por la puerta después de servirle un plato enorme, el francés se apresuró a compartir su comida con Ramage y Stafford, asegurándose de sentarse de nuevo a la mesa, con expresión hambrienta, para cuando volvieron los dueños con más comida. Sólo una vez, la tarde anterior, había descuidado el plan; sucedió cuando olvidaron dar buena cuenta de la medicina antes de que regresara la esposa del patrón a quitar la mesa. Entre un sinfín de protestas, se quedó ella de pie mientras Ramage y Stafford se terminaban el preparado y, esforzándose por contener los vómitos, torcieron el gesto en un esfuerzo hercúleo por componer una sonrisa de agradecimiento. Louis alabó su destreza médica y, con muy poca vista, o eso aseguraría después (porque a Ramage le pareció una muestra más de su retorcido sentido del humor), dijo que parecían estar deseando tomar una segunda taza.

En cuanto terminaron de cenar y el patrón y su esposa les dieron las buenas noches, Louis miró con aire burlón a Ramage. La tensión durante la cena había expuesto claramente la inquietud que había despertado su tardía aparición. Ninguno de ellos había abierto la boca durante los breves períodos en los que el patrón y su mujer se ausentaron entre plato y plato: Ramage por una cuestión de tozudez, y Louis, consciente de la tensión que sufría Ramage, por temor a que el teniente pudiera perder los estribos.

—Todo está arreglado —informó Louis—. El teniente está aquí pero aún no ha subido a su habitación. El…

—¿Cómo diantre podrá Stafford hacerse con la cartera? —interrumpió Ramage.

—El teniente se ha encontrado a un viejo amigo y están bebiendo juntos. Irá a lavarse a la habitación, y luego bajará a cenar. Después de que haya cenado, el amigo y yo nos reuniremos con él una o dos horas para jugar a las cartas.

—De acuerdo —dijo Ramage, a cuyos labios asomaba una sonrisa—, pero me tenía usted preocupado. Ha tardado mucho en volver.

—Estaba bebiendo con el teniente —se apresuró a responder Louis, antes de que Ramage recuperara el malhumor—. Me vio al entrar y me saludó como a un hermano. Me ha dicho que ha tenido un cómodo viaje desde París; un poco cansado, pero que está complacido de vernos a mí y a su viejo amigo. Ha dado instrucciones

precisas al patrón de preparar un buen calvados y la mesa de las cartas.

Se rascó la barbilla. Louis nunca dejaba que le creciera la barba más de veinticuatro horas, pero Ramage observó que la tenía muy cerrada. Era imposible saber si se afeitaba, pero si lo hacía debía de ser con una cuchilla roma. El francés parecía preocupado, y Ramage aguardó impaciente a que compartiera con ellos el motivo de tal preocupación.

—Es necesario que reduzcamos el riesgo más aún —dijo finalmente—. No queremos que nada nos impida ver el despacho de guerra que el almirante Bruix enviará el próximo sábado, y no queremos perder el tiempo a la hora de enviarlo a Inglaterra.

Ramage consideró la cuestión durante unos instantes, asombrado de que el francés mencionara algo que resultaba tan evidente.

—¿Alguna sugerencia?

—Sí. Para empezar, deberíamos sacar la copia de la carta, o las notas de usted, de esta habitación; cuanto antes mejor. Si la guarda aquí durante la noche hasta que pueda llevarla a Boulogne, tendrá pruebas que podrían incriminarle. Nadie registrará mi habitación o sospechará de mí; pero en su caso es distinto. Un extranjero siempre es sospechoso.

—Pero si los gendarmes empiezan a sospechar de mí, yo no…

—Aunque así sea, usted no deja de ser más que un armador italiano —interrumpió Louis, impaciente—. Probablemente tardarían entre dos y tres semanas en comprobar su historia. Sus papeles no son falsificados, son auténticos, aunque tengan un nombre falso escrito en ellos. Pero si registran su habitación y encuentran las notas escritas en una lengua extranjera, no tardarán mucho en traducirla. Entonces, no hace falta que le explique qué harían y qué le harían a usted. No tendrían necesidad de hacer más comprobaciones. Lo único que podría llevarle a usted bajo la guillotina, al menos esta semana, son esas notas.

El francés tenía razón. Había quemado el primer juego de notas después de escribir a lord Nelson acerca del despacho del almirante Bruix, y a esas alturas Jackson debía de navegar rumbo a Folkestone para entregarlo. Lo único que tenía que hacer esa noche era tomar las notas en cuanto Stafford se hiciera con la respuesta del ministro, redactar otro informe para lord Nelson y ocultarlo en alguna parte hasta que Louis pudiera llevarlo a Boulogne y entregarlo a Jackson, que el jueves estaría de vuelta en Francia. Luego podía quemar las notas igual que había quemado las del primer despacho del almirante, y seguir el mismo procedimiento el siguiente sábado. Siempre y cuando Jackson pudiera ir y volver cada vez, la operación saldría bien: el Almirantazgo tendría toda la información que necesitaba, aunque Ramage y Stafford fueran arrestados en la mañana del domingo.

Louis se mostró de acuerdo con las intenciones de Ramage.

—En cuanto termine usted esta noche de escribir la carta a lord Nelson, y haya quemado las notas, lleve la carta a mi habitación. Encontrará un trozo de pan del día

en el cajón superior de la cómoda (acabo de ponerlo ahí junto a un pedazo de queso y una botella de vino, cualquiera que lo encuentre pensará que lo guardo ahí por si me entra el hambre). Si coge el pan verá que he practicado un hueco en la parte inferior, lo bastante profundo como para que quepa el despacho de guerra. Introdúzcalo ahí y vuelva a taparlo. Será el pan —sonrió Louis al explicarlo— el que lleve el despacho a Boulogne. Lo llevará el correo en una cesta con la botella de vino y algo de queso; es su almuerzo.

—¿Y si le da por comerse el pan? —preguntó Ramage.

—Llevará tres trozos de pan. Uno para sí mismo, otro por si acaso algún viajero le pide algo de comer, y un tercero que lleva a su madre viuda a Boulogne. Es este último en cuyo interior irá el despacho. El correo partirá a Boulogne mañana por la mañana, y volverá a hacerlo el domingo por la mañana —recordó Louis a Ramage—. Ya está arreglado.

—Pero si nosotros también nos marcharemos el domingo… —dijo Ramage, que titubeó al recordar—: Claro que se supone que nos dirigimos a París.

De nuevo sonrió Louis, que le señaló con el dedo a modo de advertencia.

—¿Lo ve? ¡Aún no se ha acostumbrado al modo de vivir de Francia! Ingleses, claro, si quieren ir de Dover a Londres suben a un carruaje o montan a caballo. O toman una silla de posta. Nada de permisos de viaje, ni pasaportes, lo único que necesitan es dinero para pagar el viaje. Por supuesto, Bonaparte no dejará de recordarles que carecen de *Liberté*, *Égalité et Fraternité*…

—Estoy seguro de que lo haría —admitió Ramage, impaciente—, pero ¿cómo volveremos a Boulogne el domingo por la mañana?

—Pregunte a Louis si ha preparado nuevos documentos de viaje y un carruaje.

—¿Y qué me respondería Louis? —preguntó Ramage, sarcástico—. ¿Que también ha olvidado ese detalle?

—No, Louis le diría que todo eso estará en sus manos el próximo viernes, junto a una carta del capitán del puerto de Boulogne en la que solicita al *signor* que vuelva urgentemente para entrevistarse con él, petición que le pondrá a usted furioso, tal como advertirá el patrón.

—¿Cómo sabe el capitán del puerto que sigo aquí en Amiens y que no he llegado a París?

Louis se dio una palmada en la frente con la palma de la mano, luego sacudió la cabeza, exasperado.

—¡No olvide que estamos en Francia! Cualquier francés podría responderle. El cuartel general de la policía en Amiens sabe dónde se hospeda usted. Cualquier mensajero que intente encontrarle y esté al corriente del camino que tomó podría preguntar sencillamente en el cuartel de policía local.

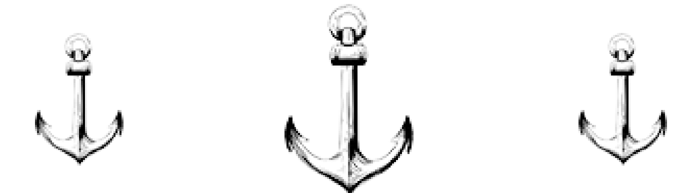
Ramage empezó a sentir un escalofrío en la espina dorsal que no tenía nada que ver con el hecho de que el sol se había puesto hacía un buen rato. Imaginó a la policía francesa como un gigantesco pulpo, capaz de abarcar todo el territorio y alcanzar

hasta el último pueblo, con las ventosas haciendo de pueblos y casetas de policía^en los caminos y, aunque invisible, alcanzando las vidas de todos los hombres y mujeres que habitaban aquel país.

Louis le observaba atentamente.

—Veo que al final lo ha comprendido, *mon ami*.

Ramage respondió con una inclinación de cabeza.



La sonrisa de Stafford resultaba contagiosa. Mientras sostenía en alto la carta, tras abrir el lacre del anverso, Ramage vio que el *cockney* no parecía en absoluto preocupado: no tenía ni una gota de sudor en la frente, su pulso era firme y había trabajado deprisa pero sin apresurarse. Con destreza, pensó Ramage. Ésa era la palabra. Al tomar la carta, Ramage se aseguró de no mantener inmóvil la mano durante mucho tiempo, porque era consciente de que temblaba un poco. Sabía que reiría con más énfasis del necesario si Stafford hacía una broma; de hecho, la risa podía convertirse en risita.

Con mucho cuidado puso la carta a un lado sin siquiera mirarla, sacó las cuartillas que utilizaba para tornar notas, colocó el tintero a su derecha e inspeccionó la punta de la pluma. Sin apresurarse, aunque sabía que todo aquel teatro sólo tenía un espectador, él mismo, dado que Stafford estaba completamente absorto contemplando las marcas de agua del papel utilizado como sobre, abrió la carta y empezó a leerla. Hizo una lectura rápida la primera vez, porque estaba convencido de que aquella era la mejor manera de hacerse una idea del contenido de una carta escrita en lengua extranjera, convencido de que lo mejor era dejar los detalles precisos para la segunda y la tercera lecturas.

Una cosa que comprendió de inmediato resultó un tanto sorprendente: el *citoyen* Pierre-Alexandre-Laurent Forfait, ministro de la Marina y las Colonias, dirigía una respuesta gélida al almirante Bruix. Mucho más fría y más formal que la que Ramage había esperado después de leer el despacho enviado por el almirante al ministro. Podía deberse perfectamente al comportamiento habitual de Forfait, aunque en tal caso (puesto que el almirante le conocía bien) ¿le habría escrito lo que, en comparación, era un despacho amistoso?

Leyó la carta del ministro de nuevo, lentamente esta vez, deteniéndose en ciertas frases y examinándolas con atención. Mmm. No había duda al respecto: Aquella carta había sido redactada con una calculada frialdad. Ramage tenía la sensación de que alguien (seguramente el propio Bonaparte) estaba muy contrariado por las peticiones de Bruix, las reiteradas peticiones, de dinero, mientras que el ministro estaba

alarmado por la advertencia de que el siguiente despacho de guerra que enviaría Bruix iba a decepcionar al primer cónsul en cuanto lo recibiera en París.

El *citoyen* Forfait se sentía más que alarmado; era obvio concluir que se trataba de una persona asustadiza. Ramage se lo imaginó como un individuo nervioso, capaz de comprender el peligro de hallarse en medio entre el primer cónsul y uno de sus almirantes. Cuando todo iba sobre ruedas, era una posición espléndida para un político ambicioso, puesto que recibía los elogios, de los cuales podía sacar todo el rédito que quisiera antes de enviar el resto al almirante de turno. Cuando las cosas se torcían, la ira de Bonaparte —y, a juzgar por lo que había contado Louis, el corso poseía más ira de la que correspondía a cualquier oriundo de su isla— daba con fuerza en la cabeza descubierta del ministro. A juzgar por el tono del despacho de Bruix, Ramage supuso que las órdenes originales del primer cónsul para la construcción y equipamiento de la flota de invasión habían sido impracticables desde un buen principio. Imaginó al inquieto ministro asintiendo con la cabeza, inclinándose al retirarse de la presencia del primer cónsul, para después apresurarse a escribir las órdenes destinadas a Bruix.

Ramage consultó la hora en el reloj y comprendió que estaba perdiendo el tiempo.

Se dispuso a tomar notas. La solicitud del almirante respecto a los cincuenta y cuatro cañones para armar las cañoneras ya botadas y los trescientos cincuenta y nueve para las cañoneras pendientes «había sido anotada». No obstante, el *citoyen* Bruix sin duda debía haber observado, escribía el ministro fríamente, que había una carestía generalizada de cañones navales, sobre todo de piezas de veinticuatro libras, y que las fundiciones trabajaban día y noche por orden expresa del primer cónsul. Había, eso sí, diecisiete cañones de veinticuatro libras, con sus respectivas cureñas, en Amberes, y se habían cursado órdenes para llevarlos por mar a Boulogne. Puesto que la responsabilidad de la mayor parte de la costa entre Amberes y Boulogne correspondía al *citoyen* Bruix, el ministro confiaba en que éste no permitiría a los ingleses interceptar las embarcaciones que los transportaban.

La petición de dinero era inoportuna, escribía Forfait, y el primer cónsul, al ser informado por el responsable del Tesoro (pues tal solicitud debía dirigirse al Tesoro, «por no disponer el ministerio de fondos»), había dado instrucciones conforme el *citoyen* Bruix sería responsable de asegurar que los astilleros continuaran dando lo mejor de sí, «aunque los informes no fueran extraordinariamente positivos», y de que los trabajadores no abandonaran sus puestos. Cualquier hombre que lo hiciera, o amenazara con hacerlo, sería reclutado forzosamente de inmediato. El *citoyen* Bruix debía hacer pública una advertencia a ese respecto. Entretanto, el primer cónsul esperaba «con franca impaciencia» el informe completo que había solicitado.

Ramage devolvió la carta a Stafford mientras terminaba las notas. Había tenido la precaución de copiar frases enteras cuando le pareció necesario hacerlo. Sabía que si bien lord Nelson podía aceptar su palabra conforme el ciudadano Forfait echaba el ancla a barlovento a modo de precaución, sus señorías del Almirantazgo no tenían

por qué hacerlo. No es que pudiera culparles por ello, pensó mientras observaba a Stafford doblar con sumo cuidado el papel y calentar de nuevo la espátula. Sus señorías también considerarían impensable imaginar al teniente Ramage y al marinero ordinario Stafford atentos a la llama del candelabro, a la espátula y al lacre, leyendo la correspondencia cruzada entre el vicealmirante Bruix y el ministro de la Marina de Bonaparte; de hecho, incluso el propio teniente Ramage lo consideraba difícil de creer, aunque Will Stafford, clasificado con el empleo de marinero ordinario a bordo de los barcos del rey, no parecía darle mayor importancia.

En cuanto hubo lacrado la carta a Bruix, Stafford la metió en la cartera y se esfumó de la habitación para devolverla a su lugar, debajo de la cama del *lieutenant-de-vaisseau*. Ramage tomó otra hoja de papel y empezó a escribir el informe para lord Nelson. Ya había decidido que debía redactarlo dando por seguro que no podría regresar a Inglaterra para informar de viva voz, un modo eufemístico de evitar tener que admitir la posibilidad de que los franceses lo arrestaran y pusieran su cuello bajo la guillotina. Si por alguna razón el enemigo interceptaba el informe, éste no debía revelar de qué modo había conseguido leer el correo del ministro.

«Surgió la oportunidad de leer una respuesta escrita al remitente del despacho al que hice referencia en mi primera carta», escribió. A partir de ahí, lord Nelson sabría que se trataba de la respuesta de Forfait a Bruix, pues había sido informado de los nombres de ambos en su anterior misiva, que ya estaba en manos de Jackson. Levantó la mirada sólo cuando Stafford regresó a la habitación, y continuó escribiendo.

Stafford se sentó en la cama, preguntándose si volvería a tener hambre algún día. Ahogó un eructo, pero recuperó el sabor del preparado medicinal. Condenados franceses: No confiaba en ellos desde que la *Marie* había atracado en Boulogne, y nada de lo que había sucedido desde entonces le había hecho cambiar de opinión.

Estaba sorprendido de la habilidad del capitán para hablar aquella lengua. Sonaba tan francés como el propio Louis, excepto cuando forzaba el acento italiano, por supuesto. Oírle hablar con la marquesa en italiano era toda una lección: lo hacían tan rápido que estaba convencido de que no malgastaban un ápice de saliva. Era divertido ver cómo estar encerrado en aquella habitación volvía loco al capitán. A diferencia de él, solía estar… Aquí Stafford rebuscó en la memoria una frase que había oído en labios de uno de los amigos del capitán: «Querido Ramage, ¡se le ve ofensivamente alegre!». Así era, por lo general. De hecho, cuando llegaba la hora del combate, cuanto más peligroso fuera éste más alegre se le veía. Jacko le dijo en una ocasión que si el capitán moría en batalla, probablemente lo haría partiéndose de risa.

Stafford observó a Ramage escribir la carta. Las sombras danzaban en su rostro al capricho de la luz que despedía el candelabro. Bajo los ojos, bolsas oscuras. Los tenía entornados, y las dos arrugas verticales entre los extremos interiores de sus cejas parecían gruesos cabos. Y pestañeaba como solía hacer cuando estaba concentrado y se rascaba la cicatriz superior de las dos que lucía en la frente. ¡Si supiera lo bien que

la dotación de su barco conocía hasta el último de sus gestos!

Las arrugas verticales que tenía entre ceja y ceja, y la boca cerrada dibujando una delgada línea recta, como una ratonera destinada a alguien que había hecho algo malo, preparados para el fuego, muchachos. Las arrugas, la boca normal, el pestañeo y ese modo de rascarse la cicatriz de la frente venían a decir que pasaba por un trance difícil y estaba pensando en un modo de salir airoso de él. Las arrugas, la boca ratonera y rascarse la cicatriz, equivalían a «mejor mantener la cabeza gacha, el capitán está a punto de estallar». La excepción se producía cuando el combate era inminente y no tenía buen aspecto (algo habitual con este capitán). Las arrugas, la ratonera y el rascarse la cicatriz desaparecían con el estruendo del primer cañonazo; entonces los ojos del capitán brillaban febriles, como castañas pulidas, y esbozaba la misma sonrisa torcida que solía dedicarle a la *marchesa* cuando ésta la tomaba con él.

Sin embargo, Stafford nunca había visto tan preocupado al capitán. Como un oso encerrado en una jaula, esos osos de los jardines de Vauxhall, salvayes y de temperamento violento, saltaba a la vista de cualquiera que lo único que deseaban era salir y vagar a sus anchas, devorando a la gente de vez en cuando o gruñendo como lo hacía el capitán. El problema era que había estado hablando en francés con Louis, de modo que le resultaba muy difícil saber qué sucedía. Sentarse ahí, coger la cartera y abrir la correspondencia podía parecerle difícil al capitán, pero en lo que a William Stafford concernía, era mucho mejor que colgarse de la gavia en pleno temporal o abrillantar los metales y lampacear las cubiertas de un navío de línea fondeado en Spithead.

No había muchos otros capitanes con los que quisiera verse en aquella situación; de hecho, el señor Ramage era el único que se le ocurría. Todos los demás se sentirían tan incómodos como la arena seca en la cubierta tras aplicarle la piedra arenisca; la idea de tener que compartir habitación con un marinero… En fin, era precisamente aquello lo que hacía del señor Ramage el capitán que era. Todo lo hacía de un modo natural: bromear con los hombres, compartir habitación con uno de ellos cuando era necesario, y todo lo que eso comportaba. Dignidad, eso era. Cualquiera de aquellos otros capitanes perdería la dignidad si hacía tal cosa; pensaría que los hombres lo trataban con excesiva familiaridad. Sin embargo, con el señor Ramage era distinto. Si acaso, al revés: ganaba en dignidad porque contaba con el respeto de sus hombres. Estaba seguro de sí mismo, y aquella seguridad la llevaba puesta como una segunda piel, sin reparar siquiera en su existencia, y por ello nunca temía perderla. Sólo las fulanas hablan una y otra vez de su propia virginidad.

Le había divertido ver cómo observaba el señor Ramage su forma de manejarse con el lacre. Parecía creer que se trataba de magia. ¡Y abrir una cerradura! En fin, zapatero a tus zapatos, porque a él también le parecía cosa de magia el modo en que el teniente llevaba un barco al combate. Y cada vez que superaba a los franceses, incluso el veterano señor Southwick, que había estado en más batallas que la mayoría de los hombres, decía que no había nadie como él.

También era atractivo. Algo delgado de cara, delgado también el resto. «El padre posee una mansión —pensaba—, de modo que no les faltará el dinero. Atractivo, dinero, buen tipo, y la marquesa. No obstante, a juzgar por el modo en que se comporta se diría que no tiene nada que perder si una bala francesa le arranca la cabeza. Esas dos cicatrices de la frente son fruto de sendos abordajes a naves francesas, con la espada en la mano y la pistola en la otra».

Cada vez que terminaba inconsciente y bañado en sangre, los muchachos lo creían muerto. Cualquiera pensaría que se lo iba a tomar con más calma, teniendo tanto que perder, pues era evidente que tenía muchos motivos por los cuales seguir con vida. Pero no, muéstrale un barco francés y allá va, echando humo y fuego por la boca, blandiendo la espada en alto.

Stafford sonrió. Al verlo ahí sentado a la mesa, tamborileando con los dientes en la caña de la pluma, le recordó a un escolar haciendo los deberes. Unos cuantos azotes para usted por la mañana, muchacho, a menos que aprenda diez versos más de ese Euclides. Claro que Euclides quizá no fuera una lengua, porque el caso era que jamás había conocido a nadie capaz de hablar en ella. Pensemos, pensemos: ¿Una especie de suma? Se encogió de hombros, agradecido por el hecho de que ni las sumas ni Euclides fueran necesarios para abrir una cerradura o una carta lacrada.

Aunque Louis se portó al compartir la comida en cuanto la vieja grulla y su marido salieron por la puerta, Stafford estaba hambriento. Esa condenada medicina tenía un sabor tan horrible que le impidió disfrutar de la cena. «Parece que el señor Ramage ha terminado ya. Limpia la pluma, enrosca el tapón del tintero, dobla la carta, se hace con la barra de lacre…».

Stafford se acercó a la mesa.

—En el cajón superior de la cómoda de Louis —explicó Ramage, tendiéndole la carta— hay un trozo de pan con un corte en la parte inferior lo bastante hondo para que pueda usted esconder esto dentro. Llévese el candelabro…

Aquella noche, ya tarde, Louis despertó a Ramage con una disculpa.

—Olvidé un detalle, y me gustaría enviar una nota a través del correo que partirá esta mañana.

Ramage inclinó la cabeza para darle a entender que estaba completamente despierto y le prestaba atención.

—Es la *Marie*. El domingo por la noche deberíamos estar ya de vuelta en Boulogne. Si quiere partir usted de inmediato para Folkestone, será mejor que avise a Dyson para que lo tenga todo a punto.

—¿Llegaremos a Boulogne el domingo? ¿Podremos conseguir pasaje en un coche?

—Es el mejor día de toda la semana porque no hay mucha gente dispuesta a viajar en domingo, de modo que no habrá problema en obtener caballos de refresco. Los gendarmes de las *barrières* suelen darse un atracón, tanto de vino como de comida, y por la tarde estarán amodorrados.

—¿Acostumbra a salir de pesca la *Marie* la noche del domingo?

—Cualquier noche —respondió Louis—. Siempre hemos evitado establecer un patrón de conducta para que nadie pueda dar mayor importancia al hecho de que no salgamos una noche o hagamos más salidas de las normales.

Al cabo de cinco días podían verse de vuelta en Inglaterra. ¿Era pedir demasiado?

—De acuerdo, nos haremos a la mar el domingo por la noche. Y… —titubeó, como si hablar de ello hiciera aumentar las posibilidades de que todo saliera según lo previsto—. Tengo que escribir las órdenes para Jackson.

Louis se rascó la barbilla.

—Sería una lástima que no pudiéramos hacernos con la tercera carta. Dos de tres es mejor que nada, por supuesto, pero la que le cubriría a usted de gloria sería la tercera —dijo con una sonrisa en los labios.

—Será una gloria muy deslucida, por el bien de usted y de sus amigos contrabandistas —replicó Ramage, que salió de la cama y se frotó los ojos—. Deje el candelabro en la mesa mientras escribo las órdenes para Jackson. Espero que nadie robe ese pedazo de pan en el camino a Boulogne.

—Por cierto, esta noche le gané un montón de dinero al teniente. Le he prometido darle la revancha el próximo sábado, siempre y cuando usted no se haya recuperado lo suficiente como para reemprender el viaje a París.

CAPÍTULO 13



Consciente de que iban a recibir la carta falsa remitida por el capitán del puerto de Boulogne, en la que le pediría reanudar las conversaciones, la lenta recuperación de Ramage empezó el jueves por la mañana. Cuando entró el patrón con el desayuno, se alegró al ver a Ramage sentado a la mesa, fingiendo unos temblores que en realidad no sentía y asegurando que se encontraba mejor. La noche del jueves, la esposa del patrón, al poner la mesa para la cena, alardeó animada por Louis de la victoria obtenida por su receta familiar.

La tarde del viernes el patrón llamó a la puerta y anunció, como si fuera el pregonero de la ciudad, que un mensajero especial había traído una carta de Boulogne para el *signor*; el mensajero aguardaba abajo la respuesta.

Ramage se dirigió a la puerta, tomó la carta con una profunda inclinación, pidió al patrón que entrara y que esperara, se dirigió a la mesa y se sentó. Después de romper el lacre empezó a leer y gruñó disgustado.

—*Mamma mia, accidente!*

Louis, fingiéndose alarmado, saltó de la cama de Stafford.

—¿Malas noticias, *signor*?

—¿Malas? —Ramage estampó la carta en la mesa—. Ese condenado capitán del puerto de Boulogne… ¿Quién creería que pasé dos semanas con él, discutiéndolo todo, desde el salario de los trabajadores hasta si debía o no aportar mis propias herramientas? Pues ahora quiere que vuelva para reanudar nuestra negociación. «Urgente», dice; «muy urgente». Ésa es la razón de que envíe un mensajero especial a buscarme. En fin —continuó Ramage airado, consciente de que el patrón estaba francamente impresionado por todo lo que escuchaba—, el capitán del puerto tiene

suerte de que no pasara de Amiens; si llego a estar en París, ni se me pasaría por la cabeza regresar. A pesar de ello, no estoy seguro de…

—Oh, por favor. Por el bien de la República, *signor*… Necesitamos la ayuda de personas como usted. Si utilizáramos sus métodos, puestos en práctica en su astillero de Génova…, he oído decir que el ayudante del capitán del puerto aseguraba que reduciría a la mitad el tiempo que tardan en construir las lanchas de Boulogne y Calais.

—Así es —admitió Ramage, sin decidirse—. Pero ellos esperan que aporte a mis propios hombres y trabaje por una miseria. Caridad, eso es lo que espera el capitán del puerto. Menuda caradura, no creo que sea muy propio del primer cónsul y de la nueva República. —Gruñó de nuevo, con desdén—. Si quieren construir una flota de invasión, necesitan dinero, materiales y hombres. Las charlas y las promesas nunca han logrado armar un barco.

—Después de todo, han enviado a un mensajero especial en su busca, *signor* —dijo Louis—. Eso demuestra la importancia que le conceden a su persona, ¿o no es así, Jobert?

—Oh, sí, sí, por supuesto —se apresuró a confirmar el patrón—. Lo supe de inmediato, por eso subí corriendo la escalera para avisarle en cuanto llegó el mensajero.

—Muy bien, me dejaré aconsejar por ustedes —dijo Ramage en un tono más suave—. Aunque no creo que esté en condiciones de moverme hasta… Bueno, hasta el domingo, como muy pronto.

—¿Se lo digo al mensajero, *signor*? —Cuando Jobert alejó por el corredor, Ramage se dirigió con inquietud a Louis—: ¿Y los permisos de viaje? El mensajero sólo ha entregado esta carta.

—Es de prever que el mensajero tenga instrucciones específicas de no entregar los permisos de viaje hasta haberse asegurado de que usted viajaría a Boulogne —respondió el francés—. Los espías y otros enemigos de la República estarían dispuestos a pagar hasta un centenar de *livres* de oro por tales documentos.

—Cierto, muy cierto —murmuró Ramage—. Uno nunca es lo bastante cuidadoso.

Unos minutos después, volvió Jobert con un sobre.

—He firmado un recibo por esto, *signor* —informó con el mismo tono de voz que habría empleado en caso de confesar que había vendido el alma al diablo—. El mensajero volverá a Boulogne con las buenas nuevas.

—Gracias, patrón, gracias; es una molestia para todo el mundo.

—Oh, no, *signor*, una molestia para usted, sin duda; pero para nosotros es un placer que siga aquí hasta el domingo.

Vio que Louis se volvía a él y se despidió. En cuanto la puerta se hubo cerrado y oyeron los pasos del patrón al bajar la escalera, Ramage tendió el sobre a Louis.

—Será mejor que compruebe usted el contenido.

El francés abrió el sobre y sacó varias hojas de papel. Las leyó durante unos

minutos y, asintiendo, dijo:

—Todo en orden, y puedo decirle que son auténticos. Al menos, los documentos lo son. ¡Aunque no pondría la mano en el fuego por la veracidad de los tres nombres que figuran aquí!

El viernes Ramage pasó una mala noche. Stafford y Louis habían tomado mucho vino para cenar, y mientras que el francés ni se había inmutado, el *cockney* se fue a la cama un tanto bebido, y roncó con tal estruendo que a Ramage le recordó a un niño golpeando una barandilla de metal. Los ronquidos y una imaginación desbocada hicieron que Ramage no parase de dar vueltas en la cama, calibrando todos los posibles peligros y dificultades que afrontarían antes de subir a bordo de la *Marie* y de partir a Folkestone. Tampoco le ayudó a dormir el hecho de que su imaginación concibiera aquella estancia como una especie de prisión: llevaba una semana entera atrapado en ella, y las paredes y el techo parecían cerrarse más y más. Incluso en la oscuridad sentía cómo avanzaban pulgada a pulgada, como una prensa textil.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, explicó al patrón que se sentía tan bien que estaba decidido a dar un paseo; tanto él como el capataz necesitaban disfrutar de un poco de aire fresco. El patrón se apresuró a sugerir la plaza de la catedral, rodeada de árboles, como lugar ideal para una caminata. En cuanto al café, dijo con tacto, confiaba que el *signor* no volvería a poner un pie en su interior…

Hacía un día soleado, sin nubes, y la ciudad de Amiens lucía destartalada pero un poco más alegre. Serían necesarias varias manos de pintura en tiendas y casas, y la gente tendría que llevar trajes menos zurcidos y, al menos, sería necesario que una docena o más de sus habitantes rieran despreocupados antes de que Ramage pudiera considerarla más viva que el día en que llegó. Los dos pasearon hasta el mediodía, cuando Ramage emprendió el camino de vuelta al Hotel de la Poste, sintiéndose mucho mejor. En ocho o nueve horas estaría leyendo el despacho enviado por el almirante Bruix; en veinte horas, más o menos, podían recorrer el camino a Boulogne. No se atrevía a pensar qué podía aguardarles más allá.

Se estaba volviendo increíblemente supersticioso. ¿Sería consecuencia de haber permanecido encerrado en aquella condenada habitación? ¿Estaba perdiendo el temple? Saber que había una guillotina levantada en la esquina noroeste de la plaza de la catedral, a la sombra de una hilera de plátanos, resultaba deprimente. La pesada hoja no estaba montada (supuso que el verdugo la guardaba en casa, engrasada para evitar que pudiera cubrirse de herrumbre), lo cual no le impedía ver cómo funcionaba. Stafford sí había manifestado cierto interés, insano, por saber cómo mataban a la víctima. Dado que Ramage no quiso que se acercaran demasiado, decidió preguntar a Louis tras el almuerzo.

El francés no se mostró ni supersticioso ni reticente a la hora de hablar sobre la Viuda, tal como la llamaban. Señaló que había sido el régimen el responsable de la muerte de su familia, no una máquina. Estaba orgulloso de su eficacia, y dijo que era más rápida y segura que la soga empleada en Inglaterra, menos tosca que el garrote

de España y mucho más definitiva que el hacha del verdugo que hasta el momento se había utilizado en Francia. No era raro que alguien aguantara hasta diez minutos ahorcado, dijo a Stafford, mientras que el garrote asfixiaba al condenado muy lentamente. Con la Viuda todo terminaba en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando Stafford quiso discutir, aduciendo que en la prisión de Newgate disponían de una plataforma especial en la cual colocar al condenado, Louis lo hizo callar con un gesto de la mano.

—La soga o el hacha dependen de la habilidad de un verdugo. Si la caída del cadalso es demasiado corta, la víctima se asfixia lentamente; si es demasiado larga, la soga le arranca la cabeza. Si el verdugo comete con el hacha el más mínimo error, puede cortar los hombros de la víctima o la parte superior del cráneo, como podría usted abrir un huevo duro.

—Usted se refiere a que el verdugo podría estar borracho o errar el golpe —quiso aclarar Stafford con cierto desprecio en el tono.

—Sí, borracho, nervioso o, sencillamente, cansado.

—¿Cansado? —protestó Stafford—. ¡Más le conviene dormir a pierna suelta la noche anterior!

—Mon *ami*, no me entiende. Esta mañana ha pasado usted cerca de la guillotina montada no lejos de la catedral, y supongo que imaginaría a un hombre, o una mujer, allí ejecutado, con quizás un corro de gente reunida alrededor de la plataforma. —Stafford asintió y el francés prosiguió diciendo—: Bien, pues intente imaginar toda esa plaza llena a rebosar de una turba de revolucionarios exaltados y gritones. Miles de ellos, sedientos de sangre. Imagine los carros que entran en la plaza, uno tras otro, llenos de hombres y mujeres aterrados, jóvenes y viejos, con las manos atadas a la espalda, todos ellos condenados a muerte. Imagine a la turba que les insulta a voz en cuello, los amenaza y arroja piedras y fruta podrida a esos condenados, muchos de los cuales rezan en voz alta, o lloran, o se encogen por el miedo.

»Imagine a los gendarmes subir a los carros al acercarse éstos a la guillotina, sacando a empujones a los condenados. Puesto que tienen las manos atadas, pierden el equilibrio y caen, y desde arriba, en la plataforma de la guillotina, el *bourreau*, el verdugo, vocea a sus ayudantes para que se apresuren a atar los tobillos de la siguiente víctima.

»Doscientas personas fueron ejecutadas en un solo día en esa guillotina, Stafford, y de todas ellas se encargó el mismo *bourreau*. Si aún utilizara el hacha, creo que habría acabado agotado tras las primeras cincuenta ejecuciones. Estaría nervioso, sin duda, teniendo en cuenta que todo el mundo estaría pendiente de su trabajo, y seguro que estaría borracho. Claro que con la guillotina, poco importa si el verdugo está o no bebido…

—¿Doscientas? —preguntó Stafford, incrédulo.

—Sólo doscientas, porque Amiens es una ciudad pequeña. En París doscientas no eran nada para una sola guillotina, que ejecutaba unas quinientas personas al día. Lo

único que retrasa el trabajo es apartar los cuerpos de los cadáveres…

—¿Por qué se la llama así? —preguntó Ramage, fascinado por el relato de Louis —. ¿Es por el nombre de quien la inventó?

—No exactamente. Unos años antes de la Revolución, un miembro de la Asamblea llamado doctor Guillotin (sin «e» final) propuso una resolución conforme debía de concebirse un modo de ejecutar rápido, que no diera pie a posibles errores por parte del verdugo. Sus motivos eran de lo más elevado. El colegio de cirujanos fue consultado respecto al modo más rápido y menos doloroso, lo cual dio paso al diseño de una máquina que decapitaría por mediación de una cuchilla afilada. Fue cuando empezó este ingenio a utilizarse en las ejecuciones que todos lo conocieron por el apellido del doctor Guillotin, que aún vive en París. He oído contar que tuvo un altercado con el ciudadano Robespierre, y que pasó una temporada encarcelado durante la Revolución, aunque creo que a estas alturas ya lo han soltado.

—¿Cómo funciona? —preguntó Stafford.

En ese momento, Ramage cayó en la cuenta de que compartía la fascinación del *cockney*, aunque era poco probable que Stafford compartiera con él sus temores.

—En fin, ustedes ya saben qué aspecto tiene: un armazón vertical por el que se desliza la cuchilla al caer sobre la víctima, cuya cabeza asoma por el extremo inferior, de modo que el cuello se encuentra justo debajo de la hoja.

»El cuello descansa en una pieza cuya forma recuerda a la mitad inferior de un cepo, y hay una pieza superior que se atornilla cuando la víctima introduce la cabeza. Algunas guillotinas tienen un banco fijo, para que el condenado, que por supuesto está maniatado, sea colocado encima. Las más recientes tienen un *bascule* que pivota sobre un eje, como un balancín, entre la vertical y la horizontal.

»La hoja de la guillotina (muy pesada, por cierto) tiene un borde diagonal que es izado por el *bourreau*, el verdugo, que es quien tira de la cuerda. Esta está atada al extremo superior de la hoja, que se eleva hasta lo más alto del armazón, deslizándose a ambos lados por unas guías. Hay un cesto que recoge la cabeza, y un cesto mayor a un lado del *bascule* para el cuerpo.

»En definitiva, esto es lo que sucede en la ejecución: los ayudantes del *bourreau*, a quienes se conoce como *valets*, aferran al condenado, a quien atan las muñecas a la espalda y los tobillos entre sí. Deslizan el *bascule en* la vertical, empujan el cuerpo contra él. Tiene la medida idónea, de modo que pueda mirar sobre el extremo superior al armazón y a la hoja.

»Los *valets* le empujan los hombros para que se balanceé con el *bascule* como alguien que estuviera en un columpio, y está ahora horizontal, con el cuello sobre la pieza inferior. La pieza superior se atornilla en posición, como si tuviera la cabeza en el cepo, y los *valets* retroceden por si acaso les pilla los dedos la cuchilla.

»El *bourreau*, que ya ha elevado la cuchilla, suelta la cuerda y la hoja cae con tal rapidez que apenas puede seguirse con la mirada. Hay un golpe seco, la cabeza se precipita al cesto y todo ha terminado. El cuerpo es empujado de lado para que caiga

en el otro cesto y el *bourreau* levanta de nuevo la cuchilla. La mantienen bien afilada, aunque al finalizar una jornada ajetreada se vuelve roma y…

—Ya basta, Louis —le interrumpió Ramage—. Me pica el cuello, y si Stafford no puede hacerse una idea después de estas descripciones, no creo que encuentre un modo más gráfico de explicárselo.

—Debe admitir que es interesante, señor —dijo Stafford—. ¿No ha presenciado usted nunca una ejecución en Newgate?

—No. Tengo entendido que lo consideran un gran entretenimiento, pero a mí…

—Oh, no está tan mal —protestó Stafford, entusiasta—. Es peor cuando no se conoce al condenado, claro. Vi cómo ejecutaron a un primo mío. Estuve ahí plantado un par de horas, esperando. Entonces lo sacaron, sonó la campana de la iglesia de Saint Sepulchre, el párroco empezó a decir misa y eso fue todo. Mi primo nació para que lo segaran.

—¿Para que lo segaran? —preguntó Louis, sorprendido por la expresión.

—Sí, «listo para segarlo». Eso es cuando el juez chamulla la jerigonza que le cortará las alas.

El francés sacudió la cabeza, perplejo; Ramage tampoco parecía haberse enterado de nada.

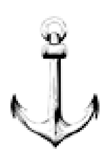
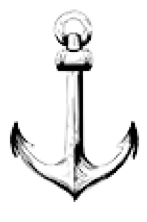
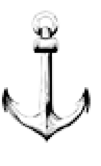
—Es jerga, lo sé, pero ¿qué significa?

—¿No sabe qué significa, señor? —preguntó Stafford, incrédulo—. Lo de cortarle las alas es lo que dice el juez cuando da el martillazo, cuando lo sentencia a muerte, vamos. Sentenciarlo a muerte es… Bueno, es ponerle la soga alrededor del cuello y segarlo.

—¿Segarlo? —exclamó Louis—. *Mon Dieu*, ¿qué inglés habla usted?

—La soga… Segarlo… ¿No lo entienden? —sugirió Stafford, un poco irritado—. Sinceramente, Louis, la verdad es que su inglés no es muy bueno…

—Hago todo lo que puedo —admitió el francés con una sonrisa torcida.

Cuando Jobert y su esposa subieron con la cena a las siete en punto aún no había ni rastro del *lieutenant-de-vaisseau*. Louis llegó cuando aún servían la comida; al tomar asiento, dijo al patrón con aire despreocupado:

—Espero que el teniente no llegue muy tarde esta noche; estábamos citados para jugar a las cartas.

—Ah, no sabemos qué puede haberle retrasado. Su otro amigo, el hombre con el que jugaron ustedes a los naipes el lunes por la noche, pasó por aquí hará unos minutos. Decía que no quería perderse otra emocionante partida.

Su esposa hizo un ruido con el que dio fe de su desaprobación, y Louis enarcó ambas cejas.

—El juego —protestó ella—. ¡Menuda manera de perder el tiempo!

—Los ciudadanos deben escoger el modo de divertirse que más les plazca —dijo con desaprobación el patrón—. Trabajan duro por la República, y se merecen disfrutar en sus momentos de asueto.

La mujer masculló algo que ni Ramage ni Louis alcanzaron a escuchar, pero acto seguido se volvió a ellos, conciliadora.

—Mi hija está muy triste. No ha podido ver mucho al teniente en estas dos últimas visitas. No dejo de decirle que no sucede a menudo que el teniente encuentre ciudadanos en este hotel cuya compañía le agrade, pero…

Louis se apresuró a ofrecer sus disculpas a la mujer.

—Esta será nuestra última noche aquí —concluyó, con tristeza.

—Aún no ha satisfecho la cuenta, ciudadano —le recordó ella, punzante.

—*Mon Dieu!* —masculló Louis, que procedió a servirse más sopa.

En cuanto hubieron terminado de cenar y Jobert retiró la mesa, Louis lo siguió abajo para pagar la estancia. Volvió al cabo de un cuarto de hora, maldiciendo al tabernero por ladrón.

—Hay un suplemento especial por la «medicina» —dijo, enfadado—. Y han cobrado una comida completa las veces que usted y Stafford tomaron caldo. La «medicina» es…

—¿Ha pagado? —le interrumpió Ramage—. No nos interesa que…

—No se preocupe, he montado el número que cualquier tabernero francés esperaría de un compatriota suyo, y he logrado que reduzca el total en un veinte por ciento. ¡Si llego a pagar religiosamente hubiera sospechado!

—¿Y el teniente?

—No se sabe nada aún. El patrón está preocupado y la hija no para de lloriquear. Nunca había llegado tan tarde. La muchacha está convencida de que se ha caído del caballo y yace muerto en una zanja.

Ramage sacó el reloj.

—A punto de dar las nueve. ¡Espero que la joven se equivoque!

—Precisamente tenía que ser esta noche —se quejó Louis—. Ya decía yo que todo había salido a pedir de boca. —Se rascó la barba, gesto muy propio en él—. Claro que podría ser cosa del almirante Bruix…

Ramage no hizo ningún comentario. Desde el momento en que habían comunicado al patrón que regresarían a Boulogne el domingo por la mañana, sabía que lo único que podía dar al traste con sus planes era que el almirante se retrasara a la hora de redactar el informe. Podía no terminarlo hasta última hora del domingo, y el teniente recibir órdenes de cabalgar a París sin detenerse (dura cabalgata, pero no imposible). El almirante podía también no tenerlo terminado hasta el domingo, y aun en tal caso podía llegar el teniente a París el lunes, a tiempo de entregarlo al ministro.

Pensándolo mejor, se dijo mientras se maldecía por no prestar más atención a ese detalle, no había promesa alguna en la anterior carta de Bruix de que enviaría el sábado el informe de Boulogne. Eso era lo que él había supuesto: puesto que siempre enviaba el informe semanal al ministro el sábado, haría lo propio con aquel informe especial. Sin embargo, puesto que se trataba de un informe especial, podía muy bien ser tratado de una manera especial. Enviarlo a París en cuanto estuviera listo, por ejemplo, en lugar de despacharlo del modo habitual.

Toda aquella condenada espera, estar ahí encerrado en la habitación durante una semana nada más y nada menos, esa medicina del diablo… Todo para nada. Cuanto más vueltas le daba, más se convencía. Levantó la mirada y, al observar a Louis, comprendió que aquel mismo discurso cruzaba por la mente del francés.

—Si se nos ocurriera una excusa para prolongar nuestra estancia en este lugar, ¿nos servirían estos documentos de viaje?

—Sí, sólo figura en ellos la fecha en la que se extendieron, y permiten realizar un único viaje de Amiens a Boulogne. No hay una fecha tope, aunque sólo tienen validez durante un mes.

—Tendría que sufrir una recaída. Mmm. No —decidió finalmente, aprovecharía la ocasión para hacer valer su condición de oficial—: creo que será Stafford quien sufra una recaída. Con un par de mantas más, no le costará fingir una fiebre.

El *cockney* levantó la mirada al oír su nombre y compuso una sonrisa de circunstancias.

—Le decía a Louis —le explicó Ramage— que si el teniente no aparece esta noche, tendremos que continuar alojándonos aquí hasta que lo haga. Necesitaremos un motivo, y yo a usted le veo un poco descompuesto.

—A la orden, señor —respondió Stafford, alegre, antes de que su rostro no pudiera ocultar la decepción que sentía—. ¿Tendré que seguir tomando esa medicina?

—No pienso tolerar la menor crítica hacia ese remedio: Louis asegura que nos han cobrado tres veces el precio de una copa de coñac por cada ración.

—Ah, pues no sé usted, pero yo la encuentro un poco cara, señor —se apresuró a opinar Stafford—. Creo que me las apañaré con un poco de caldo. —Miró atentamente a Ramage y, al verlo preocupado, añadió—: ¿No será peligroso seguir aquí, señor? Me refiero a si no preferiría que nos trasladáramos a otra parte, a un lugar donde poder ocultarnos. Seguro que Louis conoce algún lugar; yo podría instalarme aquí en cualquier momento y traerle la cartera.

—¿Instalarse aquí en cualquier momento?

De haber sido Stafford una muchacha, Ramage hubiera dicho de él que se expresaba con cierto recato cuando respondió:

—Siempre digo al escribiente que anote «cerrajero» en mi profesión, señor, pero… Verá, antes de que el trozo de leva forzosa diera conmigo, solía trabajar en Bridwell Lane por cuenta propia.

—Se refiere a que trabajaba de noche.

—Así es, señor. —Sonrió Stafford al comprender que Ramage le tomaba el pelo —. Podemos vigilar de noche la ventana del teniente. Cuando veamos luz, sabremos que ha llegado. Cuando se apague la luz, sabremos que duerme a pierna suelta, o que está abajo jugando a las cartas, y entonces Will subirá por la tubería del desagüe y se hará con la cartera antes de que pueda usted pronunciar Jack Ketch.

Ramage envidió la despreocupación del *cockney*.

—Instalarse ahí en cualquier momento…

—Así es como lo llamamos, señor. Podría decirse que es como entrar en un sitio sin tener permiso. El «ahí» hace referencia al lugar que será objeto del robo, cía…

Su voz se apagó cuando los tres se volvieron a la puerta. Alguien subía por la escalera. Dos hombres, al parecer. El patrón decía algo, aunque era imposible distinguir las palabras. Llegaron al corredor sin que el patrón dejara de hablar. Se le oía inquieto. ¿Se trataba de otro huésped que dudaba de la calidad de las habitaciones? Entonces oyeron la risa ronca del teniente.

Louis suspiró aliviado y se sentó en la mesa.

Después de que el francés fuera a la planta baja a reunirse con el teniente, Ramage decidió escribir la primera parte del informe a lord Nelson, de tal modo que luego pudiera transcribir los datos que figurasen en la carta del almirante Bruix sin mayores retrasos. La preocupación expresada por Louis respecto al hecho de tener documentos incriminatorios en la habitación estaba más que justificada, aunque a Ramage, a decir verdad, le inquietaba más comprobar que su propia obsesión por la seguridad no hacía sino aumentar.

Tal como habían acordado de antemano, Louis volvió a su habitación al cabo de una hora, pretextando que había olvidado la bolsa, cuando en realidad lo que hizo fue informar a Ramage de que la cena había terminado y se disponían a jugar a los naipes. Por espacio de cinco largos minutos, Ramage tuvo que hacer un esfuerzo por reprimir su impaciencia, hasta que finalmente dirigió un gesto a Stafford.

Cuando vio salir al *cockney* de la habitación, el corazón de Ramage latía con fuerza en el pecho. El juego había comenzado… Era como entrar en combate y esperar a que el primer cañón enemigo abriera fuego y barriera con su estampido todos los temores. La larga espera estaba a punto de terminar, en los próximos escasos minutos sabría si iba a disponer de todas las respuestas que necesitaba el Almirantazgo, no sólo las que contemplaban sus órdenes. Si tenía éxito, el primer lord obtendría incluso más de lo que había pedido. Pero si fracasaba… El solo hecho de pensar en ello le hacía sentir escalofríos. Su estómago parecía lleno de un frío líquido burbujeante. No sucedía a menudo que pudiera permanecer sentado para observar el proceso que experimentaba su propio miedo. Era mucho peor que estar en el alcázar mientras llevaba al barco al fuego. En el mar tenía que tomar decisiones tácticas (y, a menudo, cambiarlas en el último momento), velas que orientar, órdenes que dar… Con tantas cosas que hacer, no había tiempo de pensar en el miedo como tal; podía extenderse como una cortina de lluvia que empapa la ropa y enfría el

cuerpo, a menos que se mantuviera ocupado. El miedo no tenía una sola oportunidad de hacerse con él en el alcázar, y cuanto más ocupado estuviera, más probable era que alguien incapaz de comprender la naturaleza del miedo le considerara un valiente. El auténtico desafío, por el que Ramage no estaba dispuesto a pasar, era el de permanecer sentado en una silla, esperando a que sucedieran cosas sobre las cuales no tenía el menor control. Stafford había ido a por la cartera a la habitación del teniente; tenía órdenes de abrirla y, luego, de abrir también el sello de lacre. El único problema era que Ramage no tenía control sobre si el despacho de guerra que buscaban estaba o no en el interior de esa cartera…

Ramage observaba la puerta con tanta atención que cuando se abrió de pronto sufrió tal sobresalto que se mordió la lengua. Maldiciendo su propio nombre, se chupó un dedo para comprobar si se había herido de verdad y, al entrar Stafford y arrojar la cartera sobre la mesa en un gesto que a punto estuvo de apagar la luz del candelabro, Ramage decidió que estaba demasiado tenso para observar cómo el *cockney* abría el lacre, siempre y cuando, por supuesto, hallaran la carta del almirante en el interior.

«Veré cómo pasa una a una todas las cartas, luego me quitaré la casaca y la colgaré lentamente», se dijo. Cualquier cosa para evitar observar cómo se deslizaba la espátula bajo el lacre, consciente de que toda la operación se iría al traste si Stafford había calentado demasiado el metal. No todo, en realidad; con aquel último despacho de guerra lo cierto era que no importaba tanto. El lacre fundido no sería descubierto hasta que el mensajero llegara el lunes por la mañana a París; no obstante, era preferible que los franceses jamás descubrieran que alguien había abierto aquella cartera…

Stafford escogió una ganzúa, dio unas vueltas y la solapa de la carta se abrió. Era la misma de siempre, aunque la habían limpiado: aún tenía una rascada bajo la cerradura, sólo que ahora se apreciaban restos de lustre.

Había un sobre más grueso que los demás, y también una, dos…, siete…, nueve…, catorce…, quince cartas más. Sólo el sobre grueso iba dirigido al ministro; el resto eran para diversos departamentos del ministerio. Stafford se dispuso con una sonrisa a calentar la espátula cuando colocó el sobre grueso ante sí, boca arriba. Luego pasó la mano libre por el cabello, y lo que en otros podía considerarse una bravata, en Stafford venía a ser un gesto de reafirmación. La hoja de la espátula cambiaba de color y soltaba hollín… Stafford la probó en el dorso de la mano y volvió a aplicarla a la llama del candelabro, dejando un rastro de hollín en su mano. Transcurrió un minuto entero antes de que lo intentara de nuevo; tras un gesto rápido para deslizar la hoja por los pantalones y quitar así el hollín, deslizó la hoja bajo la solapa del sobre.

Ramage apartó la mirada, aun consciente de que no podría levantarse a quitarse la casaca con la despreocupación que había planeado. Tenía que seguir ahí sentado; Stafford podía necesitarle para algo. Retiró la mirada del lacre y observó la llama,

aunque luego se arrepintió al ver llamas por todas partes. No pudo evitar observar de nuevo el sello de lacre; se volvía brillante a medida que el calor hacía mella en él. ¿Es así cómo se siente la liebre cuando la observa el hurón? Stafford retiraba la espátula y abría el sobre; a juzgar por la expresión de su rostro, todo había ido de perlas.

—Aquí lo tiene, señor.

Ramage abrió cuidadosamente el sobre y encontró en su interior cinco páginas. Párrafos de clara caligrafía y muchas cifras. Extendió el brazo para hacerse con su propio papel y abrió el tintero, pero no se molestó en comprobar la punta de la pluma, ya que lo había hecho hacía apenas media hora.

El informe de Bruix empezaba con las fórmulas de rigor. El francés podía haber hecho la Revolución, pero aún mantenía esa clase de frases arcaicas tan propias del Almirantazgo. «Y ésta, ciudadano ministro, es la situación de la flota de invasión en el momento de redactar la presente…». Ah, ¡qué detalle por parte de Bruix!

> He anotado en primer lugar el tipo de embarcación y, por conveniencia a la hora de consultar los datos, su capacidad. Luego he listado el número total encargado por el primer cónsul, seguido por el número total de barcos de esa clase armados hasta el momento, que esperan a serlo o bien se encuentran en construcción, y, finalmente, el déficit en el momento de escribir la presente.
>
> Las embarcaciones que figuran bajo el encabezamiento de «a la espera de ser armadas» —añadía Bruix —, son aquellas que han sido botadas pero que no pueden considerarse terminadas debido a la falta de palos, lona, cabuyería y cañones. Puede apreciarse cuántos barcos están en proceso de construcción, y aunque ha habido tiempo de precisar el momento en el que se encuentra ese proceso en cada caso particular, he indicado cuántas de ellas están a medio terminar.

Ramage hizo un repaso rápido, y finalmente leyó los dos últimos párrafos del despacho en el que Bruix respondía a la última remitida por el ministro. Se había comunicado a los astilleros que pronto se realizarían los pagos, en cuanto el dinero llegara de París, pero lamentaba tener que informar de que había resultado imposible impedir que cierto número de trabajadores («carpinteros de ribera y carpinteros especializados, capaces de cobrar grandes sumas por trabajar en ciudades haciendo y restaurando muebles») abandonaran el trabajo. Había guardias patrullando los astilleros, pero los trabajadores se alojaban en casas particulares y era imposible mantenerlos vigilados día y noche. Se había leído una proclama en público, en la que se advertía de que en caso de abandonar sus puestos corrían el riesgo de ser reclutados forzosamente.

Bruix aprovechaba la ocasión para apuntar de nuevo la falta de cañones, para que el ministro dispusiera en un mismo informe de todos los hechos. En referencia a lo escrito por el ministro respecto a la provisión de fondos para los astilleros y los sueldos, Bruix decía que se abstenía de repetir las medidas necesarias para liquidar todas las deudas contraídas hasta la fecha.

Ramage lanzó un suspiro. Había llegado el momento de copiar los hechos y los datos. Volvió de nuevo a la primera página y se dispuso a escribir:

> *Flotille de grande espèce.*

LANCHAS que transportarán a 4320 hombres y que navegarán en dos divisiones. Cada lancha tiene capacidad para transportar 50 soldados de caballería, 25 de infantería, 3 oficiales y 2 no combatientes, y un equipaje de 27 mosquetes, 20 bayonetas, 200 herramientas, 1200 cartuchos, 1500 raciones de galleta, 500 de avena y 500 de cereal, 50 caballos, 60 sillas y 6 ovejas.

Encargadas: 54. Botadas: 23. Para éstas se dispuso de suficientes palos, vergas, lona y cabuyería para armar sólo 11. En construcción: 5 (la mitad a medio terminar). Déficit: 26.

BERGANTINES, que forman la segunda flota, cada uno con una pinaza en conserva, con capacidad total de transporte de 35 964. Cada bergantín podría transportar a 3 oficiales de una compañía, 91 oficiales y hombres, 2 oficiales de Estado Mayor de batallón, 1 oficial del Estado Mayor general, 3 artilleros, 3 carreteros y 8 cirujanos. El cargamento comprendería 27 mosquetes, 20 bayonetas, 27 herramientas de zapador, 1200 piedras de mosquete, 12 000 cartuchos, 1200 raciones de galleta, 150 pintas de coñac y cuatro ovejas.

Encargados: 324. Botados: 109. De estos, sólo 69 han podido ser armados. En construcción: 15 (de los cuales cuatro se hallan en la mitad del proceso de construcción). Déficit: 200.

CAÑONERAS, que conformarán la tercera flota, cada una de ellas acompañada por una pinaza que navegará en conserva, con capacidad para transportar 130 hombres, para un total de 56 160 (incluidos 3456 cirujanos). Cada cañonera será artillada con un cañón de 24 libras, y transportará también una pieza de artillería e idéntico cargamento que las corbetas, además de 2 caballos, 74 galones de avena y cereal, y 200 balas rasas.

Encargadas: 432. Botadas: 73. De éstas, sólo 19 han sido armadas. Siguen en construcción: 14 (de las cuales 12 o más están a medio terminar). Déficit: 345.

BARCAS, que conformarán la cuarta flota. Transportarán un total de 2160 hombres con 216 000 cartuchos, 21 600 raciones de galleta, 1080 raciones de coñac y 108 ovejas.

Encargadas: 540. Requisadas o capturadas: 127. (Nota: Sólo 63 de éstas han arribado a Boulogne, Calais, Etaples, Saint Valéry o Wimereux. Otras 11 han arribado a Le Havre y Cherburgo. Las restantes 53 se encuentran repartidas en diversos puertos entre Amberes y San Juan de Luz, a la espera de formar convoy). Déficit: 413.

CORBETAS, que conforman la quinta flota, cada una de ellas capaz de transportar a 40 hombres, para un total de 3240. Estas llevaran el mismo cargamento que las cañoneras, pero sin artillería o munición.

Encargadas: 81. Botadas: 10. (Nota: 27 antiguas corbetas han sido pertrechadas de nuevo, pero ninguna de ellas tiene menos de 25 años). Déficit: 44.

BARCAS DE PESCA, que conforman la sexta flota, capaces de transportar a un total de 2160 caballos y jinetes, con el doble de suministros para caballos y jinetes.

Encargadas: 108. Requisadas o capturadas: 108.

BARCAS DE PESCA DE SEIS CLASES DIFERENTES, que conformarán la flota de transporte, y cuyo cometido será llevar tres millones de cartuchos, 1208 caballos, 3560 oficiales y hombres, 1760 cantineras, y una considerable cantidad de otros pertrechos militares demasiado numerosos para listarlos aquí.

Encargadas: 464. Requisadas o capturadas: 276. Déficit: 188.

Otra flota, que estará formada por un número comprendido entre 100 y 150 embarcaciones de pesca de mayor porte que las anteriores, aún está pendiente de formarse. Estas embarcaciones deberán transportar 200 caballos, 1000 hombres, 10 000 raciones de galleta, 10 000 raciones de coñac, avena y cereal, y 200 ovejas (cada una).

A partir de estas cifras, podrá deducirse el número de hombres que las embarcaciones encargadas podrán transportar, unos 110 324, número inferior a la fuerza planeada para el Ejército de Invasión (un total de 113 474, formado por 76 798 soldados de infantería, 11 640 de caballería, 3780 de artillería, 3780 de equipajes e intendencia, y 17 476 de no combatientes), aunque estaba previsto que cada barco pudiera llevar más o menos a una docena de más.

La búsqueda continúa en todos los puertos desde Amberes a San Juan de Luz de 300 barcos mercantes de menos de 7 pies de calado, capaz cada uno de ellos de llevar a 100 hombres. Aunque se ha cosechado cierto éxito a la hora de dar con éstos, varios han sido apresados por barcos y corsarios ingleses mientras arrumbaban a Boulogne.

Bruix concluía con lo que a Ramage le pareció una petición para que Forfait expusiera claramente al primer cónsul que había hecho todo cuanto había estado en su mano, teniendo en cuenta el dinero, los hombres y los materiales de que disponía,

y continuaba exponiendo sus dudas acerca de la viabilidad de acondicionar las embarcaciones que habían sido construidas con propósitos similares en 1760, dada la cantidad de esfuerzo y dedicación que requerían para ello, sobre todo en lo referente a la mano de obra, puesto que sólo carpinteros de ribera experimentados podían emplearse en semejante trabajo.

Ramage concluyó la copia trazando una línea y firmando debajo con su propio nombre. Luego dejó la pluma y tapó el tintero. Lanzó un suspiro de alivio y consultó la hora en el reloj. Había tardado veinticinco minutos.

—Tenga, será mejor que lacre la carta y la lleve de inmediato a la habitación de Louis. ¡Espero que haya tenido la precaución de comprar pan recién hecho!

—Así es, señor. Me comentó que había hecho un hueco para unas seis hojas de papel, y usted sólo ha necesitado —Stafford pasó las páginas— tres. Antes las lacraré. —Las dobló y deslizó el pulgar por las dobleces para allanarlas. Tomó la barra de lacre rojo y echó un vistazo al sello de Ramage—. ¿Quiere utilizar su sello, señor?

Ramage negó enérgicamente con la cabeza.

—Demasiado arriesgado. Si fueran interceptadas y me descubrieran…

En cuanto el lacre hubo sellado la carta de Ramage, Stafford abandonó la habitación con el silencio que le caracterizaba, y volvió para informar de que ya la había escondido en el pan.

—¿Quiere echar un vistazo a alguna de éstas, señor? —preguntó, señalando las demás cartas.

—No. Ya hemos trabajado bastante hoy. Lacre usted el despacho de guerra del almirante y ponga la cartera bajo la cama del teniente para que podamos irnos a dormir.

Casi habían terminado. Era increíble, pero se habían salido con la suya. Sólo quedaba que Stafford calentara de nuevo la espátula y lacrara de nuevo el sello, pusiera toda la correspondencia en la cartera y la devolviera a su lugar. Ramage decidió tumbarse en la cama para saborear la sensación de alivio que le embargaba. Stafford no necesitaba ayuda, y Ramage empezaba a resentirse de la falta de fuerzas que sigue a un momento de tensión.

La cama crujió, y al tumbarse comprobó cuán agotado estaba. Stafford canturreaba en voz baja y Ramage observó las sombras que proyectaba la cabeza del *cockney en* el techo.

—Ya está, menuda preciosidad —murmuró Stafford, que a continuación sopló con fuerza—. Ah, igual de bien que la original. Allá va. —A Ramage aquel comentario le hizo recordar al cazador furtivo que conversa con su hurón. Oyó un sonido metálico cuando el marinero cerró la cartera—. Perfecto, ya está, señor; ahora mismo regreso.

Ramage murmuró algo, satisfecho. Se preguntó, medio en sueños, si Louis ganaría a las cartas. Al día siguiente, por la mañana, en unas horas, los tres se

encontrarían en un carruaje que traquetearía por el camino a Boulogne, detrás de su informe, a salvo por si los detenían en el camino. Jackson y Rossi aguardarían en Boulogne con la *Marie* y Dyson. Qué curioso que esa sabandija de Dyson hubiera hecho algo para limpiar sus anteriores delitos. ¿Y si hablaba con lord Nelson de él, para que no tuviera que pasar el resto de la vida buscado por la justicia? Tenía tiempo de sobra para pensar en ello. Sería agradable dormir sabiendo que había terminado el trabajo, y que sólo quedaba la huida…

El grito agudo de una mujer lo traspasó de parte a parte igual que una daga. La mujer volvió a gritar. Y lo hizo una y otra vez, presa de un terror desesperado; luego la oyó correr por el pasillo y escalera abajo, todo ello sin dejar de dar alaridos. ¿La hija del tabernero, quizá?

Saltó de la cama, se hizo con la espátula de Stafford, la barra de lacre y el hatillo de las ganzúas. ¿Dónde podría esconderlas? Había cesado el griterío, pero oía el estruendo abajo, como de hombres que se disponían a subir la escalera. Stafford no había vuelto, y era difícil saber qué había sucedido.

Arrojó las ganzúas, el lacre y la espátula detrás de la cabecera de la cama, se quitó la ropa para ponerse a toda prisa el camisón, luego apagó de un soplido la llama del candelabro y se acercó a la puerta, esperando durante unos segundos para abrirla, justo en el momento en que cruzaban algunos hombres por delante de ella.

Eran el teniente, con una linterna, seguido de Louis y del patrón.

—¿Qué pasa? —preguntó Ramage, fingiéndose adormilado, con una nota de inquietud en el tono de voz.

—¡Ladrones! —exclamó el patrón, que aprovechó la aparición de Ramage para dejar que los otros dos se adelantaran a la habitación del teniente—. ¡Mi hija los descubrió y dio la alarma!

—¿Y qué hacía ella aquí?

—Había escrito un *billet doux* para el teniente y entró en la habitación para dejarlo bajo su almohada, según parece. Fue entonces cuando vio a esos hombres. Media docena o más, por lo que dice…

Ramage fue asintiendo a medida que escuchaba las palabras del patrón. Al cabo, el teniente salió de la habitación.

—Aquí no hay nadie, y los despachos están en su sitio… —Señaló la cartera que tenía en la mano—. La ventana está abierta de par en par, y supongo que los muy bribones han huido. Debemos emprender la búsqueda. ¡Seis hombres, nada menos!

El patrón se alejó escalera abajo.

—¿Vio usted algo, *monsieur*? —preguntó el teniente a Ramage.

—Nada de nada. He oído los gritos. Me despertaron.

—A *monsieur* se le ve medio dormido aún —señaló Louis.

Ramage captó la insinuación y se frotó los ojos.

—Y así es. ¿Le han robado algún objeto de valor?

—A simple vista, no —respondió el teniente. Levantó de nuevo la cartera y

añadió—: Esto es lo único que me importa. Pero sigue cerrada, como puede ver. —Las únicas llaves capaces de abrirla están en París y en Boulogne. Son los despachos del almirante al ministro de la marina.

—¿Cree que los ladrones iban tras esa cartera? —preguntó Louis con aire inocente.

El oficial sacudió la cabeza.

—No, es imposible. ¿Quién iba a saber que llevo estos despachos? Además, siempre la escondo bien. Huelga decir que confío en su discreción, señores —añadió, confiado.

—Vulgares ladrones —dijo Louis—. Probablemente, mirarían por la ventana y vieron los naipes en la mesa. Vaya —exclamó—, ¡también habrán reparado en mí! Rápido, la linterna, voy a ver si me han robado.

Louis tardó unos instantes en abrir la puerta. Ramage recordó que la había dejado abierta y que, obviamente, no quería que el teniente reparara en ello. Abrió la puerta y entró.

—Todo en orden —dijo al salir—. Supongo que decidieron empezar por su habitación. Debieron de reconocer que era usted gente de calidad —añadió con astucia.

—Usted gana a los naipes —gruñó el teniente—. Por segunda vez. Hasta el momento he perdido la paga de un mes…

Calló al oír unas voces que provenían del pie de la escalera. Ramage vio a dos gendarmes, ambos con una linterna en la mano. Al llegar al corredor, se detuvieron.

—¿Quién de ustedes es el italiano, Di Stefano?

Ramage dio un paso al frente, extrañado.

—Vístase —ordenó uno de los gendarmes—, queda usted arrestado.

CAPÍTULO 14



El cuartel general de la policía se encontraba situado en la parte sur de la plaza, enfrente de la guillotina que había a la sombra de los plátanos. Los dos gendarmes empujaron a Ramage por la puerta con una serie de juramentos, y uno de ellos lo apuntó con la pistola mientras el otro recorría el pasillo que conducía a una puerta, a la cual llamó. Al cabo de uno o dos minutos, dio la voz y el de la pistola empujó a Ramage por el corredor.

Sentado a un escritorio en el centro de la habitación había un hombre vestido de oficial, en cuyo rostro chupado se marcaban perfectamente las arrugas. Cada poco se le cerraba de pronto el ojo derecho, como si lo guiñara, gesto seguido de una convulsión espasmódica del hombro derecho. Por un instante, Ramage pensó que se parecía a una marioneta a la que le faltaran algunos hilos.

El hombre contrajo los labios como si se dispusiera a morder un fruto jugoso y enseñó la ristra de dientes amarillentos.

—Pasaporte —susurró.

Ramage rebuscó en el bolsillo de la casaca y le tendió la documentación.

—Gianfranco di Stefano, ¿eh? ¿Habla usted francés? ¿Es italiano?

Ramage asintió.

—¿Qué está haciendo en Amiens?

—Voy de viaje a París. Caí enfermo.

Uno de los gendarmes susurró algo al oficial.

—¿Paris? Viajaba usted a Boulogne. Ha encargado un carruaje para mañana. Usted y otros dos hombres.

—He estado en Boulogne y me dirigía a París cuando caí enfermó —explicó

Ramage, con un nerviosismo que lejos estaba de ser fingido—. Antes de recuperarme del todo, recibí una carta de Boulogne, en la cual, debido a un asunto de negocios pendiente, me pedían que volviera.

—¿Qué asunto de negocios? ¿Quién se lo pidió?

Ramage era consciente de que no tenía escapatoria si aquel hombre se empeñaba en descubrir la verdad. Podía mantener el engaño unos días más, pero en cuanto la policía comprobara la información con el capitán del puerto de Boulogne, descubrirían que no existía nadie llamado *signor* Di Stefano; que sus documentos eran auténticos pero que los espacios en blanco se habían rellenado con un nombre y datos falsos. Entonces empezaría la diversión, y se pondrían a trabajar en él para averiguar adonde conducía todo aquel asunto. «Ponerse a trabajar en él» era un modo eufemístico de decir que lo torturarían.

—No tengo nada que decir —respondió Ramage, molesto—. ¿Por qué me han arrestado?

Tenía que mantener la boca cerrada durante el tiempo necesario para que Louis llevara el despacho de guerra a Boulogne, y para asegurarse de que la *Marie* habría partido rumbo al punto de la cita. En cuanto estuviera seguro de que los despachos se encontraban en manos de lord Nelson, habría cumplido la misión. Entonces hablaría cuanto quisiera, asegurándose, eso sí, de no incriminar ni a Louis ni a sus colegas. También podía guardar silencio. Era muy probable que el resultado final fuera el mismo: acabaría balanceándose en el *bascule* y el verdugo dejaría caer la cuchilla. El *Moniteur* probablemente publicaría un pomposo comentario referente a la captura de un espía inglés a quien se había ejecutado en Amiens (o de un espía italiano, si guardaba silencio), y, con el tiempo, quizás alguien en el Almirantazgo en Londres relacionara aquella ejecución con el hecho que el teniente Ramage había desaparecido tras enviar un último informe desde Amiens…

—No tiene nada que decir, ¿eh? Bien, pues yo sí —dijo el oficial—. Está usted bajo arresto porque su hombre (su capataz, según tengo entendido) fue visto por la hija del patrón en la habitación de otro invitado. De un oficial de la República —añadió, sin el menor atisbo de piedad.

—Creí que había visto a varios hombres. —Una sombra de esperanza, pero no más.

—Tal vez así fuera; lo que a usted le concierne es que ella pudo reconocer a su capataz.

Ramage se encogió de hombros.

—Eso es lo que ella dice. Yo estaba durmiendo y no tengo ni idea de qué sucedió. ¿Estaba en la habitación con mi capataz? ¿Se citaron allí?

Era un argumento muy débil, pero de momento intentaba ganar tiempo para pensar. ¿Dónde diantre andaría Stafford? Obviamente, había saltado por la ventana, pero ¿cuánto tiempo podría burlar a sus perseguidores? No hablaba palabra de francés, no tenía ni dinero ni un mapa que pudiera ayudarle a regresar a Boulogne. Lo

único que tenía a su favor era la intrepidez innata de cualquier *cockney*.

—¿Qué hacía su capataz?

—¿Seducirla, quizá? Cómo voy a saberlo. Ya se lo he dicho, yo estaba durmiendo.

¿Y Louis? ¿Dónde estaba Louis? ¿Había huido antes de que nadie comprobara la veracidad de su papel como escolta de los viajeros italianos? Ramage no recordaba haberlo visto cuando los gendarmes le ordenaron vestirse. Por otro lado, podía seguir en el hotel, fingiéndose tan sorprendido por el comportamiento de Stafford como los gendarmes. ¡Eso tenía sentido! En ese instante lo único que sabían los gendarmes era que Stafford había sido visto en la habitación del teniente. No habían robado nada de allí, ni había nada que pudiera incriminar al *signor* Di Stefano ni a Louis. Si éste desaparecía de pronto, podrían considerarlo una admisión de complicidad.

De hecho, Louis y él quedarían libres de toda duda si los gendarmes aceptaban que, hiciera lo que hiciese Stafford en aquella habitación, no tenía nada que ver ni con su jefe ni con Louis. «Veamos qué pasa —pensó Ramage—. De momento seguiré en mi papel de armador italiano, ultrajado por tener que pasar la noche en una celda… Lo único que ese cadavérico oficial tiene claro es que mi capataz fue visto en una habitación ajena. Nadie ha podido negar mi historia de que estaba dormido en ese momento. Con un poco de suerte, me soltarán mañana con las disculpas de rigor».

Ramage pensó en solicitar que le permitieran escribir al embajador de su país en París, en protesta por su arresto, pero recordó, justo a tiempo, que la República de Génova, de dónde supuestamente provenía, era ahora la República de Liguria de Bonaparte. Entonces, el oficial, que había contemplado en silencio la superficie del escritorio durante unos instantes, levantó la mirada hacia él.

—Si intentaba seducirla con su consentimiento —dijo fríamente, en una voz que recordó a Ramage la de un padre furibundo o la de un marido engañado—, ¿por qué iba ella a gritar?

—¿Y cómo iba yo a saberlo? —preguntó a su vez Ramage, tras encogerse de hombros—. Quizá cambió de opinión.

—Según parece, está enamorada del teniente —insistió el oficial—. Es imposible que fuera a esa habitación a verse con su capataz.

—Muy bien —admitió Ramage, dando muestras de aburrimiento—, tenía una cita con el teniente en la habitación. No parece que sea una joven muy virtuosa, ¿no cree?

—De hecho, ella no tenía ninguna cita con el teniente en su habitación —replicó el oficial, enfadado, guiñando el ojo derecho y con el espasmo que le sacudía el hombro.

—¿Y qué hacía, pues, en la habitación? ¿Verse quizá con mi capataz?

—Había escrito un billete al teniente y había entrado en su habitación para dejárselo en la cama. ¿Dónde se encuentra su capataz? —De nuevo el guiño incontrolado, seguido del tirón de hombro.

—No lo sé —respondió Ramage, impaciente—. Tal vez tenga una cita con la

madre de la joven. ¿Por qué no se lo pregunta a ella?

Debía de ser alrededor de medianoche. ¿Habría podido Louis llevar el condenado trozo de pan al correo? Si Ramage pudiera estar seguro de que el informe (se esforzaba por evitar incluso pensar en el nombre de Bruix, por temor a que el oficial de policía fuera capaz de leerle el pensamiento) había llegado a manos de Jackson, a bordo de la *Marie*, ya habría valido la pena. ¿Valer la pena? Más le valía dejar de pensar en eufemismos. «Si hubiera sabido que mi copia del informe del almirante Bruix sobre el estado de la *Flotille de Grande Espèce* había llegado a manos del vicealmirante Nelson, entonces balancearse en el *bascule* y observar fijamente el cesto que recibiría mi cabeza en cuestión de segundos, tras la caída de la cuchilla, ya no sería tan difícil de sobrellevar».

Debía de ser más sencillo morir cuando uno era consciente de haber conseguido algo. Ramage había entrado en combate un promedio de cuatro veces al año durante los tres últimos años, sin haber tenido la esperanza de salir con vida de ninguno de ellos. Había una gran probabilidad de que una bala española o francesa le arrancara la cabeza o (al pensar en ello se llevó la mano a las cicatrices de la frente) encajara un tajo de alfanje o acabara atravesado por una pica de abordaje.

Para el teniente Ramage no había diferencia alguna entre una bala rasa y la cuchilla de la guillotina a la hora de perder la cabeza. Aun así, y no sabía por qué, esa diferencia existía. Si la copia del despacho del almirante Bruix llegaba a manos de lord Nelson, no podría hacer nada en toda su carrera que pudiera compararse a eso, por mucho que viviera para lucir el uniforme de almirante. El tipo de cosas que implicaban correr el riesgo de que una bala rasa te arrancara la cabeza se le antojaban triviales. Sólo cuando se apuesta alto se corre el riesgo de casarse con La Viuda.

El oficial le observaba fijamente. Al cruzar la mirada, preguntó con curiosidad:

—¿En qué está usted pensando?

—En que si mi capataz tenía una cita con la hija del patrón, le envidio. Una chica preciosa. ¿La conocen?

El oficial se sonrojó. Se sonrojó tanto que, teniendo en cuenta las arrugas de su rostro, fue como si una botella de vino derramara su contenido por un plato de lasaña. Ramage comprendió que aquel hombre debía de haber estado pensando en ella.

—El otro hombre que les acompañaba, el francés. ¿Quién es?

—¿Acaso no lo sabe? —preguntó a su vez Ramage, con desdén.

—¿Y por qué habría de saberlo? —El oficial se puso a la defensiva.

—Pues uno de sus ministros lo envió a espiarme. ¡Eso es todo lo que sé! —En cuanto vio asentir al oficial, como si la información que acababa de darle fuera creíble, Ramage decidió adornarla un poco—: Puedo decirle que ya estoy harto de su compañía. «¿No quiere otra botella de vino, *monsieur*?», me dice… Yo tomo medio vaso y él la botella entera. ¿Y quién la paga? Pues yo. Licores, ¿podría usted decirme por qué todos los licores corren de mi cuenta? Y el coñac… *Mamma mia*, ¡lo que puede llegar a beber! Yo lo pago todo, hasta la última gota. No es que esté diciendo

que tenga nada contra él, entiéndame —se apresuró a añadir.

El oficial de policía asintió comprensivo.

—Lo enviarían de París, sin duda.

—Sí, se reunió conmigo allí cuando se acordó que visitaría Boulogne.

Nada de lo que había dicho sobre Louis hasta el momento podía incriminar a ninguno de ellos. El oficial de policía podía aceptar que Louis trabajara para algún ministerio o comité (estaría acostumbrado a la discreción) sin comprobarlo. Podía muy bien pensar que arrestar a un extranjero que estaba siendo vigilado por un empleado de un ministerio o comité podía exponerle a él a ser acusado de inmiscuirse. Era una esperanza.

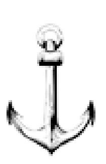
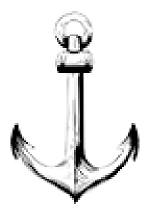
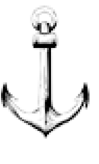
—Y ¿dónde está? —preguntó Ramage, enfadado—. Pregúntele a él, siempre anda por ahí con sus secretitos, aunque nunca me quita el ojo de encima.

—Probablemente esté escribiendo un informe para sus superiores sobre lo sucedido —respondió el oficial—. Luego espero poder hablar con él.

—Bien, él podrá aclarárselo todo, de modo que no hay necesidad de que yo siga aquí. Me encontrarán en el hotel.

No había dado ni dos pasos cuando el oficial se puso a gritar. Al volverse, Ramage se vio apuntado por las pistolas de los dos gendarmes.

—¡Se va usted a una celda! —exclamó el oficial, furioso. Empujó un libraco hacia él, un libro que recordó a Ramage el libro mayor de un despacho de contabilidad—. Y ahora, anote ahí su nombre completo y dirección, así como los detalles y motivos de su estancia en Francia…

Una celda cuadrada: cinco pasos por un lado, cinco pasos por el otro. La habitaba un frío particular, que nada tenía que ver con la temperatura que hacía en el exterior, puesto que aquella era una noche templada. Ramage sólo vio el interior un instante, a la luz de la linterna del guardia, antes de que lo empujaran y cerrarán la puerta a su espalda. Cuando se acostumbró a la oscuridad, vio que había un solitario ventanuco en lo alto de una pared, y aunque apenas era lo bastante grande para que un hombre pudiera meter la cabeza, estaba cubierto de barrotes.

Había llegado a ver también un camastro de madera, pero en la oscuridad calculó mal la distancia y topó con él, dándose un golpe en la espinilla. Al cabo de un instante le dio una patada a un cubo, y gracias al olor que se extendió en la celda comprendió para qué servía. Había una especie de fino colchón de paja en el camastro, y pensó un instante en la de bichos que albergaría, en la de insectos que aguardaban a que la generosidad de la ley francesa les proporcionara alimento.

Se sentó en el camastro, sintiendo todo el cansancio acumulado. La tensión de la última hora había minado su energía, y confiaba en estar lo bastante agotado para quedarse dormido al instante, en lugar de empezar a dar vueltas y más vueltas a la docena de preocupaciones que tensaban sus músculos y ahuyentaban el sueño. Puesto que ya le habían sorprendido una vez en camisón, optó por quitarse tan sólo las botas.

La entrevista no había ido tan mal. El oficial no se había mostrado más suspicaz de lo que era de esperar. Estaba interesado principalmente en Stafford, y Ramage estaba seguro de que había aceptado la historia de que Louis era el representante de algún ministerio o comité de París.

Al tumbarse en el camastro, pensó que, fuera lo que fuera lo que hubiera sucedido, y por el momento no había motivo para mostrarse demasiado pesimista, Louis había tenido tiempo de sobra para sacar el informe de la habitación y ponerlo en manos del correo. Dormir, eso era cuanto necesitaba; preocuparse no serviría de nada, ya que todo, de nuevo, estaba en manos de Louis.

El alba era un grisáceo cuadrado de luz en la ventana cuando le despertó el ruido metálico de la cerradura. Al cabo de un instante, la puerta se abrió con un chirrido y un haz de luz amarillenta en el suelo iluminó una cazoleta en el interior de la celda. La puerta se cerró de nuevo, asfixiando la luz, y alguien echó el cerrojo sin decir palabra.

Ramage se frotó los ojos y escuchó el leve ruido de otro cerrojo. Seguramente el ocupante de otra celda recibía el desayuno. Se acercó con cuidado a la puerta y cogió la cazoleta: gachas aguadas, cuyo olor le recordó a los guisantes secos. También reparó en algo que no había visto antes: la punta de un trozo de pan.

No había cuchara, quizá porque temían que el prisionero pudiera utilizarla para golpear a un guardia en la cabeza, aunque esgrimir el pan hubiera resultado mucho más contundente. Inclinó la cazoleta y tomó un sorbo. Enseguida recordó el sabor de la medicina de la esposa del patrón. No sabía igual; el plato de gachas de la prisión era menos denso, pero apuntaba al mismo origen ignoto. Las gachas debían buena parte del caldo al agua de calabaza, aunque los guisantes que flotaban en ella podían muy bien ser defecaciones de conejo, a juzgar por su sabor o el magro alimento que ofrecían.

Los pájaros empezaron a cantar cuando clareó. Había algunas nubes altas y el viento parecía soplar del sudoeste. Con un poco de suerte seguiría ahí el tiempo suficiente para que Jackson llegara a Folkestone esa misma noche. ¿Se dirigía el correo de Louis hacia la costa de Amiens, vía Picquigny, Abbeville y Montreuil…? En su imaginación, Ramage recorría el camino de vuelta a Boulogne, cruzaba el Canal, alquilaba un caballo en Folkestone y cabalgaba a Aldington, donde su ropa, y quizá también Gianna, le estarían esperando…

Dejó la cazoleta en el suelo. Durante la pasada semana había intentado contener aquellos pensamientos, impedir que se abrieran paso en su mente. El único que había resistido con mayor éxito era el de Gianna, y sabía que tenía que seguir

manteniéndola fuera de todo aquello. Se supone que a los hombres los empuja a acometer grandes acciones de coraje el pensar en una mujer maravillosa, pero en su caso eso no servía de nada. A menudo pensaba en Gianna antes de entrar en combate, pero sucedía que la perspectiva de que una bala le arrancara la cabeza se volvía si acaso aún menos atractiva. Corría el peligro de perderla bajo la cuchilla de la guillotina, y pensar en Gianna le resultaba sumamente doloroso. La próxima semana, se dijo; tenía que alejarla por ahora para recuperarla la próxima semana…

No había ni rastro de vida en el interior del puesto de policía, aunque procedente de la calle se oía el paso ocasional de caballos. Las gentes de Amiens emprendían las actividades diarias. Se sentía desaseado; la barbilla y las mejillas necesitaban de un buen afeitado, aunque daba por seguro que a los presos no se les proporcionaba cuchilla.

Era la mañana del domingo, y en Londres aún faltaban un par de horas para que su familia bajara a desayunar. Después… Ramage se levantó para alejar aquellos pensamientos y empezó a caminar de un lado a otro de la celda. Cinco pasos hasta la ventana, cinco pasos de vuelta. El suelo estaba hecho de bloques de piedra, la misma que la de las paredes. Pasó junto a la puerta y observó que estaba hecha de cuatro gruesas láminas de madera, reforzada por listones de acero, con toda la superficie cubierta de clavos que seguramente se bastaban y sobraban para desviar la hoja de un hacha, ya lo blandieran desde el interior o desde el exterior de la celda.

De momento no había posibilidad de escapar, pensó, aunque para entretenerse decidió inspeccionar hasta la última pulgada de aquella celda. La ventana era tan pequeña que tendría dificultades para pasar la cabeza por ella, por no mencionar los hombros, de modo que no tenía sentido forzar los barrotes. La pared que daba al exterior estaba compuesta de bloques de piedra, cada uno de unos cuatro pies de ancho por un pie de grosor, con los barrotes de la ventana en medio. Las paredes interiores estaban hechas también con los mismos bloques de granito; probablemente de un pie o más de grosor. El techo alcanzaba tranquilamente los nueve pies, y las manchas de herrumbre en el yeso le dieron a entender que estaba reforzado con barras de hierro, separadas unas de otras por seis pulgadas más o menos. El hacha de un leñador no haría mella en la puerta, cuyas bisagras quedaban por fuera. Quienquiera que hubiera diseñado y construido aquella celda sabía lo que se hacía. A pesar de todas las historias de fugas de cárceles cubiertas por barrotes, el único modo de salir de aquella en concreto sin la llave era encendiendo un barril lleno de pólvora…

Suponiendo que las cosas se torcieran, ¿cómo iba a escapar? Se encogió de hombros y se sentó en el camastro. La única forma de salir era hacerlo por la puerta, y el único modo de abrirla era deslizando el cerrojo y metiendo la llave en la cerradura desde fuera. Si Stafford hubiera estado ahí podría haber abierto la cerradura desde el interior, pero ni siquiera él hubiera podido correr ese dichoso cerrojo.

De modo que no tenía otra alternativa que hacerse con el carcelero. Lograr que

entrara con cualquier pretexto, dejarlo inconsciente, salir a hurtadillas del edificio y perderse por algún callejón. Sería conveniente tomar nota de las costumbres de los guardias. El que estaba de servicio en ese momento era cauteloso y abría la puerta lo justo para meter la cazoleta con las gachas antes de cerrarla de nuevo. ¿Costumbre u órdenes? ¿Había un carcelero de servicio en cada turno, o había otro sentado de pie ahí fuera? Tenía que averiguarlo antes de hacer ningún movimiento.

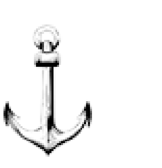
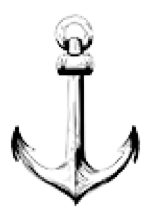
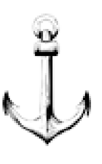
Hizo a un lado sus pensamientos: corrían las primeras horas del domingo, y el correo aún no habría llegado a Boulogne. Si todo iba bien, Dyson, Jackson y Rossi partirían esa noche para la cita con la embarcación gemela, y Jackson transbordaría en la *Mane* de Folkestone para arribar a Inglaterra al día siguiente, temprano. Entregaría el informe y regresaría en la barca de Folkestone, a tiempo de partir para la cita de la noche del lunes, reunirse con la Afane francesa y regresar a Boulogne el martes.

Podía producirse un retraso imprevisto, por supuesto. Podía suceder que el correo de Amiens llegara un día tarde a Boulogne. La *Marie* perdería veinticuatro horas si no podía partir de Boulogne lo bastante temprano para llegar al punto de reunión aquella noche. Diantre, era difícil saberlo a ciencia cierta… «En fin —resumió sus pensamientos—, pongamos que el correo llega a Boulogne demasiado tarde para que la *Marie* pueda partir esta noche al lugar de la cita; Dyson partirá el lunes por la noche y Jackson entregará el despacho el martes y volverá a Boulogne poco después del alba del miércoles. Pongamos que Louis y Stafford se las apañan para escapar de Amiens y se dirigen a Boulogne. No llegarán a tiempo de embarcar en la *Marie* que transportará el despacho, de modo que tendrán que esperar a que regrese el martes o, posiblemente, el miércoles. Estarán a salvo, ocultos a bordo todo el miércoles, hasta que puedan hacerse a la mar el miércoles por la noche. Así tendrían una oportunidad de escapar, que es lo menos que puedo pedir para ellos». Ramage tenía que mantener el secreto hasta el alba del miércoles. Después, podía confesar, contar mentiras, golpear a los gendarmes o hacer lo que quisiera, consciente de que no pondría en peligro ni a sus hombres ni al despacho. Era una larga espera: domingo, lunes y martes; setenta y dos horas.

Se levantó de pronto, como si con ese gesto pudiera empujar las manecillas del reloj. Quizá no fuera necesario. Louis podía personarse en el puesto de policía y convencer al oficial de que todo aquel jaleo era culpa del capataz follonero. Podía estar de vuelta en el hotel aquella misma tarde, se dijo; luego, empezó a dar vueltas de un lado a otro de la celda.

Estaba acostumbrado a caminar en un espacio reducido: el alcázar de sus últimos dos barcos no le había permitido más que una docena de pasos interrumpidos. Sin embargo, aquella celda era mucho más pequeña, y el hecho de tener que dar media vuelta constantemente le hizo sentirse algo mareado. Sentía náuseas, quizá; eran las gachas, revueltas en su estómago maltratado, y el pan que había logrado engullir no hacía nada por anclar la comida.

Se tumbó en el camastro y cerró los ojos. Se había sentido atrapado en la habitación del hotel, pero no podía compararse a estar encerrado en una celda. De niño estuvo a punto de ahogarse en una ocasión, y recordaba la terrible sensación de sentirse atrapado y la desesperación con que había agitado brazos y piernas para escapar del agua, que lo aferraba como con cola… Unos cuantos días en aquella celda bastarían para acabar con la cordura de cualquier hombre. ¿Cómo aguantaban años encerrados? Pensó que nunca lo sabría. «Antes de una semana me habrán soltado, me habré fugado o acabaré cruzando la plaza en dirección a la guillotina».

Al cabo de una hora oyó correr el cerrojo y la llave que abría la cerradura. La puerta se abrió y un gendarme, armado con una pistola, entró en la celda haciéndole un gesto para que permaneciera sentado en el camastro. Lo seguía el cadavérico oficial, que inclinó levemente la cabeza.

—Confío en que haya dormido bien —saludó Ramage, sarcástico—. Lamentaría haber sido la causa de que se acostara usted tarde.

—Tenía trabajo —respondió el hombre, con el encogimiento del hombro derecho que le era característico—. Nosotros los guardianes de la seguridad de la República debemos permanecer siempre alerta.

Ramage se mordió la lengua cuando estaba a punto de decir «amén» y miró el suelo, esperando a que el oficial empezara a interrogarle. En lugar de ello, el otro no dijo nada. Permaneció de pie, mirando a Ramage, quien, consciente de lo que hacía el oficial, a quien controlaba por el rabillo del ojo, agradeció haber tenido la precaución de agachar la mirada antes de que empezara a escudriñarlo de esa manera.

Ramage contó los segundos y, al alcanzar los tres minutos y medio, el oficial le preguntó:

—¿Está usted dispuesto a confesar?

A Ramage le sorprendió tanto aquella pregunta que, sin pensar, respondió:

—¿Cómo? ¿Ya está aquí el sacerdote?

El gendarme meneó la cabeza con aire impaciente.

—No sea ridículo —dijo—. Me refería a si está dispuesto a confesar en qué andaban metidos usted y su capataz.

—¡Metidos! —exclamó Ramage, airado—. He pasado en cama toda mi estancia en Amiens, gracias al mal estado de la comida que nos sirvieron. Le aseguro que nada me gustaría más que marcharme de aquí.

—El *lieutenant-de-vaisseau*… ¿Está usted al corriente de la naturaleza de sus órdenes?

—Claro que no. Aunque no creo que vea mucha mar, porque me parece más un jinete que un marino.

—Es el correo particular del almirante Bruix —dijo el oficial, que recalcó todas y cada una de las palabras.

—¿De veras? —Ramage enarcó ambas cejas—. ¿Y a qué se dedica? ¿A cabalgar a París una vez por semana a por las trufas del almirante?

El oficial pasó por alto aquella mofa.

—Lleva a Paris los despachos de guerra del almirante, y trae de vuelta las órdenes del ministro.

—¿Y…? —inquirió Ramage.

—¡Y nada! Es una misión muy importante; supongo que será usted consciente de ello, ¿no? El almirante Bruix está al mando de la costa del canal.

—Debe de estar ocupado; a juzgar por lo que he escuchado en Boulogne, todo eran quejas por las fragatas inglesas que apresaban barcos y que impedían la entrada de suministros por mar.

—Su discurso me huele a traición —dijo fríamente el almirante.

Ramage se levantó con una rapidez que hizo que el gendarme le apuntara con la pistola directamente a la cabeza.

—¡Traición! —gritó Ramage, que había decidido que era el momento de mostrarse ultrajado e indignado—. ¡Se atreve usted a acusarme de hablar de traición! *Mamma mia!* Yo, un italiano, que salgo de Génova, atravieso los Alpes y el Juras, nada menos, todo de mi cuenta, ¡porque ni sus propios armadores son capaces de botar los barcos de la flota de invasión con la celeridad necesaria! Van tan retrasados en la construcción que, a menos que hagan algo, y rápido, no podrán invadir Inglaterra en dos años.

»Claro que su almirante Bruix lo sabe perfectamente —bajó el tono de voz—. Quizá no lo confiese al primer cónsul, eso es algo que sólo saben esos dos, pero lo que sí sé es que el almirante consideró necesario ir a por un hombre en particular que residía a un millar de kilómetros. ¿Y quién era ese hombre? —preguntó alzando de nuevo la voz—. ¡Vamos, nómbrelo! ¿Quién era ese armador italiano que el almirante Bruix decidió que podría contribuir a agilizar un poco la construcción de la flota de invasión? Tal vez usted no lo sepa, así que le daré una pista: yo. Gianfranco di Stefano, armador y maestro de carpinteros de ribera; maestro a mi edad, eso le sorprende, ¿no? Leal súbdito de la República de Liguria. ¡A ese hombre es a quien acusa usted de traidor!

El oficial parecía preocupado. Ramage vio que su reacción le había sorprendido, pero mucho se temía que aquel tipo era tenaz y metódico, alguien capaz de llevar a cabo una investigación armado de la misma paciencia que el jugador de ajedrez que analiza todos los movimientos posibles.

—No le acuso a usted de traición, *monsieur*; tan sólo he dicho que su discurso olía a traición, lo cual…

—Eso es tan insultante como una acusación directa —le espetó Ramage.

—Le aseguro que no era tal mi intención, *monsieur*. De haber sido ése el caso, ahora estaría usted acusado de traición. Y ahora, dígame, ¿dónde está su capataz?

Ramage se sentó en el camastro lanzando un suspiro.

—Podría usted acusarme de brujería tanto como preguntarme dónde está ese condenado perro de capataz. ¿Cómo voy a saberlo? Me ha tenido usted aquí encerrado toda la noche, ¿cómo voy a saber dónde encontrarlo? En algún *bordello*, si en algo lo conozco, y se está mejor en un *bordello* que en una celda, se lo aseguro, ya que ahora puedo decir que he estado en ambos.

—El francés —insistió el oficial—, el tal Louis Peyrachon. ¿Dónde está?

—Imagino que lo podrá encontrar en su habitación del Hotel de la Poste —respondió Ramage, que quiso ganar un poco de tiempo para asumir las buenas noticias que acababa de darle el oficial de policía—. O con mi capataz en el *bordello*. ¿Quién iba a pasar la noche del sábado en una ciudad como Amiens? ¡Ustedes los franceses no saben vivir bien! ¡Aquí todo el mundo parece irse a la cama en cuanto se pone el sol!

—¿Qué acordó con él?

—¿Acordar? ¿A qué se refiere con eso? Después de cenar bajó a jugar a las cartas con su querido teniente, y no volví a verlo hasta que subió tras el teniente cuando esa tonta se puso a gritar.

El oficial de policía asintió, como si Ramage acabara de darle una información que coincidía con la que había obtenido de otras fuentes.

—¿Dónde le conoció usted?

—Ya se lo expliqué anoche. No lo «conocí»; le encargaron acompañarme durante el viaje. No sé para qué ministerio trabaja, no me lo contó y tampoco se lo pregunté. Me ofendió, y aún me ofende, que enviaran a alguien para escoltarme a todas partes, como si yo fuera un perro atado a una correa.

—¿No es extraño, *monsieur*, que en el momento en que una joven se pone a gritar porque ha encontrado a un hombre en la habitación de un mensajero de la Armada desaparezcan dos hombres así, de pronto?

—¿Dos hombres desaparecidos? —exclamó Ramage, con sincera sorpresa—. ¿Se refiere usted al francés? ¿Cómo puede decir que desapareció cuando yo lo vi con mis propios ojos (y el teniente y el patrón podrán confirmarlo) en el corredor? No vi al capataz desde que me fui a la cama, pero el francés, Louis, a ése sí lo vi. Y no hable de él como si fuera mi compañero de viaje porque le aseguro que de haber dependido de mí no me habría acompañado. Tan molesto como la *grippe* que sufrimos yo y mi capataz aquí en Amiens.

—El francés no apareció esta mañana en su habitación…

—¿Y bien?

—La habitación estaba completamente vacía —aseguró el oficial.

—¿Se refiere usted a que se marchó, llevándose todos los muebles? —preguntó

Ramage, sarcástico, intentando aún ganar barlovento respecto de la trampa que le estaba tendiendo el policía.

—¡Pues claro que no! —Por fin se impacientaba, observó Ramage; le temblaba el hombro y no dejaba de guiñar el ojo—. Me refiero a que recogió sus cosas y desapareció.

—Espero que haya ido a Paris, a informar a sus jefes de que el *signor* Gianfranco di Stefano está encerrado en su apestosa celda.

—No tardaremos en saberlo —apuntó el oficial, a quien no le preocupaba lo más mínimo esa perspectiva—. Entretanto, uno de mis hombres cabalgará a Boulogne. Tiene instrucciones de averiguar si es usted conocido en los cuarteles del almirante Bruix, e investigar su pasaporte y permisos de viaje. ¿Qué averiguará, *monsieur*?

—Tiene usted la manía de formular preguntas que nadie puede responder.

—En tal caso, le haré una que sí podrá contestar. En París, en el Ministerio de la Marina, ¿cómo se llamaba el oficial que preparó su visita a Boulogne?

—¿Oficial? Al menos vi a una docena. Pedí ver al ministro, pero me pasaron de un funcionario a otro. Le dije a uno de ellos que, por el modo en que me trataban, cualquiera pensaría que iba a intentar robarles la flota de invasión en lugar de ayudarles a construirla.

—¿No recuerda usted ni un solo nombre?

—No. ¿Por qué iba yo a recordar el nombre de esos oficialuchos? —replicó con arrogancia—. La mayoría de ellos eran unos imbéciles. —De pronto tuvo una idea— tan obsesionados con el secretismo que deben de considerar que sus nombres son secreto de Estado, a juzgar por el modo en que se comportaron. Todos ellos hablan con la boca pequeña, así. —Ramage hizo una mueca—. ¿De quién sospechan? ¿De sus colegas en el ministerio? Seguro que sospechan que sus propios compañeros son espías del enemigo.

—No sé ni me interesa lo que pueda pasar en París —aseguró el oficial, obstinado —. Tan sólo me concierne lo que sucede aquí en Amiens.

—¿Y por qué me retiene en prisión?

—Porque tengo que investigar en Boulogne.

—¿Y por qué no puedo alojarme en el hotel? Nadie viaja por Francia sin documentos.

—Los dos hombres que le acompañaban han desaparecido —replicó fríamente el policía—. Si le suelto, ¿qué iba a impedirle a usted desaparecer?

—No sé qué ha pasado —respondió Ramage, enfadado—, pero si yo hubiera tenido algo que ver, supongo que también me habría esfumado en lugar de irme a la cama.

—Quizá… ¿Quién sabe? —El policía se encogió de hombros—. Todo esto es un misterio.

—¿Qué robaron de la habitación del teniente?

—Nada, que sepamos, pero…

—¡Ahí lo tiene! —le interrumpió Ramage—. No han robado nada; lo único que parece cierto es que mi capataz se citó con la hija del patrón en la habitación del teniente. ¡Y por eso resulta que me encierran a mí!

—Me disponía a decirle que el teniente lleva una cartera llena de cartas y despachos del cuartel general del almirante Bruix, dirigidas al Ministerio de la Marina. Hasta que el teniente llegue a París, no sabremos si alguna de esas cartas o despachos pudieron desaparecer.

—¿Por qué diantre querría nadie robar unas cartas?

—¡Son secretos de Estado!

—En ese caso, ¿por qué iba nadie a robar sólo uno o dos? —señaló Ramage—. ¿Por qué no toda la cartera?

—Tenga paciencia —dijo el policía—. En cuanto concluyan las investigaciones… —No terminó la frase y salió por la puerta—. Si quiere comer mejor que lo que le ofrece gratuitamente la prisión, puede usted encargar la comida al hotel. Tendrá que pagarla de su bolsillo, claro está.



Ramage pasó el domingo más largo de toda su vida, aunque el lunes fue mucho peor. Las paredes de la celda eran tan gruesas que, aparte de los ruidos que provenían de la calle y algún que otro del interior de la prisión que se filtró por la gruesa puerta de madera, podía muy bien haberse sentido como en un bote en pleno océano Atlántico. La sensación de soledad era sobrecogedora.

Sus planes de fuga tendrían que esperar al miércoles… Esperaba la llegada del carcelero que le traía la comida del hotel como si eso fuera lo único que podía hacer; el tipo era un animal que, obviamente, disfrutaba deslizando la bandeja en el suelo con tal fuerza que la sopa se salía del plato y la carne terminaba besando las polvorientas losas de piedra.

El carcelero constituyó su única visita el lunes, y pasó la mayor parte del día preguntándose qué habría sido de Louis y de Stafford, conjeturando también que, si no podía escapar de prisión, le someterían a un juicio o simplemente lo sacarían para acompañarlo a la guillotina. Las investigaciones en Boulogne anulaban toda esperanza de ser liberado. En aquel mundo tan ambiguo, aquello era lo único que estaba claro.

Sentado en el camastro imaginó al gendarme que visitaría las diversas oficinas de Boulogne (sin duda habría recibido una lista), preguntando sistemáticamente si habían conocido y tratado con un italiano llamado Gianfranco di Stefano, armador. Los funcionarios, uno tras otro, responderían que no y, tras visitar la última de las

oficinas e interrogado al último funcionario, el gendarme regresaría a Amiens para informar del resultado de las averiguaciones.

Para entonces, el teniente habría regresado de entregar la cartera al ministro en París. Allí habrían examinado con mucha atención todos los sellos. Se preguntó si Stafford se había mostrado demasiado confiado. Ramage se maldijo por no examinar el sello después de que Stafford lo recompusiera. ¿Podía el antiguo compararse al nuevo? ¿Había alguna imperfección? ¿Había alguna diferencia, algo que no resultara evidente a simple vista?

Habían pensado en el secretario, o incluso en el ministro, tomando el despacho de guerra y rompiendo el sello de lacre: a menos que hubieran cometido un error garrafal al estampar el sello, no levantaría sospechas. No había pensado en cómo se vería el sello al inspeccionarlo de cerca, aunque quizá se estaba mostrando demasiado injusto con Stafford, que era un tipo bastante astuto.

El cerco se estrechaba; no había por qué engañarse a ese respecto. Las pruebas no tardarían en recorrer el camino que las separaba de Amiens. Demostrarían que el *signor* Di Stefano no era el hombre que decía ser. Esas pruebas, de por sí, serían lo bastante incriminatorias, y, de todos modos, el oficial de policía no tardaría en recibir noticias de París. Si el informe del Ministerio de la Marina decía que el sello del despacho enviado por el almirante Bruix había sido manipulado, entonces el *signor* Di Stefano tendría que acudir a su cita con La Viuda, que le esperaba al cruzar la plaza. Si no descubrían nada malo en el sello, tal vez lograra disfrutar de un respiro.

Sintió un escalofrío al pensar que su vida podía depender de unas gotas de lacre; o en si la suspicacia del ministerio en París bastaría para reparar en que el sello de lacre había sido manipulado. Su vida pendía no de un hilo, sino de un pedacito de lacre.

El dueño del Hotel de la Poste ya se había hecho a la idea de que no volvería a tener cómo huésped al *signor* Di Stefano, de modo que le cobraba exactamente el doble por cada comida, e insistía en cobrar, aparte, un depósito por la bandeja, los platos, la taza y la jarra. Algunas veces, la carne era tan correosa que Ramage experimentaba grandes dificultades para partirla con los dedos, y, lo que era aún peor: la bandeja era endeble y no podía utilizarla como arma.

A las dos de la tarde del martes, Ramage contaba las horas que faltaban hasta la mañana del miércoles, momento en que podría plantearse la huida. Entonces se abrió la puerta de la celda. Entró un gendarme armado con una pistola, e hizo un gesto a Ramage para que se situara en una esquina. Al cabo, entraron dos gendarmes más y uno de ellos arrojó unos grilletes a los pies de Ramage.

—Póngaselos en las muñecas —ordenó.

En cuanto Ramage obedeció, el hombre introdujo un candado y lo cerró. Luego dio un empujón a Ramage para encararlo a la puerta.

—Por aquí.

Ramage, que esperaba otro interrogatorio del oficial de policía, se sorprendió al verse escoltado hasta una gran sala, en mitad de la cual había una mesa. Había tres

hombres sentados a ella, dos a los extremos y uno en mitad de la mesa. A medio camino entre la puerta y la mesa había una silla, hacia la que le condujeron los gendarmes.

El hombre sentado a uno de los extremos, a la derecha de Ramage, era el cadavérico oficial de policía, recién afeitado, recién planchado el uniforme. Su sombrero de dos picos descansaba ante él en la mesa, de modo que parecía un símbolo de autoridad.

Sentado en mitad de la mesa vio a un hombre gordo y de mirada penetrante que no vestía uniforme. Tenía el pelo color gris oscuro y observaba con atención hasta el menor gesto de Ramage. El tercero lucía un uniforme que Ramage no supo reconocer, aunque sus facciones eran muy similares a las del oficial de policía sentado en el extremo opuesto de la mesa. Tenía los ojos hundidos y a Ramage le recordó las figuras de la Inquisición que había visto en los cuadros: hombres implacables, entregados a su labor, pero fríos y distantes; hombres que en nada valoraban la vida humana y que perseguían a los herejes con la tenacidad del tiburón cuando husmea a su presa.

El oficial de policía se volvió a Ramage.

—Este tribunal se ha reunido bajo la sección relevante del código militar. Siéntese y…

—¿Qué…?

—Siéntese y guarde silencio mientras se llevan a cabo los preliminares.

Ramage tomó asiento e intentó calmarse: era un armador italiano, desaseado y sin afeitar, de acuerdo, pero con toda la dignidad del mundo. Seguiría en su papel todo el tiempo que le fuera posible, y después permanecería en silencio. Bueno, tal vez no guardara un silencio sepulcral, puesto que podía dar rienda suelta a la lengua para atacarles. Probablemente sería la única satisfacción que iba a tener, ya que ellos y su guillotina serían los últimos en reír.

—¿Gianfranco di Stefano?

Ramage levantó la mirada. Era el hombre sentado en mitad de la mesa quien había hablado. Aquél era tan buen momento como otro cualquiera para emprender el ataque.

—Sí, lo cual me sitúa en desventaja respecto a usted. —No lo tradujo bien al francés, y de pronto cayó en la cuenta de que aquella era una construcción verbal muy inglesa. Cualquiera que hablara bien el inglés se mostraría suspicaz al escucharla en francés, pronunciada por un supuesto italiano. El hombre sonrió; una sonrisa amistosa, pero también la sonrisa de un hombre consciente de tener la sartén por el mango.

—*Signor* Di Stefano, este tribunal se ha reunido aquí por orden del gobernador militar del distrito de Amiens, que me ha nombrado a mí su juez. El *citoyen* Houdan… —Hizo un gesto al oficial de policía— actuará de fiscal en este caso, y el *citoyen* Garlin ejercerá su defensa.

Ambos saludaron a Ramage con una leve inclinación de cabeza; ambos gestos fríos y distantes, el tipo de saludos que dedica el granjero al escoger a unos animales en particular para llevarlos al matadero.

—Paso a leer los cargos que se le imputan —continuó el juez, que tomó una hoja de la pila de papeleo que tenía enfrente—. Que el susodicho Gianfranco di Stefano entró de forma ilegal en la República de Francia con el propósito de espiar; que Gianfranco di Stefano, utilizando pasaportes y permisos de viaje robados y falsificados, viajó a Boulogne con el propósito de espiar a la flota de invasión y a los campamentos del así denominado ejército de Inglaterra. Que el susodicho Gianfranco di Stefano permaneció en Amiens con el propósito de espiar al correo encargado de llevar documentos del cuartel general del vicealmirante Bruix, en Boulogne, al Ministerio de la Marina y de las Colonias en París; que el mencionado Gianfranco di Stefano y dos cómplices intentaron hacerse con estos documentos; y que los crímenes que acabo de mencionar, todos y cada uno de ellos, son punibles con la pena de muerte bajo las leyes militares y civiles de la República.

El juez levantó la mirada a Ramage.

—¿Ha entendido los cargos que se le imputan?

—Soy súbdito italiano y solicito un intérprete.

—Petición denegada —replicó el juez con brusquedad—. ¿Cómo se declara?

—¿Va a suponer alguna diferencia que me declare culpable o inocente? —preguntó Ramage.

—Sí, por supuesto —respondió el juez, que no captó la nota de sarcasmo en el tono del acusado—. Si confiesa, ahorrará tiempo al tribunal.

—¿Confesar qué?

—Los crímenes de los que ha sido acusado, por supuesto —respondió el juez, impaciente.

—Los cargos son muy halagadores, tratándose de un simple armador italiano, pero sería un fanfarrón si confesara ser responsable de tales crímenes.

—Oh, no tenemos la menor objeción que hacer a esa supuesta muestra de fanfarronería —aseguró el juez—. Si desea usted confesar…

—No, no —dijo Ramage con cierta modestia—, aparte de fanfarrón, sería un mentiroso si confesara haber hecho todo eso.

—Muy bien, *citoyen* fiscal, ¡escuchemos las pruebas reunidas por la acusación de este traidor!

Ramage se levantó de un salto y la sala se llenó del estruendo metálico de los grilletes.

—¡No me llame traidor! ¡Si ni siquiera conoce usted las pruebas!

—Es usted demasiado sensible, *monsieur* —dijo el juez, sereno—. Es un traidor, nosotros lo sabemos y usted también, pero hay ciertas formalidades que debemos cumplir. Continúe, *citoyen* Houdan, y no tenga en cuenta las interrupciones de este traidor.

—Cuando fue arrestado en el Hotel de la Poste por miembros del Comité de Seguridad Pública —empezó Houdan—, el acusado Di Stefano fue incapaz de comunicarnos el paradero de su cómplice, que unos minutos antes había sido descubierto en la habitación de un oficial de la Armada, encargado éste de llevar informes al Ministerio de la Marina. Dicho cómplice fue denunciado por la hija del patrón del Hotel de la Poste, pues fue ella quien le descubrió.

»El acusado Di Stefano aseguró entonces ser un ciudadano italiano, armador de profesión, ocupado en la flota de invasión de Boulogne. Mostró un pasaporte y permisos de viaje para probarlo y aseguró que había sido llamado de nuevo a Boulogne para reanudar unas negociaciones que mantenía con las autoridades navales del lugar.

»Muestro las pruebas A, B y C que refutan tales pretensiones.

»La prueba A es una carta del capitán del puerto de Boulogne, firmada ante notario, en la que afirma que el acusado jamás ha mantenido conversaciones con la administración naval. La prueba B es una declaración jurada del almirante Bruix, en la que afirma que el teniente de la Armada en cuya habitación fue sorprendido el cómplice de Di Stefano es el correo regular encargado de llevar documentos altamente confidenciales entre el Ministerio de la Marina en París y el cuartel general de la Armada en Boulogne.

»La prueba C —agitó en alto una hoja de papel cubierta de sellos de lacre rojo— es un atestado del Ministerio de la Marina en el que se afirma que entre los despachos que llevaba el correo aquel día en particular había uno del almirante Bruix del que dependía el futuro de la guerra —y añadió Houdan, levantando la voz—: cuyo valor para los ingleses no tendría precio.

Así las cosas, Houdan tendió los documentos al juez, que se volvió al hombre sentado a su derecha.

—*Citoyen* Garlin, exponga usted la defensa.

Por unos instantes, Ramage se sintió confundido. Había oído hablar a Louis sobre la zafiedad de la justicia francesa, pero jamás había podido imaginar nada semejante.

—¿No querrá este tribunal escuchar mi alegato de defensa, hasta que la fiscalía haya demostrado la veracidad de las pruebas presentadas? —preguntó Ramage tras ponerse en pie.

De nuevo el juez sonrió.

—No prestaba usted atención. Los cargos han sido leídos y la fiscalía ha demostrado que son ciertos. Usted…

—Testigos —dijo Ramage, enfadado—. ¿Ni siquiera van a llamar a la hija del tabernero?

—Ya hemos escuchado todo cuanto tenían que decir los testigos —aseguró el juez, tomando los papeles que Houdan le había tendido—. ¿Quién iba a dudar de la palabra del capitán del puerto de Boulogne, del almirante Bruix y del encargado superior del Ministerio de la Marina? ¿Niega usted que la hija del patrón vio a su

hombre en la habitación del teniente?

—¡El caso es que nadie ha demostrado que yo tenga nada que ver con ello! ¡La acusación tiene que demostrar que yo pretendía leer esos despachos!

—¿Y no lo hizo? —preguntó el juez.

—Pues claro que no. Hubiera necesitado de poderes sobrenaturales para saber que el teniente llevaba documentos de cualquier clase, y poderes si cabe más ignotos para haber sabido que el sábado por la noche llevaría ese despacho que, según usted, «no tiene precio». Aparte de todo eso, créame cuando le digo que esos asuntos no me interesan lo más mínimo.

Impaciente, el juez golpeó la mesa con el martillo.

—No interrumpa los procedimientos de este tribunal con todas esas nimiedades. *Citoyen* Garlin, exponga su defensa.

—¡Pero si no he cruzado una palabra con este hombre! —protestó Ramage—. No sabe nada de mí. ¡Si ni siquiera me había visto antes!

Garlin sonrió.

—Veo que el acusado no está familiarizado con el funcionamiento de un proceso judicial —dijo al juez, que asintió al volverse a Ramage.

—Le hemos proporcionado un abogado defensor, y, para su información, le diré que el *citoyen* Garlin ha defendido a cientos de criminales, que…

—¿Alguna vez ha defendido a un hombre inocente?

Primero el juez pareció avergonzado y, luego, enfadado.

—Pues claro —aseguró—. Ahora guarde usted silencio y preste atención a su defensa.

—Ah, sí —dijo Garlin—. La defensa quiere hacer constar la imposibilidad de proporcionar un intérprete de lengua italiana con tan poco tiempo. Respecto a los cargos, el acusado acepta que es incapaz de informar del paradero de su cómplice, y admite, además, que estaba en posesión de un pasaporte y permisos de viaje falsificados…

Ramage se vio tan atrapado que cualquier protesta sería malgastar saliva. Si no se había producido ningún imprevisto, a esas alturas Jackson habría llegado a Folkestone, encontrado a lord Nelson y entregado el informe. Al día siguiente, al alba, ya no habría ninguna necesidad de seguir con aquella representación; por otro lado, tampoco había necesidad de precipitar las cosas durante la vista, y aunque tenía ganas de acelerar toda aquella charada, ahorrarse diez minutos ahí tan sólo servía para llegar diez minutos antes a la guillotina…

Garlin tosió, como si hubiera advertido que Ramage estaba distraído.

—El acusado admite que en ausencia del capataz es imposible demostrar su inocencia, en lo que a entrar en la habitación del teniente concierne. —Hizo una pausa, en previsión de que Ramage pudiera interrumpirle, pero no lo hizo—. La fiscalía ha demostrado los cargos referentes a la falsificación de los permisos de viaje y el pasaporte, de modo que el acusado tan sólo puede apelar a la clemencia del

tribunal. En cuanto al tercer cargo, el acusado sólo puede afirmar que, puesto que el sello del despacho de guerra remitido por el almirante estaba intacto al llegar a París, obviamente él no lo abrió.

Ramage levantó la mirada y observó fijamente al juez, que le miró a su vez sin pestañear.

—El tribunal aplaza la sesión hasta mañana por la mañana, momento en que dictará veredicto.

Ramage se levantó de la silla.

—Doy por sentado que es costumbre considerar la culpabilidad de un hombre acusado sin escuchar su alegato de defensa.

—El tribunal acaba de escuchar su alegato de defensa —dijo el juez—. El *citoyen* Garlin lo ha expuesto de manera muy hábil.

—El *citoyen* Garlin ha hecho una observación muy interesante —replicó Ramage con desprecio—. Obviamente, ha hablado por sí mismo, puesto que cuanto ha dicho nada tiene que ver con mi caso y lo ha hecho sin consultar conmigo.

—El tribunal se da por satisfecho —aseguró el juez, imperturbable. Acto seguido hizo un gesto a los guardias. Éstos tomaron cada uno de un brazo al acusado y lo encararon a la puerta. Antes de que se cerrara a su espalda, Ramage escuchó la risa de los tres hombres que habían tomado parte en aquella función.



Despertó a la mañana siguiente con una curiosa sensación de alivio. Por fin había llegado el miércoles, el día en que Louis y los demás se habrían puesto definitivamente a salvo. Ahora podía aprovechar la primera ocasión que se le presentara para escapar. Esa oportunidad sólo podía darse fuera de la celda, o, al menos, en el momento en que la puerta de ésta se encontrara abierta. Ya había desperdiciado una oportunidad, puesto que cuando el carcelero había abierto la puerta para dejarle la bandeja del desayuno, dormía como un ceporro.

Se frotó la barbilla: barba de cuatro días. Pensó que empezaba a parecer un cepillo. No habían atendido su petición de agua para el aseo y se sentía sucio. Tomó el desayuno y dejó la bandeja junto al camastro, lo que suponía que el carcelero abriría la puerta lo bastante para vocearle con tal de que le acercara la bandeja. Eso podía darle una oportunidad…

Seguía soñando despierto. Imaginaba a lord Nelson en su cabina, leyendo la copia del informe del almirante Bruix, cuando de pronto corrieron el cerrojo de la celda y abrieron la puerta. Entró un guardia, que le apuntó con la pistola, mientras otros dos le ponían de nuevo los grilletes. Eran los mismos guardias del día anterior, pero

Ramage reparó en que iban recién afeitados y sus uniformes tenían mejor aspecto, como si fuera domingo. Aguardaron un minuto o dos y luego dieron una voz al corredor. Apareció un cuarto hombre, armado con un mosquete.

—Listos —dijo uno de ellos.

Precedido por el del mosquete, Ramage salió de la celda.

Después de recorrer infinidad de pasillos y pasar de largo por la puerta donde se había celebrado el supuesto juicio, Ramage se sorprendió al ver que salían por la puerta principal del puesto de policía. Cuando el centinela abrió las puertas al exterior, Ramage dirigió la mirada hacia la guillotina. ¿Continuarían caminando hacia ella? ¿Esa era la razón de que los miembros del tribunal se hubieran reído por lo bajo?

La idea caló tan hondo en la mente de Ramage que se sorprendió cuando uno de los guardias le propinó un empujón y lo encaró a la izquierda, hacia donde echaron a andar por un lado de la plaza. Apenas tuvo tiempo de ver la palabra Mairie grabada en piedra, en el arco del siguiente edificio, antes de que lo empujaran a su interior.

Olía a humedad. Maldecía el hecho de que cualquier intento por su parte de echar a correr hubiera concluido con una bala alojada entre sus omóplatos, cuando reparó en que oía el rumor de varias voces. De pronto, el guardia que marchaba en cabeza, armado con el mosquete, se detuvo y abrió una puerta.

El murmullo se convirtió en griterío. Lo condujeron a un recibidor enorme, en el que había un centenar o más de personas sentadas en bancos. Como la audiencia de un teatro, encaraban una tarima donde tres hombres, el trío que había formado el tribunal que lo acusó el día anterior, permanecían sentados a una mesa cubierta por una gran pero ajada bandera tricolor. Delante de la mesa había otra tarima, a la cual subieron a un hombre vestido con harapos, sin afeitar y maniatado, flanqueado por dos gendarmes.

La escolta de Ramage le hizo detenerse y, cuando comprendió que lo habían llevado a presenciar una especie de ceremonia, el hombre subido a la tarima, con una rapidez que sorprendió a los gendarmes, se arrodilló levantando las manos y los grilletes en un gesto de súplica, momento en que estalló un tremendo griterío.

A medida que la audiencia se mofaba, el juez, que presidía la mesa, hizo un gesto de desprecio y los guardias situados a los lados del prisionero lo cogieron de las axilas.

—¡Piedad! —gritaba el hombre—. En el nombre de Dios, piedad… Mi esposa…

—Apela a Dios —voceó el juez, airado—. Muy bien, veamos si le concede su piedad, ¡ya que ningún traidor merece la piedad de la República!

El hombre, temblando, apenas era capaz de tenerse en pie. Fue arrastrado por la puerta situada en el extremo opuesto del corredor. Ramage pensó que sería el siguiente, pero vio que empujaban a otro prisionero, al que habían mantenido apartado en una pared de la estancia.

Estaba tan asustado que, al perder el equilibrio por tener las manos atadas, los

gendarmes tuvieron que levantarlo.

—¡Jean-Baptiste le Brun! —gritó el juez con voz atronadora.

Ramage observó a la audiencia. La mayoría de ellos sonreían mostrando los dientes, inclinados en el banco. Todos lo disfrutaban, con la excepción de una mujer lívida, sentada en las filas de atrás; estaba de pie, llorando, cogida de manos y sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—Este tribunal ha escuchado los cargos presentados en su contra, así como su defensa, y la sentencia de este tribunal es la muerte.

La audiencia aguardó un instante. Ramage pensó que estaban esperando a que el hombre se pusiera a gritar, o cayera también de rodillas, y cuando bajó de la tarima perdieron interés y empezaron a cuchichear. Les había decepcionado; Ramage tuvo la sensación de que si los demás prisioneros actuaban de esa manera, acabarían por levantarse para ir al café más cercano.

En cuanto bajó de la tarima, el hombre sacudió las manos de los gendarmes. Entonces se detuvo y se volvió a la multitud para saludar a la mujer que lloraba. Fue un gesto conmovedor; lo único que un hombre condenado podía decir a la mujer que amaba. Ramage comprendió que aquel también era el gesto que hubiera dedicado a Gianna de haber estado ella allí. Quizá también la saludaría cuando llegara su hora; eso llamaría la atención de todos esos salvajes, de las docenas de personas agolpadas alrededor de la guillotina. Se volverían a mirar a quien estaba saludando, incapaces de saber que esa persona se hallaba al otro lado del Canal.

Los gendarmes lo empujaron y se dirigió a la tarima. En el último instante, caminó un poco más rápido que los guardias, de modo que pudo saltar a la tarima sin necesidad de que le ayudaran a subir.

Miró a los ojos al juez, cuyos labios dibujaron una sonrisa de desprecio.

—Gianfranco di Stefano —dijo en voz baja, como quien saborea las palabras—, este tribunal ha escuchado los cargos presentados en su contra, así como su defensa… —Guardó unos instantes de silencio, como si quisiera provocar un estallido de rabia en Ramage—, y la sentencia de este tribunal es la muerte.

Ramage no apartó la mirada de los ojos del juez, pensando que así era como funcionaba todo aquello. Era, en definitiva, mucho menos aterrador que observar a lo lejos los cañones del enemigo cuando asomaban puestos en batería.

Al cabo, antes de que los guardias pudieran asirlo, saltó a un lado con los pies juntos, se volvió a la puerta y se encaminó hacia ella, los hombros atrás, la cabeza bien erguida, sin darse demasiada prisa pero lo bastante para que los guardias no pudieran caminar en plan marcial; éstos eran bajitos y tuvieron que apresurarse para alcanzarlo.

Al cerrarse la puerta a su espalda, advirtió que no se había producido griterío alguno. Estuvo a punto de romper a reír cuando pensó que todos los presentes en la sala, el juez, el fiscal, la defensa y la audiencia, eran víctimas de un engaño: creían de veras que habían sentenciado a muerte a un armador italiano —claro que la audiencia

no tenía tanta información; para ellos él tan sólo era un tipo con nombre italiano a quien se había sentenciado a muerte—, mientras que, de hecho, habían atrapado a un oficial de la Armada inglesa que, pese al atestado de su propio ministro de la Marina conforme el sello de lacre del despacho remitido por el almirante Bruix estaba incólume, no sólo había leído su contenido, sino que, además, había enviado toda la información relevante a lord Nelson.



Había ciertas ventajas en el hecho de ser un condenado a muerte. Para empezar, los guardias le traían todas las comidas; uno le apuntaba con la pistola mientras el otro llevaba la bandeja. Era como si también ellos supieran que el único modo de salir de la celda era anulando al guardia. Servían la bandeja con sumo cuidado, en lugar de arrojarla al suelo y derramar toda la sopa.

Pero aquellas sutiles mejoras no alcanzaron al Hotel de la Poste, más bien todo lo contrario. Obviamente, el dueño era de la opinión que servir buenas viandas a un condenado a muerte era como echar margaritas a los cerdos, y Ramage se vio comiendo poco más que despojos de pollo.

También en la celda se obró un sutil cambio. Antes tan sólo le había parecido una celda en la que estaba encerrado; ahora, no obstante, era la celda de un condenado a muerte. Se dijo que la celda no había cambiado, sólo lo había hecho su propia actitud. Tal vez las cosas siempre fueran así, que el hecho de ser sentenciado a muerte requiriera de cierta adaptación por parte del condenado. Pensó furibundo que, a menos que encontrara un modo de fugarse en las próximas horas, tendría que empezar a medir el tiempo en horas en lugar de hacerlo según el calendario.

Cuanto más vueltas le daba, más consciente era de que ciertas frases pintorescas cobraban un nuevo significado. «Prepararse para la muerte», por ejemplo. En Inglaterra, sacerdotes y párrocos casi siempre estaban cerca para ayudar a un moribundo a hacerlo. Hasta el momento no había entendido el significado de la expresión, pero ahora que no tenía más en que pensar, cobraba más sentido.

Un anciano estaría mucho más dispuesto a afrontar la muerte. Su vida activa formaba parte del pasado, y las restricciones físicas de la edad, además del conocimiento de que por mucho que hiciera la vida no le plantearía más desafíos (al menos, ninguno al que pudiera plantar cara), probablemente suponía que podía resignarse a lo inevitable de la muerte. Si a ésta le precedía una larga y dolorosa enfermedad, o quizá la pobreza o la soledad, incluso podía constituir un alivio, una liberación.

Sin embargo, un hombre joven afrontaba la muerte con mucho que perder. No

sólo tenía que combatir el miedo a lo desconocido (todo el mundo se enfrentaba a eso, sin importar la edad), sino a la sensación de que le arrebataran tantos años, tantas experiencias. Al volver la mirada hacia todas aquellas veces en las que se había enfrentado a la muerte, descubrió un patrón común en todas ellas: en cada ocasión había dispuesto de muy poco tiempo para reflexionar en la posibilidad de la muerte. El período más largo que pasó convencido de que iba a morir fueron las doce horas más o menos que pasó en mitad del huracán con el bergantín *Triton*, aunque la espectacular virulencia del huracán, el gemido del viento que aturdía su mente, el cansancio, habían contribuido a que pensara muy poco en lo que suponía la muerte; había pensado en ella a cada enorme ola, o cada vez que el viento ganaba en fuerza.

La muerte tenía un rostro distinto en el fragor del combate. Era una amenaza constante. Por lo general, los cañones disparaban durante menos de una hora desde que se cerraban distancias, y estaba tan condenadamente ocupado que era únicamente durante los angustiosos momentos en que el enemigo se arrimaba al alcance de los cañones que podía mirar las bocas de éstos, instantes en que el miedo le recordaba la posibilidad de morir. Entonces la artillería guiñaba su único ojo, escupía un penacho de humo y no había tiempo para pensar; todo su esfuerzo se volcaba en gobernar bien el barco. Cuando terminaba la batalla, el alivio de seguir con vida hacía a un lado de un plumazo cualquier posibilidad para reflexionar acerca de la muerte.

Estar sentado en una condenada celda hacía que un hombre fuera consciente de que lo que la mayoría de la gente consideraba como valentía no era más que una falacia. Para ellos, los héroes eran quienes subían a la cubierta enemiga alfanje en mano, quienes se abrían paso a tajo y estocada hacia la victoria o encabezaban una carga de caballería, o al menos hacían algo activo para derrotar al enemigo. Pero en realidad (desde el punto de vista de Ramage, de sus vivencias), aparte de unos instantes de dudas y miedos en el principio, sabía que uno se dejaba llevar por la excitación histérica y el conocimiento de que si se detenía a pensar, probablemente acabaría por pagarlo con la vida.

No importaba cuántas veces pudieras dar la orden de abrir fuego, o correr por la cubierta enemiga como un carnicero en el matadero, porque no aprendías nada acerca de lo que significaba enfrentarse a la muerte que pudiera resultar de ninguna ayuda en la celda de un condenado. La muerte podía llegar tras un año de dolorosa enfermedad, o podía hacerlo tras el guiño rojizo de la boca de un cañón, pero el enfermo no reconocería más la muerte que daba un cañón de lo que un soldado reconocería a la muerte que ponía punto y final a una dolencia. Si bien la etiqueta de la botella era la misma, el contenido era totalmente distinto.

Ramage tenía dos alternativas: o se las apañaba para fugarse o, en breve, una funesta mañana, lo acompañarían por la plaza hasta la guillotina. Esta se hallaba apenas a unos cien pasos, pero ignoraba si el paseo se le haría largo o corto. Aquella duda ejercía sobre él una fascinación horrible, y cuanto más pensaba en ella menos seguro estaba de hallar una respuesta. Saber que el paseo desde la puerta principal

hasta la guillotina sería el último que haría en la vida, el condenado (Ramage ponía mucho esmero en evitar identificarse como la víctima, puesto que a esas alturas habría logrado escapar) podía encontrarlo demasiado corto. Caminar una milla podía darle el tiempo necesario para prepararse. Por otro lado, caminar un centenar de yardas hasta el verdugo podía antojársele una enorme distancia; el condenado quizá preferiría salir por la puerta y reunirse con él al dar tres pasos por el corredor, y acabar con todo cuanto antes.

De pronto se incorporó para alejar tales pensamientos. En una hora, más o menos, si no era demasiado cuidadoso, se pondría a gritar y a golpear la condenada puerta.

En lugar de ello, pensó en Louis y en Stafford, y confió en que estuvieran a salvo. Al menos a ellos no los habían atrapado. Estaba seguro de eso, ya que de no ser así el fiscal no hubiera dudado en enfrentarle a ellos. Para Louis, la muerte en la guillotina podía suponer una especie de liberación. Ya había acabado con su familia, y a juzgar por el poco tiempo que hacía que lo conocía, Ramage pensó que estaba perdido, como un barco sin lona ni compás, un hombre privado de cualquier propósito en la vida que no fuera el de la venganza. El *cockney* Stafford se enfrentaría a la muerte con el mismo garbo con el que había vivido. Si lo atrapaban, Ramage tan sólo querría decirle algo: que fue la mala suerte la que condujo a su encierro. Aun advertidos de que el despacho del almirante Bruix podía haber sido abierto, los funcionarlos del ministro en París no habían descubierto nada sospechoso en el sello de lacre. Estaba convencido de que Stafford querría saberlo.

¿Y Jackson, Rossi y Sebo Dyson? Si Jackson había recibido el despacho que había enviado a lord Nelson, sólo la muerte podría impedir que los tres lo entregaran. Era curioso, pero estaba seguro de que si Dyson era el único superviviente, haría lo posible por entregarlo, como si con ello pudiera ganarse la absolución por haber planeado un motín y, luego, haber desertado.

Pensó finalmente en Gianna, aunque había intentado por todos los medios mantenerla apartada de sus pensamientos. Por lo visto, no tenían mucho futuro juntos. ¿Por qué no pensar mejor en el pasado? Agradecer lo que había sido, en lugar de detenerse en la amargura de lo que podría haber sido. Por el bien de ella, sería mejor si jamás lo hubiera conocido. Ella tendría que seguir viviendo cuando la cabeza de Ramage cayera en el maldito cesto, y siempre era peor para quienes quedaban atrás.

Ella le amaba. No había duda alguna al respecto. A pesar de ello, aunque él sobreviviera lo más probable era que no pudieran seguir juntos. Todos evitaban enfrentarse a ello, incluso él, que siempre evitaba sacar el tema a colación, pero existían demasiados obstáculos para que pudieran casarse. Para empezar, como regente del estado de Volterra, Gianna tenía que prepararse para volver cuando las tropas de Bonaparte fueran expulsadas. Probablemente, encontraría su tierra sumida en el caos, con enconadas rencillas entre quienes habían colaborado con Bonaparte y quienes no lo habían hecho. Necesitaría de una gran capacidad diplomática para resolver las pugnas que pudiera haber entre las familias principales. ¿Sería capaz

Gianna de manejar la situación? Ramage tenía sus dudas. Era demasiado cabezota, impaciente y, quizá, demasiado exigente también. Veía las cosas en blanco y negro cuando en realidad todas tenían matices de gris, y tendría dificultades para comprender la razón de que algunos colaboraran con Bonaparte; daría por sentado que lo habían hecho en beneficio propio, cuando Ramage sabía que, en algunos casos, había sido por puro instinto de supervivencia.

En fin, sucediera lo que sucediera, y por pocos que fueran los obstáculos, flaco favor le haría regresar a Volterra acompañada de un marido extranjero. No porque en lengua italiana existiera esa palabra, porque para el ciudadano del estado de Volterra un *straniero*, un extranjero, era todo aquel que provenía de cualquier parte, ya fuera Venecia, Inglaterra o la tierra de los lapones.

Todo aquello resultaba muy triste y al mismo tiempo interesante, y aunque ayudó al teniente Ramage a matar el tiempo, no tenía la menor relevancia para él. Para cuando se acabara la cuerda del reloj, habría logrado fugarse o estaría muerto. Era curioso que hubieran olvidado registrarle. Decidió que, si no podía escapar, lo último que haría antes de salir de la celda e ir a la plaza («llámala guillotina —se dijo—, emplear eufemismos no ayuda en nada») sería aplastar el reloj de un taconazo, para evitar que ninguno de los gendarmes pudiera robarlo de su cadáver.

Se disponía a sentarse di levo en el camastro, cuando oyó que alguien introducía la llave en la cerradura y corría el cerrojo. Al cabo de un instante, se abrió la puerta y entró el fiscal, precedido por un guardia armado con una pistola.

—Prisionero Di Stefano… —Houdan hizo una pausa, seguramente para crear cierta tensión ante lo que se disponía a decir.

—Prisionero Houdan —respondió Ramage en tono sarcástico.

El efecto de aquellas palabras en el francés fue destacable. En lugar de sonrojarse de la rabia, empalideció y su boca se tensó.

—¿Por qué me llama de ese modo? —preguntó secamente.

Ramage se encogió de hombros.

—Usted es tan prisionero como yo…

—¡No sea absurdo! ¡En cuatro o cinco horas será usted conducido a la guillotina!

Ramage se sorprendió a sí mismo por el modo en que pudo asentir: fue como si aquello no fuera con él, como si Houdan no acabara de decirle nada nuevo.

—Sí, dentro de unas horas. Pero ¿y usted? Usted me seguirá en unas… semanas, o en unos meses; tal vez en uno o dos años. Pero me seguirá, prisionero Houdan… —Estaba encantado con el modo en que había modulado la voz. Un sacerdote en plena elegía no hubiera utilizado un tono más lúgubre.

Lo cierto era que Houdan acusó el golpe porque en lugar de reprenderle, susurró:

—¿Por qué dice eso?

—Por el vaivén del péndulo, amigo mío. En un instante se inclina hacia su lado, y usted y sus amigos chasquean los dedos y envían a sus enemigos a la guillotina. Pero un día, el péndulo oscila al lado opuesto. Todos los familiares y amigos de quienes

ustedes han asesinado aguardan armados de paciencia, y entonces serán ellos quienes chasqueen los dedos, y usted y sus amigos sabrán lo que es balancearse en el *bascule*, mirando el cesto.

Houdan movía la cabeza, incrédulo, y Ramage no pudo resistir la ocasión que se le brindaba para dar otra vuelta de tuerca.

—La multitud presente en la sala, la gente que gritaba y coreaba las condenas… Supongo que también se agolparán alrededor de la guillotina cuando caiga la cuchilla. Pero la multitud es débil, prisionero Houdan. No le importa quién sea el condenado, hombre o mujer, joven o anciano, monárquico o republicano, bretón o borgoñés. Se divertirá igual cuando el guillotinado sea el fiscal. —La frase en francés no tenía la misma resonancia que en inglés, pero los labios de Houdan se tensaron de nuevo, y obvio era que estaba contemplando un infierno particular al que nunca antes se había atrevido a asomarse.

Transcurrió un minuto de reloj, durante el cual el guardia empezó a moverse con inquietud, como si también él considerara el balanceo del péndulo y su posición. Entonces Houdan enfocó de nuevo la mirada, se envalentonó y repitió como si no hubiera dicho palabra desde su entrada en la celda:

—Prisionero Di Stefano, ¡su petición de clemencia ha sido rechazada!

—Me confunde con otro —replicó Ramage fríamente—. No he hecho petición alguna, ni pienso hacerla.

—La petición es rutinaria tras recibir sentencia de muerte —informó Houdan.

—¿Y el que sea rechazada también es rutinario?

—No necesariamente. Tengo una última pregunta. Puesto que usted no es Gianfranco di Stefano, ¿quién es en realidad?

—Ah… Así que me ha descubierto —dijo Ramage en tono triste. Se percató de la mirada triunfal de Houdan. El francés disfrutaba al pensar que estaba vengándose por las anteriores palabras de Ramage.

—¿Y quién es?

—Ah —Ramage agachó la cabeza, como lamentándose—, soy el último de una antigua estirpe. Cuando caiga la cuchilla, desaparecerá conmigo una noble familia como si nunca hubiera existido. Algunas lápidas, un mausoleo aquí y allá, un palacio… Qué tristeza.

—Su nombre —insistió Houdan.

—El *Duca di Noia*.

El francés abrió los ojos como platos y su rostro se animó. ¡Un monárquico! Hundió la mano en el bolsillo y sacó un lápiz y un pedazo de papel.

—¡Deletréelo! —ordenó. En cuanto lo hubo escrito, preguntó—: ¿Dónde está eso?

—¿Qué? —preguntó Ramage con inocencia.

—Noia. El lugar del que usted es duque. Del que era duque, más bien —se corrigió.

—Oh, Noia no es un lugar, es un… ¿Cómo lo diría? La traducción es un poco difícil. Veamos, en francés sería *Le Duc d'Ennui*.

Houdan le observó suspicaz.

—*¿Ennui?* ¿Está seguro de no haber cometido un error? ¿Me está diciendo que no existe un lugar llamado Noia?

—Noia es palabra italiana —explicó Ramage con aire paternalista—. Significa… En fin, aburrimiento, tedio… Le aseguro que después de pasar unas horas encerrado en una celda, cualquiera se convertiría en el *Duca di Noia*. Después de una semana o dos en una celda francesa, me atrevería a decir que lo ascenderían a la categoría de *Grand Duc d'Ennui*.

Houdan le miró con los ojos desmesuradamente abiertos, el rostro lleno de ira.

—Su ejecución se ha dispuesto para las diez en punto de mañana.

—Gracias. Me parece una hora muy civilizada. Temía que lo hicieran al alba.

Houdan abandonó la celda y la puerta se cerró. Ramage permaneció sentado en el camastro, con unas terribles náuseas. Había necesitado de la presencia de Houdan para hacerse el cínico, pero en cuanto se vio solo de nuevo todo aquello le pareció banal e inútil. No obstante, pensó con honda acritud, hurra por el *Duca di Noia*; se había asegurado de que mucho después de que Gianfranco di Stefano o el teniente Ramage hubiera logrado fugarse o morir, Houdan despertaría al amanecer y recordaría la oscilación del péndulo.

Sería todo un gesto —no sólo Houdan, todos los miembros del tribunal quedarían como una panda de estúpidos— si a punto de tenderlo sobre el *bascule*, dijera como quien no quiere la cosa: «Por cierto, no soy un armador italiano, soy un oficial de la Armada inglesa, y leí el despacho…». Aunque también sería un gesto inútil; mucho mejor dejar que los franceses pensaran que sus enemigos no tenían la menor idea acerca de sus planes de invasión.

«Las diez en punto de mañana». Sacó el reloj y vio que pasaban unos minutos de las once. Veintitrés horas no era mucho tiempo, aunque la espera hasta que llegaran los guardias se haría eterna. Se sintió decepcionado por no tener noticias de Louis; ni él ni sus amigos habían logrado introducir un arma en la prisión, ni siquiera un alfiler de cabello en el interior de una hogaza de pan. Necesitaba algo más que una bandeja o una taza para atacar a los dos carceleros, uno de los cuales iba armado con una pistola. Tampoco las autoridades francesas se habían mostrado muy serviciales: el hecho de que lo juzgaran un día y lo condenaran al siguiente a duras penas daba el tiempo necesario a un hombre para planear la huida. Pero estaba perdiendo el tiempo; más le valía poner manos a la obra…

CAPÍTULO 15



A las siete en punto de la mañana siguiente, Ramage apuraba un café de bellota fría cuando oyó el estampido de las botas en el corredor. Era un paso regular, propio de hombres adiestrados en el ejército. ¡Alto, uno, dos! Se habían detenido ante la puerta. ¿Un pelotón de fusilamiento? No, ahí en Francia empleaban la guillotina… Introdujeron la llave, corrieron el cerrojo, la puerta se abrió.

Ahí estaba Houdan, con su sonrisa burlona en el rostro, flanqueado por dos gendarmes y varios soldados formados en fila a su espalda a lo largo del corredor.

—Prisionero Di Stefano —dijo en una voz que hacía juego con su expresión—, su fama se ha extendido a Boulogne. Las autoridades navales desean interrogarle. Por lo visto, existen sospechas de que usted vio más de lo que parece en París. Será conducido a Boulogne para interrogarlo, y debo advertirle que las autoridades navales no le tratarán con tantos miramientos como nosotros lo hemos hecho aquí en Amiens.

—Viajar sirve para ampliar los horizontes —comentó Ramage—. ¿No cree usted?

—En su caso, también alarga un poco su vida. Dos o tres días, a lo sumo. El sargento de la guardia tiene la orden de ejecución y, una vez le haya entregado a usted a las autoridades, la entregará en el puesto de policía de Boulogne. Allí también tienen una guillotina…

—No me cabe la menor duda, aunque la suya se encontraba en un lugar tan agradable… Los plátanos constituían un contraste agradable con la brillante cuchilla recortada contra las hojas y la corteza de los árboles. Espero que pueda usted apreciar su belleza —calló unos instantes—; sí, estoy convencido de que lo hará… cuando le llegue la hora.

Houdan retrocedió un paso, igual que si le hubieran abofeteado en el rostro, y se

volvió al sargento.

—Aquí tiene al prisionero; vigílelo usted bien. Aquí tiene la orden de ejecución, y éstas son las instrucciones. ¿Ha firmado ya mi recibo? Ah, sí, aquí mismo lo tengo; un recibo por el cadáver de Gianfranco di Stefano.

El sargento, un tipo fornido de rostro sonrosado que parecía muy amigo del calvados, lanzó un gruñido y señaló a Ramage con el pulgar:

—Venga usted aquí. Así. Quédese ahí. ¡Cuatro hombres delante, rápido! ¡Ycuatro detrás! Ahora mismo, ¡atención! ¡Paso ligero!

El sargento los hizo desfilar por el corredor, con el estruendo de las botas como tambores, y los detuvo al llegar frente a la enorme puerta doble que daba a la plaza. Luego encabezó la formación, hizo un gesto para que el gendarme abriera las puertas y condujo a sus hombres bajo la mañana soleada, escalera abajo hasta la plaza.

—¡Hombros atrás! —voceó al ver a un corro de mujeres sentadas en una esquina de la plaza. Aceleró el paso.

«Hay muchas millas de aquí a Boulogne —pensó Ramage, alegre ante la perspectiva—, y un par de veces habrá que hacer noche. Surgirán varias oportunidades para escapar. Necesitaba una única oportunidad para echar a correr por la campiña, justo antes del anochecer. El primer día se comportaría como un prisionero dócil. Un día y una noche bastarían para que aquellos soldados consideraran a su prisionero como un tipo sumiso.

Al día siguiente llegarían cerca de la costa, aburridos los guardias, cansados. Y esa noche echaría a correr, por grande que fuera el riesgo. Echó atrás los hombros y balanceó los brazos. Empezaba a sentirse más alegre; al menos tenía una oportunidad.

Era una agradable mañana de verano: el sol, débil aún, prestaba a la ciudad de Amiens una luz amistosa. Sólo había algunas personas en los alrededores, aunque a juzgar por el olor a pan y al humo de la chimenea, el panadero casi había terminado su trabajo. Pasadas las tiendas y la última casa había una barricada. El sargento mostró un puñado de papeles, señaló marcial al prisionero y dijo algo que provocó una risilla entre los gendarmes allí apostados; reemprendieron la marcha al poco tiempo. No tardaron en ver los campos que se extendían a su alrededor, excepto por un bosquecillo situado a media milla.

Los soldados adoptaron un paso algo más relajado y dos o tres de ellos empezaron a charlar. El sargento caminaba al frente, pero también lo hacía a su ritmo, consciente de que tenían que cubrir muchas millas hasta que se pusiera el sol. Zumbaban los insectos, y de vez en cuando el aleteo de algún pájaro asustado. El sonido de los pasos había sido remplazado por una especie de alboroto interminable, en el que resaltaba el juramento ocasional que lanzaba alguno de los soldados cuando tenían que cuidar de no torcerse un tobillo en un bache.

De pronto, Ramage vio a dos soldados más de pie junto a un árbol, a cuarenta o cincuenta yardas. Debían de haberse rezagado de camino a la ciudad, y aguardaban ahí para unirse de nuevo a la columna. En ese momento, uno de los soldados que

aguardaban echó a andar en mitad del camino, y su paso, de algún modo, se le antojó familiar. Entonces el segundo lo siguió. Al cabo de uno o dos minutos, su escolta se había detenido y observaba el rostro sonriente de Stafford. A su lado, Louis. Ambos parecían fuera de lugar luciendo el uniforme de soldados franceses.

—Buenos días, señor —saludó Stafford—. ¿Qué le parece este atuendo?

La sorpresa de oír no sólo aquellas palabras dichas en inglés, sino el peculiar acento *cockney* del marinero, dejaron a Ramage exhausto debido a una mezcla de alivio y asombro, tan exhausto que no estaba seguro de si deseaba llorar o reír.

—Buenos días, Stafford —se las apañó para poder decir. Pero entonces calló, consciente de que, dijera lo que dijera, aquellas palabras serían repetidas como un eco por el resto de los compañeros de rancho de Stafford, hombres que habían navegado con Ramage durante los últimos dos años—. Llega usted tarde, Stafford —dijo con fingida dureza—. ¿En qué andaba usted metido? ¿No habrá visitado de nuevo a la hija del tabernero?

Stafford había servido demasiado tiempo bajo sus órdenes para dejarse engañar fácilmente.

—Louis y yo pensamos en esperar hasta que lo subieran a usted a la Viuda, señor, pero nos pareció que la muchedumbre podía sentirse defraudada si lo liberábamos en el último momento.

El feo rostro de Louis se veía más alegre que nunca.

—Buenos días, teniente. Lamento no haberle podido avisar con más tiempo para que pudiera usted afeitarse, pero el desayuno está casi listo. Ahí, en el bosque, un poco más adelante.

Ramage rió. Fue una risa breve, y logró contenerla antes de que pudiera ir a más, aunque sabía que, después de todo lo que había pasado aquellos últimos días, su capacidad para controlarse a sí mismo no vivía su mejor momento.

—Huevos frescos, ¿eh?

—Tantos como le apetezcan. Le haré una buena tortilla —se ofreció Louis, que añadió como si siguiera comentando el menú—: Lamento no haber podido sacarle ayer tarde, pero decidí que sería mejor que pasara usted una mala noche a precipitar nuestros planes.

—¿Dónde reclutó usted a este ejército?

—En realidad, no es muy difícil juntar a nueve hombres, aunque sí resulta un poco caro: tendremos que pagarles antes de desbandarlos. Aunque seguro que no se le habría ocurrido pensarlo, son la flor y nata de los contrabandistas del Canal. Todos ellos sienten tan poco afecto por la República como yo. Tardé un poco en reunir a quienes no habían puesto un pie en Amiens.

—Y los uniformes…

—Se lo contaré todo mientras desayunamos —le aseguró Louis.

Llegaron al bosque y salieron del camino para tomar un sendero que se abría entre los árboles. Después de andar unas cien yardas, llegaron a un claro donde un

hombre vestido de pescador alimentaba un fuego sobre el que colgaba un caldero. Los soldados rompieron la formación para sentarse alrededor del fuego, bromeando con el pescador, que empezó a cascar huevos sobre una cacerola.

Ramage hizo un gesto a Stafford, y ambos se sentaron junto a Louis sobre el tronco de un árbol caído.

—Cuénteme lo que ha pasado —pidió Ramage—. Desde el principio.

—Ese grito —empezó Louis en inglés—; en cuanto lo oí supuse que la hija o la madre habían entrado en la habitación del teniente, y, mientras corríamos escaleras arriba, tuve tiempo de pensar. Esperaba que usted siguiera en su habitación, y así fue. De modo que dediqué unos instantes a prestar atención a lo que se hablaba, me escabullí al interior de mi habitación para hacerme con el pan y el despacho que usted había escrito, y fui a buscar a Stafford. —Se volvió al *cockney* para que éste continuara.

—Sí, bueno, ese grito en la puerta me dejó paralizado uno o dos segundos. Luego, cuando ella echó a correr, salí por la ventana y me las apañé para entrar de nuevo en la habitación de Louis para recuperar el pan. Abría el cajón cuando Louis entró por la puerta, y ahí nos quedamos, mirándonos. Tuvimos tiempo para acordar un lugar donde reunirnos más tarde; salí por la ventana y Louis lo hizo por la puerta, con el pan metido en el pantalón.

Louis rió al recordarlo.

—Después fingí inspeccionar mi habitación, y a usted lo arrestaron. Entregué el pan al correo y le conté lo sucedido. Sabía que habíamos logrado lo principal, de modo que me senté tranquilamente para elaborar un plan de rescate. No me resultó muy complicado porque sabía qué harían los gendarmes, y antes de que el correo partiera a Boulogne al alba pude darle algunas instrucciones.

»Supuse que dispondríamos de hasta el miércoles para prepararlo todo porque las sentencias suelen atenerse a un calendario estricto, siempre se dictan los miércoles, y a los gendarmes les gusta respetarlo: juicios los martes, sentencias los miércoles y ejecuciones los jueves. En fin, algunos campamentos de los ejércitos acampados en los aledaños de Boulogne y Calais perdieron varias piezas del uniforme el lunes, mientras que otros extraviaron algunos mosquetes. Las pérdidas estuvieron tan repartidas que nadie pudo relacionarlas, y el botín llegó a Amiens a última hora del martes. El martes y el miércoles, varios hombres se reunieron también en Amiens, aunque pocos de ellos pasaran por las barricadas de la policía. Por suerte, la policía tiene la pintoresca idea de que todos los visitantes llegan a la ciudad por el camino.

»Tengo un amigo en el puesto de policía que pudo mantenerme informado acerca de su proceso. ¿Qué les dijo usted para que se enfadaran de esa manera? Acudí a la *Mairie* cuando le sentenciaron, me senté en las filas de atrás; claro que no podría usted haberme reconocido. ¡Me sentí muy orgulloso de usted, por cierto! La verdad es que se comportó muy bien, fue impresionante.

»El resto ya puede imaginarlo. Todos estos hombres se reunieron aquí durante la

noche, nos pusimos los uniformes y el sargento los condujo a la ciudad. Stafford y yo nos quedamos aquí para evitar que nadie pudiera reconocernos.

—¿Y los documentos que mostró el sargento al fiscal, y toda esa policía en las barricadas? —preguntó Ramage.

—De Boulogne. Todos esos documentos oficiales tienen un estilo peculiar, como bien sabrá. Lo importante es tener suministros del material de escritorio adecuado con el encabezamiento oficial impreso en la parte superior, el lacre y el sello. La mayoría de los ministerios y los comités utilizan el mismo sello… Creo que la tortilla está a punto. Por cierto, su despacho fue entregado sin mayores problemas.



Mientras Ramage escuchaba el relato de Louis de los preparativos que había llevado a cabo para llevarlo de vuelta a Inglaterra, agradeció poder contar con la astucia y el pragmatismo del francés. Louis había hecho lo posible por no dejar nada al azar: al día siguiente, por la noche, la *Marie* faenaría en la línea de tres brazas situada frente a Le Tréport, que no sólo era el puerto pesquero más cercano a Amiens, sino que, además, podía divisarse fácilmente desde el mar. Los blancos acantilados de la costa de Normandía se allanaban al extenderse al noreste, trazando una curva hacia el interior y desapareciendo a tres o cuatro millas de Le Tréport. El puerto pesquero se hallaba al pie del monte Huon, en la embocadura de un valle a través del cual fluía el río Bresle.

Si hacía mal tiempo, explicó Louis, Sebo Dyson gobernaría la *Marie* a puerto, por pequeño que fuera, y la dejaría tumbada sobre el barro con la bajamar, junto a las demás barcas pertenecientes al puerto. Le Tréport conformaba el límite sur para las barcas que faenaban desde Boulogne, pero, puesto que el mal tiempo era el único motivo de que Louis entrara a puerto, también constituía una excusa excelente. Una cangreja estibada bajo cubierta, explicó Louis, cuya integridad tan sólo dependía de las relingas, y cuyas dos costuras habían cedido a un temporal.

—Es nuestra coartada —dijo Louis, guiñándole un ojo—. Nos da un motivo para ir a cualquier parte. La fuerza del temporal, ya sabe. Luego navegaremos directamente a Inglaterra, porque no habrá tiempo de reunirnos con la *Marie* de Folkestone.

Ramage, al pensar en los agujeros que tenían las suelas de sus botas, preguntó:

—¿Cuántos kilómetros hay hasta Abbeville?

—Unos cuarenta y cinco, que son unas veintiocho millas.

—¿Y a Le Tréport?

—Unas dieciocho millas por el camino, aunque al llegar a Abbeville habrá que

atajar a campo través. —Louis vio a Ramage preocupado y le dijo en tono tranquilizador—: Caminaremos a Abbeville a un paso razonable. Pasaremos por el pueblo y continuaremos por el camino a Boulogne, explicando a los guardias de las barricadas que tenemos órdenes de llevarle a Boulogne lo antes posible.

»En cuanto salgamos de Abbeville abandonaremos el camino, esperaremos a que sea de noche, nos despediremos de nuestros amigos y montaremos a lomos de unos caballos que nos estarán esperando allí. Una agradable cabalgata nocturna a Le Tréport, siempre a una o dos millas al norte del camino. Llegaremos a una casa particular del pueblo llamado Mers, en la costa, justo al norte de Le Tréport, donde tenemos asegurado un buen recibimiento y la oportunidad de dormir. Luego iremos a ver si la *Marie está* en el puerto o pescando.

—¿Y si está pescando?

—En tal caso, después de descansar todo el martes, tendremos que arrastrar un bote por la playa, echarlo al mar y bogar hasta la línea de tres brazas.

—Pero ¿y si nos ven?

—Nos verán. Tendremos que llevar una linterna, y cualquier persona que se interese por nuestras actividades verá que estamos pescando. Si un barco de pesca llamado *Marie*, de Boulogne, ve un bote pescando en la línea de tres brazas que navega hacia él… A esas alturas, nos encontraremos a media milla de distancia de la playa y tres hombres no tardarán mucho en subir a bordo.

—¿Tres? ¿Vuelve usted con nosotros?

Louis asintió.

—Querría quedarme aquí, pero mis amigos de Boulogne creen que sería buena idea que me fuera de vacaciones un tiempo, hasta estar absolutamente seguros de que nadie pudo identificarme en Amiens o en la taberna donde se alojaron ustedes en Boulogne. Pueden encargarse del Cabo de Le Chapeau Rouge. No, no me refiero a matarlo —se apresuró a decir Louis al ver la expresión de Ramage—. Simplemente, le explicarán en qué puede beneficiarle tener mala memoria para las caras y los nombres, aunque a estas alturas es posible que ya lo haya contado todo…

—No tiene nada que temer de las autoridades inglesas —replicó Ramage—. Le aseguro que recibirá todo cuanto pueda necesitar.

Louis levantó la mano y sonrió.

—¡No es necesario que me asegure usted nada! Ahí también tengo amigos, ya sabe…

Ramage consideró unos instantes el plan.

—Louis, quiero ayudarle con los papeles porque… No, espere un momento, déjeme hablar. Si confía usted en sus amigos, confía usted en personas que operan fuera de la ley. Oh, sí, algunos de los cabecillas de los contrabandistas son gente importante, lo sé, pero no hay ninguna necesidad de que llegue usted al país como contrabandista. Conmigo, podrá hacerlo como alguien que ha ayudado a un oficial de la Armada inglesa. Escribiré un informe a lord Saint Vincent y le proporcionarán la

documentación necesaria para que pueda residir en Inglaterra de forma legal, y así…

—No, por favor, no —le interrumpió Louis—. Se lo agradezco, y sé que no habría problemas. Es más, seguro que ya ha pensado usted en qué hará si el Almirantazgo no ofrece una recompensa, ¿me equivoco?

De nuevo Ramage se sorprendió al comprobar la facilidad del francés para leerle el pensamiento. Había estado pensando que su padre no perdería un instante en recompensar a cualquiera que salvara la vida de su hijo: una generosa suma, una pensión, una casa en sus tierras; trabajo, si eso era lo que deseaba…

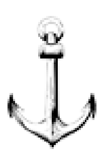
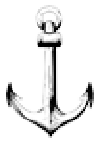
—Sí —respondió—. ¡He aprendido que no hay que confiar demasiado en la generosidad de las autoridades!

—Bien, no importa. En realidad sólo quiero quedarme en Inglaterra hasta que reciba noticias de Boulogne de que puedo volver. Quizá no deba obediencia a nadie, pero tengo una patria. Soy normando de pura cepa, aunque ya ve que paso la mayor parte del tiempo en la Picardía.

—De acuerdo —aceptó Ramage—, pero si alguna vez necesita ayuda, póngase en contacto con Dyson, a quien daré la dirección de mi padre. Él sabrá qué hacer para ayudarle.

—Muchas gracias, y no dude que así lo haré en caso de necesidad. —Miró a sus hombres, a quienes se dirigió en francés—: Si todo el mundo ha terminado de comer, ya va siendo hora de que nos pongamos de nuevo en marcha.

El hombre que había atendido el fuego cuando llegaron extinguió las brasas hasta que se hubo asegurado de que ya no prendían. El resto de ellos cargaron el mosquete en el hombro y reemprendieron la marcha.

Despidieron la escolta pasado Abbeville, y la cabalgata nocturna a Mers tuvo sus momentos de pánico y sus momentos de humor. Stafford no había montado nunca a caballo, cosa que no se molestó en mencionar; montó en un bosque donde se habían ocultado e inmediatamente tiró de las riendas y voceó:

—¡Arre!

Nadie supo después si fue el curioso acento del *cockney* o el que éste hubiera tirado con fuerza de las riendas, pero el hecho es que el caballo emprendió el galope por el bosque hasta que una rama alcanzó a Stafford en el pecho. El sorprendido marinero, tal como contó más tarde, se vio empujado hacia la grupa del caballo y, según dijo: «¡me di contra el yugo!». Tardaron media hora en recuperar el caballo, tiempo que aprovechó Ramage para enseñar a Stafford, mientras se recuperaba de la caída, los rudimentos más elementales de la equitación. Ramage y Louis decidieron

que la montura que le habían asignado era demasiado asustadiza, de modo que fue Ramage quien la montó, y Stafford, escarmentado, permitió a Louis conducir las riendas de su propio caballo.

Parecía imposible cabalgar a campo través de noche sin hacer mucho ruido. Los pájaros, asustados, salían volando de árboles y setos, lanzando graznidos de alarma, mientras que el estampido de los cascos parecía encontrar eco en los campos, acompañados por el tintineo de los arreos. De vez en cuando pasaba volando un búho, mientras los murciélagos volaban también a gran velocidad por encima de sus cabezas. El rocío humedecía la ropa de los jinetes.

Habían dejado atrás Abbeville y bordeaban el pueblo de Cambrón, con la luna creciente proporcionándoles la luz necesaria para distinguir setos y zanjas, cuando de pronto oyeron enfrente el grito de un hombre asustado, seguido de los ladridos de un perro, que hicieron que el caballo de Ramage reculara alarmado, igual que el de Louis. La montura de Stafford topó con las grupas del caballo de Louis y el *cockney* salió despedido hacia el francés. Stafford logró caer al suelo lejos de los cascos de los caballos, y Ramage, al ver que Louis saltaba de la silla para echar a correr hacia el lugar de donde procedía el ruido, asió las riendas sueltas.

Esperaba en cualquier momento oír disparos. Ramage había tranquilizado a su propio caballo, mientras Stafford montaba de nuevo en el suyo cuando Louis regresó.

—Un furtivo —dijo con desprecio—. Creía que éramos gendarmes y que lo perseguíamos.

—¿Dará la alarma?

—No, sigue creyendo que somos gendarmes. Le dije que se fuera a casa con su mujer y que dejara de cazar furtivamente.

Unas millas más allá, Louis redujo la marcha hasta detenerse.

—Este es el camino entre Beauchamps y Saint Valéry. Nos encontramos cerca de un pueblo llamado Woincourt. ¿Cómo le va, Stafford?

—Creo que se me han roto los pantalones por el peor sitio posible. ¿Falta mucho todavía, Louis?

—Cinco o seis millas. ¿Podrá apañárselas?

—Qué remedio.

Ramage sonrió en la oscuridad. Típico de Stafford; gruñendo jocoso pero estoico.

Llegaron al pueblo de Mers a las tres de la madrugada sin que ninguno de los caballos se hubiera lastimado por el camino, seguramente debido a que veían mucho mejor en la oscuridad que los jinetes. Ramage oyó el lejano rumor del oleaje mientras se acercaban lentamente a la media docena de casas diseminadas a lo largo de una milla de camino, a unas cincuenta yardas del mar. La última casa, que también era la más cercana a Le Tréport, tenía una tenue luz en una ventana, y Louis se dirigió hacia ella, sin hacer el menor esfuerzo por ocultar su presencia a nadie que pudiera estar mirando desde las otras casas.

Llegaron a la puerta y Louis desmontó, se acercó a ella y llamó ruidosamente.

Durante unos instantes no sucedió nada, y entonces, una voz a su derecha (¿había un hombre de pie en la entrada de la letrina?) dijo:

—Picardía.

A lo que Louis respondió:

—Normandía.

Ramage reconoció un santo y seña, y de inmediato el hombre entró en la casa, abrió las puertas y les invitó a entrar.

La atmósfera del salón era típica del hogar de un pescador. El olor limpio y penetrante de las redes y los cabos embreados que colgaban de las vigas amortiguaban el hedor a pescado. El olor de la lámpara de aceite que había encima de la mesa se mezclaba con el de la verdura hervida. Un caldero burbujeaba en la chimenea, y mientras el hombre ataba los caballos, su esposa se apresuró a hacer sitio para que pudieran sentarse.

—¿Lo del santo y seña fue cosa suya? —preguntó Ramage a Louis. El francés rompió a reír.

—Sí, así es, pero no crea que le di muchas vueltas. Esta gente sabe que soy normando, y el río Bresle, que tan sólo se encuentra a unos cientos de yardas por el camino, señala la frontera entre ambas regiones. Esta parte corresponde a la Picardía, y la otra a Normandía.

Mientras conversaban, la mujer aprovechó para poner unos vasos en la mesa; cuando entró el hombre a informar de que los caballos ya estaban atados, su esposa le tendió una botella. Él se encargó de servir a Ramage y Stafford.

—Calvados. La sangre del auténtico normando —dijo con un guiño. Empujó el vaso hacia Louis mientras Ramage traducía sus palabras a Stafford.

—A esto lo llamamos aguardiente de manzana, ¿no, señor?

—Así es, y es muy fuerte —le advirtió Ramage, con toda la intención del mundo.

—Sí, señor —dijo el *cockney*—. Me andaré con ojo. ¿Cuándo iremos a ver a Sebo y la *Marie*?

—Tiene un día entero de descanso por delante, Stafford. Nosotros saldremos al amanecer. —Ramage se volvió a Louis, a quien preguntó en francés—: ¿Tiene su amigo alguna noticia referente a la *Marie*?

Los dos franceses conversaron unos minutos, pero el pescador no tenía ninguna información que pudiera serles de ayuda. Había recibido instrucciones de Boulogne conforme debía esperar la llegada de Louis y de dos amigos suyos por el camino, le habían informado del santo y seña y advertido que tendría que acomodar a tres caballos. Eso era todo. Nadie había mencionado a la *Marie* por su nombre y no había estado en Le Tréport desde hacía días, de modo que no sabía si el barco estaba en puerto. La *Marie* no había estado pescando a unas millas de Mers el día anterior, según dijo, porque la hubiera reconocido. Sonrió al asegurarlo, y Ramage supuso que Mers era uno de los lugares escogidos para desembarcar el contrabando.

—No llegará antes de mañana por la noche —dijo Louis—. Dyson no pasaría un

día esperando ahí, y tampoco correría riesgos innecesarios. No me sorprendería que un cúter de la Armada inglesa se acercara a echar un vistazo. Puede que incluso una fragata. ¡Vigilan esta costa muy de cerca!

—¡Pues habrá que prepararse para cruzar el Canal a fuerza de remo! —bromeó Ramage.

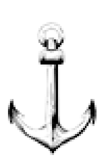
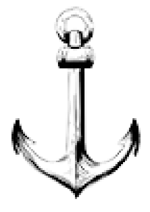
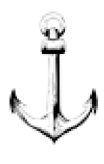
—¡Espere a que avistemos uno! —exclamó Louis—. Verá una patrulla de caballería cabalgando por el camino, siguiéndolo. Los soldados parecen preocupados de que un día algún cúter vaya a desembarcar un ejército que marche a París.

El pescador había estado susurrando con su esposa, y en cuanto Louis terminó de hablar, dijo:

—La cena está lista, y hemos preparado unos colchones con sábanas. Cuando hayan cenado, les recomiendo que duerman un poco. Yo me encargaré de los caballos y luego me acercaré a Le Tréport a ver si la *Marie* ha atracado allí. ¿Quiere que le diga algo a Dyson?

Louis negó con la cabeza.

—No corra ningún riesgo. Si puede decirle que todo está en orden, hágalo; pero él ya tiene instrucciones, y hasta el momento todo ha ido como habíamos planeado.

Al anochecer, el sol se balanceaba como una moneda incandescente sobre el horizonte, y Ramage apoyó los brazos en el alféizar de la ventana para dirigir hacia el mar el abollado catalejo del pescador. El horizonte aparecía despejado, excepto por una lejana fragata cuyo casco quedaba oculto tras la curvatura de la tierra. Sólo se veían sus velas, diminutos retales oscurecidos por la sombra. Una patrulla de rutina, una de las embarcaciones que formaban parte de la escuadra de lord Nelson, empleada en un «servicio particular», y que navegaba de un lado a otro de ese punto del Canal, asegurándose de que el ejército francés de Inglaterra no se había echado a la mar. Probablemente, acababa de asomarse a Havre de Grace, a cincuenta millas por la costa, al sur. La *Marie* habría podido evitar a estas fragatas en la oscuridad, navegando con los despachos en los que Ramage contaba a lord Nelson que ningún ejército de Inglaterra podría partir en meses.

—¿La ve? —preguntó Louis.

—No, sólo es esa fragata. Con este viento de poniente cruzará con buena andadura. Debo admitir, sin embargo, que me pone un poco nervioso. —Se volvió al ver que entraba la esposa del pescador a colocar unos platos y cubiertos en la mesa—. Bueno, también me pone hambriento.

Disfrutaron de una agradable y copiosa comida. El pescador y Louis contaron

historias de contrabando y naufragios en las costas de Normandía. Cuando hubieron terminado, Ramage consultó la hora en el reloj. No estaba muy cansado, pero los años que había pasado en el mar le habían enseñado a aprovechar cualquier ocasión que se presentara para dormir un poco. Después de charlar con el pescador, Ramage se tumbó en el colchón.

Tuvo la impresión de que apenas habían pasado unos instantes cuando el pescador lo despertó. Mientras se frotaba los ojos, vio a Stafford y a Louis inclinados sobre el aguamanil, limpiándose la cara.

—Medianoche —informó el pescador—. Hora de ir a pescar…

El bote era recio, y tenía un francobordo bajo para quien estuviera acostumbrado a las embarcaciones auxiliares que servían en los barcos de guerra. El pescador puso una linterna y un cubo a popa de la bancada central.

—Ahí va el cebo —explicó a Louis—. Mira, el sedal, ahí, y cuidado con los anzuelos. Aquí está el ancla y el cable, más que suficiente para anclar dentro de la línea de tres brazas. No olvides…

—Sí, sí —le interrumpió Louis, impaciente—, ya lo hemos repasado más de una vez y, además, tú vas a acompañarnos; ¡vamos a arrimarla a la orilla!

Arrastraron el bote hasta la línea de la pleamar, y levantaron la proa sobre el primero de unos troncos hundidos en la arena y cubiertos de algas. Era una especie de escalera que conducía al agua.

Ramage comprobó los remos. Había seis en el bote; eran grandes, recios y con guiones equilibrados. Stafford colocaba los toletes en los barrenos. Las olas que rompían en la playa eran lo bastante imponentes para que, en cuanto el bote empezara a flotar, necesitara de una bogada poderosa durante unos minutos para impedir que tumbara y pudiera arrojarles a todos al agua.

Tanto Stafford como Ramage observaban el pesado bote, preguntándose cómo se las iban a apañar los cuatro para arrastrarlo al mar (en cuanto empezara a deslizarse por los troncos resultaría más sencillo), cuando el pescador lanzó un agudo silbido. Al cabo de uno o dos minutos, Ramage vio salir a varias personas de las casas cercanas, figuras oscuras a la luz de la luna.

Sin decir palabra, se colocaron alrededor del bote y, ayudados por Ramage, Louis, Stafford y el pescador, la arrastraron al agua, esforzándose por retenerla mientras los cuatro embarcaban, armaban los remos y empezaban a bogar.

El bote se dejaba gobernar bien, y Ramage miró alrededor, a la costa, atento al mar que rompía en los salientes rocosos que superaban en unas doscientas yardas la playa al norte. Aunque el agua al romper centelleaba y bailaba a la luz de la luna, las rocas eran grises y amenazadoras, como si aguardaran pacientes pero hambrientas a que un barco se dejara atrapar por una tormenta que lo empujara hacia ellas.

No tardaron en alejarse lo suficiente para distinguir un hueco en forma de silla en los acantilados donde se hallaban Le Tréport y Mers. El pescador gruñó y metió el remo. Quizás habían bogado un millar de yardas, y Ramage notaba ya los músculos

de los hombros tensos y otros de la parte inferior de la espalda parecían advertirle de que no tardarían en protestar.

El pescador cambió la linterna y empezó a enrollar el sedal alrededor del cual había atado retales de tela y tiras de cuero que marcaban las distancias. Finalmente lo adujó, levantó la corredera y el peso atado a un extremo, que hacía las veces de escandallo y que tenía la forma de un reloj de mesa. Se inclinó por la borda y soltó el peso, el cabo se soltó de la aduja que sostenía en la mano derecha. De pronto redujo su velocidad y se detuvo; lo tomó, soltando la aduja, y tiró hasta notar que se levantaba del fondo con el cabo tenso. Tanteó la marca más cercana del cabo y murmuró el brazaje. Tres brazas y media.

—Empezaremos aquí —dijo, cobrando la sondaleza—. Louis, empieza a cebar los anzuelos.

Al cabo de tres horas seguían sin ver ni rastro de la *Marie*, aunque, tal como señaló con entusiasmo el pescador, la pesca era muy buena a pesar de la luna. Ramage deseaba con todas sus fuerzas que los peces dejaran de morder los anzuelos, aunque, consciente de lo mucho que dependían las familias de Mers de la pesca para comer, pensó que sería grosero sugerir que se limitaran a permanecer ahí sentados sin arrojar el sedal, fondeados del ancla o bogando a poniente media hora y dejar que el viento los llevara paralelos a la costa.

A medida que más y más peces eran subidos a cubierta, retorciéndose y saltando, cubriéndolo todo de una capa de escamas y lodo, Ramage estaba más pendiente del ancla y el cable. Recordaba todos los botes que había visto en diversas partes del mundo, anclados tranquilamente mientras los hombres pescaban y faenaban a proa y popa, levantando un sedal para ver qué habían pescado. Tres horas de remar y andar a la deriva parecían haber agotado todas sus fuerzas. Era improbable, aunque su orgullo le impedía inspeccionarlas a la luz de la linterna, que aún tuviera piel en las manos. El dolor agudo que sentía al menor contacto con el agua parecía indicar que estaban cubiertas de ampollas.

Bogaban de vuelta a poniente de nuevo, cuando Stafford advirtió, como si no tuviera la menor importancia:

—Ahí está.

Al volverse, Ramage distinguió una sombra. La *Marie* navegaba con viento de aleta hacia ellos, quizás a unas quinientas yardas de distancia. El pescador embarcó el remo, sacó el cubo de los anzuelos y lo sacudió para asegurarse de que no quedara agua dentro. Luego lo utilizó para cubrir la linterna. La luz no había sido tan intensa, pero al ensordecerla Ramage comprendió cuánto había perjudicado su visión nocturna, permitiendo a la *Marie* cerrar sobre ellos desapercibida.

—Ahora ocultaremos la luz por si acaso alguien nos observa desde la costa con un catalejo de noche —explicó a Ramage—. Es mejor así, ¿verdad? —preguntó, lo cual hizo que Ramage comprendiera de pronto la buena impresión que el pescador quería dar a los dos ingleses.

Ramage descansó al remo y se inclinó sobre el pescador.

—Mientras quede tiempo… —Extendió la mano e hizo una mueca de dolor cuando el pescador la estrechó con fuerza—, gracias. —No había necesidad de decir más, y el pescador pareció entenderlo.

—Estarán a salvo con Dyson —le tranquilizó el pescador—. Es un buen hombre.

Ramage se sentó a observar al barco que se acercaba. Dyson lo gobernaba a treinta yardas a barlovento del bote, con la intención de orzar al viento y luego pairear, situándose a unas pocas yardas que luego ellos cubrirían a remo.

Se volvió luego a la costa. Dos nubes tapaban la luna, y como ésta se hallaba baja en el cielo, era imposible distinguir el conjunto de casas de Mers, ni la torre de la iglesia de Le Tréport, llamada torre de Saint Jacques, según le había contado Louis. Ni siquiera con la ayuda de un buen catalejo de noche hubiera podido distinguirse desde la costa el encuentro entre el bote y la *Marie*.

Se oyó un repentino chapoteo, seguido del ruido que hace la lona al flamear. Ramage se volvió para ver a la *Marie* orzando al viento, la cangreja gualdrapeando y los motones gimiendo cuando a bordo aferraron la mayor a toda prisa. La barca de pesca perdió andadura al virar la proa al noroeste, la cangreja dejó de flamear y vio a un hombre sobre la caña, metiéndola toda de modo que el timón llevara la proa a babor contra el empuje que ejercía el viento en la cangreja, empuje que intentaba llevarla a estribor.

El pescador dio una orden, se inclinaron a los remos y un par de minutos después Louis se puso de pie en la proa y arrojó un cabo a un hombre que había en la popa de la *Marie*. La cercanía de ambas embarcaciones reforzaba la altura del oleaje. Era mucho más seguro transbordar por la popa de la *Marie* que arriesgarse a un abordaje si el bote abarloaba por el costado.

Con el cabo aferrado, Ramage y Stafford metieron los remos a pesar de las protestas del pescador, que se ofreció a hacerlo él más tarde. Ramage ordenó al *cockney* transbordar el primero, y Louis aguardó a que cediera un poco la marejada; luego haló del cabo para acercar la proa. Stafford saltó seguido al cabo de un instante por Ramage. La popa de la *Marie* empezó a levantarse a lomos de una ola imponente y Louis aguardó uno o dos minutos. Para cuando hubo saltado a bordo, Ramage había reconocido en la oscuridad las sombras que poblaban la cubierta de la *Marie* como pertenecientes a Jackson y Rossi. Tras despedirse del pescador, se volcaron a cazar la escota de cangreja, y Ramage, incapaz de contenerse, preguntó a Jackson por los despachos. Este respondió que los había entregado a lord Nelson, que se encontraba a bordo de una fragata fondeada frente a los Downs.

Cinco minutos después, la *Marie* navegaba amurada a babor y con viento de aleta rumbo nornoroeste. Dyson explicó que quería alcanzar la bahía de aguas profundas que mediaba entre Dungeness y Hythe, para después poner rumbo a los Downs y evitar así que cualquier cúter aduanero con el que se cruzaran pudiera pensar que no habían hecho otra cosa que no fuera dedicarse a la pesca en el Ness.

Entonces, sentado en la diminuta cabina, con Dyson inclinado sobre el compás y Louis, Stafford y Rossi en la camareta, Ramage logró extraer a Jackson, que no dejaba de preguntar por las aventuras que había corrido su capitán, un informe completo de la entrega de los despachos a lord Nelson. El último correo había llegado a Boulogne el domingo por la mañana, explicó Jackson, con las noticias de que «el caballero italiano» había sido arrestado por los gendarmes, aunque a la hora de partir de Amiens tanto Louis como Stafford seguían en libertad. Había insistido a Jackson que el despacho que iba a entregarle era de suma importancia.

Cosa que Jackson repitió en cuanto le dijo a Dyson que se prepararan para partir. Al anochecer, se encontraban ya a una milla de Boulogne, rumbo al punto de reunión. Allí transbordó, y Dyson y Rossi regresaron a Boulogne. Jackson fue enseguida a ver a lord Nelson. Quince minutos después de entregar el despacho escrito por Ramage, lo llamaron a la cabina del almirante y le ordenaron contar todo lo que sabía.

—Intenté no mencionar nada acerca de los contrabandistas, señor, aparte del nombre de la barca —se excusó Jackson a la defensiva, como si temiera que Ramage pudiera enfadarse con él—, pero a su señoría no podía interesarle menos que pudiéramos estar incumpliendo algunas leyes; lo que le preocupaba era qué podía haber sido de usted.

»Así que le conté los pormenores, lo de su arresto en Amiens, pero él intuyó todo lo que yo me guardaba. Puede que sólo tenga un ojo, señor, pero es capaz de ver a través de un tablón de seis pulgadas. Se enfadó y me dijo que probablemente le guillotinarían a usted, y que la única posibilidad que tenía de salvarle era estar al tanto de todos los detalles.

»Podría haber desobedecido, señor, pero el hecho es que le dije todo cuanto sabía. Lo relacionado con el hermano del Cabo, y cómo usted y Staff se habían acercado a Amiens acompañados por Louis, y el modo que tenían de enviar los despachos a Boulogne. Al final me pareció muy contrariado, se volvió al capitán de la fragata, a quien dijo: «Tenemos lo que queríamos, pero eso va a costamos al joven Ramage. Esos condenados franceses le cortarán la cabeza, probablemente ya lo hayan hecho a estas alturas. ¡Diantre, no podemos permitirnos perder a un hombre como él!».

»Verá, señor, el caso es que no tenía muchas esperanzas de que usted se encontrara sano y salvo cuando partimos de Boulogne, y escuchar las palabras de su señoría fue como sellar su destino. Cuando volví a bordo de la *Marie* de Boulogne aquella noche y se lo conté a Sebo, me dijo que él no era tan pesimista, que había que dar al César lo suyo, y que esos gendarmes franceses no eran rivales para Louis. ¡Ya ve que no andaba muy desencaminado!

De pronto, el susurro de la proa al cortar la mar, el tableteo de los motones y el flamear de la vela hicieron comprender a Ramage, con una súbita sacudida que le removió el estómago, que la oscura sombra cercana a la amura de babor de la *Marie* era un enorme barco que arrumbaba al norte. Un destello cegador y un estampido le advirtieron de que acababa de abrir fuego.

—¡Vire por redondo y aproe a la costa! —voceó Ramage a Dyson—. ¡Eso era un disparo de advertencia!

Dyson metió el timón a la banda y Jackson saltó para hacerse con la escota de mayor. Rossi, Louis y Stafford salieron por la escala de toldilla cuando la proa de la *Marie* emprendió la virada.

La cangreja flameó y un instante después la pesada botavara cambió de costado. La *Marie* respondió a la maniobra. Cazaron la cangreja y Ramage se volvió a popa. A pesar de la oscuridad» pudo confirmar que se trataba de una fragata. El repentino cambio de rumbo de la *Marie* la había sorprendido. Ya había ganado el espacio suficiente al norte para ponerse a salvo de su batería del costado, aunque los marineros que sirvieran los guardatimones podían abrir fuego sobre ellos.

Cuando la fragata desapareció en la oscuridad, la luz de la luna iluminó fugazmente su velamen. No, no viraba por redondo en pos de la *Marie*. Ramage se volvió al sur. No, tampoco dejaba a la *Marie* en manos de un barco con el que navegaba en conserva.

—Estarían dormidos —comentó Jackson a Stafford—. Dejaron para el último momento ese disparo de advertencia.

—No me quejo —respondió el *cockney*—. Ya me contarás cómo íbamos a explicarles que somos ingleses.

Ramage aguzó la mirada en la oscuridad cuando las nubes taparon la luna y desaparecieron las velas de la fragata. Había algo muy raro en todo aquel asunto. Su capitán no se había dormido. De hecho, estaría totalmente despierto, probablemente de pie en el alcázar, catalejo de noche en mano. Nadie que patrullara cerca de la costa, vigilando a los barcos franceses que intentaban burlar el bloqueo, podía permitirse el lujo de bajar la guardia, por no mencionar a todos sus oficiales y a los vigías. Habría seis vigías en total (dos por amura, costado y aleta) y con semejante luna también habría probablemente alguien en lo alto.

No obstante, el disparo de advertencia había sido efectuado a popa de la *Marie* y demasiado tarde. A esas alturas la fragata no se encontraba en posición de cortarle la proa, y estaba a punto de perder la posibilidad de efectuar una andanada en toda regla. Dado que no podía impedir la huida de la *Marie*, ¿por qué efectuar un disparo de advertencia? ¿Por qué disparar cuando no había tiempo para esperar una respuesta y, en caso de no recibirla, apoyar ese solitario disparo con una andanada de verdad?

Ramage se encogió de hombros. Quizá le estaba dando demasiada importancia. La fragata podía haber disparado para espantar a los ocupantes de la barca francesa y empujarla a regresar a puerto, después de avistarla en el último momento, recortada contra la costa, sin molestarse siquiera en efectuar una andanada. Por el momento agradecía el hecho de seguir con vida. Pero quedaba un largo camino hasta la costa inglesa, y esa fragata podía muy bien virar la proa; además, seguro que no era la única embarcación que patrullaba aquel trecho de mar.

Debían dar por sentado que la *Marie* volvería a cruzarse con ella. Podían intentar

escabullirse y confiar en no ser avistados, arriesgarse a que la fragata entablara combate y efectuara una andanada que los borrase del mar hasta dejar sólo los restos del naufragio. O también podían acercarse lo bastante, agitar una linterna en la noche, quizá, arrimarse a la voz y explicarles que la *Marie* era inglesa. Británica, para ser precisos. Se puso en la piel del capitán de la fragata y comprendió que no serviría de nada hasta que se encontraran a unas millas de la costa inglesa. Ningún capitán de fragata iba a creer que una barca de pesca inglesa navegaría tan cerca de la costa francesa. Daría por sentado, inmediatamente, que se trataba de algún tipo de triquiñuela y abriría fuego. ¿Quién iba a culparle por ello? ¿Por qué arriesgar la integridad de la fragata por unos gritos que provenían de una barca de pesca?

Una cosa era cierta: la *Marie* no podía pasar el resto de la noche navegando arriba y abajo por la costa frente a Le Tréport. De entre las alternativas de que disponía, intentar escabullirse por el Canal era la que más probabilidades tenía de culminar con éxito. De nuevo, Ramage reflexionó intrigado en el tardío disparo de la fragata. Era como si esperaran encontrar un barco en otra posición y, en lugar de ello, hubieran avistado en el último momento a la *Marie* navegando procedente de la costa…

—Nos acercamos a la costa, señor —murmuró Dyson—. Aquí el agua tiene poco brazaje.

—De acuerdo, ponga rumbo sur, paralelo a la costa. Jackson, Stafford, ustedes a la escota de mayor; ¡Rossi y Louis, a la escota de cangreja!

Dyson se inclinó sobre la caña, y el marinero haló de las escotas hasta que tanto la cangreja como la mayor estuvieron bien cazadas al viento, que soplaba por el través de estribor. Las nubes, entrecortadas, seguían filtrando la luz de la luna, que relucía sobre la superficie del mar; no obstante, no había ni rastro del aparejo de la fragata por la aleta de estribor. Debía de haber continuado su rumbo al norte, con la probable intención de llegar hasta Boulogne antes de virar de nuevo al sur. Era inútil especular. Lo único que importaba de momento era que no había virado para investigar a la *Marie*. Sin duda, su capitán había dado por sentado que se trataba de una barca de pesca francesa y que había regresado a puerto con el rabo entre las piernas.

¡Regresar a puerto! Sí, lo último que un capitán de fragata esperaría era que perseverara en su rumbo anterior hacia el Canal. Hacer lo inesperado, la sorpresa gana batallas. Ramage sabía que la mayoría de los éxitos que había cosechado en el pasado se debían más al factor sorpresa que a una planificación cuidadosa.

—¡Atentos a las escotas! Dyson, vamos a volver a virar. Quiero adentrarme en el Canal. Olvide ese condenado compás, usted métanos bien al viento. Sudoeste amurados a estribor y nos libraremos de esa fragata.

—A la orden, señor —respondió Dyson, mientras los otros cuatro hombres se aseguraban de que las escotas estuvieran zafadas.

Por primera vez en muchos días (semanas, de hecho), Ramage sintió una inmensa alegría: de nuevo estaba en el mar, tomando sus propias decisiones y con una buena dotación. Claro que el barco que mandaba era muy modesto, aunque sólo era cuestión

de escala: una barca de pesca escapaba de una fragata, una fragata escapaba de un navío de línea. La cuestión era la misma.

Los hombres estaban dispuestos, y dio a Dyson la orden. La *Marie* viró lentamente a estribor y los hombres gruñeron y juraron al trabajar a las escotas, mientras Dyson la llevaba más y más cerca del ojo del viento. Con las escotas vueltas en las cornamusas, Ramage miró extrañado a Dyson. La *Marie* parecía un poco perezosa.

—Gusta de un poco más de cangreja, señor —dijo éste en tono de disculpa—. Le falta fuelle en este momento.

—Rossi, dele un par de pies a esa escota de cangreja —ordenó Ramage—. Rápido, que no se le llevará. ¡Eh, Stafford, atento ahí!

Casi de inmediato, la *Marie* cobró vida, desapareció la pereza y se comportó como un caballo fresco. Subía y caía la proa con elegancia mientras arrumbaba a barlovento por entre el oleaje, y la popa se deslizaba sobre caprichosas olas que convertía en espuma.

Ramage dio una palmada en el hombro a Dyson al agacharse junto a la caña.

—No sabía de lo que era capaz esta barca. ¡Es todo un purasangre! —Y estaba claro que Dyson sabía cómo obtener lo mejor de ella, comprendió Ramage de pronto, ¡y también cómo evitar a las fragatas! Probablemente lo había estado haciendo una vez por semana desde hacía años. Ramage se sintió un poco avergonzado por sus anteriores temores, y agradeció el hecho de no haberlos compartido con nadie. Aquél no era momento de relajarse, las fragatas estarían patrullando muy cerca de Boulogne, puesto que esa ciudad era el destino escogido por casi todos los barcos que decidían burlar el bloqueo. Ahí abajo, donde la costa estaba formada por una serie de bahías y promontorios, patrullarían una franja más amplia, puesto que los barcos que burlaban el bloqueo podían intentar permanecer a una o varias millas de la costa.

Ramage hizo un gesto a los marineros.

—Stafford y Rossi, ustedes atentos a babor. Jackson y Louis, ustedes se encargarán de vigilar a estribor. Este barco es lo bastante pequeño como para que tengamos la oportunidad de avistar a alguien antes de ser avistados, y así podremos evitarlo.

La celda de Amiens parecía hallarse a años de distancia en ese momento; el tiempo que Stafford y él habían pasado inclinados junto a la luz del candelabro en la habitación del hotel mientras abrían los sellos era tan lejano que podría haberle sucedido a otra persona. Pronto, Dios mediante, llegarían a Folkestone. ¡No, a Folkestone no! Resultaría demasiado complicado explicar a los de aduanas por qué había dos barcas de pesca idénticas llamadas *Marie* y fondeadas en el mismo puerto. Si ponían rumbo a los Downs, tendría tiempo de explicar el asunto a lord Nelson. Entonces, quizá, el Almirantazgo dirigiría una nota a la Junta de Aduanas, y después de unas cuantas protestas por su parte, la Junta podría acordar…

—¡Por la amura de babor, señor! —susurró Stafford—. Una goleta o algo

parecido: a cien yardas de distancia, acercándose.

—¡Aléjese! —ordenó Ramage—. ¡Aventar escotas, muchachos!

Casco elegante, dos palos, aparejo de velas de cuchillo. Eso podía distinguir Ramage mientras la *Marie* empezaba a distanciar su rumbo, cuando se vio cegado por los fogonazos que relucieron en las empavesadas de la embarcación que acababan de avistar. Por encima del gemido de las escotas al pasar por los motones, el flameo de la pesada lona y el chirrido de la boca de cangrejo del palo de la *Marie*, pudo oír el seco estallido del fuego de mosquete.

Por fortuna, la *Marie* viró como una grácil bailarina. ¡Era una *chasse-marée* francesa! Maldición, era el barco al que perseguía la fragata. Se desplazó por la cubierta de la para mantenerla avistada cuando la barca volvió a aproar a la costa, y vio que tanto el casco como las velas se acortaban: viraba tras ellos. En cualquier momento, viraría por redondo y, con el viento en la popa, cerraría distancias mucho antes de que ellos lograran arrimarse a aguas de poco brazaje.

«¿Dónde diablos estará esa fragata ahora?», pensó con amargura mientras observaba primero la enorme vela mayor y, luego, el trinquete, cambiar de costado en la *chasse-marée*. No había prisa, porque tenían avistada a la presa y eran plenamente conscientes de que marcharían más rápido que ella. La *Marie sólo* disponía de una ventaja, y no era gran cosa en aquella situación. Podía virar por avante y redondo con mayor rapidez, yendo de un lado a otro como una liebre ante la escopeta del cazador.

Si la *Marie* esperaba a tenerla casi encima, hasta que el condenado bauprés de la *chasse-marée* prácticamente les acariciara la nuca, ¿virarían para cruzar su proa en el último momento, arriesgando el abordaje? Podía sorprender a esos bellacos franceses, que esperarían que la *Marie* virara al otro costado. No serviría tal sorpresa de gran cosa, excepto que los tiradores estarían apostados en el costado de estribor y tendrían que correr a babor cuando la *Marie* pasara por su proa.

El capitán de la *chasse-marée* debía de estar loco de atar, revelando así su posición a una fragata inglesa mediante disparos de mosquete a una barca de pesca, ya que podrían distinguirse los fogonazos a mucha distancia. A menos que el francés no supiera que había una fragata en la zona… Aunque por fuerza debía de haber visto el destello del disparo de advertencia que hizo a la *Marie*.

—Hay una batería costera justo al norte de Mers —informó Dyson, como si hubiera leído el pensamiento de Ramage—. Esa *chasse-marée* probablemente creyó que habían efectuado el disparo desde la batería, en lugar de hacerlo la fragata, y se acercó a echar un vistazo. Nos espera una perra noche…

Ramage supuso que eso bastaba para explicar por qué la *chasse-marée* había abierto fuego contra lo que a todas luces debía de parecerles una barca de pesca francesa. Un disparo procedente de una batería costera la hubiera alertado de la presencia de una embarcación enemiga. Pero no había tiempo que perder: la *chasee-marée* marchaba a popa, las olas rompían su proa iluminadas por la luz de la luna. Se encontraba ligeramente a babor de la estela de la *Marie*, a cincuenta yardas de

distancia. En cualquier momento tantearían la distancia a tiro de mosquete.

—Dyson, vamos a virar por redondo por la proa de ese tipo en el último instante —ordenó Ramage—. Aféitele la proa. Daré la orden, pero esté preparado. El resto de ustedes, atentos a las escotas. Si una sola se traba en el motón, nos partirá en dos; así que vayan con mucho cuidado.

Se volvió a la aleta de babor de la *Marie*. Al hacerlo, distinguió una sombra enorme. Era una silueta oscura coronada por una serie de rectángulos que brillaban a la luz de la luna como una lejana fosforescencia. La fragata había vuelto, navegaba con viento largo por la costa y llevaba un rumbo de intercepción a la *chasee-marée*, que no parecía haber advertido su presencia.

—Olvide lo dicho —se apresuró a comunicar a Dyson—, ¡ahí llega la fragata!

En ese momento la *chasee-marée* la avistó, e inmediatamente viró por redondo a babor. La botavara y los picos cambiaron de banda con un estruendo que pudo oírse desde la *Marie*, luego cazaron escotas enseguida con la esperanza de ganarle barlovento a la fragata. Sin embargo, la cosa estaría reñida. Era la única posibilidad del francés: un intento desesperado en el que el capitán confiaba en adelantar a la fragata tan deprisa y de vuelta encontrada que la combinación de ambas velocidades impediría a los artilleros ingleses apuntar los cañones.

De pronto el costado de estribor de la fragata se disolvió en un relámpago cegador. El estruendo de toda la andanada se extendió en el mar y, al cabo de unos instantes, encontró eco en los acantilados.

—¡Me ha cegado! —exclamó Stafford.

—Lo más probable es que a los franceses les haya hecho algo más, aparte de cegarlos —comentó Dyson—. ¡Toda una andanada!

—La ha desarbolado —informó Jackson en voz baja—. Lo veo. Está paireando…

—Sí, ahí está —interrumpió Ramage—, pero también esa dichosa fragata nos ha visto, de modo que dejarán al francés unos minutos mientras se encargan de nosotros.

La fragata se abrió paso hacia la *Marie*, y Ramage comprendió que ya no tenía la menor oportunidad de escapar. Antes de que pudiera acercarse a la costa lo suficiente como para que al capitán del barco de guerra le preocupara el brazaje, la fragata se les habría echado encima. Con las brigadas que servían los cañones alerta y en posición, las posibilidades de la *Marie* de virar por avante y por redondo hasta lograr alejarse eran nulas.

¡Rendirse! La fragata pronto se pondría al pairo y largaría los botes para rematar la faena emprendida por la *chasee-marée*, de modo que existía la posibilidad de que aceptaran la rendición de la *Marie*, lo cual le proporcionaría tiempo para identificarse.

—Jackson y Stafford, ¡larguen las drizas de mayor! ¡Cuidado con la cabeza, Dyson! ¡Rossi, arríe la driza de cangreja!

En aquel mismo instante, Ramage dio un salto y aventó la escota de cangreja. La vela flameó de inmediato, y saltó de nuevo al costado de barlovento, junto a Dyson,

cuando la pesada botavara, la vela mayor y la cangreja cayeron como una tienda de campaña al hundirse.

Lentamente la *Marie* perdió andadura hasta quedar inmóvil, con el viento y el mar por el través. Uno o dos minutos después, la fragata se hallaba a barlovento, y Ramage oyó voces y el chirrido de los motones cuando viró y una voz que aulló en mal francés: «¿Usted rinde?».

—Somos ingleses —voceó Ramage por respuesta—. ¡Sí, les esperamos aquí!

—Se ha rendido —dijo la voz, que hablaba a través de una bocina en un tono tan incrédulo como duro—. Enviaremos un bote en unos minutos.

Así las cosas, la fragata viró de nuevo rumbo a la *chasee-marée*, que aguardaba en facha a barlovento. Ramage pudo imaginar el ajetreo mientras echaban los botes al mar. Uno bastaría para los franceses, puesto que éstos no tendrían ganas de luchar, y la fragata estaba perfectamente colocada para efectuar otra andanada si era necesario. ¡Un bote también para la pequeña *Marie*!

—Dyson, mire a ver si puede traer una linterna. Podría ahorrarnos disgustos cuando se acerque el bote.

Procedieron a apartar los fardos de lona de la escotilla. Fue una labor dura, y la botavara y el pico de cangreja se deslizaban a unas pulgadas una de otra mientras la *Marie se* balanceaba. Varios minutos más tarde habían despejado el espacio suficiente para que Dyson se introdujera en la cabina, mientras los cinco se inclinaban sobre la botavara para evitar que pudiera deslizarse y caer sobre él.

De pronto desapareció Dyson y, unos instantes más tarde, se oyeron sus gritos.

—¡Mi tobillo! —voceó—. ¡He resbalado y me lo he roto! ¡No puedo ni ponerme en pie!

Ramage era quien estaba más cerca de la escotilla.

—Aguantad —ordenó a sus hombres—. Bajaré a ver qué pasa.

Tanteó con los pies para evitar caer sobre Dyson, que estaba tendido en la cubierta de la cabina, gruñendo y maldiciendo.

—La pierna izquierda, señor —mascculló—. Esa es… ¡Ay! Creo que está rota. ¡Ahh! —Gruñó cuando Ramage le tanteó la pierna.

Estaba rota. ¿Cómo diantre iban a subir a Dyson a cubierta?

—¿Dónde tiene el coñac?

—En el arcón que hay junto a la escala —respondió Dyson.

Al cabo, Ramage sacó el corcho y le dio a Dyson la botella.

Jackson se asomó bajo cubierta:

—¿Rota, señor?

—Eso me temo —respondió Ramage—. Vaya a por un cabo, que no sea grueso. Tenga esta tapa; rómpala y deme un listón de madera. —El norteamericano desapareció y al cabo de unos instantes Ramage oyó golpes en cubierta.

—Ya ha tomado suficiente coñac, Dyson.

—Un sorbito más, señor, esto duele una barbaridad.

—Sé que duele, pero no quiero que empeore usted. Ya será bastante difícil sacarle de aquí.

Dyson le dio la botella y Ramage le puso el corcho.

—Tomaremos un trago cuando le subamos a cubierta.

Jackson le tendió un listón de madera y varios cabitos.

—¿Quiere que baje a echarle una mano, señor?

—No hay espacio; tengo a Dyson aquí tumbado como si fuera un saco de patatas. —Ramage apoyó la espalda en un mamparo, se agachó y pasó por debajo de la rodilla de Dyson todos los cabitos a excepción de uno—. Esto le dolerá, Dyson, pero no podremos moverle hasta que se lo entablille.

Dyson gruñó de dolor de vez en cuando, pero no dijo una palabra. Ramage no estaba seguro de si el coñac surtía efecto o si Dyson se había dado cuenta de que maldecir y quejarse no haría más que retrasar la labor. «Y el tiempo se nos acaba —pensó mientras hacía el primer nudo con sumo cuidado—, el trozo de abordaje de la fragata no tardará en llegar».

La *Marie* se balanceaba con más fuerza. Probablemente el agua era menos profunda allí, y el fondo desigual fundía la torpe marejada con el viento contrario a la bajamar.

—¿Cómo les va ahí arriba con esa botavara? —voceó a Jackson.

—Intentamos aferraría con la mayor, señor. Hemos perdido los amantillos. Tendremos que devolverla a su posición por la escotilla un minuto; no podemos llegar al otro extremo; la botavara está exprimiendo la cornamusa.

—Sigan pero dense prisa. Aquí abajo la situación también empeora.

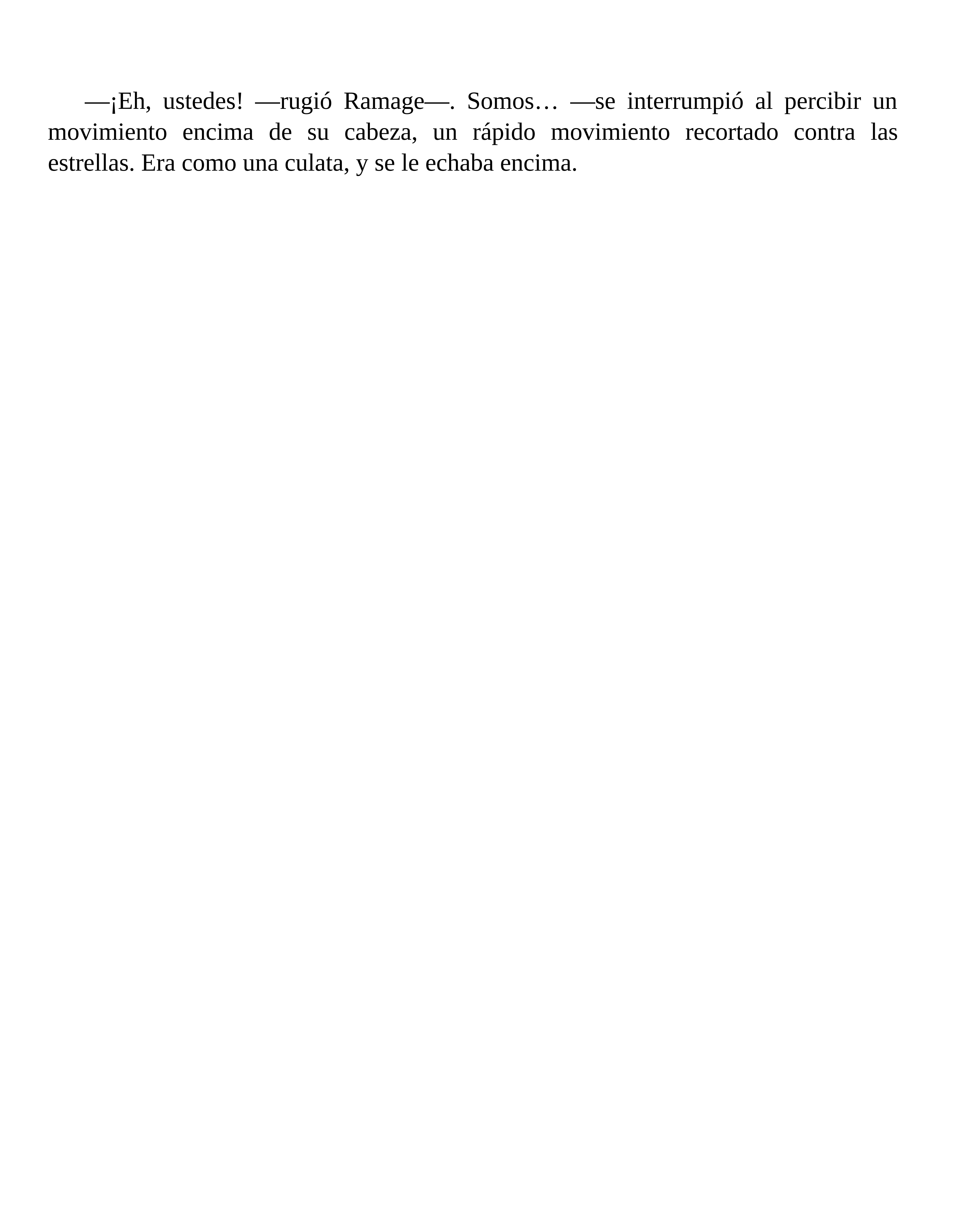
La diminuta cabina magnificaba cualquier ruido que se produjera en cubierta. La botavara arrastrada unos pasos sonaba como si el casco estuviera cediendo.

Ramage asió otro cabito y lo deslizó con cuidado bajo la pierna de Dyson, esforzándose por compensar el balanceo del barco para evitar caer de bruces sobre el herido. Hizo un nudo y tomó un tercer cabito. Pudo pasarlo con facilidad, y se puso a trabajar en el cuarto, deseando que Jackson se apresurara y apartara la vela de la escotilla.

De pronto se produjo un golpe en el casco, seguido del sonido de muchas voces y una exclamación de asombro en francés por parte de Louis. Casi de inmediato, Jackson voceó en inglés, y Stafford se unió a él. El bote de la fragata se había abarloado a la *Marie*, sin que los hombres, ocupados en aferrar la botavara, hubieran reparado en ello hasta el último momento.

Ruido de pasos en cubierta. Alguien (parecía la voz de un guardiamarina inquieto) daba órdenes con voz chillona.

—Aguante un minuto —dijo Ramage a Dyson, al tiempo que se levantaba; apartó la lona y, finalmente, zafó la cabeza y los hombros. Al menos había una docena de hombres a bordo, todos ellos armados de alfanjes y picas de abordaje con las que amenazaban a Jackson y a los demás.



—¡Eh, ustedes! —rugió Ramage—. Somos… —se interrumpió al percibir un movimiento encima de su cabeza, un rápido movimiento recortado contra las estrellas. Era como una culata, y se le echaba encima.

CAPÍTULO 16



Le zumbaba la cabeza como si alguien la hubiera estado golpeando como a la piel de un tambor. Su cuerpo yacía tumbado, balanceándose, como suspendido entre el cielo y el mar. Lentamente, abrió los ojos y se encontró mirando a la proa de un barco. Las muñecas parecían formar un curioso ángulo, pegadas a la boca del estómago, hasta que reparó en que estaba cubierto de grilletes. Con sumo cuidado, intentó mover los tobillos, pero también le habían inmovilizado las piernas. Grilletes, tumbado en un coy…

Fue un esfuerzo excesivo, y perdió de nuevo la conciencia; tuvo la sensación de que habían pasado horas cuando le despertaron los gritos, voces que hablaban en inglés; órdenes para aferrar las velas. Otra voz reverberó proyectada por una bocina, y un ancla cayó al mar; al cabo de un minuto, se extendió el olor del cable quemado que se deslizaba por el escobén.

Intentó sentarse; una mano se lo impidió. Intentó mirar a su alrededor, pero era como si tuviera la cabeza metida dentro de un yelmo de tela.

—¿Quién es?

—No se preocupe —dijo una voz imperativa—. Usted siga ahí quieto.

—¡Traiga a un oficial! ¡Soy el teniente Ramage! —A pesar del énfasis, su voz no era más que un graznido.

—¡Yo Papa Noel, y no quiero problemas!

El hombre se había movido a su alrededor, de modo que al girar la cabeza Ramage distinguió por el rabillo del ojo un uniforme de la infantería de marina.

—¿Dónde están los demás prisioneros?

—Todos con los grilletes puestos, excepto uno que tiene una pierna rota: el

cirujano está ahora con él.

—¿Qué tengo en la cabeza?

El soldado se acercó y le observó con curiosidad.

—Es un vendaje. Le dieron en la cabeza.

—Sí —murmuró Ramage, como si recordara—. ¿Qué barco es éste?

—La fragata *Calliope*.

Tardó unos instantes el aturdido Ramage en reconocer el nombre, ya que el infante de marina lo había pronunciado *Cally-oh-pee*.

—¿Y dónde hemos fondeado?

—Eh, compañero, muchas preguntas haces tú para ser un traidor, ¿no crees? En los Downs, ahí es donde estamos… —Hizo una pausa cuando largaron un bote—. Ahí va el capitán, a contarle a lord Nelson que la caza esta noche nos ha ido de perlas. Para el lunes, tú y tus compañeros estaréis colgando de la verga —añadió sin aparente malicia—. Aquí no se andan con chiquitas con los traidores.

—Rápido —dijo Ramage, que intentó sentarse, pero tuvo el mismo éxito que la vez anterior—. ¡Avise a un oficial! Maldita sea, soldado, soy un oficial del rey: ¡Dígale que el teniente Ramage quiere verle de inmediato!

—Conque un oficial del rey, ¿eh? —preguntó el infante de marina, en tono sarcástico—. Bueno, lo único que veo es la cara de alguien que lleva una semana sin afeitarse, además del vendaje ensangrentado. Va vestido con harapos y huele como si hubiera pasado una semana en una granja. ¿Cuándo fue la última vez que se lavó?

Ramage no intentó sentarse de nuevo; cada vez que el soldado se lo impedía, la cabeza la daba vueltas. Mientras intentaba pensar en un modo de persuadir al infante de marina de que fuera a buscar a un oficial, el otro dijo, flemático:

—El sargento me ordenó vigilarle y arrearle un mamporro si hacía alguna tontería.

—¿No le ordenó también informar cuando recuperara la conciencia?

—Sí —respondió, paciente—, así es. Pero aquí no hay nadie más, y no pienso dejarle solo; no le servirá de nada intentar ese truco conmigo.

Rogarle, engatusarle, intimidarle: ¿qué podría surtir efecto con alguien así?

—Escúcheme, esto es muy urgente. Dé usted la voz para que se acerque alguien. Luego, envíele a decirle al oficial de guardia que uno de los prisioneros es el teniente Ramage.

—Ramage, ¿eh? —repitió el infante de marina—. Había un oficial con ese nombre en un cúter llamado *Kathleen*.

—¿Sirvió usted en ese barco? —preguntó Ramage, esperanzado.

—No, un compañero mío lo hizo. Menudo muchacho era ese Ramage.

—¡Si soy yo!

—Ah —dijo el soldado—. Entonces, ¿por qué me pregunta si serví en ese barco? Si lo hubiera hecho, usted lo sabría, ¿no es así?

—Pues claro que sí, por Dios, pero aquí está todo muy oscuro y no he podido

verle bien. Cada vez que intento incorporarme, me empuja otra vez para que me acueste.

—Sí habla usted como un oficial —admitió el infante de marina—. Pero estaba en esa arca de pesca francesa, de modo que no, no puede ser.

Ramage estaba a punto de romper a llorar de pura frustración.

—Mire, usted llame a alguien. ¡Quedará como un idiota si descubren que ha estado vigilando a un oficial inglés!

—Sí, claro, pero quedaré como el mayor de los idiotas si empiezo a vocear que un hombre, del que mi sargento dice que es un traidor, es un oficial inglés. Ya estoy viendo a mi sargento dedicándome una buena reprimenda.

—Perkins —dijo Ramage al recordarlo—, así se llama su capitán; un tipo fornido, rostro sonrosado, natural de Devon…

—Dorset —corrigió el soldado—. ¿Lo ve? Ya ha vuelto a equivocarse.

—¡No sea estúpido! ¿Cree de veras que un pescador francés hablaría inglés como yo y conocería a su capitán?

—Podría ser; uno no puede fiarse nunca de los franceses. Sea como sea, nadie está diciendo que sea usted francés. El padre de ese teniente Ramage estuvo en la Armada. Era almirante —dijo—. Serví bajo sus órdenes hace muchos años.

Ramage hizo un esfuerzo por controlarse.

—Le hablaré de él, y quizás así me crea. Mi padre es el almirante conde de Blazey, alto, ojos castaños, le llaman Fuegograneado. Si me dice usted dónde sirvió bajo su mando, le diré el nombre del barco.

—Entonces era contralmirante, en el apostadero de las islas de Barlovento.

—El *Phoenix* —replicó Ramage sin pensarlo.

—Sí, así es. ¿Y ahora qué hago? —masculló el infante de marina, rendido ante las evidencias.

—Dé la voz para que venga alguien, y luego dígale que avisen al oficial de guardia.

—Maldita sea mi suerte —gruñó el soldado, mientras se alejaba de Ramage.

Al cabo de un instante voceó por la escotilla. Un marinero que debió acercarse fue enviado a buscar al sargento de la infantería de marina. Ramage gruñó. La cadena de mando…

Finalmente apareció el sargento. Le observó mientras el centinela le susurraba. El sargento giró sobre sus talones sin decir palabra.

—Todo se arreglará, señor —murmuró el centinela en tono confidencial—. Nuestro sargento es uno de los mejores. Fue él quien le arreó el mamporro en la cabeza.

—¿Qué quiere, señor? —preguntó alguien, nervioso y con voz de pito, desde el borde del coy. Era un guardiamarina muy joven, a quien debía de haber enviado el oficial de guardia.

—Joven —dijo Ramage en tono autoritario—. Voy a decirle esto una vez, y luego

se lo comunicará de inmediato al oficial de guardia. Soy el teniente Ramage, he estado trabajando bajo órdenes directas del vicealmirante lord Nelson, y escapé de Francia en el barco de pesca francés que ustedes apresaron anoche. ¡Y ahora, venga; y con garbo!

El muchacho desapareció y el infante de marina volvió a acercarse a él.

—No se preocupe, señor —dijo en tono tranquilizador—, ya verá como todo se arregla; dentro de un minuto le sacaremos los grilletes, pero tenga cuidado con la cabeza. Si en algo conozco al sargento, le ha dado un buen golpe.

De pronto se puso firmes, y Ramage vio a un teniente que le observaba.

—Buenos días —saludó Ramage—. Voy a decir esto por tercera o cuarta vez, y me gustaría que informara de inmediato de ello al capitán Perkins. —De nuevo informó de quién era y mencionó el nombre de lord Nelson.

El teniente escuchó con atención, y cuando Ramage terminó, explicó:

—Me inclino a creerle; pero el capitán se encuentra reunido en este momento con su señoría. Le agradecería mucho que tuviera la amabilidad de esperar unos minutos a que regrese…

Ramage no pudo culparle, pues mientras relataba su historia le pareció inverosímil incluso a él.

—Dígame qué ha sido del resto de los hombres que iban en la barca.

—Oh, los tenemos detenidos a todos. A todos excepto al de la pierna o el tobillo roto; el cirujano le ha estado atendiendo.

—¿Cuántos son?

—Déjeme pensar: Había veintisiete de la *chasse-marée* y seis en la barca.

—¿Qué fue de la *chasse-marée*?

—Se hundió: cuando el trinquete cayó por la borda se hundió en la empavesada y abrió una vía de agua.

—¿Y la *Marie*, la barca?

—La llevamos a remolque; de hecho, ahora mismo está fondeando.

Llegó un guardiamarina que susurró al oído del teniente. Este, antes de marcharse, dijo:

—El capitán ha regresado a bordo.

Cinco minutos después, el capitán Perkins, un par de tenientes y el sargento de infantería de marina ayudaron a Ramage a levantarse del coy, mientras el capitán, enojado, voceaba al maestro armero que trajera las llaves de los grilletes.

Ramage estaba demasiado débil para ponerse en pie, y lo sentaron en cubierta. El capitán Perkins se acuclilló a su lado.

—Lo siento, Ramage. ¿Comprende usted que no teníamos ni idea…?

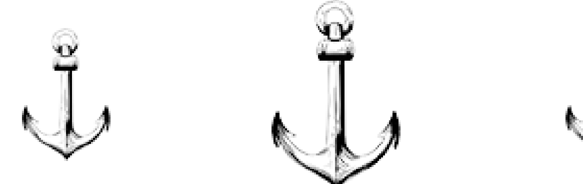
Ramage asintió, pero al instante lamentó haberlo hecho, porque su cabeza había empezado a dar vueltas otra vez.

—Estaba informando a su señoría —le contó el capitán Perkins—, y por casualidad mencioné el nombre de la barca. Su señoría… En fin, se puso muy

nervioso y me ordenó transbordarle a usted de inmediato.

Ramage señaló su ropa y el rostro sin afeitar, pero Perkins le tranquilizó:

—Su señoría insistió mucho en que debíamos transbordarle de inmediato si resultaba usted ir a bordo de esa barca. Le dije que antes querría asearse, pero su señoría ya ha ordenado a sus tenientes que le busquen algo de ropa. Ah, aquí está el armero. ¡Deprisa, hombre! ¡Tenga cuidado con esas llaves!



Al cabo de un cuarto de hora, un maloliente, tembloroso y desaseado Ramage aguardaba en la cabina del almirante a bordo de la fragata *Minerva*. En la puerta, el centinela dio un taconazo al ponerse firmes, e inmediatamente después entró el almirante en la cabina. Era tan bajito que no tenía la menor necesidad de agacharse para evitar los baos. La manga vacía correspondiente al brazo derecho prendía de la casaca del uniforme. El ojo sano brillaba febril. Sonrió un instante al ver que Ramage se levantaba de la silla.

—¡Ah, el señor Ramage se levanta de entre los muertos!

—Buenos días, señor. Querría disculparme por mi aspecto…

—No se disculpe, no se disculpe. Quería verle enseguida. ¡Mmm! —Miró a Ramage de pies a cabeza—. Aún no tiene esa mirada furtiva de pájaro enjaulado, pero resulta obvio que no se ha alojado usted en los mejores hoteles. Me han dicho que el golpe en la cabeza no es serio. Ah —se volvió cuando un hombre alto y de complexión gruesa, con un rostro redondo y alegre, llamó a la puerta y entró sin más en la cabina—, aquí está el capitán Ross. Le presento al prisionero de la *Calliope*, capitán; tendrá que admitir que parece un ladronzuelo desesperado.

El capitán Ross, oficial al mando de la *Minerva*, le obsequió con una sonrisa amistosa.

—Lo último que supimos de usted, joven, fue por su timonel. ¿Cómo se llama? Ah, sí, Jackson, ¿verdad? Nos contó que estaba usted en una prisión francesa y que en cualquier momento iban a conducirlo a la guillotina.

—Sí. Me temo que había dado por sentada su muerte, Ramage —admitió lord Nelson—. No esperaba que los franceses le dejaran marchar así como…

—Había dado por… —interrumpió Ramage, sorprendido.

—Sí, escribí una carta a su padre, dándole todas las noticias de que disponía. No dije que había sido usted ejecutado, pero la deducción era lógica. Será mejor que le escriba usted de inmediato. Deme la carta, me encargaré de adjuntarla a las demás en la saca que saldrá esta noche para el Almirantazgo.

—Gracias, señor —dijo Ramage—. Fue muy amable por su par…

—Decirle a un padre que su hijo probablemente ha muerto no es amabilidad, joven; y estoy seguro de que la marquesa habrá derramado algunas lágrimas —y añadió en un tono más animado—: Pero siéntese y cuénteme lo ocurrido. Empiece por el momento en que partió usted del castillo de Dover.

En ese preciso instante, Ramage se maldijo por no haberse planteado cómo iba a describir los papeles que habían desempeñado en todo aquello personas como Simpson, Dyson y Louis. En fin, Dyson se merecía cierto reconocimiento por su trabajo, por mucho que fuera un desertor, y Simpson merecía ver preservado su anonimato; sus actividades de contrabandista eran un negocio que quedaba entre él y los de aduanas.

—Verá, señor —empezó Ramage, con cierto titubeo—, para llegar a Francia tuve que contar con la ayuda de gente que… Bueno, que…

—Todo eso ya lo sé —replicó Nelson—. Ya había supuesto que se mostraría usted algo reticente a la hora de contármelo, y le pedí a su timonel que me pusiera al corriente. No le dé usted más vueltas, no importa si tuvo que vaciar Newgate y recurrir a todos los presos: No soy un oficial de aduanas, y el Almirantazgo está bastante satisfecho con el resultado de su trabajo como para mostrarse generoso en lo que a las recompensas se refiere; dentro de un límite, por supuesto.

El apunte resultó harto claro, y Ramage describió todas sus actividades sin nombrar, no obstante, a Simpson. El almirante se sintió intrigado por la historia de Dyson, y comentó al capitán Ross:

—Quizá lo mejor sea dejarlo en paz y que siga con sus actividades de contrabandista. No nos agradecería que lo perdonáramos. El Almirantazgo tendrá que tomar buena nota de su nombre, por si algún día lo atrapan. Aun así, hable usted con él y averigüe qué quiere —añadió dirigiéndose a Ramage—. Ha hecho mayor favor a su patria como desertor y contrabandista, del que hizo siendo un marinero reclutado forzosamente.

Cuando Ramage hubo concluido el relato, explicando por qué una *Marie* se hallaba fondeada cerca de la *Calliope* mientras había otro barco con el mismo nombre anclado en Folkestone, el almirante asintió varias veces.

—La *Calliope* no la reclamará como presa de ley. En fin, es usted un hombre con suerte. ¿Imagino que se habrá dado cuenta de que ha logrado estar a la altura de esa reputación que tiene de desobedecer órdenes?

Ramage, asustado por el cambio experimentado en el tono de lord Nelson, levantó rápidamente la mirada.

—Yo… Bueno, señor, verá…

—Sus órdenes —continuó lord Nelson— consistían en acudir a Boulogne y hacer la estimación más cercana posible del número y tipo de embarcaciones dispuestas para la invasión, así como de la capacidad de éstas. ¿No es así?

—Así es, señor —admitió Ramage, nervioso.

—Muy bien; si usted recibió estas órdenes, podría haber supuesto que se debía al

hecho de que era precisamente eso lo que el Almirantazgo quería averiguar. ¿Voy desencaminado?

—Por supuesto que no, señor.

—¿Y qué hizo usted? Echó un vistazo en Boulogne y luego se acercó a Amiens, sin duda una población de lo más acogedora en tiempo de paz, pero que no es lugar para un oficial inglés en tiempos de guerra.

—Pero, señor, el despacho del almirante Bruix…

De pronto el almirante rompió a reír.

—¿Había visto alguna vez una cara tan larga, Ross? ¡Menuda conciencia culpable tiene este muchacho! Me apuesto algo a que se le veía más alegre cuando lo sentenciaron a morir guillotinado.

—No me sorprende, señor, si me permite decirlo —comentó el capitán Ross—. Sospecho que usted lo atemoriza más que el propio Bonaparte.

—No me importa decirle, Ramage, que tuve que redactar con sumo cuidado mi informe al primer lord, porque de otro modo su señoría le hubiera saltado a la yugular por desobedecer sus órdenes. Así que recuerde que, en lo que a lord Saint Vincent concierne, mis órdenes fueron lo bastante ambiguas como para permitirle a usted esa… visita a Amiens.

—Gracias, señor —respondió Ramage—. ¿Puedo…?

—Vaya usted a asearse y preséntese en el Almirantazgo ante el primer lord —ordenó Nelson—. Esta misma tarde le escribiré, de modo que recibirá mi carta antes de verle a usted. Podría ser un buen momento para buscar un empleo activo. Me ha dejado usted sin trabajo, supongo que será consciente de ello, ¿verdad?

Ramage puso cara de atónito.

—Pero… Usted manda la escuadra, ¿no, señor?

—De momento sí, y mis órdenes consisten en vigilar la flota de invasión de Bonaparte y asegurarme de que nunca cruce el Canal. Pero después de que usted haya podido echar un vistazo a los despachos del almirante Bruix, sabemos que no tenemos nada que temer, al menos de momento, así que lo más probable es que le den la paga de remate a esta escuadra reunida «para un servicio particular».

—Lo siento mucho, señor —se disculpó Ramage—, aunque…

—Yo no lo lamento; sí, aun a riesgo de mostrarme indiscreto, no me importa admitir, joven, que me ha hecho usted un favor. Mandar esta escuadra no encaja con mi idea de cómo debe librarse una guerra. Aquí me tiene, sentado, pasando frío, calados los huesos por la humedad, y enfermo, mi tos empeora, y mi ojo se hincha…

Ramage intentó componer una expresión compasiva, pero el capitán Ross apartó la mirada. La obsesión de lord Nelson por su salud constituía siempre un violento contraste con su obsesión por combatir a los franceses allí donde hubiera brazaje suficiente para que un barco flotara. Por enfermo que estuviera, no obstante, la perspectiva de una batalla siempre lograba curarlo.

El almirante se levantó y sonrió a Ramage. Extendiendo la mano izquierda, le dijo

cuando el teniente se la estrechó:

—No deje de contarle a Saint Vincent su historia del mismo modo que me la ha contado a mí, e incluya lo de Amiens y lo demás. Mis mejores deseos a la marquesa. Es usted un joven muy afortunado.

Glosario de términos navales



Abatir:
Separarse un buque del rumbo al que tiene la proa por causa del viento, corrientes o de la mar.

Adrizar:
Enderezar, poner derecho un objeto. Lo contrario de escorar.

Aduja:
Vuelta o rosca circular u oblonga de todo cabo.

Aferrar:
1. Enganchar en un sitio el bichero, ancla u otro utensilio semejante.
2. Agarrar el ancla en el fondo.
3. Plegar y sujetar velas bajo las vergas cuando no se van a utilizar.

Ala:
Vela de fortuna que con buen tiempo se larga por una o las dos bandas de las velas de cruz de gavias y juanetes; la baja del trinquete se llama rastrera.

Alcázar:
Espacio que media en la cubierta superior de los barcos entre el palo mayor y la popa o la toldilla, donde está el puente de mando.

Aletas:
Maderas curvadas que forman la última cuaderna de popa y van unidas a las extremidades de los yugos.

Amadrinar:
Unir dos elementos o, más generalmente, acercarse dos embarcaciones.

Amantillo:
Cada uno de los dos cabos que sirven para mantener horizontal una verga.

Ampolleta:
Reloj de arena.

Amura:
Nombre o indicación de la dirección media del casco entre la proa y el través.

Amuras:
Ancho del buque en la octava parte de la eslora a partir de la proa y parte extrema del costado en ese sitio.

Andana:
Fila de cañones de una batería.

Andanada:
1. Andana.
2. Descarga de la andana.

Aparejar:
Poner jarcias y velas a un barco.

Aparejo:
Conjunto de la arboladura, la jarcia y las velas de un buque; si tiene vergas y velas cruzadas se llama de cruz, y si todas las velas están en el plano diametral es de cuchillo.

Aproar:
Poner rumbo.

Araña:
Grupo de cabos delgados que parten de un punto en donde están hechos firmes y abriendo en abanico van a terminar a varios puntos de un objeto: coy, vela (para la bolina), cumbre de un toldo, estay, etc.

Arbolar:
Poner los palos a una embarcación.

Arboladura:
Conjunto de palos y vergas de un buque.

Arfar:
Levantar la proa el buque impelido por las olas, debiendo después bajarla, lo que es cabecear.

Armada:
Grupo de buques de guerra que en el siglo XVI acompañaban a un convoy.

Modernamente, conjunto de las fuerzas navales de un país.

Arribar:
Meter el timón a la banda conveniente para que el navío gire a sotavento, aumentando el ángulo de la proa con el viento.

Arrizar:
Tomar rizos. Colocar alguna cosa en el barco de modo adecuado para que se sostenga a pesar del balanceo.

Atagallar:
Navegar un barco muy forzado de vela.

Atarazana:
Desde el siglo XIII, lugar en donde se construyen y reparan naves.

Avante:
Adelante; «tomar por avante», dar el viento por la cara de la proa de las velas de cruz.

Babor:
Banda o costado izquierdo de un barco, mirando de popa a proa.

Balas:
En el siglo XVIII había los siguientes tipos de munición:
Rasa: esfera sólida de hierro fundido, bolaño (piedra).
Metralla: saquete con varias balas pequeñas.
Roja: esfera de hierro, calentada al rojo, usada desde 1613.
Encadenada: eran pesadas balas unidas por una cadena. Se enredaban en el aparejo y lo destrozaban.

Barcalonga:
Cierto barco de pesca.

Barlovento:
Lado de donde viene el viento.

Barloventear:
Avanzar contra la dirección del viento.

Batayola:
1. Caja cubierta con encerados que se construye a lo largo del borde de los barcos en la que se recogen los coyes de la tripulación.
2. Barandilla de madera sobre las bordas del barco que servía para sostener los líos de ropa que se colocaban como defensa al ir a entrar en combate.

Batería:
Espacio interior entre dos cubiertas y la fila o andana de cañones, que había en los navíos en cubierta corrida de proa a popa.

Batiportar:
Trincar el cañón contra el costado, apoyando su boca en el borde alto de la porta.

Batiporte:
Cada una de las piezas que forman los cantos alto y bajo de las portas.

Bao:
Cada una de las piezas que unen los costados del barco y sirven de asiento a las cubiertas.

Bauprés:
Palo grueso que sale de proa con inclinación de 30º a 50º según las épocas, que sirve para hacer firmes los estayes de trinquete, para laborear las bolinas o montar las cebaderas y foques; sobre él se monta el botalón, y a finales del siglo XVII, el tormentín.

Bergantín:
Buque de dos palos, mayor y trinquete, de velas cuadradas y de estay, foques, con gran cangreja como vela mayor en el siglo XVIII.

Bergantina:
Buque propio del Mediterráneo, mixto de jabeque y polacra o bergantín con palos triples.

Bichero:
Asta larga con un hierro con punta y gancho en el extremo, que sirve en las embarcaciones menores para ayudar a atracar y desatracar.

Bolaño:
Bala de piedra esférica.

Bolina:
1. Cabo con que se cobra la relinga de barlovento de una vela, hacia proa, cuando se ciñe el viento.
2. La disposición del buque ciñendo el viento.

Bombarda:
Pequeño buque al que en lugar de palo trinquete se monta uno o dos morteros en un pozo de cubierta muy reforzado, teniendo un palo mayor cruzado, y una mesana con cangreja.

Bombero:
Cañón corto y de grueso calibre, para disparar bombas o granadas.

Bordada:
También BORDO. La parte navegada por un buque cuando va ciñendo alternativamente por cada banda.

Bornear:
Girar el buque sobre sus amarras estando fondeado.

Botalón:
Palo o percha redonda que se arma en prolongación hacia fuera de las vergas, bauprés o costados.

Botavara:
Palo redondo que asegurado por popa al mesana sirve para cazar la cangreja.

Bracear:
Tirar de las brazas para hacer girar las vergas y orientar las velas.

Braguero:
Cabo grueso o guindaleza, con sus extremos afirmados en la amurada; envolvía a la cureña y al cañón, y sujetaba a éste en su retroceso.

Brandal:
Cada uno de los cabos largos sobre los que se forman las escalas de viento. Cabo con que se afirman los obenques.

Braza:
1. Unidad de longitud igual a seis pies.
2. Cabo que sirve para mantener fijas las vergas y hacerlas girar horizontalmente.

Brazalote:
Cabo que une el pie de la verga con la polea por la que pasa la braza doble.

Brocal:
El reborde alrededor de la boca del cañón.

Burda:
Cabo o cable que hace el oficio de obenque de un mastelero y se hace firme en la borda o en la mesa de guarnición.

Cabecear:
Bajar la proa el buque por las olas después de arfar, y también el conjunto de los dos movimientos.

Cabo:
Todas las cuerdas que se emplean a bordo y en los arsenales; por eso hay el dicho de que en los buques sólo hay dos cuerdas, la del reloj y la de la campana.

Calado:
De un buque, medida desde la flotación a la parte baja de la quilla.

Calcés:
Parte superior de los palos mayores comprendida entre la cofa y el tamborete.

Cámara:
Alojamiento de almirantes u oficiales.

Capear:
Disponer el buque de forma que se aguante sin retroceder; se emplea en temporales, si el buque es de vela, sin éstas (a palo seco).

Cangreja:
Vela de cuchillo trapezoidal sujeta por dos relingas que se iza en el palo mesana.

Carbonera:
Nombre vulgar de la vela de estay mayor.

Carena:
Obra viva del casco de un buque.

Carraca:
Antiguo barco de transporte, de hasta dos mil toneladas, inventado por los italianos.

Carronada:
Cañón corto, de poco peso y mucho calibre; nombre originario de Carron (Escocia).

Castillo:
Parte de la cubierta superior desde el palo trinquete hasta la roda, y también a la construcción por encima de dicha cubierta en esa parte, y a veces también en la popa.

Cataviento:
Pequeño cabo con rodajas de corcho con plumas clavadas o pequeño embudo de tela ligera para indicar el viento, sujeto en la jarcia o en el mastelerillo.

Cazar:
Atirantar la escota hasta que el puño de la vela quede lo más cerca posible de la borda.

Cebadera:
Vela que se envergaba en una percha cruzada bajo el bauprés, fuera del buque.

Ceñir:
En un buque de vela, navegar en contra de la dirección del viento en el menor ángulo posible.

Ciar:
Ir hacia atrás el buque.

Codaste:
Madero grueso colocado verticalmente sobre el extremo de la quilla inmediato a la popa, y que sirve de fundamento a toda la armazón de esta parte del buque.

Cofa:

Plataforma colocada en algunos de los palos de barco, que sirve para maniobrar desde ella las vergas altas y para vigilar, etc.

Combés:
Espacio entre el palo trinquete y el mayor, en la cubierta superior o de la batería más alta.

Compás soplón:
O simplemente SOPLÓN. Aguja náutica de techo o cámara. Antes fueron usadas para que los capitanes pudieran conocer el rumbo que seguía el navío, sin necesidad de salir de la cámara.

Condestable:
Antiguo título de dignidad equivalente a capitán general. Desde el siglo XVII, suboficial de marina, especialista en artillería.

Corbeta:
Buque de guerra parecido a la fragata, pero sólo con menos de 32 cañones (siglo XVIII). Las hubo mercantes de 150 y 300 toneladas, con trinquete y mayor cruzados y el mesana sólo con cangreja, llamándose entonces barca.

Corredera:
Cordel sujeto por un extremo a un carretel y por el otro a la barquilla, junto con la cual sirve para medir lo que anda el barco.

Coy:
Hamaca que sirve de cama a la marinería.

Cruceta:
Meseta de los masteleros, semejante a la cofa de los mayores.

Cruz:
Denominación de las velas cuadriláteras envergadas a vergas simétricas. Aparejo de cruz: aparejo de un buque con vergas de uno o dos palos, e incluso cuatro.

Cuaderna:
Cada una de las piezas curvas que arrancando de la quilla forman la armadura del barco.

Cuadra:
Dirección del viento de través.

Cuarta:
Cada uno de los rumbos o vientos en que está dividida la rosa náutica y vale 360º/32 = 11º 25.

Cúter:
Lancha; una de las que llevan a bordo los barcos, menor que la chalupa y mayor que

el chinchorro.

Chafaldete:
Cabo que sirve para cargar los puños de las gavias y juanetes llevándolos al centro de sus vergas.

Chinchorro:
Pequeño bote de remos y la red debajo del bauprés para aferrar los foques.

Derivar:
Caer a sotavento, cuando se produce por la acción de una corriente.

Derrota:
Rumbo o distintos rumbos que hace un buque para trasladarse de un puerto a otro.

Descuartelar:
A UN…: navegar con viento abierto a 78º 30’ (siete cuartas) del rumbo.

Descubierta:
Reconocimiento que se hace del horizonte desde lo alto de los palos al amanecer o anochecer. También el que hacen los gavieros y juaneteros del estado de la jarcia.

Driza:
Cabo con que se suspenden o izan las velas, vergas, picos…

Efemérides:
Almanaque náutico o tablas astronómicas que dan día a día la situación de los planetas y circunstancias de los movimientos celestes.

Empuñidura:
Cada uno de los cabos firmes en los puños altos o grátil de las velas y en los extremos de las fajas de rizo que se sujetan a las vergas.

Escobén:
Agujero en la roda (proa) para dar paso a los cables de un barco.

Escorar:
Inclinarse un barco hacia una de las bandas. Lo contrario de adrizar.

Escota:
Cabo sujeto a los puños bajos de las velas que permite cazarlas.

Eslora:
Longitud que tiene la nave sobre la primera o principal cubierta desde el codaste a la roda por la parte de dentro.

Esquife:
Barco pequeño de los que se llevan en los grandes para saltar a tierra.

Espejo de popa:

Superficie exterior de la popa de un barco.

Espiche:
Estaquilla que sirve para tapar un agujero en una barca o en una cuba.

Estacha:
Cable con que se sujeta un barco a otro fondeado o a un objeto fijo.

Estay:
Cabo que sujeta un mástil para impedir que éste caiga sobre popa.

Estribor:
Banda o costado derecho de un barco, mirando de popa a proa.

Estrobo:
Pedazo de cabo que se emplea para cualquier uso.

Fachear:
Mantener un buque casi parado, si es de vela disponiendo éstas de forma que se contrarresten sus efectos.

Falúa:
Pequeña embarcación usada en los puertos por los jefes y autoridades de marina.

Falucho:
Embarcación costera que lleva una vela latina.

Flechaste:
Cada uno de los cordeles que, ligados a los obenques, sirven de escalones para subir a ejecutar maniobras en lo alto de los palos.

Foque:
Vela triangular que se larga a proa del trinquete, amurándola en el bauprés.

Fragata:
Buque de guerra de los siglos XVII y XVIII menor que el navío, pero con aparejo similar de tres palos cruzados con cofas y crucetas y una sola batería corrida, que es la del combés, con 40 o 60 cañones. Las hubo mercantes de más de 300 toneladas.

Fresco:
Se dice del viento que en los veleros permite llevar todas las velas.

Galerna:
Viento recio del SO al NO que se desencadena inesperadamente en la costa N de España y el golfo de Vizcaya.

Gata:
Bote noruego.

Gavia:

Vela que va en el mastelero mayor de una nave.

Gaviero:
Marinero a cuyo cuidado está la gavia y el registrar cuanto se pueda alcanzar a ver desde ella.

Goleta:
Pequeño buque raso y fino de dos palos, con velas cangrejas.

Grátil:
Borde de la vela por donde se une al palo.

Guindola:
Andamio que rodea un palo. Salvavidas colgando de un cabo largo, colgando por la popa de un barco.

Guiñada:
Giro o desvío brusco de la proa del buque con relación al rumbo que debe seguir.

Heur:
Barcaza o gabarra de carga. Embarcación cubierta aparejada de balandra que en las costas del mar del Norte solía llevar correspondencia y carga a los grandes buques.

Jabeque:
Pequeño buque, en general de cabotaje, de 30 a 60 toneladas, con tres palos: el trinquete en latina, el mayor casi vertical y el mesana con cangreja.

Jarcia:
Conjunto de todos los cabos de un buque: Jarcia firme o muerta, la que está siempre fija para sujetar los palos; según su posición y forma de trabajar se llaman: obenques, estayes, brandales, burdas o barbiquejos y mostachos del bauprés.

Jarciar:
Poner la jarcia a una embarcación, enjarciar.

Jardín:
Obra exterior en voladizo que sobresalía a popa en cada banda, en forma de garita, muy decorada exteriormente y que albergaba los retretes de los oficiales superiores.

Juanete:
Nombre del mastelero, verga y vela que van por encima de las gavias en las fragatas, en palos trinquete y mayor; en el mesana se llama perico. La vela más alta.

Juanetero:
Marinero especialmente encargado de la maniobra de los juanetes.

Largar:
Aflojar o soltar un cabo, vela, etcétera.

Largar velas:
Para aumentar la velocidad del barco, los gavieros y juaneteros (que eran quienes subían a los palos) desplegaban las velas para que tomaran más viento. A la voz «¡Largar!» soltaban el paño, cuidando de largarlo primero por los penoles (extremos de la verga) y después por la cruz (centro).

Largo:
Aplícase al viento que recibe un buque, cuya dirección abre con la quilla un ángulo desde la proa mayor de las seis cuartas de ceñir.

Lastre:
Peso formado por lingotes de hierro y piedras que iban en el fondo del barco para aumentar su estabilidad.

Laúd:
Semejante al falucho, sin foque, para pesca en el Mediterráneo.

Levar:
Arrancar y levantar el ancla del fondo.

Manga:
Anchura mayor de un buque.

Mastelerillo:
El palo menor que va sobre el mastelero a partir de la cruceta.

Mastelero:
La percha o palo menor que va sobre los palos machos desde la cofa.

Mayor:
1. El palo principal en los veleros de tres o más palos, situado hacia el centro del buque.
2. Las velas del citado palo, especialmente la más baja.

Meollar:
Cuerda fina que se emplea para hacer otras más gruesas, para forrar cabos, etc.

Mesa de guarnición:
En los buques de vela, conjunto de tablones unidos por sus cantos, y de esta forma con el costado, formando en el costado una meseta horizontal, desde cada palo hacia popa, para sujetar en ella los obenques, burdas y brandales, abriéndolos lo más posible del palo.

Mesana:
Palo más próximo a la popa en un buque de tres. Vela envergada en un cangrejo de este mástil.

Milla:

Unidad de longitud marina equivalente a 1852 metros.

Mostacho:
Cabo grueso o cadena que sujeta lateralmente el bauprés a las amuras.

Navío:
Gran buque de guerra de la segunda mitad del siglo XVII y del XVIII con más de 60 cañones y con tres palos cruzados y bauprés; tenían dos o tres baterías y popa redonda con espejo plano.

Nudo:
1. Unidad de velocidad de un barco, que equivale a una milla por hora.
2. Lazo hecho de forma tal que, cuando más se hala de sus chicotes, más se aprieta.
Obenque: Cabo o cable grueso con que se sujeta un palo macho o mastelero desde su cabeza a la cubierta, mesa de guarnición o cofa a banda y banda; los del mastelero se llaman obenquillos.

Orzar:
Hacer girar el buque, llevando su proa desde sotavento hacia barlovento. Es lo contrario de arribar. Orza: la posición de ir el buque navegando ciñendo.

Palo:
Cada uno de los principales de un buque: trinquete, mayor, mesana y bauprés, a los cuales se agregan los masteleros, todos destinados a sostener las vergas, a que están unidas las velas. Se llama macho al trozo principal hasta la cofa especialmente.

Penol:
Cada una de las puntas o extremos de toda verga o botalón.

Percha:
Cualquier palo cilíndrico de madera.

Pingue:
Cierto barco de carga que se ensancha por la parte de la bodega para aumentar su capacidad.

Polacra:
Buque de dos o tres palos sin cofas.

Porta:
Abertura o tronera que hay en los costados del buque para ventilar y dar luz y para el juego de la artillería.

Popa:
La parte trasera del barco donde se coloca el timón y están las cámaras principales.

Proa:
La parte delantera del barco.

Quadra o cuadra:
Parte del buque a ¼ de la eslora; viento por la cuadra, el recibido en dicha dirección.
Rizo: Tomar rizos: disminuir la superficie de las velas amarrando una parte de ellas a las vergas.

Roda:
Pieza robusta de madera colocada a continuación y encima de la quilla que forma la proa del barco.

Saetía:
Cierto barco de tres palos y una sola cubierta que se empleaba para corso y transporte.

Saloma:
Ver Zaloma.

Santabárbara:
1. Pañol destinado en los barcos a guardar la pólvora.
2. Cámara por donde se pasa a él.

Semáforo:
Aparato instalado en las costas para comunicarse con los barcos por medio de señales hechas con banderas, según un código internacional.

Serviola:
Robusto pescante que sale de las bordas del castillo, por fuera a ambas caras para manejar anclas. Estar de serviola: marinero de guardia en el sitio de la serviola durante la noche.

Singladura:
Distancia recorrida por un buque en veinticuatro horas, contadas desde un mediodía al siguiente.

Sirvientes de un cañón:
Para simplificar las órdenes, a los sirvientes se los numeraba. Eran seis. El capitán cebaba, apuntaba y disparaba el cañón. El primero embicaba y elevaba la caña del cañón; el segundo lo cargaba; el tercero mojaba las pavesas antes de recargar; el cuarto ronzaba (movía) el cañón y pasaba munición; el quinto era el encargado de suministrar la pólvora.

Sobrejuanete:
Verga cruzada sobre los juanetes. Vela que se pone en ella.

Sotaventear:
Irse o inclinarse a sotavento.

Sotavento:

Costado de la nave opuesto al barlovento, o sea opuesto al lado de donde viene el viento.

Tabla de jarcia:
Conjunto de obenques de un palo con sus flechastes.

Tamborete:
Trozo de madera con que se empalma un palo con otro.

Tartana:
Barco de vela latina de un solo palo perpendicular a la quilla en su centro, empleado para pesca y cabotaje.

Timonear:
Manejar el timón.

Traca:
Hilada de tablas o planchas del fondo del barco.

Través:
La dirección perpendicular al costado del buque, y se dice de todos los objetos que se hallen en esa dirección.

Treo:
Vela cuadra o redonda que se utiliza en los barcos de vela latina para navegar en popa con vientos fuertes.

Trincar:
Amarrar o sujetar una cosa con cabo, en el siglo XVII los cañones se trincaban en la mar batiportándolos o abretonándolos.

Trinquete:
Palo inmediato a la proa en los barcos que tienen más de uno. Verga mayor que cruza ese palo. Vela que se pone en esa verga.

Vela:
Conjunto de varios paños de lona unidos por costuras, rebordeado por un cabo (relinga) y que se larga en una verga, palo o estay.

Velacho:
La gavia del palo trinquete.

Velas mayores:
Las tres velas principales de ciertas embarcaciones, que son la mayor, el trinquete y la mesana.

Verga:
Elemento longitudinal de madera o metálico que sirve para envergar una vela, se cuelga y sujeta de cualquiera de los palos o masteleros, tomando el nombre del palo

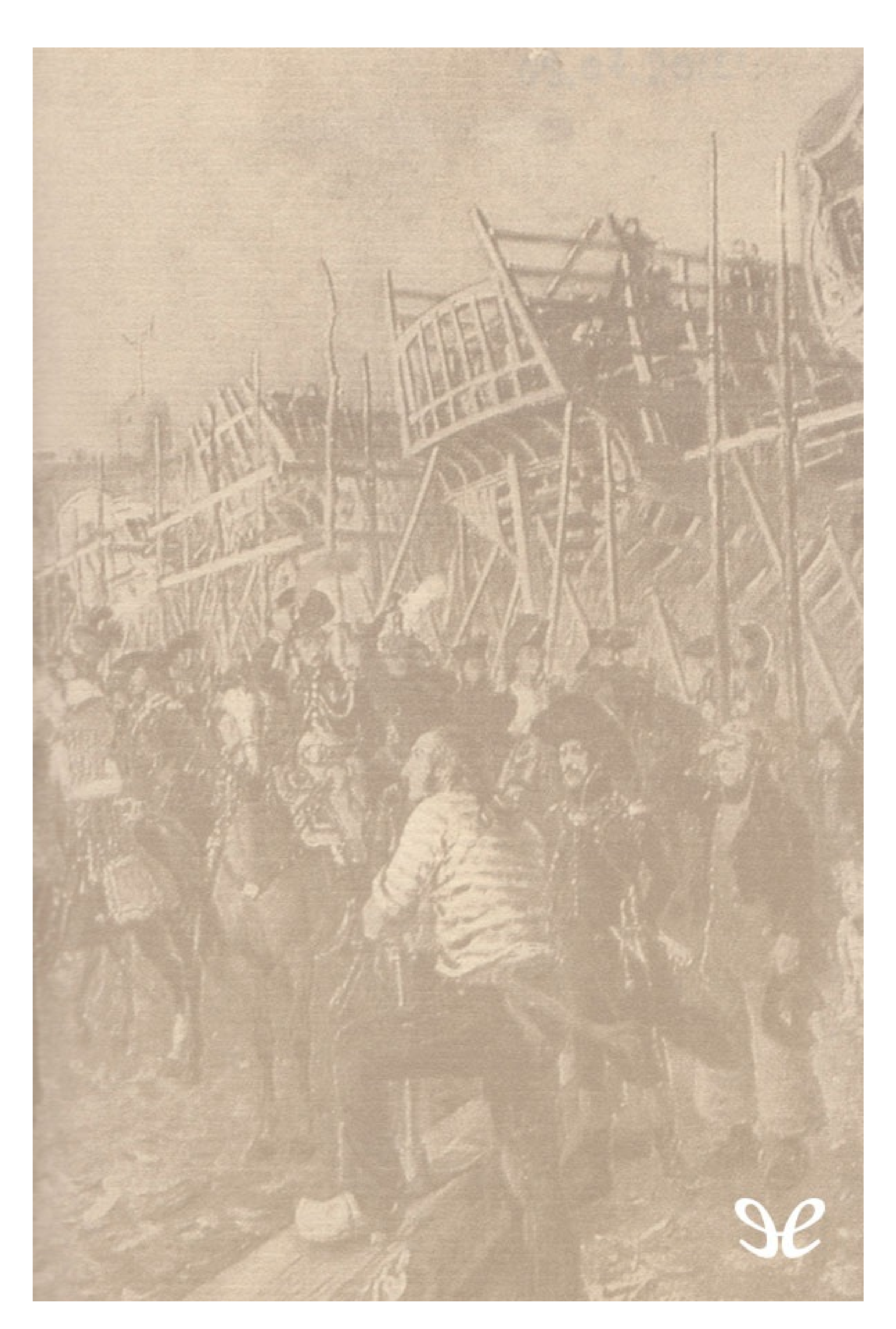
de la vela.

Virar:
Cambiar el rumbo o lado por donde se recibe el viento yendo ciñendo. Virar por avante cuando se cambia haciendo pasar el viento por la proa. Virar por redondo cuando se hace pasar el viento por la popa. Modernamente, cambiar de rumbo al opuesto.

Yola:
Barco muy ligero movido a remo y con vela.

Zafarrancho:
Acción de desembarazar las cubiertas y baterías en el siglo XVIII colocando los coyes en las batayolas para protección de la tripulación.

Zalomar: Animar el que manda a los marineros para que trabajen unidos, con el canto llamado saloma.







DUDLEY POPE (1925-1997). Tuvo que abandonar la Armada cuando el barco en el que servía fue torpedeado durante la Batalla del Atlántico. Considerado uno de los historiadores navales más prestigiosos de los últimos tiempos, es autor de una abundante obra centrada tanto en el siglo XX como en la época nelsoniana. Sin embargo, fue su incursión en el género narrativo lo que lo situó entre los escritores más leídos por los aficionados a la literatura del mar. Autor de diversos ciclos narrativos con las guerras napoleónicas como escenario, fue sin duda el audaz Nicholas Ramage, un personaje basado en el capitán Thomas Cochrane, el que lo convirtió en digno sucesor de Forester y brillante predecesor de O'Brian. Compuesta de dieciocho novelas, la serie Ramage ha sido traducida a diversas lenguas y cuenta con innumerables seguidores en todo el mundo.

Tras residir en diversos países, Pope vivió sus últimos años a bordo de su propia embarcación, el Golden Dragón.

Notas

[1] Véase *Ramage en San Vicente* (Edhasa, 2002). <<

[2] Véase *Ramage* (Edhasa, 2001). <<

[3] Véase *El gobernador Ramage* (Edhasa. 2003). <<

[4] Véase *La presa de Ramage* (Edhasa, 2004). <<

[5] Véase *Ramage y los filibusteros*. <<

[6] Véanse *Ramage y los filibusteros* y *El gobernador Ramage*. <<